Nº A 34 269

el q.e me quequiera y le qui[illegible]
me conpre en Granada y me
sea [illegible] me de [illegible] por [illegible] y de
Man.l P. el tran, q.e le [illegible] el dene
ro lo firmo en monas[illegible] à 20 de mil
77 y 92.

Romera

N.º 27 - 5 - 27

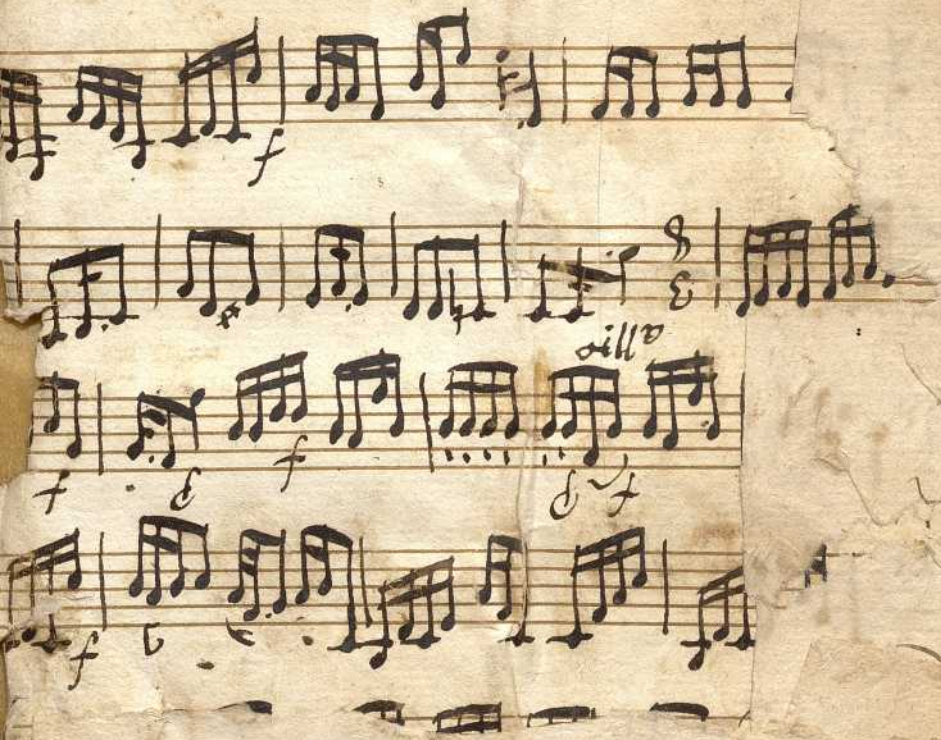
el q.e me que quiera y le gu[illegible]
me compre en Granada y me
sea [illegible] me de esto porq.e y de
Man.l P. el tran[illegible] q.e le costo el dene
ro lo firmo en monac[illegible] à 20 de mil
77 y 92.

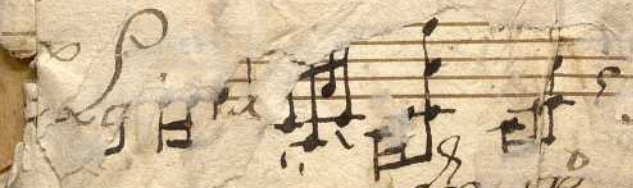
Romero

N.º 1
21-163
27 5 29

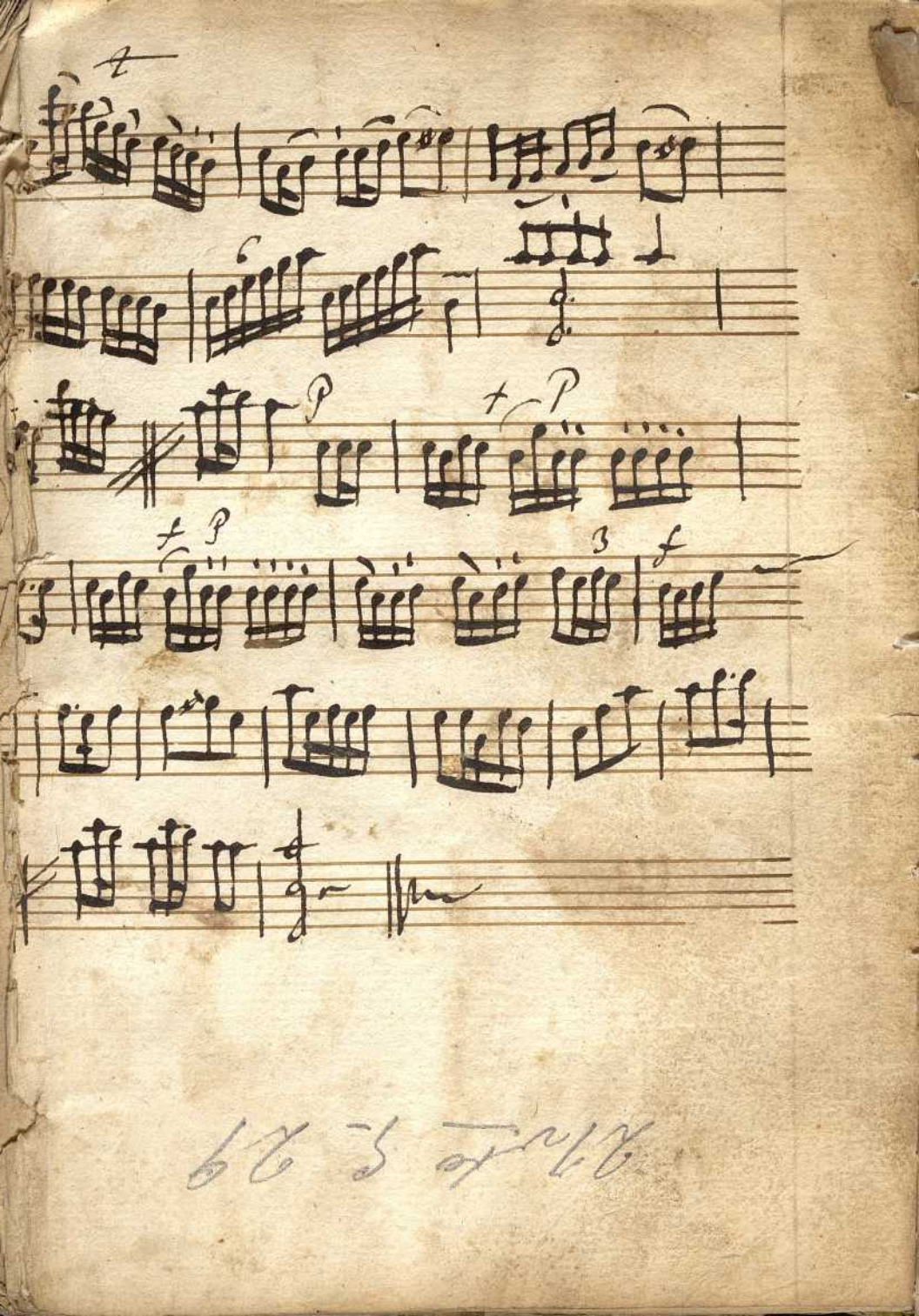
Con Sangre entra y la Labor Con dol

Beltran





Lq ta entra, y la



1906240

R-11.876

CANTOS DOLOROSOS,

EN QUE SE EXPLICA LA PASION

DE NUESTRO

DIVINO REDENTOR,

Y ANGUSTIAS

DE MARIA SANTISIMA

NUESTRA MADRE Y SEñORA.

TERCERA IMPRESIÓN.

UNIVERSITARIA DE MALAGA

En Malaga : En la Imprenta , y Librería de D. Felix de Casas y Martinez , frente del Sto. Cristo de la Salud. Año de 1785.

CANTO I.

DE LA INSTITUCION

DEL Smo. SACRAMENTO.

VIendo el Redentor del Mundo
que el tiempo se iba acercan-
que á padecer le aguardaba, (do
por el bien de los humanos;
y como gastado habia
cerca de treinta y tres años,
en soberana Doctrina,
maravillas, y milagros.
Viendo ya el plazo cumplido,
que estaba determinado,
mandó juntar á los suyos
en el Cenaculo santo,
donde prevenido estaba
el Cordero figurado
en la antigua Profecía,
que es Cristo, Cordero manso,
y un Jueves, ya por la tarde,
siendo las cinco y dos quartos,
(y como dicen algunos,
á veinte y quatro de Marzo)
se juntaron al convite
tan dichoso y deseado,
para dar fin á las sombras
de tantos siglos pasados, don-

donde el Cordero Divino
vió un Cordero degollado,
que para hacer el convite,
se estaba alli desangrando,
y los sagrados umbrales
con aquella Sangre untaron,
como la Ley lo tenia
en el Exodo mandado.
Vió tambien, que lo ponian
en un asador de palo,
figura, que á Cristo hizo
enternecer por un rato;
y entretanto que lo asaban,
las mesas aderezaron,
competentes, y bastantes
para doce Convidados.
Aderezadas las mesas,
y siendo el Cordero asado,
Cristo, y todo su Colegio
á comerle se sentaron.
Antes de empezar la cena,
tendió sus Ojos Sagrados
por su escogida Familia,
y alli la estuvo mirando:
habiendose detenido
de esta suerte un breve espacio,
considerando el convite.
y el fin á que se sentaron,
echò su bendicion santa,
qual solia acostumbrarlo,
y estas palabras les dixo,
antes de comer bocado:
Amadas Ovejas mias,
de mi querido Rebaño,
á quien con ojos piadosos,
de continuo estoy mirando;
por el grande amor que os tengo,
con afecto he deseado
el Convite Mysterioso
en que ahora nos hallamos,
de celebrar esta Cena,
antes de ser entregado
á la muerte, y los tormentos,
que ya me estan aguardando.
Los Apostoles benditos,
como estaban descuidados,
y el Mysterio no entendian,
que se les iba mostrando,
en la Cena prosiguieron;
aunque algunos se turbaron,
tomando confusamente
un dudoso sobresalto;
mas Cristo, que se abrasaba
en el amor soberano,
y del amor de los hombres
tenia el pecho inflamado,
viendo quan mal entendian
un tan Mysterioso caso,
volvió á referirle á todos,
hablando un poco mas claro,
y les dixo: Amigos mios,
alguno me está escuchando,
que me entregará esta noche,
y lo tiene concertado.
Vendido el traidor me tiene,
y entre nosotros cenando
està, y á vuelta de todos
entra la mano en el plato.
Todos alzaron los ojos,
y á su Maestro miraron,
quedando de haberle oido
confusos, y acobardados,
y comiendo, unos, y otros
por señas se preguntaron,
quién aquel traidor seria,
por quien Cristo habia hablado.
Judas callaba, y comia;
porque comiendo, y callando,
procuró cubrir el miedo
con que se hallaba turbado; mas

mas viendo, que algunos de ellos
á su Maestro le hablaron,
preguntando, quien seria
hombre tan perverso, y malo?
El tambien preguntó, y dixo:
(su culpa disimulando)
Señor, soy yo, por ventura
quien ha hecho tan mal trato?
Cristo dixo: Tu lo has dicho,
como si dixera claro:
Tu descubres tu secreto,
que Yo soy el que lo guardo.
Desta respuesta de Cristo,
los demás, que deseando
estaban saber quien fuese,
pudieron congeturarlo;
mas no replicó ninguno,
por hallarse tan turbados;
que de sì se recelaban,
con tener los pechos sanos.
Pedro, que atrevido era,
y á Cristo estaba mirando,
con amorosos deseos,
y con pecho lastimado
mil diligencias hacia,
á todas partes mirando,
por saber qual de ellos era,
para poder castigarlo.
Y viendo que no podia
descubrir por ningun lado,
qual de las Ovejas fuese
la de pecho tan dañado,
á San Juan dixo al oido:
Pues con Cristo puedes tanto,
ruegale, que te lo diga,
para salir de cuidado.
Juan por consolar á Pedro,
como Discipulo amado,
quiso poner por efecto
lo que le estaba rogando;
mas el Señor que no quiere,
que se descubran pecados,
para que se causen otros,
sino es para remediarlos,
detuvo el zeloso intento,
con un sueño muy pesado,
para mayor maravilla,
y por no desconsolarlos,
prosiguiendo así les dice:
O, mis queridos Hermanos!
Como al Hijo de la Virgen
el tiempo se le há llagado!
Ya estamos en el camino,
cumplido se nos há el plazo
en que llegue á executarse
lo que está profetizado,
que Yo lo permito, y quiero;
mas ay de aquel desdichado
hombre vano, y sin cordura
por quien Yo fuere entregado!
que mas le valiera al triste
el no haber sido criado,
que tener el sér que tiene,
pues tan mal lo vá empleando.
Estas, y otras cosas dixo
el Maestro Soberano,
yá aconsejando con unas,
yá con otras exhortando:
y como el que mucho ama,
siendo á la muerte cercano,
descubrir suele el tesoro
de su pecho mas guardado;
asi el Soberano Dueño
rompió la presa, mostrando
el amor á el descubierto
de su pecho Soberano,
diciendo: Rebaño mio,
bien, si en ello habeis mirado,
habreis en mis obras visto
el extremo con que os amo;

y si algtno de vosotros
pretende pagar en algo,
con muestras de agradecido,
mi amor desinteresado,
tome los consejos mios,
que al presente le estoy dando,
por si los ultimos fuesen,
y guardelos con cuidado:
Tendreis el animo humilde,
aunque seais maltratados,
esto alcanzareis, teniendo
corazon humilde, y manso:
Sed francos, y socorridos,
solícitos, y templados,
y sufridos, porque importa,
que sepais sufrir trabajos:
Trahereis con buenos consejos,
Ovejas á mi Rebaño;
y porque mejor se haga,
aconsejareis obrando:
Por los males dareis bienes
como veis que yo lo hago;
y el amor de unos con otros
es lo que mas os encargo:
y para daros exemplo,
demás de los que os he dado,
atended á mis palabras,
y á las obras de mis Manos.
Con esto se levantó,
y todos se levantaron,
viendo, que se levantaba
su Maestro Soberano,
y tomando una tohalla,
la desdobló con cuidado,
quitó el Sagrado Mantéo
de sus Hombros Soberanos,
ciñó á su Cuerpo Bendito
aquel lienzo limpio, y santo,
y llegando donde estaba
una vasija de estaño,
le echó el agua que tenia
una cántara de barro,
los brazos descubrió un poco,
y en el suelo arrodillado,
á sus Discipulos dixo,
con semblante alegre, y blando:
Mis Discipulos queridos,
tened por bien de llegaros
á dar á las Manos mias,
esos vuestros pies cansados,
porque lavaroslos quiero,
que á este oficio me allano.
por daros exemplo en esto,
y dexaros enseñados.
Los Apostoles benditos,
que á Cristo estaban mirando,
y de lagrimas tenian,
yá los ojos arrasados,
viendo en transe tan humilde
á JESUS, Cordero manso,
y que á todos los llamaba
á el caritativo acto,
con lagrimas amorosas,
y de rodillas postrados,
cada qual le suplicaba,
que le dexase aquel cargo.
San Juan el querido Apostol,
que estaba mas á la mano,
dandole aliento el amor,
se le fué un poco acercando,
arrodillado, y humilde,
y con ternisimo empacho,
los brazos le detenia,
y asi le dixo llorando:
Bien sabeis, amado mio,
lo muchó que siempre os amo,
y por este exceso veo
lo que Vos estais amando.
Por el un amor, y el otro,
quiero ahora suplicaros, (pues

(pues cosa que os he pedido
nunca me la habeis negado)
que dexeis à cargo mio
oy este oficio, y cuidado,
para que yo los pies lave
de mis queridos hermanos.
Tambien se lo suplicaba
San Andrés, y Santiago,
y los demás del Colegio
se lo estaban suplicando:
y el grande amador San Pedro,
viendo tan humilde paso,
y en tal trage á su Maestro,
á quien él amaba tanto,
todo en lagrimas desecho,
y de rodillas hincado,
brotando amorosas llamas
de aquel pecho enamorado,
quiso hablarle; mas no pudo
con los amorosos rayos,
que el hablar le detuvieron,
y los organos le ataron.
Yo tambien enternecido,
no he de acertar á contarlo,
y asi, Lector, te suplico,
que pasemos á otro Canto.

CANTO II.

Del mandato, en que Cristo lavó los pies à sus Discipulos.

LOS Sagrados Serafines,
que á Jesu-Cristo acompañan,
humillados reverencian
su presencia Sacrosanta,
conociendo su grandeza,
viendola asi humillada
en presencia de los hombres,
naturaleza tan flaca:
viendole Humano, y Divino,
y que á tal cosa se allana;
dando exemplo á los mortales,
por lo mucho que los ama,
con reverencia se humillan,
tiemblan, y encogen las alas,
abatiendolas al suelo,
donde le adoran, y alaban,
y con humildad profunda,
le hacen constantes instancias,
que se levante, y les dexe
la vacia con el agua,
que para hacer este oficio
los Serafines se encargan,
si les otorga licencia
á que en su Nombre lo hagan.
Cristo á ninguno responde;
antes á San Pedro llama,
porque quiere, que el primero
ponga los pies en la salva,
y San Pedro el hecho viendo,
con vergonzosa mirada,
se retira, rehusando
lo que Cristo dice, y manda;
mas viendo, que su Maestro,
con blandisimas palabras,
se lo ruega, y que su ruego
tiene con él fuerza tanta,
llorando revuelve, y dice:
Señor, no quieras que haga
un tan grande atrevimiento
que me averguenza, y empacha;
no consentiré tal cosa,
Señor, pues quieres, y mandas,
que ponga mis pies indignos
en tus Manos Consagradas.
Cristo vuelve, y le replica:
Mira, Pedro lo que hablas,
y no pongas mas escusas,
que es humildad escusada: y

y mira que te amonesto,
que si ahora no te lavas,
no podras vivir conmigo,
ni gozarás de mi gracia.
San Pedro en oyendo esto,
en un punto se descalza,
y con su turbada lengua
le respondió estas palabras:
O Maestro, y Señor mio!
no cumplas tal amenaza,
á quien por el amor tuyo
dará mil veces el alma.
Aqui estoy á tu mandado,
y á que tu Voluntad hagas;
no solo que los pies laves,
mas la cabeza, y las plantas.
Cristo lavandole dice:
Aquellos que limpios andan,
lavense los pies ahora,
porque con eso les basta.
Vosotros (dice) estais limpios,
(aunque no todos estaban.)
Judas escuchaba esto,
con sucia conciencia, y mala.
Despues de lavado Pedro,
toma la blanca tohalla,
y limpiandole con ella
la dexa llena de manchas;
consideracion bastante
para que queden las almas
en dulce agradecimiento
sumergidas, y anegadas,
que tome las culpas nuestras
aquel Cordero sin mancha,
y para dexarnos limpios,
sobre si toma la carga.
Lavada yá de esta suerte
la Grey, humilde compaña,
se dexa afeada, y negra
toda el agua hermosa, y clara:
de donde sacar pudieras
meditaciones, que bastan
á dexarte mas humilde,
al ver humildad tan rara.
Entre los Santos Varones,
aquellas buenas entrañas
de JESUS manso Cordero,
á el perverso Judas lava
los pies, que yá bien cansados
de tan malos pasos andan,
para vér si se enternecen
aquellas duras entrañas,
teniendo lastima grande
de tan miserable alma,
á quien cautiva tenia
la codicia endemoniada.
Los pies le lava, y refresca,
con el agua pura, y clara,
y el polvo de entre los dedos,
se lo quita, limpia, y saca,
y despues de estár lavados
los pies, le asea, y regala,
como aquel, que á sus amigos,
y á sus enemigos ama;
mas como en el alma tiene
tanta dureza obstinada,
no le enternece el buen trato,
ni los regalos le ablandan;
antes se le hacia tarde,
porque sabe, que le aguardan
los Fariseos, y Escribas,
á punto de guerra, y armas;
y desea tener tiempo
para cumplir su palabra,
por la reputacion suya,
el interés, y ganancia.
Mas viendo el Sacro Cordero,
que poco pueden, ni bastan
los Soberanos auxilios,
y el amor con que le trata,

lo dexa con su dureza,
que es alma desamparada,
y desdichado de aquel
á quien Cristo desampara.

CANTO III.

Del Mandato, en que Cristo predicò à sus Apostoles.

DEspues que dió al Lavatorio
el Redentor cumplimiento,
tan antes profetizado,
y tan rico de Mysterios,
de lo que ceñido estaba,
que era la tohalla, ó lienzo,
se despoja, y su vestido
se lo buelve á poner luego.
Tornó à sentarse à la Mesa,
y en estando en ella puesto,
à cdo el Colegio Sacro,
se vuelve á hablarle, diciendo:
Reparad, Amigos mios,
prevenid, y estad atentos
a las Mysteriosas obras,
que con vosotros he hecho.
Vosotros me habeis llamado
siempre Señor, y Maestro,
y la verdad haveis dicho,
porque lo soy en efecto;
y pues los pies he lavado
vuestros, siendo Señor vuestro,
no es mucho, Colegio mio,
hagais vosotros lo mesmo;
pues deste exemplo que he dado,
quiero que tomeis exemplo,
y os laveis unos á otros
los pies, como yo lo he hecho.
En saliendo estas palabras
de aquel amoroso Pecho,
que en el Amor Soberano
estaba continuo ardiendo,
tendió sus Divinos Ojos
por todos sus Compañeros,
para haber de despedirse,
porque se pasaba el tiempo.
Viendo que á padecer iba
tan afrentosos tormentos,
que por acuerdo Divino,
á dar iba el Alma en ellos;
y resucitar habia
llegando el dia tercero,
resplandeciente, y glorioso,
para subir á los Cielos;
y que á el fin se despedia
de ser morador del suelo,
quedando el Rebaño suyo
sin Pastor, y sin Maestro:
quisiera por una parte
dexarles todo consuelo;
y por otra deseaba
morir en la Cruz por ellos:
el amor le aconsejaba,
que se despidiese luego,
porque mas presto se viese
en la Cruz tendido, y puesto;
y el amor lo detenia,
ponia, y echaba cercos,
para que no hiciese ausencia
desamparando su Pueblo:
su mante Pasion le instaba
ya, por cumplir sus deseos:
y el amor le detenia,
con Soberanos acuerdos.
Y viendo que padecia
tan rigorosos encuentros,
unos que afuera le echaban,
y otros tirandole dentro,
dió una traza Soberana,
digna de su entendimiento tan

tan dulce, y tan amorosa,
quanto llena de consuelo.
Viendo, que amor le obligaba,
echó Amor Divino el resto,
usando de la potencia,
que tuvo desde AB ÆTERNO.
Dioles en PAN Consagrado
su Sacratisimo Cuerpo,
para que amparo les fuese,
vida, compaña y sustento.
Dióles en VINO su Sangre,
para darles mas aliento,
y dexarles en su ausencia
competentes alimentos.
Fué repartiendo á pedazos
el Pan, y en qualquiera dellos,
que á los Apostoles daba;
les daba su Cuerpo entero;
y del Consagrado Caliz,
mandó que fuesen bebiendo,
diciendo: Aquesta es mi Sangre
de mi nuevo Testamento,
que por vosotros, y muchos
derramaré, y en efecto,
para perdon de pecados,
será universal remedio.
Y mando, Apostoles mios,
que en tiempo que hagais lo mesmo,
celebreis en la memoria
de mi Pasion, y tormentos.
Estas, y otras muchas cosas
estuvo el Señor diciendo,
entre las quales les dixo,
con muy grande sentimiento.
En fin, queridos Amigos,
voy á cumplir todo aquello,
que á cerca de mi Persona
nuestros Profetas dixeron:
Será el Pastor perseguido,
y desamparado el Dueño,
descarriado el Ganado,
porque se escapará huyendo;
con cuyas palabras puso
á todo el Sacro Colegio,
con lo que ya dicho habia,
grande sobresalto, y miedo.
Todos quedaron callando;
pero solo habló San Pedro,
por el amor que tenia
á su Divino Maestro,
diciendo: Maestro mio,
perdonadme, que no puedo
disimular mi sospecha,
con el grande amor que os tengo,
en quanto el desampararos,
siendo Vos el Pastor Bueno,
y nosotros el Ganado,
de que nace mi recelo,
que yo falte á vuestro lado
en qualquiera lance, ó riesgo.
Bien puede ser que me falte
la vida en que estoy viviendo;
mas mientras no me faltase,
faltaros á Vos no puedo;
porque aunque todos os falten,
yo no faltaré un momento,
sin que pueda contrastarme
ningun peligroso extremo.
Cristo, que notando estaba
aquel alentado esfuerzo,
con que Pedro le hablaba,
asi respondió, diciendo:
Muy alentado te muestras;
mas tu veras, con efecto,
antes que esta noche pase,
la flaqueza de tu pecho.
Dos veces cantará el Gallo,
y antes del canto postrero,
tres veces me habrás negado,
todo lo qual veràs presto. Pe-

Pedro se quedó turbado,
y el Soberano Maestro
de sus consejos Divinos
fué tratando, y prosiguiendo;
y con humildes palabras,
encendidas en el fuego
del amor, con que queria
disponer nuestro remedio
de todos se despidió,
y con Soberano acuerdo
daba las mejores trazas
para dexarlos dispuestos,
diciendo: Lo que os encargo,
lo que de vosotros quiero,
os doy por consejo mio,
y os lo pongo por precepto,
atended, Hermanos mios,
porque el bien consiste en esto:
Cumplais las obligaciones,
y guardeis los Mandamientos.
Estas, y otras muchas cosas
estuvo el Señor diciendo,
dandoles avisos santos,
y Divinos documentos;
cuyas Sagradas palabras,
y Soberanos consejos
oyeron con mucho gusto
los once Apostoles buenos,
solo el perverso de Judas
se estaba ya deshaciendo,
temiendo no se pasasen
las horas de su concierto;
y asi entre todos mostraba
tan grande desasosiego,
que á las palabras de Cristo
nunca pudo estàr atento;
antes con deseo estaba,
aguardando por momentos,
que Cristo á su oracion fuese,
como otras veces al Huerto.

Mas el Maestro Divino,
que estaba notando, y viendo
sus conceptos desastrados,
y perversos pensamientos,
dió lugar á su dureza,
encontrando sus deseos,
Judas por vender à Cristo,
y Cristo por verse preso.
Alzóse Cristo, dexando
su dulce razonamiento,
quedando yà instituido
su Divino Sacramento;
y estando yá comulgados
los de su Santo Colegio,
para que en la fuerte lucha
tuviesen mayor esfuerzo.
Viendo levantado à Cristo,
todos en pie se pusieron,
atentos, y comedidos,
para tomar su consejo.
Judas se fué poco à poco
de los demás escondiendo,
hasta tomar la escalera
disimulando su intento.
Y viendo que Cristo iba
lleno de paz, y sosiego,
á visitar á su Madre,
que estaba en otro aposento,
y las furias infernales,
que le iban combatiendo;
en fin, se determinó,
arrojando al agua el pecho.
Y porque Judas se ha ido,
yo á el Cenaculo me vuelvo,
à ver un alegre llanto.
y un triste despedimiento.

*** *** *** ***
*** *** ***

CANTO IV.

Despidese de su Madre.

DEspues ya que el Sacro Verbo
dexaba constituido
el Divino SACRAMENTO,
consagrandose à si mismo,
y dado su Sangre, y Cuerpo
en prendas de Amor Divino,
por tan Mysterioso modo
á los que tuvo consigo;
se quiso partir al Huerto,
que fué el prevenido sitio
donde habian de entregar
à el Cordero ya vendido.
Y antes de hacer su ausencia
con terminos comedidos,
le quiso hablar à su Madre,
à ley de obediente Hijo.
La Virgen Bendita, y Santa,
que estaba en otro distrito,
en aquella misma Casa,
como ya tenemos dicho,
celebrando aquella Cena,
con la Ceremonia, y Ritos,
que pedia el ser figura
de su Santisimo Hijo.
Estando alzadas las mesas,
alzó los Ojos, y vido,
que entraba por su aposento
su Dulce JESUS benigno,
diciendole: Madre mia,
humilde, licencia os pido,
y vuestra Bendicion Santa
para entregarme al martyrio.
La Virgen Santa, que estaba
en el lugar referido,
y con otras tres Señoras,
que á acompañarla han venido,
viendo el Semblante amoroso,
con que entraba, y lo que dixo
de la muerte, y los tormentos
deseados, y temidos;
aunque por Mysterios altos,
y por modos muy subidos,
aquellos Mysterios tuvo
revelados, y entendidos,
no pudo dexar entonces
de amedrentarse, y sentirlo,
porque el corazon estaba
à ternuras prevenido.
Levantóse de su asiento,
y con semblante afligido,
vertiendo perlas preciosas
por aquel nectar Divino,
le quiso hablar, y no pudo,
por un caudaloso rio
de lagrimas, que al hablar
le impidieron el camino;
y viendo à su Santa Madre
aquel Cordero Bendito,
que para darle los brazos
dexaba su asiento, y sitio,
alargó un poco los pasos,
y á la mitad del camino
se arrodillò en la presencia
de su Madre, enternecido:
y la Virgen muy llorosa,
viendo arrodillado á Cristo,
con tan alegre semblante,
como le tuvo continuo,
y que bendicion pedia,
siendo ante todos los siglos
de su Eterno, y Alto Padre
sumamente bendecido,
darsela asi arrodillado,
por obedecerlo quiso;
y de rodillas postrada,
y con amor encendido,

Madre, é Hijo se abrazaron,
y de los brazos asidos,
algun espacio estuvieron,
en un acto enmudecidos;
y como dexado habia
los organos impedidos,
con los lacrymosos rayos
que vinieron de improviso,
se entendian con las Almas
la Virgen, y su Querido,
con tanto amor, que estuvieran
de aquella suerte mil siglos:
y los Apostoles Santos
estaban enternecidos,
viendo aquel despedimiento
de tal Madre, y de tal Hijo:
y los Angeles del Cielo,
y Sagrados Paraninfos,
de su Criador cercados,
estaban á su servicio:
y toda la Ilustre Junta
del muy alto Cielo Empireo,
en esta ocasion estaban
humillados, y rendidos;
y como amor los tenia
tan enlazados, y unidos,
entre la amorosa lucha
de aquellos lances Divinos;
y como inmobles quedaron
los dos Cielos cristalinos,
dando, y recibiendo rayos
de aquel Amor Infinito,
que de continuo se hallan
abrasados, y encendidos,
no quisieran apartarse;
mas viendo que asi convino,
con dolor se despidieron:
pena, y tormento prolijo.
Y habiendo la Virgen Santa
cobrado el aliento, y brio,
que antes del dichoso abrazo
tenia tardo, y perdido;
estando el corazon suyo
ardiendo en el fuego vivo,
que el Amor Divino enciende
en sus mayores Amigos;
y su Santo entendimiento
de ilustraciones fluido,
con lo que en aquel brazo
supo, por modo preciso,
aceptò la despedida,
diciendole: Amado mìo,
anda muy enhorabuena,
que mi Alma và contigo,
y bien sabes como queda
mi Corazon afligido,
temiendo la ausencia tuya,
cosa que siempre he temido,
y no es mucho que esto tema
Madre, que al fin ha parido
un Hijo, que morir quiere
por las culpas que otro hizo;
mas la Voluntad se haga
de tu Padre engrandecido,
que yo asi ordeno la mia,
y con amor la resigno,
Y pues te vàs, Dulce Amadò,
solamente te suplico,
que en tu ausencia no me falte
tu dulce amparo, y abrigo.
El Hijo Divino, y Santo
que tuvo bien entendido
el dolor, que en tal partida
la Virgen habia sentido,
estando de sus palabras
sumamente enternecido,
y queriendo consolarla,
de aquesta suerte le dixo:
Soberana Madre mia
considera, que yo estimo la

la Voluntad de mi Padre,
y que su querer es mio;
y por librar à los hombres,
que en la culpa estàn metidos,
segun el amor les tengo,
pasaré cien mil martyrios;
y asi os ruego, Madre mia,
con amor enternecido,
que considereis, que al Mundo
vino á morir vuestro Hijo,
que esta hora he deseado
desde el punto, que nacido
fuí de vuestro Vientre Santo,
libre, virginal, y limpio.
Y pues veo, Madre amada,
mis deseos ya cumplidos,
tened, pues que yo los tengo,
alegria, y regocijo;
y no querais impedirme,
porque ya en la Cruz tendido,
quisiera estàr, padeciendo
por amigos, y enemigos.
Despidiose, pues, con esto,
dexando elados, y frios
los corazones de aquellos,
que siempre tuvo consigo.
Lo puerta tomó, y la calle,
el viage, y el camino
de la muerte, á que tiraba
su Soberano designio,
los once á Cristo siguieron
aunque tristes, y afligidos,
procurando aventurarse,
porque al fin iban con Cristo,
y á Gethsemaní llegaron,
que era acomodado sitio,
donde el Verbo en carne habia
otras veces asistido
en oracion fervorosa,
que para el Santo Exercicio
fué aquel tan dichoso Huerto
lugar para sí elegido;
y á donde tambien sabia,
que Judas, su mal amigo,
luego à buscarle venia,
como à lugar conocido;
y mientras Cristo camina
al sitio, que asi previno,
en compaña de los once
de su Colegio escogido;
voy á vér los Fariseos
que se juntan en Concilio,
à titulo de buen zelo,
con voz, y animo fingido.

CANTO V.

Donde Judas vendiò à Cristo.

HAbiendo el traidor de Judas
baxado ya la escalera
de la sala, en que dexaba
la compaña Santa, y buena;
y salidose à la calle
con la medrosa conciencia,
en que Satanàs tenia
apoderadas sus fuerzas,
entre codicia, y temores,
poniendole al miedo espuelas,
se fué à hacer el trato aleve,
con determinada priesa;
y à Cayfàs, con quien tenia
su trato, y correspondencia,
y para entregar à Cristo
ya celebrada la venta,
le fué à hablar, porque queria
decirle el sito, y las señas,
y recibir decontado
las concertadas monedas.
Llegó sudando, y cansado, con

con grande fatiga, y pena;
porque la conciencia mala
al Alma aflige, y estrecha:
detuvose algun espacio,
parado junto à la puerta,
porque oyó dentro ruido
de gente como de guerra,
y habiendole detenido
la imaginacion, suspensa
algun espacio de tiempo,
entre confusas quimeras,
se arrojó, reconociendo
la puerta de la escalera,
à entrarse dentro del patio
dando al miedo algunas riendas,
vido que ocupado estaba
el patio, y las escaleras,
de gente armada, y la casa
de mucha confusion llena:
sintió en una sala grande
voces, alboroto, y temas
tantas, que le parecia
alguna riña, ó pendencia,
donde, á lo disimulado,
el oido puso alerta,
por conocer el asunto
de las voces, y contiendas;
mas uno de los Soldados,
que dél estaban mas cerca
sacò, para conocerle,
una escondida linterna;
y como tan sin luz vive
el que contra su Dios peca,
y los delitos se ocultan
à sombra de las tinieblas,
tuvo Judas de este caso
desabrimiento, y afrenta.
Viendo que lo encandilaban,
y no sabia quien era,
él quiso disimularse,
rebolviendo la cabeza,
procurando con cuidado,
que alli no le conocieran;
pero hallandose cercado
de los muchos que se llegan,
y que ya disimularse
escusada cosa era,
con astucia de raposa,
á todos dixo por señas,
que escondiesen, y tapasen
la lumbre de las linternas;
y á Cayfàs diesen aviso,
que su amigo Judas era,
y que para entrar à hablarle
aguardaba su licencia.
Los Soldados que sabian
la traza, contrato, y venta,
taparon luego las luces,
quedando todos à ciegas:
y uno de aquellos Soldados
les hizo à los demás señas,
para que adentro avisasen,
que à Judas diesen licencia.
Entrò el Portero, y no pudo
tan presto dar la respuesta,
por estár todo el Cabildo
en voces, y diferencias,
tanto, que el Portero estuvo
de espacio una larga pieza,
sin poder dar el aviso,
aguardando con paciencia,
y eran todas las porfias,
y apasionadas quimeras,
porque un amigo de Cristo
volvia por su inocencia.
Gamaliel el Letrado,
contra toda la Asambléa
de Fariseos, y Escribas,
y demás faccion Hebrea
con desentonado modo,

y colerica braveza,
estaba diciendo á voces,
que se entendian afuera:
Yo contradigo en el todo
esta prision que se intenta;
que es violentar la justicia,
y escandalizar la tierra.
Y pues que la Sinagoga
guardar justicia profesa
en todas las ocasiones,
es razon guardarla en esta;
que no es justo que se diga
entre la Pleve violenta,
que en la Santa Sinagoga
la justicia se atropella,
que si miran bien las vias
de la Escuela Nazarena,
es imposible el hallarles
causa para que le prendan;
y pues se hace esta Junta
para que en todo se vea,
que guardan recta justicia
los Jueces de esta Audiencia,
es razon mirar la causa,
y ver si resulta de ella
culpa en contra de sus hechos,
antes de darle la pena.
Esto dixo, como pudo,
dandole la razon fuerza
para hacer con fundamentos
una tan justa defensa:
con que todos alterados,
con pasiones manifiestas,
daban còlericas voces,
sin recato, ni prudencia,
queriendo cada qual de ellos
dar solucion, y respuesta
á Gamaliel, que estaba
del caso formando quexas.
Cayfás callar hizo á todos,
y en arco puestas las cejas,
mostrandose muy sentido,
ladeando la cabeza,
dixo: Yo estoy espantado,
que un hombre de tantas letras,
Varon de la Sinagoga,
y de tan honradas prendas,
haya querido infamarse,
defendiendo tan de veras
á un hombre, que es total causa
de estár la Ciudad revuelta!
Mas yo quiero reportarme,
que como es hombre de ciencia,
quiere argumentar de falso,
como suele en las Escuelas.
Gamaliel levantado,
descubrió alentadas fuerzas
de responderle; y en esto
abrió el Portero la puerta,
y haciendo su acatamiento,
y judaicas reverencias,
dixo, que Judas pedia
para entrar á hablar licencia.
Cayfás, en oyendo esto,
con ademanes, y señas,
puso en un mudo silencio
las personas mas inquietas,
y á Judas mandó que entrase,
el qual puesto en la presencia
de tan principal Congreso,
mostrando alguna tristeza,
les dió á entender, que tenia
algun empacho, ó verguenza,
y para desempeñarse,
comenzó con una arenga,
diciendo: Concilio noble,
por descargar mi conciencia,
y por lo que à todos debo,
hago aquesta diligencia;
y lo que á todos suplico es,

es, que escusen la sospecha
de entender, que mi persona
haga cosa que no deba:
vengo á cumplir mi palabra,
que el que su palabra empeña,
no podrà, sino la cumple,
dexarla otra vez en prendas.
Ya mi Maestro es salido,
y es cierto que está en la Huerta,
donde orando muchas veces
pasa las noches enteras:
y asi quisiera, señores,
se me diasen las monedas,
que concertado tenemos,
pues que el entrego se acerca;
que sabe Dios el cuidado,
y trabajo que me cuesta,
y al temeroso peligro,
que mi persona se arriesga:
y mandese á los Soldados,
que luego conmigo vengan,
que yo volveré el dinero,
si se les fuere la presa.
Cayfàs mandó le pagasen,
con agradecidas muestras,
diciendo, que mas de aquello
le daria en recompensa.
Dieronle treinta dineros,
y Judas con mano suelta
los contó, y se satisfizo,
que estaban cabales treinta;
y habiendolos embolsado,
con faz alegre, y risueña
dixo, que se previniesen
mientras que daba la vuelta;
y que si se detenia
en venir con la respuesta,
fueran al Huerto, y lleváran
todas las luces cubiertas,
que iba á ratificarse,
por saber la estancia cierta,
para que mas bien cogiesen,
con el asalto, la presa.
Y diciendo estas palabras,
con acelerada priesa,
despidiendose de todos,
se saliò la puerta afuera.
Y mientras hace su viage,
contaré lo que en su asencia,
mostrando sus intenciones,
hizo la Caterva Hebréa.

CANTO VI.

Donde entrega Judas à Cristo.

SAliendo el traidor de Judas
de con los otros traidores,
con el corazon dañado,
y las entrañas de bronce,
por caminar mas aprisa,
las faldas alza, y recoge,
quitandole algun empacho
la obscuridad de la noche,
y à Gethsemaní camina,
lugar señalado, en donde
sabia que Cristo estaba
con sus Apostoles once,
quedandose en el Concilio
Cayfás, y demàs Señores,
muy alegres con la ida
de Judas Escariote,
à quien Cayfàs alabando,
decia, qne era un buen hombre,
muy zelador de su Patria,
y en el bien de sus mayores;
y aunque todos conocian
sus maldades, y trayciones,
y su aleve pecho lleno
de codiciosos ardores, con

con Cayfás concuerdan todos,
diciendo de él reconocen
ser hombre sano, y prudente,
de buen natural, y noble,
al fin, á quien es acude,
pues la razon reconoce,
y por hacer lo que debe,
à tanto riesgo se pone;
solo Joseph, Varon bueno,
aunque callaba hasta entonces,
dixo, lleno de verguenza,
y con colericas voces:
Todos con silencio escuchen,
y con buena razon tomen
las serias palabras mias,
si valen aqui razones:
Cómo Cayfás, Señor mio,
cómo amigos, y Señores,
hay sinrazones tan grandes
entre tan lucidos hombres?
Todos à Judas han visto,
y claramente conocen
las trayciones de su pecho,
y ser su codicia enorme;
y están advertidamente
alabando sus errores,
con conocida malicia,
y falsas adulaciones.
Esto no puede sufrirse,
y asi pido, que perdonen,
si les pareciesen fuertes
mis justas reprehensiones;
que, como viejo, me atrevo
á decir esto, y sentóse,
dando espacio con aquello
á ver si alguno responde.
Todos callan, aguardando
lo que allí Cayfás dispone,
porque temen deste caso
algun estraño desorden.

Gamaliel, que es su amigo,
y el peligro reconoce,
previendo la gran discordia,
estas palabras propone:
El zelo de vuestro pecho,
Señor Joseph, no se escorde
á ninguno del Concilio,
yo respondo, yo, en su nombre,
que ya tienen entendido
todos los justos Señores
el intento, y santo zelo,
que hay en estas ocasiones;
solo lo que todos piden,
y yo ruego se me otorgue,
es, que el que al Concilio habla,
en el hablar se reporte,
y su sentimiento diga
con apacibles razones,
que todo el Concilio quiere,
que la verdad se acrisole;
y no es justo, que en Concilio
de tan insignes Varones,
ninguno de los Letrados
se encolerice y enoje.
Cayfás, que todo lo escucha,
en el Concilio concorde,
con apacible semblante,
asi le dice, y responde:
Bien, Gamaliel, se ha visto,
que sois Letrado de nombre,
y de valor, que descubre
estas, y otras ocasiones;
y que teneis merecido
gozar de nuestros favores,
como lo vereis por obra,
si Dios la ocasion dispone;
y que Joseph merecia,
sin que la edad nos lo estorve,
dormir la noche presente
en rigorosas prisiones, por

porque otra vez en Concilio
no se inquiet:, y alborote,
ni al hablar tan atrevido
con desacato se arroje;
pero por no alborotarnos,
y porque se reconoce,
estar muy arrepentido,
esta vez se le perdone,
con tal, que de aqui adelante
siga nuestras opiniones,
y en lugares semejantes
no se inquiete, ni apasione.
Joseph, atrevidamente,
en oyendo estas razones,
para responder á todos,
en pie se levanta, y pone;
mas Gamaliel su amigo,
que su condicion conoce,
con amor grande le ruega,
que se siente, y se reporte,
que por Cristo, y sus amigos,
él responderá en su nombre,
dando, con razones fuertes,
de su descargo el informe.
Joseph, que bien conocia
las honradas intenciones
de Gamaliel su amigo,
algun tanto reportóse,
sabiendo, que aficionado
era de oir los Sermones
de Cristo, y por él obtuvo
contiendas aquella noche:
dando lugar á su intento,
dice, que la mano tome
al hablar por Cristo, antes
que lo prendan, ni aprisionen;
y que él callará entre tanto,
que el descargo se propone
de Cristo, pues la justicia
siempre á la razon se acoge, Ca

y vino Cayfas en ello,
mandando, que se conformen,
y à Gamaliel escucha,
con un silencio concorde,
que él solo responder quiere,
con tal, que nadie lo estorve,
y por defensor de Cristo
à Gamaliel escogen,
y este alegue las defensas,
que en su descargo conoce,
que èl dirá su sentimiento,
con bastantes concluciones.
Yo daré à entender (decia)
à todos los que me oyen,
como es justo que se haga
justicia à aqueste hombre.
Y porque el Canto se acaba,
ruego al Lector que perdone,
y pase de espacio al otro,
que le sigue, y corresponde.

CANTO VII.

Defiende Gamaliel á Cristo.

YA el justo Joseph estaba
algun tanto consolado,
y alegre con la repuesta,
que cerca estaba esperando,
viendo, que su grande Amigo
tiene por su cuenta, y cargo,
dár los descargos de Cristo,
y servirle de Abogado:
y Gamaliel estaba
resuelto, y determinado
á decir su sentimiento,
sin resistencia, ni empacho.
Cayfas, y todos los suyos,
de Gamaliel pensaron,
que seguro lo tenian de

de su parte grangeado;
y el pasado movimiento
procuraria enmendarlo,
por tener de parte suya
benevolo à su Prelado;
mas él, y la Sala toda
tuvieron en esto engaño,
que Gamaliel tenia
el intento muy contrario;
qui ſi dió à Joseph consejo,
y que hablase con recato,
con que él quedó corregido
de haberles hablado alto,
fue maravillosa traza,
y Mysterio Soberano,
para que todo el Cabildo
se dignase de escucharlo:
y él deseando tenerlos
algo desapasionados,
trazaba medio por donde
hablarles con desengaños,
y darles á entender, que era
el Maestro Soberano,
à quien ellos perseguian,
y á quien él amaba tanto;
y porque efecto tuviese,
comedido, y cortesano,
le rogó à Cayfas, que hablase,
y á Cristo hiciese los cargos,
diciendole los delitos,
que estaban averiguados
con él, y con sus amigos,
y en quales cosas pecaron,
que él solo respondería
lo que tuviese descargo,
para que los cargos fuesen
en todo justificados.
Cayfas respondió, diciendo:
No pienso que es necesario
desembolver el proceso,
porque pide mucho espacio;
mas de lo que es mas notorio,
de la palabra haré caso,
y de lo que toma el Pueblo
escandalo tan estraño.
En el Monte el otro dia
hizo un tan grande milagro,
que à todos dexó suspensos
quantos supieron el caso,
que con cinco Panes solos,
y tres pequeños Pescados,
sustentó cinco mil hombres
sin mugeres, ni muchachos.
Esto, y resucitar muertos,
y sanar á los liciados,
sin implorar los favores
de Dios, y su inmenso brazo,
son casos que siempre fueron
á solo Dios reservados;
y el hacerlos este hombre
parece cosa de encanto,
muchos del Pueblo con esto,
sino se les vá á la mano,
piensan que es el gran Mesias,
que nosotros aguardamos;
y si ahora lo prendemos,
y lo echamos desterrado,
á donde quiera que fuere
luego ha de hacer otro tanto;
y si este á reynar viniese
con las trazas que vá dando,
sería muy gran baxeza
de nuestro Cesar Romano:
por donde conviene á todos,
por atajar grandes daños,
que de él se haga justicia,
con brevedad, y cuidado;
y juro por mi conciencia,
y por la fee de Prelado,
que no me mueve otra cosa á

á lo que estoy pronunciando,
sino es la recta Justicia
que á guardar soy obligado,
zelando el Culto Divino,
y castigando lo malo:
y esto parece que basta
para quedar descargado,
y haber satisfecho á todos
los que me están escuchando;
y al que fuere contra ello
lo tendré por temerario,
de poca, y mala conciencia,
llena de ignorante engaño.
A penas Cayfás habia
de pronunciar acabado
las ambiciosas palabras
de su intento crudo, y falso,
quando con grande ruido
los Satrapas, y Letrados,
puestos en pie, daban gritos
sin prudencia, ni recato,
y dando recias palmadas
con ademanes Judayeos,
decian: Malditos sean,
los que sienten lo contrario.
Ya estaba Joseph con esto
de corage rebentando,
y á Gamaliel miraba
con ojos encarnizados;
pero lo que mas sentia
era verlo reportado,
y que apacible pedia,
que quisiesen escucharlo,
porque responder queria
de aquella nota el descargo,
para que cumplir pudiese
èl su oficio de Abogado;
mas con el grande ruido
se detuvo algun espacio,
hasta tanto, que estuviese
el Conclave sosegado.
Joseph, que sufrir no pudo
aguardar tiempo tan largo,
mostró su enojo terrible,
con voces, y gritos altos,
pidiendo á Cayfás, que diese
orden para sosegarlos;
y á Gamaliel oyeran
como estaba concertado.
Cayfás callar hizo á todos,
mandando, que sosegados,
pues el cargo habian oido,
escuchasen los descargos,
diciendo, que reparasen
á aprender á ser Letrados,
de quien alli pretendia
argumentarles de falso.
Cayfás se sentó con esto,
y los demás se sentaron,
prosiguiendo este Concilio
como lo dirà otro Canto.

CANTO VIII.

Defiende Gamaliel à Cristo.

MUy enojado, y sañudo,
lleno de confusas ansias
Josef Amigo de Cristo,
en esta ocasion estaba;
y á Gamaliel su Deudo,
con espantosa mirada,
reprehender parecia,
su pacifica tardanza;
viendo que mañosamente
Cayfás en arenga larga,
descubierta ya tenia
su intencion injusta, y falsa,
y que en darle la respuesta,
rebatiendo sus palabras, su

su defensor, y Letrado,
parecia que tardaba.
Gamaliel era cuerdo,
y aunque con muy grande instancia
responderle pretendia,
tiempo, y lugar aguardaba;
y asi estando en el Acuerdo
contestada la demanda,
y ..le con silencio todos
atendian, y escuchaban,
dixo comedidamente:
Señores, bien se declara
la recta intencion, que tiene
nuestra Sinagoga Santa.
Mas porque Satanás suele
encubrir sus obras malas
entre buenas intenciones,
y sombras de buenas capas,
dixe yo mi sentimiento,
con el qual hago la salva,
para que no se haga agravio
á las intenciones sanas.
Yo siento muy al contrario
de lo que siente, y declara
el señor Cayfàs, con otros,
que asisten en esta causa;
porque JESUS Nazareno,
contra quien està formada,
y las alegadas cosas,
que por delitos le cargan,
no solo no tiene culpa
él, ni los que le acompañan;
mas el decir que la tiene
es solucion temeraria;
porque su Santa Persona
descubre, solo en mirarla,
innumerables virtudes,
que se encierran en el Alma.
El predica santamente,
con la obra, y la palabra,
Doctrina comun á todos,
provechosa, y necesaria,
sin agraviar á ninguno;
y los que de ella se agravian
son enfermos, que recelan
no les toquen en el alma.
En quanto á decir que al Cesar
niega su tributo, y paga,
porque siendo consultado
no diò la respuesta clara,
alli solamente dixo,
sin hacerle agravio en nada:
Darle al Cesar lo que es suyo,
y á Dios lo que a Dios le agrada.
Quanto á derribar el Templo;
si acaso lo derribàra,
y en breve lo levantase,
ya no hacìa agravio en nada;
mas estas palabras creo,
que es metáfora intrincada,
llena de Mysterios altos,
quales ningun hombre alcanza;
y en quanto al hacer milagros
es su potestad tan alta,
que à nuestra naturaleza
sobrecrece, y aventaja,
y Dios le dió poderìo
sobre las cosas criadas,
queriendo comunicarle
su potestad Soberana,
y vimos, que siempre emplea
esta potestad tan alta,
en dar á todos consuelo,
y remediar nuestras faltas;
no solo no son delitos,
antes es justo se haga
muchos piadosos empleos
de su poderosa gracia.
Si come con pecadores,
y con Publicanos trata; ese

ese trato ha sido el medio
del remedio de sus almas;
y es mucho de agradecerle,
que con clase pobre, y baxa,
su Santa, y grave Persona
se comunica, y allana;
y si hace bien á todos
con obras, y con palabras,
qué mucho, que esté la Plebe
de su bien aficionada?
El decir, que son encantos
sus maravillas tan raras,
yo probaré lo contrario,
con razones, y eficacias;
y como es virtud Divina
la que siempre le acompaña.
Los hombres, que tienen letras
de prudencia acompañadas,
saben los que encantos fueron,
y lo demás es patraña,
y que solo es un barrunto,
sin esencia, ni substancia,
y un embuste mal fingido
de las infernales trazas;
pues para que los Demonios
estos embelecos hagan,
no siempre tienen licencia,
que se les dá limitada;
y vèr de este Nazareno,
que en el instante que manda
qualquier cosa, luego es hecha,
sin dilacion, ni tardanza,
no solamente en la tierra,
quando à los enfermos sana,
sino tambien en el Limbo,
de donde los muertos saca,
las quales cosas descubren,
que Dios con su mano franca,
quiso al Nazareno darle
esta potestad tan alta.

El decir, que es apariencia
cosas tan calificadas,
que con nuestros ojos vimos,
y que tocan nuestras palmas,
es querer cerrar los ojos,
para no ver la luz clara
y alentar malos intentos,
dando á la malicia capa.
Hablèmos con esos muertos,
que ya por las calles andan,
y con los enfermos sanos,
á vér lo que nos declaran,
Toquen con sus manos propias
estas cosas tan estrañas
los que alguna duda tienen,
para que de duda salgan,
que yo no tengo ninguna,
sino que es inmensa Gracia,
y esto confesaré siempre,
à pesar de la ignorancia.
Quàndo se vido en el Mundo,
que por encanto se haga
sanidad en los enfermos,
y desengaño en las almas?
Qué potestad, ó qué fuerza,
sino fuera Soberana,
pudiera enlazar aquello,
que la muerte desenlaza?
Vease en las Escrituras
lo que ellas mismas declaran
á cerca de la venida
del Mesìas, que se aguarda,
y veràn claro, y patente
en nuestra Escritura Santa
las Divinas Profecias
ya cumplidas, y llegadas;
y como en el Nazareno
se ven maravillas tantas,
y su Persona descubre
Magestad en su mirada, jun-

junto con las demás cosas
tan prodigiosas, y raras,
y en todo tan admirables,
que asombra considerarlas,
de que infiero en este hombre
la Persona deseada,
que todo este Pueblo Hebréo
há tanto tiempo que aguarda;
ó alguna Virtud Divina
del alto Cielo embiada,
que Dios ha dado en la tierra,
con misericordia estraña;
porque demàs de lo dicho,
nos lo descubre, y declara
haberlo dicho el Baptista
antes que lo degollaran;
y su virtud fué tan grande,
que la Sinagoga Santa
le ofrecia el Mesiasgo,
fiada de su palabra:
y si del credito suyo
se tuvo tal confianza,
que á decir él que lo era,
nuestro Pueblo le adorára;
teniendo la verdad suya
por tan evidente, y llana,
que fuera delito grande
poner en su verdad falta,
y él dixo: No soy Mesias;
mas entre vosotros anda,
y yo tocar no merezco
las cintas de sus zandalias;
y no solo con el dicho,
mas por quitar la ignorancia,
nos descubrió la Persona,
con el dedo señalada:
y aunque Juan no lo dixera,
lo vemos en la ventaja,
que el Nazareno le hace
en la virtud, y eficacia,
en las milagrosas obras,
en el semblante, y el habla,
y en la Magestad Suprema,
que descubre en su mirada;
pues ninguno de nosotros
puede mirarle á la cara,
sin reverenciar la Alteza,
que se descubre al mirarla;
porque en su semblante tiene
una Magestad tan Alta,
que à su Potencia se humillan
naturalmente las Almas,
cuyas grandezas son tales,
y cuyas virtudes tantas,
que otro ninguno que venga
jamás podrá aventajarlas;
por cuyas razones solas,
sin otras muchas que faltan,
que el Nazareno es Divino
lo tengo por cosa llana.
Yo digo mi sentimiento;
tornese á mirar la causa,
y miren, que Dios castiga
las intenciones dañadas:
y asi les requiero á todos
los que asisten en la Sala,
que miren bien lo que hacen
en este proceso, y causa;
que del Cielo estoy temiendo
no descienda la venganza,
sobre los que en dichos hechos
su Santa Persona agravian,
y si con lo que aqui he dicho
no queda desengañada
la Plebe, que en JESUS pone
alguna macula, ó falta,
queda con haberlo dicho,
mi conciencia asegurada;
y para con Dios ninguno
podrá alegar ignorancia.

Con estas, y otras razones,
que Gamaliel hablaba,
tenia á toda la Serie
temerosa, y asustada;
mas Cayfás, que no atendia
á las razones que daba,
porque de rabia, y enojo,
estaba hecho una brasa,
se levantó de la silla,
con la color demudada,
y todos se levantaron,
viendo que se levantaba.
Y porque el Canto presente
ha tenido leccion larga,
me voy al siguente Canto,
donde el Concilio se acaba.

CANTO IX.

Contento de Josef por la defensa de Cristo.

YA el Santo Josef estaba
alegre, y enternecido,
oyendo hablar tan osado
à su Gamaliel querido;
y lo que mas estimaba
era ver todo el Concilio
con atencion escuchando,
medroso, y enmudecido:
mas Cayfas que levantado,
temblando, y enardecido,
ocultar quiso su intento,
no pudiendo ya sufrirlo,
trabajando en reportarse,
de esta manera le dixo:
Vuestra aventajada ciencia
bien, Gamaliel, he visto
en defender esta causa,
y ocultarnos el delito,
en que oy habeis descubierto,
que le sois muy grande amigo,
ó que algun cohecho grande
os ha dado tanto brio,
y yo lo disimulara;
pero los que estàn conmigo
se quexaràn si os dexase
sin el debido castigo;
porque haveis en mi presencia
andado descomedido,
hablandome demasiado,
en terminos atrevidos;
y aunque las razones fueran
en el modo permitido,
no vale vuestro decreto
ni hago fé de vuestro dicho,
que os tengo por sospechoso,
como yà os lo tengo dicho,
y como despues verémos,
acabado este Concilio.
Pasara mas adelante
Cayfas; pero fue impedido,
porque un alboroto grande,
que se movió de improviso,
impidió, que se siguiese
hablando en aquel designio,
y fue que Josef estaba
con otro Letrado antiguo
tan enojado, que havian
à las manos acudido;
con tal corage, y braveza,
estaban los dos asidos,
que cada qual se mostraba
injuriado, y vengativo:
y todos los de la Sala
de sus lugares movidos,
à la pendencia acudieron,
con fin de hacerlos amigos,
Y Gamaliel dexando
á Cayfas enmudecido, acu-

acudió á darle socorro
al grande amigo de Cristo,
que lo estaban maltratando
muchos de sus enemigos,
dandole empellones fuertes,
para echarlo del Concilio,
por decir que él solo era
culpado en lo sucedido;
porque alli atrevido hablaba
y con descompuesto estilo.
Gamaliel reportarlos
con buenas palabras quiso;
mas era el estruendo tanto,
que no le dieron oido,
y tambien con él estaban
fuertemente embravecidos,
tanto, que alli lo trataron
como de desconocido;
con que de estas, y otras cosas,
algunos de los Judios
se encolerizaron tanto,
que daban voces, y gritos,
con modo tan descompuesto,
que vinieron á sentirlo
los Soldados que en el patio
estaban entretenidos,
y el Capitan, con la Guardia,
acudió pronto al ruido,
para saber lo que habia
en la Sala sucedido;
y viendo, que en la pendencia
ninguno se habia herido;
antes los dos que reñian
estaban ya divididos,
no prendieron á ninguno;
aunque Cayfas habia dicho,
que los prendieran á todos
los que en la quimera ha habido,
los dos buenos compañeros,
que en Cayfás hábian sentido
elquererse vengar de ellos,
aunque no lo ha conseguido,
pues fué diligencia vana,
y el hacerlo no ha podido,
al Capitan de la Guardia
mandó llamar, y le dixo,
que á que fin se detenia,
pues que Judas se habia ido?
El Capitan dixo á esto;
Señor, aqui Judas vino
à decir que lo aguardasen
dispuestos, y apercebidos,
y nosotros presumiendo
que de breve huviera sido
aguardando por instantes
estamos entretenidos;
y con su mucha tardanza,
ya nos huvieramos ido,
sino es, que temiendo estamos
de perderlo en el camino.
Cayfas dixo apresurado,
que partiesen al proviso,
y à Getsemani se fuesen,
lugar cierto, y conocido,
y que tuviesen por cierto,
que tendrian el Caudillo,
con el aviso segundo,
antes de llegar al sitio,
cuyo parecer resuelto
le dixo, y de él despedido,
se apartó para dàr cuenta
de este caso á sus amigos.
El Capitan al instante
hizo señal con un pito,
por dàr principio al viage
de aquel Exercito impio.
La Justicia, y los Sayones,
que estaban bien prevenidos,
tomaron la delantera,
luego que oyeron el silvo: tam-

tambien las Esquadras todas
siguieron el mismo estilo,
marchan aprisa, en silencio,
juzgando no ser sentidos;
mas aquel esquadron fiero
iba tan embravecido,
como si á conquistar fueran
Exercitos de enemigos:
y las armas eran tantas,
y tal la priesa, y bullicio,
que hacer marchar no pudieron,
sin hacer algun ruido,
el qual fuè de tal manera,
que à los écos de los silvos,
y los golpes de las armas,
y del hierro los cruxidos,
causaron tan grande estruendo,
que el mas absorto sentido,
y los mas cerrados ojos,
quedaron despavoridos.
Y porque el Canto se acaba,
Lector, si fueses conmigo,
quedarás con esta Historia
devoto, y enternecido.

CANTO X.

Oracion del Autor à Cristo.

AGradable JESUS mio,
Dulcisimo, y Amoroso,
cuya mansedumbre inmensa
causa admiracion, y asombro,
dime, qué mal les has hecho,
qué traiciones, ó qué robos,
á estos hombres tan ingratos,
para hacerte tanto oprobio?
Qué mal les hiciste nunca,
qué agravios, ó qué desdoro,
para que tan perseguido

seas, Dulcisimo Esposo?
A tan falsos enemigos,
porque les sirva de abono,
ningunos males has hecho,
solo beneficios toco;
porque de tu Bondad Suma
su oficio es hacer bien solo:
Pues por qué, Rey Soberano
de los Soberanos Coros,
quieres, que asi te persigan
los hombres, y los Demonios?
Mira, que los Serafines
están pasmados, y absortos,
conociendo tu grandeza,
mirandola de ese modo.
O Noble, y Manso Cordero,
Amable, Dulce, y Sabroso,
á quien como el Alma mia
confieso, alabo, y adoro!
Quién fueron aquellos hombres
tan malos, y rigorosos,
que contra tu Bondad Suma
pudieron concebir odio?
Quién tu Rostro, grave, y bello,
alcanzó a vér con sus ojos,
que á tus Pies no se arrojase
rendido, humilde, y devoto?
Quién te pudo poner falta
habiendo visto tu rostro,
que de tu inocencia daba
evidente testimonio?
Quién pudo entrar en consulta,
para dar contra ti voto,
diciendo, que tu causabas
desordenes, y alboroto?
Y quales entendimientos
huvo tan ciegos, y broncos,
que te juzgaban por hombre
perverso, y facineroso?
No fuera posible haberlos, si

si los infernales odios
no causáran el incendio
en los pechos invidiosos.
O Miguél Arcangel Santo,
cuyo valor poderoso
tiene rendido al Infierno,
y encadenado al Demonio!
Cómo ahora te descuidas,
viendo que del Lago hondo
salen infernales furias
contra el que es Dueño de todo?
Y vosotros, Serafines,
cuyo numero gozoso
son siete en amar á Cristo,
que no podeis tener otro,
mirad, que el Pueblo Judayco
tiene ya dados los votos,
y à prender á Cristo vienen,
con desacatos, y oprobios.
Salid al encuentro luego,
porque con grande alboroto
le prenderán, si se tarda
en llegar vuestro socorro.
Mirad, que al Manso Cordero
aquellos sangrientos lobos
despedazarlo pretenden,
sino se les pone estorvo:
O Santisima Maria!
O Pedro, querido Apostol,
qué trago os está aguardando
tan terrible, y rigoroso!
Y Vos, Dulce JESUS mio,
cómo con tanto reposo
aguardais golpes tan grandes,
tan terribles, y forzosos?
Cómo, adorado Maestro,
habeis querido Vos propio
entregaros á los vuestros,
conociendolos à todos?
Ya os entiendo, Dulce Amado,
y yo propio me respondo,
reconociendo el intento
de vuestro Pecho amoroso.
Bien sé, Redentor del Mundo,
que eso se compone todo
de ser Vos eternamente
blando, y misericordioso;
y que de Dios fué buscado
este Soberano modo,
por cuyo grande tormento
deis á nuestras penas gozo.
Las penas, que merecia
de las culpas el escollo,
con tormentos infernales,
cuyo castigo era poco.
Volvamos, pues á la Historia,
porque parece que oigo
el tropel con que caminan
aquellos facinerosos
à quien aguardar quisiste,
Cristo, Capitan famoso,
para derramar tu Sangre,
peleando por nosotros.

CANTO XI.

Del modo de prender à Cristo.

QUuando la nocturna Diosa
descubre su manto negro
que lo encubre, esconde, y tapa
en la presencia de Febo,
dexando en tiniebla obscuro
la mitad del Universo:
y quando el sueño sabroso,
à los fatigados cuerpos
conforta, alienta, y descansa,
dexando al Mundo en silencio,
en Jerusalen la Santa
suena un temeroso estruendo de

de Esquadra armada, que viene
á prender a un Nazareno.
Mas de trescientos Soldados,
con sus armas, y pertrechos,
en seis fuertes Esquadrones
arrogantes, y sobervios;
unos llevan alabardas,
otros con arcos flecheros,
otros con espada, y lanza,
morrion, y fuertes petos,
otros luciendo linternas,
con cera candida dentro,
muy tapadas, y encendidas,
para descubrir à tiempo;
otros sogas, y cordeles,
para atar los prisioneros,
con lazos bien prevenidos,
para las manos, y cuello.
Alborotanse las calles,
y al ladrido de los perros,
se asoman á las ventanas,
dexando sus blandos lechos,
llenos de temor, y espanto,
algunos los van siguiendo,
temiendose cada uno
algun triste, y mal suceso.
Otros quedan por las plazas
rebolviendo pensamientos,
medrosos, y alborotados,
dudando el caso violento.
Vá pasando la palabra:
despierta el mas soñoliento,
levantase el mas dormido;
vase alborotando el Pueblo;
y los Soldados medrosos,
que à emprender iban el hecho
confusamente en si hablan
de la ocasion de su miedo.
Llenos del odioso orgullo,
hacen paradas à trechos,
trazando el modo, y la idéa,
que han de tener en prenderlo.
A los Soldados visoños
dicen los Soldados viejos,
que á sus Dioses se encomienden,
y que vayan sin recelo;
porque llevan una empresa
la mejor que ha dado el Cielo,
tal, que si con ella salen,
ganarán honrosos premios:
que van à prender a un hombre
tan grande, y de tal respeto,
que no habrá quien se le atreva,
pues dicen los Fariséos,
que sabe formar encantos,
con unos modos secretos,
tales que á todos parece,
que lo favorece el Cielo,
mas que todos se aperciban
de muy animoso esfuerzo,
para prenderlo, aunque haga
millones de encantamentos;
y que ninguno desmaye,
ni buelva atras paso huyendo,
aunque salga en su defensa
la mayor parte del Pueblo.
En esto un Capitan dixo:
Estadme todos atentos:
Luego apercebios todos
con muy valeroso esfuerzo.
Todos à parar tornaron,
para escuchar el precepto,
y él empezó à pronunciar,
estas palabras diciendo:
Para prender á este hombre
es mi parecer, y acuerdo,
que nos importa las vidas
engañarlo, si podemos,
con blandisimas palabras:
porque si sabe el intento, pa-

para espantarnos à todos
resucitará algun muerto.
O, como sabe dar ojos,
podrá quitarnos los nuestros;
y facil podrá escaparse,
si todos quedamos ciegos:
y quando aquesto no sea,
de Lazaro el Cáballero
tenemos que recelar,
y yo con razon le temo,
que es Caballero valiente
y tiene perdido el miedo
porque á ver está enseñado
las visiones de los muertos,
y no se le darà nada,
que nosotros lo matemos,
á trueque de ver si puede
escapar á su Maestro;
porque si la vida pierde,
otra vida, y otras ciento
le podrà dar quien le dió
la vida en que está viviendo.
Estas, y otras cosas dixo,
con alborotado pecho,
para dexar á los suyos
á todo trance dispuestos.
En este silencio estaban,
quando un valiente mancebo,
blandeando una alabarda,
dixo con atrevimiento:
Ninguno de todos tema,
aunque por encantamentos
saque todas las Fantasmas,
que habitan en los Infiernos;
y si muertos levantáre,
no pueden hacer los muertos
mal ninguno, si nosotros
resistieremos el miedo:
y si Lazaro saliere,
matarlo, y tenerlo preso,
para que no resucite,
que todo tiene remedio.
Solo de un Viejo alentado
es de quien yo me recelo,
que al Nazareno acompaña,
y se llama Simon Pedro,
que anda siempre con espada,
determinado, y resuelto;
y si nuestro intento sabe,
nos pondrá en algun aprieto;
y asi conviene, Señores,
que lo prendamos primero,
porque sino, desdichado
del que le salga al encuentro.
Todas estas cosas iban
por el camino diciendo,
no entendidos, que buscaban
al Hijo del Padre Eterno.
Con esto marchando iban,
porque se les pasa el tiempo,
y la ocasion oportuna
para cumplir sus deseos;
y apenas marchando iban,
quando de repente vieron
un hombre, que parecia,
que se les escapa huyendo.
Alborotaronse todos,
y con valeroso esfuerzo
descubrieron las linternas,
parten á reconocerlo,
vén un Hombre venerable,
descolorido, y censeño,
á lo Nazareno el trage,
desmelenado el cabello,
abochornado, y sudado,
tan cansado, y sin resuello,
que en un gran rato no pudo
tomar descanso, ni aliento.
Reconociendo ser Judas,
todos se estuvieron quedos, y

y él pidió licencia á todos,
poniendo en la boca el dedo.
Y despues de haber estado
tomando un rato sosiego,
porque apenas le cabia
el corazon en el pecho,
hecha una rueda de todos,
y Judas estando enmedio,
con corazon alterado,
hizo su razonamiento:
Sabe el Cielo Soberano
el peligro en que me he puesto,
mas por cumplir mi palabra,
que por los treinta dineros,
que me cuestan gran trabajo
las diligencias que he hecho,
para verlos á mi salvo,
y que no me viesen ellos.
Me ha sucedido esta noche
un peligro manifiesto,
de que Dios quiso librarme
por mis buenos pensamientos,
y fué, que estando espirando,
entre unas matas cubierto,
pasó por donde yo estaba
Simon el Pescador viejo,
medio desnuda la espada,
yo disimulado, y quedo;
que creo que si me viera,
me matára sin remedio.
Tambien junto á mi pasaron
JESUS, y sus Compañeros,
se pasearon un rato
como hablando de secreto.
Luego ví, que se apartaba
de los suyos mi Maestro,
llevando en su compañia
á tres, Pedro, Juan, y Diego.
Luego, estando divididos,
de espacio los fuy siguiendo
por vér adonde paraban,
y daros avisos ciertos;
y en una pequeña Cueva,
que está en el cercado Huerto,
vide estar arrodillado
á JESUS de Nazareno,
alli lo estuve asechando
una hora, poco menos,
por vér si se levantaba,
para tomar otro puesto,
y vide, que por tres veces,
se levantó en este tiempo
á recordar sus Amigos,
porque se estaban durmiendo.
Luego vì que se bolvia
á arrodillar en el suelo;
de espacio se estuvo orando,
y de esta suerte lo dexo.
El queda rezando ahora
con grandisimo sosiego,
y los Compañeros suyos
dormidos, y soñolientos;
y pues la ocasion es buena,
vamos al Huerto derechos,
donde á JESUS, y á los suyos
os pondré en las manos presos,
y advertid que con cuidado,
en haciendo yo el entrego,
lo lleveis á buen recado;
porque yo cumplo con esto:
y advierto, que se parece
á uno de sus Compañeros,
y aunque los prendais á todos,
si se escapa mi Maestro,
no se cumple mi palabra,
y queda mi vida en riesgo.
Ireis con este cuidado
de tener asido, y preso
á el que la paz yo le diere,
y esta diligencia ofrezco.

El

El Capitan, y Soldados,
con lo que á Judas oyeron,
para el Huerto caminaron
llevandoselo con ellos.
Y entretanto que camina
este esquadron carnicero,
al Huerto me voy con Cristo,
y su Sagrado Colegio.

CANTO XII.

De la Oracion en el Huerto.

AQuel Hombre, Dios Divino,
Poderoso Eterno y Grande
abysmo, y suma de bienes
eternos, y perdurables:
aquel que todo lo puede,
aquel que todo lo sabe,
el que todo lo gobierna,
porque es Hijo de Dios Padre:
aquel, que siendo Infinito
desde las Eternidades,
mostró su bondad por modos
del todo considerables:
aquel Dios Grande, que quiso
vestirse de Humana Carne,
para reparar las culpas
de nuestros primeros Padres,
en Gethsemani lo vide
sudando gotas de Sangre,
porque las culpas del hombre
le causan sudores tales.
Hincado esta de rodillas,
y á millares de millares
los Serafines del Cielo
lo cercan por todas partes:
maravillados lo adoran
las Supremas Potestades.
Viendo tristeza en su Dios
tan Poderoso, y tan Grande,
todos le ofrecen á una,
que si podrán aliviarle,
padeceran mil trabajos,
porque su Dios no se ultrage.
Cristo, que tratando estaba
negocios arduos, y graves,
entre tanto que lo adoran
los Coros Angelicales,
en Oracion elevado,
suspensa su Santa Carne,
y en Divino Amor ardiendo,
le dice á su Eterno Padre:
Soberano Padre mio,
Dios de las Eternidades,
que sin principio, ni tiempo,
AB ÆTERNO me engendraste,
cuya Divina Sustancia,
sin accidentes, ni partes,
hace, por Union Divina,
nuestras Personas iguales
con el Espiritu Santo,
Sustancia Divina, y Grande,
pues de nosotros procede
ante todas las edades;
cuya Divina Nobleza,
y Soberano Linage,
es Uno en las Tres Personas,
sin que ninguno lo estrañe.
Bien sabes, Amado Dueño,
que todo lo que mandaste
con grande amor he cumplido,
y con obediencia grande;
y que por el amor tuyo,
y por el amor constante,
que á los hombres has tenido,
estoy en humilde trage,
viviendo yo con los hombres,
porque vivan como antes;
aunque trabaje por ellos, y

y me ponga de su parte.
Y asi de rodillas puesto
quiero ahora suplicarte,
pues cosa que te he pedido
nunca jamás me negaste,
que tengas misericordia
de estos Seres miserables,
por cuyo amor compasivo,
tuve por bien de humillarme.
Cesen las sangrientas guerras,
las riñas, y enemistades,
que contra el hombre has tenido;
cesen los castigos grandes,
haz que del Cielo se rinda
la Muralla, y Baluarte,
y que la gozen aquellos,
que para el Cielo criaste.
Dame la mano de Amigo,
Santo, y Poderoso Padre,
que yo por los hombres quiero
hacer estas amistades,
y que por siglos eternos
se conserven estas paces.
No me niegues lo que pido,
pues que yo, como ya sabes,
que soy Dios Omnipotente,
vestido de Humana Carne,
y no por esto he perdido
de mis nobles calidades;
porque si buen Padre tengo,
tambien tengo buena Madre.
Mira, que soy Hombre, y siento
ansias, y penas mortales,
hasta tener negociados
favores tan importantes.
Y estas gotas que derramo
de Sangre, seràn señales,
con que treguas tan costosas
nunca buelvan á quebrarse.
Ya porque las Almas gocen
de los bienes Celestiales,
pagaré yo decontado
toda su deuda, y alcance.
Y para que tu Justicia
se satisfaga, y aplaque,
quiero, que en mi solamente
todo el castigo descargue,
con tal, que el enojo tuyo
no pase mas adelante,
Ea, Padre, yo te ruego,
que te dignes de escucharme,
soy Hombre, y por los hombres
continuo pienso rogarte;
y de esta suerte en el suelo
de rodillas pienso estarme,
hasta que al fin, para ellos
tu Misericordia alcance;
que aunque la naturaleza
tiembla, quanto es de su parte,
con los trabajos, y penas,
que la cercan, y combaten,
tanto, que á pedir me obligo
si es posible que este Caliz
de la amarga, y dura muerte
de mí se reserve, y pase;
mas tu Voluntad se haga,
obedezca, cumpla, y guarde,
y no se haga la mia
porque es voluntad de carne.
Estando en estas razones,
llegó San Gabriél Arcangel
de parte del Padre Eterno,
con Soberano mensage,
y arrodillado, y humilde,
con ternisimo semblante,
le pidió al Verbo Divino
licencia para hablarle.
Cristo la dió, y le bendixo,
y en el Canto de adelante
veràn las dichosas almas

lo que Dios por ellas hace.

CANTO XIII.

De la Embaxada del Arcangel.

PODeroso Dios, y Hombre,
Sustancia Divina, y Pura,
segunda de las Personas
de la Deydad Trina, y Una,
perdona mi atrevimiento,
pues tanto perdonar usas
à los hombres miserables,
que estàn cargados de culpas:
tu Padre Eterno me embia,
para que de parte suya
te dé su Santo Mensage,
si tu Magestad me escucha.
La Justicia Soberana,
tan del Padre, como tuya,
te concede lo que pides,
con Misericordia Suma:
y para que tenga efecto,
de la Divina Consulta
ha salido este decreto,
y quiere que se concluya:
Quiere el Señor Poderoso,
por la maliciosa astucia
con que fuè Adan engañado
de aquella Serpiente astuta:
y por quebrantar las Leyes,
que dió la Deydad Augusta
y á su apetito rendido,
pecó en la sobervia Gula,
que su Hijo Poderoso
padezca, en quanto Criatura,
por las culpas, que no tiene,
hecho cargo de las culpas:
y que, Fiador suyo, pague
con pena terrible, y cruda,
las culpas de los humanos,
por las invidiosas Furias,
donde será maltratada
tu Sagrada Sangre Pura,
con tormentos muy crueles,
y no pensadas injurias.
Habrà en tu Rostro Divino
saliva arrojada mucha,
accion cruel, perversa, y mala,
con menosprecio, y con burla.
Seràs abofeteado,
y en alborotada bulla,
será tenida por loca
tu Soberana cordura.
Irás por los Tribunales
con prisiones, y ataduras,
en que tiene de ser grande
la pesadumbre, y angustia.
Será en Casa de Pilatos
tu Santa Carne desnuda,
donde estarà à la verguenza,
sin vestidura ninguna;
alli cinco mil azotes
tambien conviene que sufran
tus Soberanas Espaldas,
sin resistencia ninguna.
Seràs tambien coronado
por Rey fingido, y de burla,
con afrentosa Corona
de agudas, y fieras puntas.
Seràs sentenciado à muerte
tan espantosa, y tan cruda,
y executada de suerte,
que jamás tendrá segunda.
Llevarás sobre tus Hombros
una Cruz pesada, y dura,
donde, por dar vida al hombre,
tu tienes de dar la tuya;
y arrodillaràs con ella
tantas veces, que la ayuda ha-

habràs menester de un hombre,
para que al Monte la subas:
donde serás despojado
de todas tus veſtiduras,
y tus carnes descubiertas;
à viſta del Pueblo, y Turbas.
En la Cruz seràs tendido,
y allí con eſtraña furia,
han de ser descoyuntadas
tus Benditas Coyunturas,
Y con acerados clavos
los pies, y las manos tuyas
romperàn, por donde salga
esa Sangre, que ahora sudas.
Serás levantado en alto,
adonde la fiera Turba
te dirà muchos oprobios,
con voces de grita, y bulla.
Y puesto entre dos Ladrones,
quiere la Justicia Suma,
que padezcas, á la vista
de tu Madre Santa, y pura.
Te darán hiel, y vinagre,
pues que de padecer gustas,
y de nada te reservas
de la pena amarga y dura,
y atravesará tu Alma
de tu Madre la amargura.
Serás oy desamparado
del Padre de las Alturas,
cuyo desamparo solo
será la tristeza suma,
y la causa rigorosa
de todas las penas tuyas.
Y asi á poder de tormentos
terribles, y penas muchas,
darás el Alma, dexando
tu Santa Carne difunta.
Esta terrible sentencia,
rigorosa, acerba, y dura,
decretó el Divino Acuerdo
de la Potencia absoluta,
porque tu padecer quieres
por las humanas criaturas,
para que en el Cielo gozen
tu Celestial hermosura.

CANTO XIV.

Donde prosigue el asunto de la Embaxada.

DIce mas tu Eterno Padre
que en habiendo padecido
estos terribles tormentos,
y rigorosos martyrios,
y habiendo ya descargado
el Divino Poderío
los golpes de la Justicia,
que tuvo Adan merecido,
quiere, y consiente las paces,
que con amor le has pedido,
dandose por satisfecho
con aqueste Sacrificio:
y ofrece de tal manera
mano, y palabra de Amigo,
que la amistad será eterna,
por los siglos de los siglos;
y aunque en estas amistades,
Adan, y todos sus hijos,
en quanto à la suficiencia,
son todos comprehendidos;
solo los que te siguieren,
y te llevaràs contigo,
y los demàs, que imitaren
tus pisadas, y caminos,
y los que en el mundo fueren
tus verdaderos amigos,
confesando que tu eres
el Mesias prometido;

y aquellos á quien se dieren
con el Agua del Bautismo,
y los demás Sacramentos,
tus meritos infinitos,
serán los que para el Cielo
tienen de ser escogidos,
y por los meritos tuyos
verán tu Rostro Divino;
y aquellos que no tuvieren
las condiciones que he dicho,
tendrán eternos tormentos,
en el infernal Abysmo,
pero no pongas los Ojos,
ni te detenga, Dios mio,
el gran numero de aquellos,
que tienen de ser perdidos,
ni á los que á tu Pasion Santa
serán desagradecidos;
y por su culpa perdieren
tan singular beneficio:
mas en aquellos que sabes,
que serán reconocidos,
te suplico, Rey del Cielo,
pongas tus Ojos benignos.
Mira á los Benditos Padres,
que ensenados en el Limbo
han estado tantos años
desterrados, y afligidos.
Mira como están cerradas
del Divino Parayso
por las culpas de los hombres,
las puertas, y los caminos.
Mira que dichoso fruto,
en habiendo padecido,
resultará de tu Sangre,
y Soberano Martyrio.
Darás, muriendo, á la muerte
su merecido castigo,
y dexarás al Infierno
ancadenado, y rendido.
Vencerás, muriendo, á todos
tus crueles enemigos,
quedando tu Carne Santa
con triunfos engrandecidos.
Ganarás bienes eternos
para los muertos, y vivos,
dando remedio á los hombres
con tus meritos Divinos.
Descubrirá el ancho Cielo
aquel espacioso sitio,
para donde son criados
Adan, y todos sus hijos.
Gozarán los hombres buenos
de aquel Soberano Nido,
que los Angeles sobervios,
perdieron por ser precitos.
Tendrás, á imitacion tuya,
Martyres de valor ricos,
que por ti darán sus vidas,
en diferentes martyrios;
en cuyas crudas batallas
saldrá vencedor continuo,
con soberanas victorias,
el Nombre de Jesu-Cristo.
Quedarás en quanto Hombre
con inmenso poderío:
tambien serás Juez Eterno
de los muertos, y los vivos.
Seras general consuelo
de todos los afligidos,
y á la pobreza, y trabajos
darás premio conocido:
y con los meritos tuyos
los hombres enriquecidos,
y tu Soberana Madre,
como Madre de tal Hijo,
será Reyna coronada
en el alto Cielo Impyreo,
y quedará satisfecho
tu Eterno Padre querido de

de las deudas que los hombres
tanto tiempo le han debido.
Y los que ahora al presente,
habiendo visto, y sabido
tus grandezas se han mostrado
ingratos, desconocidos;
y los demás, que en el Mundo
te negaren por sus vicios,
y quebrantaren tus Leyes,
como malos, y atrevidos
habrán de reconocerte,
en el gran dia del Juicio,
donde por Dios, y por Hombre
tienes de ser admitido,
quando el Padre Soberano
querrá, que su Eterno Hijo
sea de toda criatura
reverenciado, y temido.
Estos soberanos bienes,
y otros muchos, que no digo,
ganarás, tomando ahora
este Caliz desabrido.
Anima la carne flaca
para que pueda sufrirlo,
que Cielo, y Tierra enriquece,
de tesóros infinitos.
Y su Cuerpo Soberano,
que sudando humor sanguino
con la sombra de la muerte
está triste, y afligido,
tendrà, dentro de tres dias,
tanta Gloria, y regocijo,
que en él estará abreviada
la Gloria del Cielo Impyreo.
Tendrá la diestra del Padre,
y el Sér Humano, y Divino,
siendo Dios en quanto Hombre
por estar á Dios unido:
y de los hombres humanos,
y los Angeles Divinos,
has de ser eternamente
honrado, y obedecido.
Ea, Deydad Soberana,
que ya suenan los bramidos
de las Furias infernales,
y los furiosos Ministros.
Salid presto à la batalla,
y esforzaos al peligro.
Y para volver al Cielo,
humilde, licencia os pido.
Quedate con Dios, mi Dueño,
quedaos con Dios, JESUS mio,
y enhorabuena los Hombres
logren los bienes cumplidos.

CANTO XV.

Respuesta de Cristo al Angel.

EL Cielo inmobil estaba,
el ayre no se movia,
y las Gerarquías todas
paradas, y suspendidas,
que atentas habian quedado,
temerosas, á la mira,
para escuchar el Decreto
de la Justicia Divina.
El Soberano Cordero,
con humilde cortesía,
oyendo de la Embaxada
la sentencia contenida,
sudando gotas de Sangre,
y postrado de rodillas,
alzó los ojos al Cielo,
y de esta suerte decia:
Soberano, y alto Cielo,
en quien todo bien estriva,
para cuya Gloria, y honra,
padezco aquellas fatigas:
la carne misera, y flaca, ti-

tiembla de ser afligida,
mas mi espiritu està pronto,
aunque la carne se aflija.
Y por tu gloria, y tu honra,
no solo las ansias mias
con que el corazon, y el alma
se rinden, y atemorizan;
sino infinitos tormentos,
y otras muertes repetidas
quiero, y padeceré siempre,
que tu voluntad lo pida.
Y la Oracion suspendiendo,
se levantó por dar vista
à los que ya lo cercaban,
para quitarle la vida.
Con amoroso cuidado,
se llegó adonde asistian
los tres Discipulos suyos,
por tenerles compañia.
Viólos á todos durmiendo,
y al vér que asi se rendian,
reprehendió solo à Pedro,
como à padre de familia.
Pedro recordó alterado,
con soñolienta agonia,
porque lleno de temores,
vencidolo el sueño havia.
Y reconociendo Cristo
que à penas lo conocia,
recordó à sus Camaradas,
que tambien con él dormian:
y habiendo ya recobrado
los sentidos de la vida,
con el acuerdo en que entraron
las potencias suspendidas:
y siendo reprehendido
Pedro, lo que convenia,
tomó Cristo su camino,
que era una senda seguida,
por una ladera abaxo,
que por derecho corria,
à lo mas llano del Huerto,
donde los ocho asistian.
Los ocho Apostoles Santos,
viendo que Cristo venia,
consolaron los temores
con que aguardado le havian;
que estaban sobresaltados;
con recelo que tenian
de lo que en la Cena Santa
Cristo dicho les havia;
y tambien con los indicios
de la maliciosa invidia,
que contra Cristo mostraban
los Fariséos, y Escrivas.
Todos juntos se llegaron
á su Maestro, y Mesias,
disimulando sus pechos
el recelo que tenian.
Saludó el Maestro à todos,
con amigables caricias,
dando la Paz Soberana
con que saludar solia,
y del todo alborotados
los Obreros de la Viña
escuchaban, por si acaso
algo Cristo les decia.
Mas el Señor Soberano,
viendo que asi se afligian,
al punto de la batalla,
y el enemigo à la vista,
y que consuelo aguardaban
de sus palabras Divinas,
en tiempo, que no les daba
tiempo à lo que pretendian;
porque su Magestad Sacra
estaba ya prevenida
para padecer la muerte,
que tan presente tenia;
los estuvo consolando.

Y con palabras senclillas,
diremos en otro Canto
lo que Cristo les decia,

CANTO XVI.

Donde cae el Esquadron de los Judios en tierra.

Viendo el Redentor del Mun-
rendida, y acobardada, (do
con temor, tan aflixida
la liga de su compaña,
y viendose ya en la hora
tan temida, y deseada,
en que padecer tenia
su Carne Bendita, y Santa
viendo, pues, del falso Judas
la intencion fingida, y mala,
con que á prenderle venia,
y que ya se les cercaba,
volvió à mirar á las suyos
con vista amorosa, y blanda,
y para darles consuelo,
les dixo tales palabras:
Ya, Dispulos queridos,
el tiempo, y hora es llegada
en que à tormentos crueles
mi Carne será entregada.
De continuo os he rogado,
que vivais con vigilancia:
porque los Contrarios vuestros
nunca duermen, ni descansan:
Y ahora por vuestros ojos
vereis una pobre alma,
pobre, que por descuydarse,
le dió à Satanàs entrada,
el que la tiene rendida,
y á prisiones entregada,
tanto, que no haber nacido
le hubiera sido ganancia.
Mi Discipulo, imagino,
Judas (ó fatal desgracia!)
á quien yo, como à vosotros,
he traido en mi compaña,
contra mi se ha revelado,
con Ministros, y con armas:
ahora viene á prenderme,
para darme muerte amarga.
Estando diciendo esto,
toda la Quadrilla Santa
mostró alterarse, y San Pedro
airado empuñó la espada,
porque una quadrilla vido
con priesa determinada,
que para el Huerto venian,
con linternas, y con lanzas.
Volvieron al otro lado,
oyó ruido de armas;
de otra, imponderable furia
ya dentro del Huerto andaba,
y viendose asi cercados
de las quadrillas tiranas
de Tropa, que parecia
salir como de emboscada,
cada qual por escaparse
modo, y camino buscaba,
con temerosos recelos,
y sobresaltadas ansias.
Viendo que ya las veredas
todas estaban tomadas,
y escaparse no podian
de la traicion concertada,
con gran temor se acercaron
á aquella Humanidad Santa,
trabando sus vestiduras,
y mirandolo à la cara,
porque el humano remedio
ya del todo les faltaba,
y en solo el favor de Cristo te-

tenian sus esperanzas.
Con la Luna, y las linternas,
que todo el campo alumbraban
vieron, que Judas venia
como espia aventajada.
Acuden à su Maestro,
por vèr la traza que daba,
con deseo de escaparse
de aquella afligida estancia,
y algun tanto se alentaron,
viendo que se adelantaba
Cristo á recibir à aquellos,
que al parecer lo buscaban.
Todos siguiendole iban,
y quando ya cerca estaba
de los Ministros furiosos,
y su fuga acelerada,
con animo valeroso,
y con la voz recia, y clara,
hablando à toda la Turba,
les pregunta: Quien buscaban?
A que respondió turbado
el Capitan de la Guardia:
Busco à JESUS Nazareno:
Tu sabes adonde se halla?
Yo soy le respondió Cristo:
O Magestad Soberana!
Todos cayeron en tierra,
en oyendo esta palabra;
como si algun trueno oyeran,
dieron en tierra de espaldas,
haciendo muy gran ruido
con el golpe de las armas;
y absortos, y amedrentados,
sin sentidos, y sin habla,
con temerosos temblores,
porque en ellos resonaba.
Arrojados los escudos,
descompuestas las celadas,
las linternas divididas,
y desnudas las espadas,
medrosos los corazones,
las fuerzas del todos faltas,
en aquel suelo tendidos,
como asogados temblaban,
atronados los sentidos,
porque en ellos dominaba
aquella voz poderosa,
que les pasó las entrañas.
Algunos de los del Pueblo,
que con esta Turba armada
vinieron en seguimiento,
por vér en lo que paraba,
mirando habian estado,
puestos como en atalaya,
viendo por donde podian,
por las puertas, y las tapias.
Vieron toda aquella furia
aturdida, y derribada
al solo Yo soy, de Cristo,
y que no se levantaban,
todos juzgaban ser muerta
esta Caterva espantada,
huyeron, temiendo ser
reliquias de las desgracias,
é iban contando este caso
á los muchos que encontraban,
con tanto temor, y miedo,
que qualquiera se espantaba;
y como estaban las calles
algun tanto alborotadas,
con corrillos divididos
por las anchurosas plazas
de quando á prenderlos iban;
pues aunque tarde, duraban
los orgullos, y alborotos
de los que mirando estaban:
unos á sus casas iban
à contar lo que pasaba,
otros, por saber lo cierto,

desamparaban sus casas:
los mas soñolientos hombres
dexaron sus blandas camas;
y á las ventanas salieron
hasta las mugeres flacas,
y juntamente decian,
que de aquella escolta armada
ninguno escapado habia,
que todos muertos estaban.
Algunos, sabiendo el caso,
en el alma se alegraban,
y otros sabiendo sus muertes,
lo sentian en el alma.
Otros temblando, decian:
Del caso se recelaban.
Pues qué buscaban resueltos
alguna alegria estraña?
Decian a voces todos,
muy bien se les empleaba
el castigo que han tenido
cosas tan desordenadas.
Diciendo, està manifiesto
que el que muertos levantaba,
para matarlos à todos
tendrà la misma eficacia.
Iba gran concurso al Huerto,
por ver la verdad mas clara
de este caso, que tenia
toda la Ciudad espantada.
Dexemos el Canto en esto,
porque la Historia nos llama
del Dulce JESUS sitiado,
y su afligida Compaña.

CANTO XVII.

Donde entrega Judas à Cristo.

LOs Apostoles de Cristo
viendose mas alentados,
y rodar por aquel suelo
tantos hombres, y Soldados,
y que ya sus enemigos,
rendidos, y destrozados,
con sus pertrechos estaban
rendidos en aquel campo,
y que con una palabra
del Maestro Soberano,
la tierra estaba por suya,
y vencidos los contrarios:
à Cristo à mirar volvian
alegres, y consolados,
pensando que con aquello
estaba todo acabado,
y aquietandose en el miedo,
sumamente se alegraron
de aquella insigne victoria,
que tan sin riesgo ganaron.
Mas viendo el Señor Divino,
quan agenos de cuidado
sus Discipulos estaban
de lo que importaba tanto:
y habiendose detenido
de esta suerte un breve espacio,
por no quitarles tan presto
el consuelo que tomaron,
bolvió sus Ojos Divinos
hácia el esquadron armado,
que en tierra tendido estaba,
con temerosos desmayos;
y sabiendo que importaba
para lo ya decretado,
darles esfuerzo bastante,
para morir à sus manos,
comenzó à darles aliento,
y ellos su favor tomaron.
Se levantaron del suelo,
confusos, y acobardados,
mirandose unos á otros;
despues que se levantaron, tur-

turbados, y enmudecidos,
temerosos, y temblando,
las armas buscando andaban
afligidos, y cansados,
y algunas de las linternas,
porque muchas se apagaron.
Al fin, tomaron sus armas,
y en habiendolas tomado,
fueron desechando el miedo,
y algun esfuerzo tomando.
El aliento que tomaban
bien quisieran emplearlo
en huir, para escaparse
de otro semejante caso;
pero como convenia
dexar manifiesto, y claro
testimonio, que el Mesias
quiso morir de su grado,
no les permitió que huyesen,
y con poderosa mano
la dió, para que hicieran
lo que estaba decretado.
Y asi, queriendolo Cristo,
quedaron tan esforzados,
como si el aliento, y brio
no les huviera faltado.
Viendo el alevoso Judas
aquel horrendo fracaso,
que ya pasado tenian
él, y todos sus Soldados,
y que entendido se habia
su intento perfido, y falso,
y que los Acusadores,
estaban desalentados,
à todas partes miraba,
confuso, y desesperado,
con tanto asombro, y temores,
que no pudo mover paso.
Miraba à sus Compañeros
como lo estaban mirando,
y de todos se temia,
de su culpa acobardado.
Bien quisiera alli San Pedro
hacer á Judas padazos,
mas mirando á su Maestro,
lo dexó por no enojarlo.
Judas, y toda su Armada
estaban como turbados;
sin determinar qué hacerse,
ó irse huyendo, y dexarlos.
Mas Cristo, que deseaba
pasar el acerbo trago,
tan dulce para nosotros,
quanto á él triste, y amargo,
se acercó á sus enemigos,
y para mas animarlos,
les preguntó mansamente,
que á quien andaban buscando?
Medroso un Soldado, dixo,
olvidando lo pasado:
A JESUS de Nazareno
es á quien buscando andamos.
Yo soy, le respondió Cristo:
y pues que me habeis hallado,
haced, segun vuestro modo,
lo que teneis ordenado.
Y solo á vosotros pido,
que tengais este recato,
y no me toqueis á estos,
que me están acompañando.
En aqueste tiempo Judas,
con corazon alterado,
andaba en su triste pecho
mil cosas imaginando,
A la memoria le vino
la Paz que le habia dado
con aquel atrevimiento,
solo con fin de engañarlo,
temiendo no huviese sido
puesto en vano su cuidado,

olvidandose las señas,
que à la Justicia habia dado,
y para que se acordasen
con los ojos, y las manos,
demostraciones hacia,
toda tardanza culpando,
sin que ablandase su pecho
aquel Pecho humilde, y manso
con que le habló su Maestro,
recibiendo el beso falso,
y el haberle dicho Amigo,
á quien le fué tan contrario,
con que convertir pudiera
un pecho de bronce, ó marmol
esta Omnipotente fuerza
de la Poderosa Mano,
oyendo que una palabra
puso en tanto estrecho à tantos;
ni el vèr á sus Compañeros,
ni que lo estaban mirando,
ni el miedo de la conciencia
de que estaba atormentado
aquel corazon rendido,
al Reyecillo tirano
de la culpa, vive á ciegas,
mientras él está reynando.
Y asi no le aprovechaba
de Dios los auxilios santos,
ni el hallarse en la presencia
de Cristo Cordero manso;
antes deseando estaba,
que llegase el fiero Vando,
y sin tardar lo prendiesen,
como estaba concertado.
El qual, viendo ya la suya,
y que Judas desviado
de su Maestro se habia,
para darles seña, y lado,
con osado atrevimiento,
y malvado desacato,

cercaron al Señor luego,
para prenderlo, y atarlo.
Arrimoseles la Chusma
con linternas alumbrando,
con lanzas, y con broqueles,
y estoques desembaynados,
diciendo: A él, muera, muera,
prenderle, y tenerle atado;
mas ninguno se atrevía
á poner en él las manos,
porque estaban todavia
algun tanto acobardados,
de quando en tierra cayeron,
temerosos de otro tanto,
hasta que un Ministro fiero,
que de Anas era criado,
muy conocido de todos,
por nombre llamado Malco,
pretendiendo declararse
por el mas valiente, y bravo,
se llegó cerca de Cristo,
queriendole echar un lazo;
mas viendo el zeloso Pedro
à Cristo Cordero manso,
con tanto orgullo, y ruido,
de tantos Lobos cercado,
no pudiendo resistirse,
sacó su estoque acerado,
y a toda la Turba ayrada
embistió aquel fiero rayo,
y al fiero Malco, que estaba
à Cristo un poco cercano,
señalandose entre todos,
como mas desvergonzado,
le tiró atrevidamente
un fuerte golpe de tajo,
tal, que muerto lo dexàra,
á no venir bien armado;
mas como el agudo filo
topó en lo debil del casco,

 se

se probaron los aceros;
con las lumbres que saltaron;
y resbalando la espada
por aquel hierro acerado,
se llevó parte del yelmo,
junto con la oreja abaxo.
El golpe fué tan furioso,
que aturdido, y atronado,
cayó en tierra como muerto,
sin menear pie, ni mano:
en teniendo aquel en tierra,
volvió à levantar el brazo,
al qual le detuvo Cristo,
volviendo por sus contrarios.

CANTO XVIII.

Prenden á Jesu-Cristo.

VIendo Cristo, que S. Pedro
estaba en guerra metido
en que enfrascados tenia
las potencias, y sentidos:
y que su zelo amoroso
lo hizo tan atrevido,
que quiso embestir con todos
con tan denodado brio,
lo llamó, diciendo: Pedro.
Y Pedro, en oyendo á Cristo
templó el sañudo rigor,
en que ya estaba encendido.
Con un turbado semblante,
pecho alterado, y rendido,
siempre de JESUS llamado,
dexó la pendencia, y vino,
dexandoles miedo á todos
los Gentiles, y Judios:
y JESUS para amansarlo,
con Divina Paz le dixo:
Mira, Pedro, lo que haces,
pon en la vayna el cuchillo,
porque aquel que á hierro mata
merece a hierro el castigo;
y no quieras impedirme,
pues ves que yo no lo impido,
beber el Caliz amargo,
que mi Padre me ha ofrecido.
Pedro obedece, y la espada
buelve á su lugar, y sitio,
con que deshacer pudiera
todo el Esquadron maldito;
el qual estaba del hecho,
tan turbado, y detenido,
que ninguno se atrevia
á llegarse á Jesu-Cristo.
Cristo, con piedad benigna,
se llegó al fiero Ministro,
que desorejado estaba,
y en aquel suelo tendido,
y viendo correr la sangre
por la barba, y el carrillo,
echando menos la oreja,
se mostró despavorido;
mas él que nunca se olvida
de los tristes, y afligidos,
amando entrañablemente
á sus mismos enemigos,
tomó la oreja cortada
y con sumo poderio,
la pegó sana, quedando
fixada en su lugar mismo.
Y volviendo à las quadrillas,
que intentaban perseguirlo,
y cercado lo tenian,
para llevarlo consigo,
les dixo amorosamente:
A prenderme habeis venido,
con espadas, y con lanzas
como á ladron conocido,
siendo cierto que en el Templo

muchas veces me haveis visto
en publico predicar,
y nunca me haveis prendido.
Obrad, que esta es vuestra hora,
y en ella os es permitido
el poder de las tinieblas
del Principe del Abysmo.
Y en diciendo estas palabrás,
(O, Cortesanos Divinos!
decid lo demás vosotros,
sino estais enmudecidos!)
O, Grandeza de grandezas!
O, Bondad de Inmenso Abysmo!
que por Amor de los hombres,
á tal sér habeis venido.
Para contar tus hazañas
dadme talento cumplido,
y enciende el amor ardiente
de este corazon tan tibio.
Pues que asi por mi padeces,
y yo tan dichoso he sido,
que tenga el fin de gozarte,
siendo el medio tu martyrio,
Dadme por tu Pasion Santa,
para decir, el estilo
tal, que aquel que lo leyere
quede en tu Amor encendido,
y tu Luz Santa, y Divina,
para sentir lo que escrivo,
y que de tu Pasion sea
devoto, y agradecido.
Y prosiguiendo la Historia,
lleno de turbacion digo,
porque no hallo palabras
para empezar á decirlo.
Aquellos Canes rabiosos,
que del freno desasidos
se vieron con mano suelta,
para mostrar sus designios,
rebentando ya la presa,
que los tuvo detenidos,
y del Infierno ayudados,
con depravados bullicios,
embistieron como canes,
rompiendo el ayre con gritos,
diciendo: Favor, justicia,
prenderle, tenerle asido,
huyóse el Apostolado,
en oyendo aquel ruido,
dexando al Cordero Santo
en tan notable peligro,
y los Ministros crueles,
del todo descomedidos,
en Cristo sus manos ponen,
viendo que lo ha permitido.
Unos del cabello asieron,
no fiando del vestido,
y otros lo asieron los brazos
con atrevimiento impio.
Tenianle, y recelaban,
que se ha desaparecido,
por lo qual muchos lo asieron
con sobresaltado ahinco.
Tan cercado lo tuvieron,
y tantos á un tiempo asido,
que movieron sobre el caso
empellones, y ruido:
y en fin, tanto maltrataron
aquel Cordero Divino,
que quitarle alli la vida
recelaron ellos mismos.
Percibieron los cordeles,
que ya estaban prevenidos,
y ataron las Santas Manos
con lazos escurridizos,
arrojaronle una soga
en aquel Cuello Bendito,
y á tirar de ella empezaron,
para sacarlo al camino.
Con libertades le hablaban a-

aquellos crudos Ministros,
con afrentosas palabras,
y modos descomedidos;
y teniendolo ya preso,
daban palmadas, y silvos,
de la prision provocados,
y llenos de regocijo,
Y tanto tiempo gastaron
en aprisionar a Cristo,
que los Discipulos todos
se fueron sin ser sentidos;
y antes de salir al Huerto,
un Cabo de Esquadra dixo,
que los Prisioneros fuesen
muy bien atados, y asidos.
Dieron al punto en la cuenta
de que todos se havian ido,
mientras con Cristo estuvieron
los Soldados divertidos.
Y el Capitan enojado,
habiendo el caso sabido,
mandó en el Huerto buscarlos,
por si estaban escondidos.
Salieron mas de doscientos,
en quadrillas divididos,
á buscar de Cristo Santo
los Discipulos, y Amigos;
y uno de aquellas quadrillas
movió muy grande ruido
por pensar, que habia hallado
à uno de los fugitivos:
y fué tanto el alboroto
de gritos, y de alaridos,
como si venido huviera
un Esquadron de enemigos.
En fin, se les fué la presa,
quedando manivacidos,
quando por cierto entendian
coger la caza en el nido.
Y fué, que del Hortelano
un Mozo de poco aviso
se levantó de la cama,
desnudo, y medio vestido,
y como desnudo estaba,
pensando no ser sentido,
en una sabana blanca,
à la Huerta habia salido;
y como buscando andaban,
viendo el bulto, sin aviso
le arremetieron gritando,
con engañoso designio.
Y el Mozo, porque no viesen
su desnudo desabrigo,
huyó, como si tuviera
algunos graves delitos.
Y viendo que lo seguian,
con tanto corage, y brio,
dexó la sabana blanca,
y se escapó sin vestido.
La sabana recogieron
los Porquerones mohinos,
que á seguirle no acertaron
en perdiendo el blanco viso.
Y viendo ya los Soldados
el tiempo que habian perdido
en buscar los Compañeros
del aprisionado Cristo:
y que todas las quadrillas
con acelerado ahinco,
en el Huerto no dexaron
ningun seno ni escondijo;
despues que à ninguno hallaron
mandaron tocar el pito,
para que se recogiesen
los que andaban esparcidos,
y contentos con la Presa,
que ya llevaban consigo,
la puerta del Huerto abrieron,
para salir al camino.
Sacaron á JESUS luego, con

con tal furia, y desatino,
y tanto mal tratamiento,
que dá temor el decirlo,
y enmedio de esta batalla,
aquel Cordero Divino
de JESUS Manso, y Humilde,
tan turbado, y afligido,
estaba en Divino Fuego
inflamado, y encendido,
y de amorosas saetas
tan traspasado, y herido,
que por pequeños tenia
todos aquellos martyrios,
pues su amor era bastante
á padecer infinitos,
y al Padre Eterno decia:
Padre mio muy querido,
à quien postrado, y humilde,
os amo, adoro, y bendigo,
tén tu poderosa Mano,
y no embies el castigo,
que aqueste Pueblo merece
por tan cruento delito.
No mires, Eterno Padre,
sus pechos endurecidos,
mas mira el llanto amoroso
con que yo te lo suplico.
Aceptó el Eterno Padre
esta demanda, y partido,
viendo el clamoroso ruego
de su lastimado Hijo.

CANTO XIX.

Donde llevan à Cayfas la nueva de la prision de Cristo.

YA la indomable Serpiente
viendo encendida la Guerra,
y que à Ctisto maltratando
están las canallas fieras,
escupe infernales furias,
para que corage, y fuerzas
no les falte á los Ministros,
que lo afligen, y atormentan.
Cubren sus entendimientos
con las confusas tinieblas,
que los infernales lagos
tienen siempre de represa:
y con diabolica furia,
y frenetica ceguera,
hacen desacatos grandes,
sin temor, y sin verguenza:
á Cristo llevan asido,
con tal enojo, y braveza,
y tan cercado de armas,
lanzas, espadas, y flechas,
que pretende cada uno
de todos los que lo llevan,
en el mundo no haverse hecho
otra tan honrada presa.
La soga de la garganta
le lastíma, y atormenta,
rasgando su Santa Carne,
con espanto, y aspereza:
tambien la lastíma, y hiere
el cordel, que á las Muñecas
con grande crueldad le ataron,
con iracunda fiereza.
Llevanle preso entre muchos,
hasta salir de la Huerta,
con grande alboroto, y grita
con ruido, y polvareda,
y sacandalo al camino,
hacen alguna represa,
porque el Capitan à todos
les manda que se detengan
quiere que todos se junten,
porque á punto de pelea,
esten puestos por su orden, por

por lo que suceder pueda.
Lazaro el resucitado
es de quien mas se recelan,
que es Caballero valiente,
y tiene gran parentela.
Tambien del Pescador Pedro,
que cortó á Malco la oreja,
temen no torne à embestirles,
y les dé alguna molestia.
Quiere contar sus Soldados,
y faltan mas de cinquenta;
por codiciosos andaban
buscando los que se huyeran.
Visto ya los que le faltan,
toca el pito, porque vengan,
que para juntarse todos
es la conocida seña.
Vienen rompiendo los ayres,
como furiosas saetas,
llenos de sudor, y polvo,
despechados de la priesa.
Y estando ya todos juntos,
tan grande alboroto suena,
como si alli se tratára
de alguna lidia, ó pendencia:
y en todo este tiempo Cristo
ni se escusa, ni se niega:
antes sufre aquellos golpes
con infinita paciencia;
y mientras mas le maltratan
con injuriosas ofensas,
mas en el amor se enciende
de aquellos que le atormentan.
O, Corazon amoroso!
O condicion de amor llena!
Quien nunca huviera pecado
contra tu Bondad Inmensa!
Que te atormenten los hombres,
y los tormentos, y penas
padezcas de buena gana
por los que asi te atormentan!
Digo, volviendo à la Historia,
que con codiciosa priesa,
dos Porquerones corriendo,
lleban á Cayfás la nueva:
y como á ganar la joya,
con sobrada diligencia,
todos llegan porfiados,
entrandose por la puerta,
piden à voces albricias,
porque Cayfás les atienda.
Cayfás, que el orgullo entiende
de aquella entrada perversa,
sabiendo que Cristo es preso,
estrañamente se alegra,
porque estaba combatido
de mil congoxas, y penas,
y remordimiento grande
de su dañada conciencia:
porque habia poco antes
sabido por cosa cierta,
que estaba muerta en el campo
toda la gente de guerra.
Mas con la nueva presente
se satisface, y consuela,
y manda, que le apercibau
el estrado de su Audiencia,
y à los mensageros manda,
que suban à su presencia,
y de la prision le cuenten
en tanto que Cristo llega:
y mientras que los Ministros
la prision de Cristo cuentan,
embia un Criado suyo
á saber si viene cerca,
el qual salió, obedeciendo
lo que su Dueño le ordena.
Y al siguiente de los Cantos
contaremos la respuesta.

CAN-

CANTO XX.

Salida del Huerto à Casa de Cayfás.

YA los Sayones crueles,
y la falsa Compañia,
iban marchando con Cristo,
con grandes voces, y gritas,
y con tanta polvareda,
que con ser noche se vìa,
á buelta de las linternas,
y espadas que relucian,
Eran tan grandes las voces,
el ruido, y griteria,
el mormollo era tan grande,
que ellos mismos no se oian,
y el orden que estaba dado
ninguno lo obedecia,
teniendo el Capitan de esto
la paciencia ya perdida;
y como no aprovechaban
las diligencias que hacia,
tenia ya de dar voces
pecho, y habla enronquecida;
porque en la presa cebados
los Soldados, y Justicia,
y alentados de la fuga,
parece que no sentian;
se rindió ya de cansado,
porque del todo tenia,
del corage, y del trabajo,
el habla, y fuerzas rendidas:
y Cristo Manso Cordero
enmedio de todos iba,
con aquella mansedumbre,
que de continuo tenia:
las Manos atrás atadas
con una cuerda torcida,
y de los remates de ella
le tiraban con malicia.
De esparto una gruesa soga
la Garganta le ceñia,
lastimando crudamente
aquella Carne Bendita.
Asi provaban en Cristo
sus fuerzas, y valentías,
procurando aventajarse
en desverguenzas indignas.
Unos, que con Cristo hablaban,
con deseo que tenian
que respondiese, y hablase,
para ver lo que decia,
descargaban recios golpes,
llenos de rabiosa ira,
castigandolo con esto,
porque no les respondia;
y como al Cuello la soga
el aliento le impedia,
iban tirando de ella
sin recelo, y con malicia.
Otros, dandole empellones,
con muestras descomedidas,
á su paciencia atrevidos,
que anduviese le decian.
Otros, le daban silvidos,
como quando al Toro lidian,
por gastarle la paciencia,
para vér si la perdia:
y en este mal tratamiento
tan encarnizados iban,
que el lugar adonde estaban
ellos mismos no sabian;
hasta que al Cedrón llegaron
que aqueste nombre tenia
un cenagoso arroyuelo,
del agua que se perdia;
y como mal paso era,
estaba una puentecilla,
para el paso de la Huerta,

angosta, y mal prevenida;
y como la Tropa toda
por la puente no cabia,
era menester espacio
para tan grande avenida;
y la Justicia, y Soldados
llevaban tanta codicia
de encerrar presto en la Carcel
al verdadero Mesias:
por el cenagar lo entraron,
sin guardarle cortesìa,
ni repararon su daño
los que asido lo traian.
Adonde el hedìondo ceno,
que llegaba à las rodillas,
fué c usa a algunos Soldados
de grande contento, y risa,
viendo la penosa entrada
y fatigosa salida,
dando el tropel en el cieno,
sin mirar lo que hacian.
Alli fueron las risadas,
la mofa, y tambièn la grita,
y el mirar al Nazareno,
para vér como salia.
Salió Cristo maltratado,
y aquellos que con él iban,
que codiciosos llevaban
la Santa Persona asida:
los quales embravecidos,
y con diabolica ira,
al Sacro Cordero echaron
la culpa, y lo maldecian.
Con este mal tratamiento
Cristo caminando iba,
acosado, y perseguido,
sufriendo la Esquadra impía:
sudando con el cansancio,
y con ansiosa fatiga,
mal ordenado el cabello,
y la Fas descolorida,
y del sudor que en el Huerto
de Sangre corrido habia,
su Divino Rostro, y Barba
llevaba en Sangre teñida:
y con el sudor, y Sangre,
y el mucho polvo que habia,
iba tan desfigurado,
que apenas lo conocian.
O Pedro, querido Apostol!
Qué es de vuestra valentía?
O Juan, Apostol amado!
O Dulcisima MARIA!
Cómo es posible, Señora,
que puedas ya tener vida,
pues que con tantos tormentos
à tu Hijo se la quitan!
Apercibete, Señora,
à la mayor agonia,
y à la mas terrible pena,
que en el Mundo ha sido vista.
O Hijo de Dios Eterno!
O verdadero Mesias!
que por amor de los hombres
estàs en tanta ignominia!
Yo me admiro, Señor mio,
cómo puede el alma mia
tener olvido, teniendo
de aquestas cosas noticia;
y asi yo, Señor, te pido
voluntad agradecida,
que olvidar tus beneficios
es ingrata villanía.
Volvamos, pues, á la Historia,
no la perdamos de vista,
que llevan preso al que prende
con su mirada Divina.
Preso, y maniatado llevan
al Dueño de nuestras vidas,
que como tan Dueño, quiere

de esta suerte redimirlas.
En tanto que los Soldados
con Jesu Cristo caminan,
vamos á buscar á Pedro,
y su Sagrada Familia.

CANTO XXI.

Junta de los Apostoles, despues de la prision, y seguimiento.

HAbiendo ya sucedido
aquel lastimoso caso
de la prision lastimosa
del Hijo de Dios Sagrado,
y llevandole consigo
la Justicia, y los Soldados,
en prisiones oprimido,
afligido, y maltratado,
con tumultosos tropeles,
con orgullo, y sobresalto,
que lo tenian de verse
en tal empresa empleados,
queda su Rebaño humilde
esparcido, y asombrado,
como quando el feroz Lobo
hace presa en el ganado.
Todos divididos fueron,
porque huyendo se ocultaron
de aquel Esquadron furioso,
que prendió á su Pastor Manso.
Y habiendo mas de una hora,
que sentia susto el campo,
ya sin el tropel de aquellos,
que los estaban buscando,
comenzaron á animarse,
y como desalentados,
unos por otros miraban,
ristes, y desconsolados.
Acertaron á estár juntos
San Tadeo, y Santiago,
porque en el asalto fueron
á caer juntos acaso;
los quales dos Compañeros
tristes, y desconsolados,
con dolorosos suspiros
del caso estaban tratando,
quando á Andrés reconocieron
que triste, y sobresaltado,
pasaba por junto á ellos
afligido, y suspirando.
Llamaronlo por su nombre,
él respondió alborotado,
y conociendo quien eran,
rompió el pecho desmayado.
Siendo alentados con verlos,
les preguntó con cuidado
por su hermano Simon Pedro;
si lo habian visto acaso
porque con cuidado estaba?
Y respondieron entrambos,
que ninguno le habia visto,
desde que pasó el rebato.
En oyendo esta respuesta
dixo, triste, y sollozando:
O JESUS, Dulce Maestro!
O Pedro, querido hermano!
Cómo es posible que viva
de vosotros apartado?
Y còmo tendrè consuelo,
faltandome tal amparo?
En diciendo estas palabras,
sintió á la sombra de un arbol
el grande rumor que hacian
algunas gentes hablando,
y atropellando temores,
se llegó determinado
á reconocer quien eran,
porque el amor lo hizo osado;
y mientras mas se acercaba, mas

mas quedaba consolado,
porque ya reconocia
ser de su amable Rebaño.
Reconoció quatro dellos,
estando un poco cercano,
y ellos que lo han conocido
alegres se consolaron,
y haviendo perdido el miedo,
llegó á ellos preguntando
por su hermano Simon Pedro,
si lo havia visto acaso:
y antes de oir la repuesta,
todos suspensos quedaron,
porque overon sus oidos
junto à si confusos pasos.
Aguardaron con silencio,
y vieron que á paso largo
venian dos caminantes,
una ladera baxando.
Y como solos dos eran,
con gran esfuerzo aguardaron,
sospechando si serian
algunos de sus hermanos:
y para consuelo suyo,
conocieron que hermanados
iban San Juan, y San Pedro,
muy de prisa caminando.
Y como las Ovejuelas,
viendo el perro del Ganado,
en le peligro del Lobo
tienen defensa, y amparo,
asi conociendo à Pedro,
con el consuelo alentados,
todos con gran regocijo,
à su presencia llegaron.
San Juan viendo tantos juntos,
tomó nuevo sobresalto,
y Pedro atrevidamente,
à su espada metió mano;
mas conociendose todos,
muy grande aliento tomaron,
porque en San Pedro tenian
cierto consuelo, y reparo.
Embainó Pedro la espada,
y en estando sosegados,
hechos una rueda todos,
les dixo triste, y llorando:
Bien sabeis, amigos mios,
quanto mal hemos andado
en huir, dexando solo
à nuestro Maestro Sacro.
Asombrado estoy de todos!
Y de lo que mas me espanto
es de la gran cobardia,
que yo tuve en este caso!
El corazon en el cuerpo
me dà latidos, y saltos:
y estoy del hecho presente,
y de mi mismo afrentado.
Y diciendo estas palabras,
era tan grande su llanto.
que ninguno era bastante
para poder consolarlo,
Juan su amigo le decia:
Pedro, si el haver pecado
te tiene tan afligido,
no es mucho el sentirlo tanto;
mas si conoces tu pena
en la pena, y desamparo,
prisiones, y afligimiento
de nuestro Maestro amado;
consuelate con que él mismo
gusta de aquestos trabajos,
segun lo que hemos visto,
pues que todo està en su mano;
y advierte, que aquesta noche,
quando estaba celebrando
el Cordero de las Pasquas,
lo dixo en terminos claros,
No te acuerdas que nos dixo, es-

estando todos hablando,
serà el Pastor perseguido,
y afligido su Rebaño?
Pues todo lo sabe, y puede,
y quiere padecer tanto,
sin duda, que el caso tiene
grande Mysterio encerrado.
Esto puede consolarte.
En quanto à haverlo dexado;
fia en su condicion noble,
que tiene de perdonarlo.
Con estas, y otras razones
lo estaba Juan confortando,
sin ser bastante ninguno
para poder consolarlo;
antes con corrido pecho,
y con ansioso desgarro
dixo, que á seguir à Cristo
estaba determinado,
jurando solemnemente
de asistir siempre a su lado,
hasta que pierda la vida.
San Andrés lo ha reportado,
diciendole: Hermano mio,
repara en lo que has hablado;
ten reportacion, no seas
imprudente, y temerario.
Mira lo que Juan te ha dicho,
y ten prudencia, y recato,
no sea tu atrevimiento
en el todo demasiado.
Pedro en lagrimas deshecho,
colerico, y enojado
dixo, que en seguir á Cristo
nadie le fuese á la mano,
que á ir yà estaba resuelto,
y á ello estaba arrestado,
y que los demàs pusiesen
sus vidas en buen recado.
Con este aliento de Pedro
todos se determinaron
à hacer la misma jornada,
por ir à hacer otro tanto.
Luego Tomás, y Mateo,
en este caso llegaron,
que solos ellos faltaban
de los once del Rebaño:
los quales, aunque afligidos,
y del todo atribulados,
se alegraron con los nueve,
y los demàs se arrestaron,
conformandose con Pedro
los que de nuevo llegaron,
con el grande sentimiento
de que estaban lastimados.
Y viendo Pedro, que habian
ya todos determinado
ir en seguimiento suyo,
sus pisadas imitando,
enfrenando el movimiento
dixo, un poco reportado,
que solo San Juan queria,
que lo fuese acompañando.
Juan, que agradecido era,
le estimó mucho el cuidado,
y los demás del Colegio
obedecieron callando.
Despidieronse con esto,
á qualquier riesgo arrestados,
y para la Ciudad Santa
su viage encaminaron,
quedando los demás, todos
temerosos, y pensando
lo que en los Cantos siguientes
contaremos mas despacio.

*** *** ***
*** ***

CAN-

CANTO XXII.

La llamada de San Pedro á Casa de Anás.

COn desmandado tropél,
orgullo, sobervia, y ceño,
con polvareda, y con voces,
y con espantoso estruendo,
entre la cruel Partida
á Cristo llevaban preso,
dando los que lo llevaban
alaridos de contento,
y á Jerusalen llegando
con el Santo Prisionero,
se repararon un poco,
antes que lo entrasen dentro:
y la Justicia, y Soldados
en tanto se detuvieron,
que su Capitan hablaba
con algunos de secreto,
que temiendo algun peligro,
les mandó, que con denuedo,
con la luz cubierta entrasen,
por no alborotar el Pueblo,
el qual de esta suerte estaba,
con miedo, y asombro inquieto,
que muchas cosas tenian
para el temor de sus pechos.
Y habiendo un rato gastado,
á su Esquadra previniendo,
para que, en tocando el pito,
cunociesen su consejo,
se apartó haciendo corrillo
de algunos Soldados viejos,
y con la mayor justicia,
á todos habló, diciendo:
Conviene, Señores mios,
el que á la sordina entremos,
y al Prisionero pongamos
en Casa de Anás el viejo;
lo uno, por estár cerca,
que algun alboroto temo,
si con él nos apartamos,
para llevarlo mas lejos:
lo otro, porque es muy justo,
que se le tenga respeto,
por ser tan grave, y por ser
de Cayfás honrado suegro.
Y quando Cayfas lo sepa,
nos tendrá por hombres cuerdos,
porque con su suegro usamos
tan grande comedimiento:
y que lo que mas importa,
es ir seguros, y ciertos
de que no habrá resistencia,
ni se levantará el Pueblo;
porque el Colegio que sigue
á este JESUS Nazareno:
en sabiendo su prision,
alborotarán el Pueblo.
La Justicia, y los Soldados,
habiendo escuchado esto,
dixeron, que se guardase
aquel aviso, y decreto.
Y con esto se apartaron,
y el Capitan al momento
tocó un pito, para seña
del avisado silencio.
Cesó el vocear, y orgullo,
quedando el campo con esto
todo cubierto de luces,
con las que les daba el Cielo.
Y como en silencio iban
aquellos Sayones fieros,
la soga apriesa tiraban
que llevaba Cristo al Cuello.
Aprisa marchando iban,
con sobresaltados miedos,
porque algun milagro grande a-

aguardaban por momentos,
y por la Puerta Dorada
entraron al Nazareno,
con menos mormollo, y grita,
que por el campo traxeron.
Y por una calle arriba,
en orden de guerra puestos,
iban aprisa marchando
à Casa de Anás el viejo,
el qual avisado estaba,
porque no faltó quien luego,
que el intento fue sabido,
le llevó el aviso cierto;
y aunque con cuidado iban
de llevarlo sin estruendo,
con la capa de la noche,
no fué de ningun efecto,
que los ruidos, y pasos
á todos quitò el sosiego;
y como sobresaltados,
andaban todos inquietos,
por cuyas causas habia
tanta multitud, y aprieto,
que caminar no podian
con el Soberano Preso:
tanto, que les fue forzoso
interrumpir el silencio,
y apartar alguna bulla,
con empellones, y encuentros.
Mandó descubrir las luces
el Capitan, viendo esto,
y aun saliendo del camino
fueron los Alabarderos,
los quales, embravecidos,
y con colerico aliento,
con desatinados golpes
ancho campo iban haciendo,
y las luces descubiertas,
con que el Divino Maestro
pudo ser bien conocido
de toda la Turba, y Pueblo:
el qual, con grande alarido,
luego que lo conocieron,
comenzaron à dár voces,
con orgullos descompuestos.
Unos que bien le querian,
viendolo en tan grande aprieto,
con gemidos compasivos
mostraban sus sentimientos.
Otros tambien voceaban,
con enfado descompuesto,
hablando contra el Mesias,
con injurias, y denuedos.
En esto la puerta, y casa
del viejo Anás conocieron,
el qual aguardando estaba,
con grande apercebimiento,
donde le entraron, gritando
los sayones carniceros,
causando entre todos juntos
un alboroto funesto.
Todos en el patio entraron
los que con Cristo vinieron,
y á los demás fue cerrada
la puerta que estaba enmedio,
quedando muchos afuera,
que con impetu sobervio,
daban voces, y silvidos
sin recato, ni recelo.
Enmedio de este alboroto,
se llegaron Juan, y Pedro,
que como havemos contado,
venian en seguimiento:
los quales disimulando
sus enternecidos pechos,
y con estraña osadia,
dando, y recibiendo encuentros,
se acercaron á la puerta
de Anás, de Cayfas el suegro.
Dió San Pedro algunos toques,

con un aldabon de hierro,
cuyos golpes fueron dados
con tanta fuerza, y denuedo,
que los de á dentro temblaron,
y los de á fuera temieron.
Los de á dentro, se pensaron
Letrados, ò Caballeros,
ó ser principal persona
de particular respeto;
y los de á dentro temian,
sintiendo llamar tan recio,
porque las conciencias malas
de continuo están temiendo.
Y porque el Canto se acaba,
en los siguientes dirémos,
para proseguir la Historia,
que nos dé su ayuda el Cielo.

CANTO XXIII.

Casa de Anàs y mofa del Señor.

DEnso el rostro se mostraba
de la Luna hermosa, y bella
enlutada, y afligida
entre algunas nubes negras:
y los Astros Celestiales
mostraban sus influencias.
Un elado, y recio viento,
causando la noche fresca:
quando Cristo maltratado,
entre la Guardia guerrera,
en Casa de Anàs estaba
puesto como à la verguenza,
y con algazara estraña,
silvos, escarnios, y befas,
celebraban su prision
aquellas almas perversas.
Unos mirandolo atentos
con la luz de las linternas:
otros, con mofa, y escarnio,
meneando la cabeza:
procurando señalarse
aquellos pechos de fieras,
en desatadas, notables,
y atrevidas desverguenzas.
Y Cristo, como Cordero,
que á darle la muerte llevan,
en tanto mal tratamiento
no les habló, ni dió quexas,
antes deseando estaba,
con entrañas de amor llenas,
el remedio de las almas
de aquella Turba perversa.
En esto llegó un Portero,
con autoridad, y priesa,
diciendo, que Anás queria,
fuese Cristo á su presencia,
y todos obedeciendo,
en una espaciosa piesa
entraron con Cristo, donde
quiso Anas hacer Audiencia.
En esto San Pedro estaba
lleno de medrosas penas,
y San Juan, su Compañero,
dando golpes á la puerta,
mas era tanto el ruido,
las voces, y las contiendas,
que los de adentro tenian,
y causaban los de afuera,
que nadie en toda la sala
acudió á saber quien era,
aunque San Pedro llamaba
con descompasada fuerza;
porque todos los Criados
que de Cristo estaban cerca,
y la demàs Serie toda
lo contemplaban atenta:
y todo amontonados, ha-

hacian la sala estrecha,
para oir del Verbo Eterno
sus palabras, y sentencias.
La bulla, y las coleadas,
las voces, y las contiendas,
el aprieto, y los silvidos,
la tropelia, y pelea,
causaban alli ruido,
en tan crecida manera,
que ninguno de la sala
podia entenderse apenas.
Anás, que confuso estaba,
viendo con tanta estrañeza
tan grande aprieto en su sala
de empellones, y pendencias,
en pie se levantó, y puso,
para que le obedecieran,
con judaycos ademanes,
las manos en las orejas.
Y viendo que alli no havia
ninguno que lo entendiera
antes de lo que mandaba
no mostraban hacer cuenta:
lleno de corage, y rabia,
y con sañuda presencia,
mandó á voces, que cerrasen
del grande salon las puertas,
cuya braveza, y corage
de poco provecho era,
si de rigor, y justicia,
no le ayudaran las señas,
las quales luego entendieron
los que estaban mas afuera,
y á resistir comenzaron
aquella chusma perversa,
la qual en tan grande aprieto,
y en tanto numero era,
que imposible parecia
hacer alli resistencia.
Al fin, de bregar cansados, H
y con dolor de cabeza,
algunos de ellos se fueron
huyendo de la molestia.
Otros tambien, flaqueando,
y cansadas ya las fuerzas,
se partieron, molestados
de la chusma vocinglera:
y con crecido trabajo,
haciendo alguna violencia,
resistiendo con las armas,
pudieron cerrar las puertas.
Y viendolas ya cerradas,
se desenoja, y sosiega,
y en su Silla de Prelado,
para descansar se sienta,
donde sosegado un rato,
aguardando con paciencia
quiere estár, porque los suyos
á sus palabras atiendan.
Y viendo la ocasion suya,
dando palmadas apriesa,
y puesto el dedo en la boca,
mandó, que silencio tengan.
Todos callan, y obedecen,
porque con ansia desean
oir la razon, que Cristo
para su descargo alega:
Viendolos ya sosegados,
con faz alegre, y risueña,
mirando á Cristo á la cara,
de esta suerte Anás comienza:
Ya se acabaron, Maestro,
vuestros trazados emblemas,
y deseos ambiciosos
de vuestra mala conciencia.
Ya estareis desengañado,
que no ay secreto en la tierra,
que el Cielo, á muy pocos lances,
no lo descubre, y revela.
Bien conocerá ya el Pueblo el

el zelo que nuestra Audiencia
observa con nuestra Ley,
pues que castigaros muestra.
Buena traza habiais dado,
si Dios no la descubriera,
para que el Mundo os tuviese
por Hombre Santo, y Profeta.
Muy bien podeis alabaros,
que fueron vuestras quimeras
tales, que engañar pudisteis
una Ciudad como esta.
En bien huviera parado
esta Republica Hebrea
con este, y con otros tales,
si por nosotros no fuera.
Buelva, y mireme á la cara,
y respondame siquiera
á lo que quiero decirle,
pues Hombre es de tanta ciencia.
Adonde, y cómo aprendisteis,
para que yo aprender pueda,
estos tan grandes encantos,
con que todo el Mundo enredas?
Quien el Domingo pasado,
no conociendote, viera,
que en Jerusalen entrabas
triunfando con tanta fiesta;
y como alli hablar hiciste
hasta los Niños de teta,
y con tus hechicerias
les meneaste las lenguas.
Cómo sanas los enfermos,
y los muertos desentierras,
y los traes del otro Mundo,
para que á esta vida buelvan?
No me dirás el secreto,
cómo fué aquella merienda,
que diste á diez mil personas,
entre varones, y hembras?
Y con dos Peces no mas
y cinco Tortas pequeñas,
hartando á tantos, sobraron
de comida doce espuertas?
Dime, por tu vida, Hermano,
qué arte, ó malicia, ó letras
para hacer te han enseñado
tales cosas como estas.
Enseñanos algo de esto,
pues que otras cosas enseñas,
que no es razon que contigo
tan buenos artes perezcan.
Cristo, que desea, y quiere,
con Misericordia Inmensa,
el remedio de las almas
de los que menos lo aprecian,
no quiere responder nada
á tantas impertinencias;
sino es que padece, y sufre,
con soberana modestia.
Y porque el Canto se acaba,
demos gracias á la Alteza
del Señor, que por nosotros
padece tantas afrentas.

CANTO XXIV.

Donde prosigue la mofa del Señor en Casa de Anàs.

MAravillados estaban,
con absortas suspensiones
los Espiritus Celestes
de la Soberana Corte.
O, quanto el Cielo quisiera,
con todos sus Moradores,
si Dios le diera licencia,
descubrir su Gloria entonces!
Quien, Redentor de mi alma,
no se abrasa en tus amores,
viendo que tu, por dar vida,
á

á tales cosas te pones?
Quien no os ama, JESUS mio!
Quien os niega, y desconoce!
Y quien, por solo agradaros,
no vive á la Ley conforme!
Alabente, Rey Eterno,
los Pueblos, y las Naciones,
y todo el Mundo agradezca
tus Soberanos favores.
Y bolvamos á la Historia,
por dar gusto á los Lectores,
aunque aqui quisiera estarme
agradeciendo tus dones.
Habiendo Anás acabado
las maliciosas razones
de su sedicioso intento;
aunque muestra que las oye,
guardando humilde silencio,
ninguna cosa responde.
Le dice un poco mas alto:
Eres de piedra, ó de bronce?
Cómo á las razones mias
tanto te turbas, y encoges?
Respondeme alguna cosa,
dime una razon que tome.
Aguardas que por ventura
me encolerice, y enoje?
Y porque no respondia,
aquellos crudos Sayones,
crueles le amenazaban,
mostrandosele feroces,
celebrando algunos de ellos,
con recios, y malos nombres,
con afrenta, y menosprecio,
al que gobierna los Orbes.
Del Santo Cabello algunos
le daban mil repelones,
obligandole á que hablase,
pues era ocasion entonces.
Mas uno de los Soldados

hombre temido, y de nombre,
y el mas discreto, y valiente
de todos los Esquadrones,
viendo que con Cristo usaban
de tan grandes sinrazones,
y que lo menospreciaban
con lenguas sucias, y torpes,
de compasion conmovido,
les dixo á los agresores:
No es razon maltratar tanto
à este pobre, y triste Hombre;
bastale su afligimiento,
y molestosas prisiones,
sin que todos en la sala
con injurias lo provoquen.
Viendo Anás, que aquel Soldado,
con grandes demostraciones,
bolviendo estaba por Cristo,
sin haberle él dado orden,
con repentino ccrage,
que tomó, encolerizose,
y con asperas palabras
corrigió al Soldado noble,
diciendole: Quien os mete
en esas reprehensiones?
Quereis que toda Judea
en mi casa se alborote?
Sabeis lo que haveis hablado?
Conoceis las intenciones
de este delinquente grande,
que decis, que no le enojen?
Viendo aquel noble Soldado,
que con palabras feroces
Anás castigarle quiso,
atrevido, respondióle:
Señor Anás, yo no he dado,
para que asi se apasione,
causa, pues todos han visto
mis inocentes razones.
Si gustase de escucharme, su-

suplícole se reporte,
y admita el descargo mio
à las culpas que me impone.
Diga, pues, si sabe ahora
cosa alguna que yo ignore,
dixo Anás, y reportado,
diciendo aquesto, sentóse.
Aqueste Canto se acaba,
y los Cristianos Lectores
verán en esotro Canto
tales cosas que se asombren.

CANTO XXV.

Prosigue la mofa del Señor en Casa de Anás.

HAbiendo el Soldado visto
el menosprecio, y enfado
con que Anas, para perderlo,
se sentaba muy despacio;
y que con sañudo rostro,
y semblante alborotado,
que dixese le mandaba,
si pensaba decir algo:
y que los demás estaban
atentos por su mandado,
con ademanes risueños,
y menosprecio escuchando.
Viendo que todos hacian
de su atrevimiento escarnio:
descubierta la cabeza,
de esta suerte empezó hablando:
Razon fuera, Señor mio,
tratarme como á Criado,
que lo soy (como es notorio)
del Señor Poncio Pilato.
Demàs de ser hombre noble
pues soy de nacion Romano,
y del gran Señor Tiberio
hombre de Guerra, y Vasallo,
para que yo no quedase
aqui delante de tantos,
con palabras injuriosas
abatido, y maltratado;
además, que si yo dixe,
que no maltratasen tanto
al delinquente afligido,
no fué ningun desacato.
Y si pedí me escuchasen,
fué por dar algun descargo
de mi persona, y palabra,
para no quedar culpado.
Y asi, S.ñor, de la injuria,
de todo aqueste mal trato
hecho delante de Jueces,
me maravillo, y espanto,
y mas confusion me causa
ver preso, y reo acusado
à ese JESUS Nazareno,
de quien estamos hablando:
porque habrá que lo conozco
poco menos de tres años;
aunque la palabra mia
á la suya no ha llegado:
y en todo el tiempo que digo
ninguno lo ha visto airado,
ni palabra descompuesta
en su boca se ha notado.
El se ha mostrado tán noble
tan amigable, y tan grato,
tan humilde, y amoroso,
tan liberal, y tan franco,
que no hay en el Pueblo todo,
entre quantos lo han tratado,
persona que no lo abone,
por la bondad de su trato.
Quántos tuvieron enfermos,
y se los encomendaron,
y con sola su palabra los

los dexaba al punto sanos?
Sin medicina, ni yerba,
son tantos los que ha sanado,
que solamente los Dioses
pueden hacer otro tanto.
Pues los tullidos, y ciegos
llenos de lepra, liciados,
que ya por naturaleza
los tiempos desahuciaron,
qué tantos son me responda,
si alguno los ha contado,
los que ha sanado este Hombre,
que estàn aqui maltratando?
Y quantos estaban muertos,
y ahora los encontramos
andar por todas las calles,
como nosotros andamos,
y del otro Mundo á este
vinieron por su mandado,
como es publico, y notorio
á todos los que aqui estamos?
Y á Lazaro el otro dia,
aquel Caballero honrado,
como algunos lo verian
de los que están escuchando,
no lo sacó, y dió la vida
de entre los demás finados,
al cabo de quatro dias,
que ya estaba sepultado?
Y si hay alguno que ignore
todo lo que estoy hablando,
no puede ser, porque todos
son testigos de estos casos.
Estas, y otras muchas cosas,
que dexo por no ser largo,
me tienen de aqueste Hombre
confuso, y maravillado.
Pues decir, que aquesto ha sido
hechicería, ó encanto,
será locura el creerlo,
y disparate el pensarlo;
porque los encantadores
á nadie resucitaron;
ni por ellos se habran visto
ningunos enfermos sanos;
y los hechos de este Hombre
tienen al Mundo asombrado;
porque nunca en él se ha visto
quien haya hecho otro tanto.
Y vér, que por delinquente
lo tienen aprisionado,
sin que de él, ni de los suyos,
ninguna maldad sepamos;
y viendo por otra parte,
que quien manda aprisionarlo
es un Tribunal, que zela
el Culto Divino, y Santo,
queda con tan graves cosas,
mi entendimiento anegado,
cuyo secreto Mysterio
yo confieso que no alcanzo.
Pasára mas adelante,
mas fué de Anás atajado,
que le volvió á hablar á Cristo,
su enojo disimulando,
diciendole: Pues has hecho
tantos, y tales milagros,
has ahora alguno de ellos,
para que te dexen salvo.
Mira lo que aqui se ha dicho,
y no te escuses callando.
Respondeme, si ahora tienes
aqui que responder algo.
Si estas cosas son verdades
como ahora lo han mostrado,
has un milagro de aquellos,
por librarte de mis manos.
Y si los consejos tuyos
fueron tan buenos, y santos,
para qué huyeron aquellos, que

que siempre te acompañaron?
Si delitos no tuvieran,
no anduvieran asombrados,
ni en el campo te dexáran
tan triste, y desamparado.
Mas ello es cosa notoria,
que todos han sido malos,
pues con el miedo se huyeron
de su culpa amedrantados.
Dime, qué Doctrina ha sido
la que siempre has predicado,
pues los Compañeros tuyos,
tan poco se aprovecharon?
Cristo, que escuchando estaba
con el rostro humilde, y baxo
las maliciosas razones
de aquel pecho apasionado;
y no habiendo respondido
á quanto le preguntaron,
porque su consuelo era
el verse menospreciado,
en tocando á la Doctrina,
que con sudor, y trabajo,
para remedio del Mundo,
anduvo en él predicando,
cosa que al amor tocaba
de su Padre Soberano,
y Sacra Puerta por donde
todos hemos de salvarnos,
alzó su Divino Rostro,
pálido, y desfigurado,
defendiendo su Doctrina,
con semblante humilde, y blando,
y dixo amorosamente:
La Doctrina que he enseñado,
continuo la prediqué
en lugar publico, y claro,
en la Plaza, y en el Templo,
en los mas publicos casos.
Como á todos es notorio,
siempre anduve predicando,
y pues tan publico ha sido,
pide á los que me escucharon,
pues hartos testigos tengo,
si quieres examinarlos.
Apenas JESUS habia
de pronunciar acabado
estas Divinas palabras
de su Corazon Sagrado,
quando un Ministro furioso,
de infernal zelo inflamado,
alzó, para darle á Cristo,
su descomedida mano;
y sin mirar, que tenia
en ella un guante calzado,
ó manopla muy pesada
de fuerte hierro acerado,
le dió tan terrible golpe
en su Rostro Sobèrano,
que causó terror, y asombro
á quantos vieron el caso.
Fué tan espantoso, y grande,
que le hizo al Cordero Santo
caer sin sentido en tierra
este golpe tan pesado;
quedando el Rostro Divino
en que se miran los Santos,
con señales lastimosas
donde los dedos llegaron.
Quedó con el golpe, todo
oscurecido y nublado,
y sus Soberanos Dientes
tambien del golpe quedaron
turbados, y estremecidos,
y en fin de Sangre bañados.
Todos los Coros Celestes,
que el hecho estaban mirando,
como pasmados quedaban,
y todo el Cielo turbado,
viendo que su Dios Inmenso,

por darle al Mundo reparo,
por amor que al Alma tuvo
se puso á padecer tanto.
Anás se quedó suspenso,
y los demás se quedaron
espantados de haber visto
golpe tan desatinado.
Y como cayó en el suelo,
algunos de ellos pensaron,
que de aquel terrible golpe
la vida le habia quitado.
Mas viendo que vivo estaba,
y que estaba forcejando
para alzarse, y no podia,
por estar aprisionado,
aquellos Sayones crudos
de la soga le tiraron,
que al Cuello tenia echada,
y à levantar le ayudaron:
y en pudiendo levantarse,
aunque tan atormentado,
que del golpe á la violencia
quedó turbado, y temblando,
con grande humildad le dixo
al Sayon desvergonzado,
que tan grande atrevimiento
tuvo, y tan gran desacato:
Dime, amigo, pues me oiste,
en qué palabras he errado?
Y sino pequé en ninguna,
por qué me dás tan mal trato?
Alegrose Anàs de aquello,
y los demás se alegraron,
por oir hablar á Cristo,
que lo estaban deseando.
Y viendo el hecho presente,
y á Cristo que no se ha airado,
y que Anás hecho no havia
de esta desverguenza caso,
los Ministros infernales
cada qual se ha desmandado,
haciendole mil injurias,
y poniendo en él las manos,
para vér si daba quexas
que gustaban de escucharlo,
algunos golpes le daban,
sin mesura, y sin reparo,
y de su Divina Boca
no despegaba los labios.
Daban grandes carcajadas,
sonriendose, y mofando
de aquella Bondad Divina,
que á todo estaba callando:
porque estos duros tormentos
los tenia deseados,
para dár vida à los mismos,
que se la estaban quitando.
No respondió, ni dió quexas:
antes muy humilde, y manso,
padeció, teniendo el pecho
en nuestro amor inflamado.
y viendo Anas que callaba,
lo mandó sacar al patio,
y que alli le requiriesen
las prisiones, y los lazos,
mandando, que le añadiesen
al que estaba aprisionado
otras prisiones de nuevo
de mayor fuerza, y resguardo,
y que una fuerte cadena,
que al cuerpo le rodearon,
le ciñesen, y cerrasen.
con un fornido candado,
porque de escapar perdiese
toda esperanza, y cuidado.
Y con una cuerda gruesa,
por los molleros, y brazos,
mandó le atasen de nuevo,
muy fuertemente apretado,
y que de aquesta manera

lo llevasen bien cercado,
á Cayfas su amado yerno,
que ya lo estaba esperando.
No habia el malvado Viejo
de decir esto acabado,
quando las puertas abrieron
como unos desaforados
los Soldados, y Sayones,
que fueron tales, y tantos,
que un gran rio parecian,
cayendo de algun peñasco.
Y aunque grande frio hacia,
estaban aborchonados.
Pusieron luego por obra
lo que allí les fue mandado.
Y lo demàs de esta Historia
diremos en otro Canto.

CANTO XXVI.

Conciliabulo de Lucifer.

YA las infernales furias
templaban su mal intento;
viendo, à su pesar, los daños,
que les iban sucediendo,
Y estaba Luzbèl temblando,
y atribulado el Infierno,
y sus moradores todos
con sospechosos recelos,
temblando de la paciencia,
y estremado sufrimiento,
que en Cristo resplandecia,
entre tan grandes tormentos;
y lo que mas asombraba
à aquel espantoso Seno
era vér la paz de Cristo
entre tan gran menosprecio,
sin poderle haber cogido
algun punto de deseo
de vivir, ni de escaparse
de sus malos tratamientos:
por lo qual muy congoxados
hicieron Junta, y Acuerdo,
para saber si á sus males
hallaban algun remedio.
Pusieronlo por la obra,
juntandose para ello,
en concertado Cabildo,
Satan, Corin, y Asmodeo,
sin poder conocer cosa
aunque para conocerlo,
quanto sus fuerzas alcanzan,
mil diligencias han echo,
y en ella jamás han visto
señas para conocerlo,
tanto que ya lo han dejado
como cosa sin provecho;
porque darle, ni pedirle,
es gastar en vano tiempo.
Todas estas congeturas
son la causa, porque vemos,
que este Hombre es el Mesias,
y ha de aniquilar mi Reyno.
Responda, si sabe alguno
alguna traza, y consejo,
para que remedio, y traza
á tanto daño le damos.
Estas razones decia,
con desesperado anhelo,
Lucifer, Principe malo,
á que respondió Asmodeo,
diciendo: Bien has hablado
en todo lo que has propuesto;
pero para consolaros,
diré yo mi sentimiento
en aqueste breve rato
en que he estado discurriendo:
Bien sabes, que Dios ha sido,
este y el pasado tiempo, por

por opuestos á su Gloria,
continuo enemigo nuestro:
y que muchas cosas hace
por darnos pena, y tormento:
y bien sabes, que ha criado
en muy diferentes tiempos
personas, que nos causaron
pesadumbre, y desconsuelos;
y aunque Dios los adornaba
con muchos Dones del Cielo,
á nuestro pesar, y daño,
queriendolos hacer buenos;
en las tentaciones nuestras
algunos de ellos cayeron.
Y pocos se han escapado
de caer en lazos nuestros.
Este Hombre de quien temes,
puede ser alguno de ellos,
y haberle Dios adornado
de tan valeroso esfuerzo.
Y aunque nunca haya pecado,
no tiene de ser por esto
el Gran Redentor Mesias,
que aguardan estos Hebreos:
que si tal Persona fuera,
muy diferentes estremos
tuviera de los que tiene,
bien claramente lo vemos.
En él hace impresion grande,
y de continuo la ha hecho,
el trabajo que ha pasado
desde que habita este suelo;
cosa en que se nos descubre
ser Hombre flaco, y terreno,
à los demás semejante,
aunque tan Santo, y perfecto.
Y si fuera Dios, y Hombre,
como todos ya sabemos,
que ha de ser el Gran Mesias,
que estan aguardando aquestos,
no le afligiera el trabajo,
ni lastimára el tormento,
ni el animo le causára
debilitar el Sujeto.
Y esto ha sido muy notorio,
que yo lo ví en el Desierto,
por falta de la comida,
debilitado, y hambriento,
donde esperandolo estuve,
y quando llegó el estremo
de la flaqueza, y la hambre,
le embestí con grande esfuerzo,
y se me escapó por letras,
que sabe mucho de textos.
Y si fuera Dios, y Hombre,
me pusiera en grande aprieto.
Tambien el sudor, que tuvo
esta noche allà en el Huerto,
de Sangre, es señal muy clara,
que está temblando de miedo.
Y este temor claramente
descubre, á mi sentimiento,
que es Hombre Puro, y que vive
de Dones de gracia lleno.
Y las maravillas grandes,
que vá Dios por él haciendo,
es para darnos pesares,
por lo mal que lo queremos.
Responda, si tiene alguno
algun otro sentimiento,
que este es el parecer mio,
y a lo que he dicho me atengo.
Todo el Infierno atendia
à lo que dixo Asmodeo;
pero lleno de corage,
salió Corin al enquentro,
diciendo: no vale nada
todo quanto estás diciendo
ni todo quanto has hablado
ha tenido fundamento; por

porque yo sé otras razones,
con que se vá descubriendo,
que es Dios, y Hombre sin duda,
y yo lo tengo por cierto,
porque á mi pesar, y daño,
he estado continuo atento,
mirando sus obras todas,
desde cerca, y desde lejos,
y en todas continuo, he visto
tales, y tantos estremos,
que en su favor han mostrado
las Potestades del Cielo,
obedeciendole siempre,
que yo por sin duda tengo,
que es Dios, y que nuestro daño
no tiene ningun remedio;
porque al nacimiento suyo
los Angeles descendieron,
y le cantaron la gala,
con GLORIA IN EXCELSIS DEO,
cosa, que solo á Dios cantan
los Angeles en el Cielo.
Acaba de confirmarse
con lo demás que añadieron,
que los Angeles cantando
á los Hombres prometieron
Paz, por señas manifiestas
que se les alza el destierro.
De aquesta paz, y amistades
a ser viene el medianero,
de quien el Mundo ha tenido
tantas ansias, y deseos.
Demas de esto, ya han cumplido
las edades, y los tiempos,
que los profetas pasados
señalaron, y dixeron.
Y para que hable mas claro:
Qué mayor señal queremos,
que el vér que hace los milagros
con tan poderoso imperio?
Quantos muertos han estado
debaxo de nuestro gremio,
desenlazadas las Almas,
y apartadas de los cuerpos,
y con las piedades suyas,
sin oraciones, ni ruegos,
les ha dado nueva vida,
con su gran poder inmenso.
Escapando de nosotros,
sin ser bastante el encierro,
las Almas que él ha querido,
para resucitar muertos.
Qué nos aprovechan trazas,
congeturas, ni rodeos,
si para nuestros pesares,
todas estas cosas vemos?
Demás, que habemos probado
nuestros rabiosos intentos
con las aflicciones grandes,
con que ahora lo tenemos;
y lo que vamos sacando
de todo lo que emprendemos,
para mas desdicha nuestra,
es nuestro daño, y tormento;
porque las tribulaciones,
trabajos, y menosprecios
(segun su paciencia) ha sido
el cumplirle sus deseos;
porque su paciencia humilde
me causa mayores miedos,
y asi, yo no sé qué hacerme,
porque nuestro daño veo.

CAN-

CANTO XXVII.

Prosigue el Conciliabulo de Lucifer, y siguen los dos Apostoles à Cristo.

A Lo que Corin decia
todo el Infierno temblaba,
con sus horribles Quadrillas,
rendidas, y acobardadas.
Nadie á decir se atrevia,
que todos callando estaban.
Solo Belcebù atrevido,
salió con estas palabras:
Ninguno de todos tema,
ni pierda las esperanzas,
porque ya en mi pensamiento
he dado una buena traza:
y es, que toda aquesta gente
nuestra diligencia, y maña,
en su tormento empleemos,
hasta vér en lo que para;
sin darle descanso alguno,
porque si un rato descansa,
puede ser que tome aliento,
para acabar la batalla,
y ahincarle en los tormentos
hasta el regatón la lanza,
por vér si en algunas cosas
la paciencia se le acaba;
que no hay Torreon tan fuerte,
Fortaleza, ni Muralla,
que si la combaten mucho,
no quede desportillada.
Y si su paciencia fuere
tan fuerte, tan grande, y tanta,
que en la afrenta, y los tormentos
no descubre alguna falta,
daremos otro remedio
en viniendo la mañana,
para que lo dexen vivo
y libremente se vaya;
y si morirse quisiere
despues, allá se lo haya,
pues que con él hemos visto,
que poco el Infierno gana.
Y no pienso mas tentarle,
si de esta se nos escapa;
aunque claramente vea,
que le tenemos ventaja.
Y pues la ocasion es buena,
si mi parecer os quadra,
pongase por obra luego,
antes que el tiempo se vaya.
Todo el Infierno conforme
lo aprueban por buena traza,
con que se execute luego,
sin dilacion, ni tardanza.
Lucifer mandó al instante,
que todos juntos se partan
á incitar á los Ministros,
à casa de Cayfás vayan,
que es donde estan apostados
muchos de la infernal vanda,
Escrivas, y Fariseos
con otra Gente Judayca,
y al punto con este intento,
siete legiones arrancan,
que cada legion de aquellas
de seis mil Demonios pasa,
y en llegando se reparten
à quadrillas por la sala,
para tener contra Cristo
toda la gente incitada:
la qual de invidia rabiosa,
tiene tal fiereza, y rabia,
que del Infierno la ayuda
le es de muy poca importancia.
Cayfás, el que alli preside,
á todos hace ventaja, que

que invidia le tiene ciegas
ya las potencias del alma,
y por vér presente á Cristo,
el corazon se le arranca,
que mil años le parecen
cada punto que se tarda.
Quando puesto en su presencia
un Criado de su Casa,
à quien embiado habia
á vér donde Cristo estaba,
quiere darle la respuesta,
con comedida crianza;
y asi la comenzó à dár,
con cansado aliento, y habla:
Yo, Señor, obedeciendo
todo lo que se me manda,
fuy por el mandado vuestro
adonde el Preso llegaba;
y era tanto el alboroto
de los que al Preso llevaban,
que en grande espacio de tiempo
no pude verle la cara.
Y andando con él un rato
ví, que derecho lo entraban
en casa de Anàs el viejo,
y con él entré en la Sala;
y fue tan grande el aprieto,
que les convino cerrarla,
quedandome yo encerrado,
y esta ha sido la tardanza.
Y estando diciendo esto,
se entristece, y sobresalta,
con las veces, y ruido
de mucha gente, y canalla;
pero cayendo en la cuenta
Cayfas, se alegra, y agrada,
porque conoce, que à Cristo
tiene ya preso en su Casa.
Con esto el Concilio todo,
que de sesenta y dos pasa
por vér el Aprisionado,
se divide, y desbarata.
Algunos, amontonados
en el balcon, y ventana,
otros al corredor salen,
donde con ansia lo aguardan;
solo el viejo Nicodemus,
que à responder no acertaba,
lleno de mil confusiones,
se queda solo en la Sala,
y viendo que preso viene,
las lagrimas se le saltan,
con lastimosa ternura
y sentimiento del alma:
y por no vèr por sus ojos
lo que á su corazon causa
tanto pesar, y congoxa,
por la escalera se baxa,
con intento de no hallarse
entre aquella gente mala,
porque de su buen intento
ha perdido la esperanza.
Entrando por entre todos,
el patio atraviesa, y pasa,
por dàr lugar à su llanto,
saliendo à la Calle ancha:
adonde la pena grande,
y turbacion que le agravia,
desechó por los suspiros,
dandole á los ojos agua;
y aunque de Gente de Guerra
está la Calle ocupada
resistiendo el paso à todos,
con linternas, y alabardas,
de cuyo numero asisten
quadrillas amontonadas,
descubriendo calle, y campo
con los hierros de las lanzas,
sin consentir que ninguna
ssista, ni esté parada.

Oye tambien estas voces,
y aduladoras palabras:
Viva el Cesar, viva, viva
el Cesar que nos ampara.
Toma la gente las puertas,
resistiendo con las armas,
y haciendose siempre fuertes,
para resistir la entrada,
por donde gritando entran,
por el Bien de nuestras Almas,
á Cristo, Hijo de Maria,
Dios Eterno, en Carne Humana.
Entra el Celeste Cordero,
entre aquella gente armada,
à padecer por nosotros,
de su voluntad Sagrada.
En teniendolo allà dentro,
ordenan, que dos Esquadras
el zaguan, y calle ocupen,
haciendo Cuerpo de Guardia,
porque el numero espantoso
es tal, de gente que carga,
que pueden quebrar las puertas,
sino resisten las Guardias,
Y despues de haber entrado
la Gente de la Emboscada,
y otra conocida gente,
que por amistad entraba;
quisieron cerrar la puerta,
y antes de poder cerrarla,
me voy al siguiente Canto;
porque el presente se acaba.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***
*** ***

CANTO XXVIII.

Entra el Señor en Casa de Cayfas, y seguimiento de los dos Apostoles.

ERa tan grande el aprieto,
el alboroto, y bullicio,
que en Jerusalén causaba,
la prision de Jesu-Cristo,
que apenas en ella havia
sugeto grande, ni chico,
que del caso no tratase,
por diferentes caminos.
Y todo el Pueblo temia
algun desastre, ó peligro.
Con la noticia medrosa
de todo lo sucedido,
ya los ojos no podian
sufrir el estar dormidos.
Y à ver á Cristo llegaba
el Pueblo despavorido.
Las calles estaban llenas
de quadrillas, y corrillos,
de mucha gente, que havia
à ver à Cristo venido.
La Plebe andaba asombrada
con alboroto y bullicio,
por la Ciudad repartida,
sin termino, y sin sentido,
rebolviendo pensamientos,
y con diferentes juicios,
haviendo en el pueblo todo
estraños, y varios dichos:
y adonde mas acudian
forasteros, y vecinos,
era donde Cristo estaba
en dura prision metido;
donde fué tanto el concurso,
que claramente se vido ser

ser conveniente la traza,
que ya habemos referido,
de quedar las dos Esquadras
de Soldados escogidos
á guardar la puerta, y Casa
á resistir prevenidos.
Tambien de esta Escolta estaba
el gran patio guarnecido,
entrando, y saliendo algunos
por un pequeño postigo.
Pedro, y Juan que en seguimiento
venian de Jesu-Cristo,
aunque lejos, y apartados,
temiendo ser conocidos:
viendo con la mucha bulla,
cerrado el paso, y camino,
por donde pasar quisieron
con su Maestro querido;
con afligimiento grande,
lleno el pecho de suspiros,
y lagrimas en los ojos,
San Pedro á San Juan le dixo:
O, qué grande cobardia
es la que habemos tenido,
pues no vemos al Maestro,
ya que lo hemos seguido!
Qué nos aprovecha habernos
mostrado tan atrevidos,
pues que para venir cerca,
y entrarnos con él no fuimos?
Y lo que mas me atribula,
y siente el corazon mio,
y la duda lastimosa
es si lo hemos de vér vivo.
Qué traza, hermano, daremos?
Respondeme, caro amigo.
Quieres que embista con todos
estos tiranos Ministros?
Quieres que los alborote,
y buelva á probar los filos?
O quieres que aventuremos
á doblar otros caminos?
Juan le dixo reportado:
No seas tan atrevido,
ni en aventuras te pongas
de tan tremendo peligro.
Mas acordarsete debe
lo que el Maestro te dixo,
quando allá en el Huerto heriste
á Malco con el cuchillo,
y de su Divina Boca
oiste por tus oidos
palabras, con que debieras
quedar bien reprehendido.
Mas oye una buena traza,
que ahora se me ha ocurrido,
con que entiendo que tendremos
efecto en nuestro designio.
Mi padre, yo, y mis hermanos,
de Cayfás habemos sido,
en estos años pasados,
familiares, y aun amigos:
y apenas hay en su Casa
de la gente de servicio,
hombre que no nos conozca,
por las razones que digo,
y qualquiera que nos vea,
por esta razon confio,
que para entrar allá dentro
nos servirá de padrino.
Parecióle bien á Pedro
la traza que Juan le dixo,
y en oyendo aquel consejo,
se determinó á seguirlo.
Y aunque de la pena estaba
colerico, y desabrido,
mansa, y amorosamente,
comenzó á romper camino,
Juan iba en su seguimiento,
y el uno, del otro asido,

entre la gente apretada,
iban abriendo portillo.
Al fin, cansados, y tristes,
fueron al lugar, y sitio,
que con el cuerpo de Guardia
estaba muy defendido;
y á buelta de los tropeles,
sin ser de nadie sentidos,
en el gran portal entraron,
como San Juan lo previno.
Y con este buen suceso,
en algo el miedo perdido,
al patio entrarse quisieron,
habiendo avierto un postigo,
el qual abrieron acaso,
y por no estar prevenidos,
solo San Juan entrar pudo,
con otra gente que vino.
Y sin mirar que habia entrado
sin Pedro, su buen amigo,
se fué para la gran Sala
donde estaba Jesu-Cristo:
donde vió tanto alboroto,
tanta varahunda, y gritos,
tan grande aprieto de gente,
tan grande fuga, y bullicio,
que el corazon, que ya estaba
á tanto dolor movido,
acabó de rebentarse,
en oyendo aquel ruido:
tembló aquel heroyco pecho,
y viendo estár dividido
de Pedro, á quien tanto amaba,
se vido mas afligido.
Buscóle por todo el patio;
pero como no le vido,
sospechó que fuera estaba,
y que entrar no habia podido.
Vido la puerta cerrada,
buscaba algun conocido,
de quien, para que le abriesen,
Pedro sea favorecido.
Y estando en este cuidado,
Lector, por no ser prolixo,
cantaré en esotro Canto
un suceso peregrino.

CANTO XXIX.

De la primera negacion de S. Pedro en Casa de Cayfàs.

SAn Juan se hallaba turbado,
lleno de tristeza justa,
enmedio de las congoxas,
que lo rodean, y apuran,
por una parte le aflige
la tristeza, y amargura,
que á su Maestro le asiste,
entre gente sin cordura:
y por otra, lo fatiga
la ocasion terrible, y dura
en que à San Pedro imagina,
echandose á sí la culpa.
Para que nadie lo entienda,
se suspende, y disimula;
aunque por instantes vierte
de lagrimas grande suma;
y para disimularlas,
á la parte mas oscura
del grande patio se acoge
á llorar su pena dura,
de donde triste, y lloroso,
con grande atencion escucha,
á todas partes mirando,
deseando coyuntura,
que Pedro, su caro amigo,
á buelta de alguna bulla,
entre, en abriendo el postigo,
conforme á las trazas suyas,

Estando en este cuidado,
vé atravesar muy aguda
de Cayfás una Criada,
que era conocida suya.
Juan la llama por su nombre;
ella se pàra, y pregunta
quien llama? Y suspensa un poco
lo conoce, y sé asegura:
Juan disimula, y le dice:
Hermana, por vida tuya,
que aquesta merced me hagas,
pues que me has hecho otras muchas
y es, que un grande amigo mio,
persona honrada, y segura,
no puede entrar acá dentro
por ser tanta la apretura.
La Mozuela acude luego,
sin poner ninguna escusa,
antes que San Juan acabe
la razon que dar procura.
Y luego al punto se arroja
por entre toda la chusma,
à quien, conociendo todos,
dan lugar, y disimulan.
Abre un poco del postigo,
y luego Pedro arrempuja,
arrojando el cuerpo dentro,
con descompasada furia;
pero la Mozuela viendo,
que sin crianza, y mesura,
con tanta fuerza, y denuedo,
á la entrada se apresura;
del hábito lo detiene
porque se le ofrece duda,
si el haberle dado entrada
es necedad, ó cordura:
y en deteniendolo un poco,
con la vista se asegura
ser Discipulo de Cristo,
con que se queda confusa,
y â hablar muy alto comienza,
pidiendo favor, y ayuda.
Con que Pedro en este caso
se melancoliza, y turba.
Acude toda la gente,
y con linternas alumbran;
y otros, con grande alboroto,
las espadas las empuñan.
Unos, teniendolo, dicen:
Tengamoslo, no se huya;
y otros, diciendo, y haciendo,
travan de sus vestiduras.
Acude toda la Guardia,
haciendo una red confusa,
con partesanas, y estoques,
y con espadas desnudas,
todos lo afligen, y cercan.
Y la Mozuela importuna,
firme dice, que es de Cristo
su Discipulo, ó escucha.
Muy bien te conozco, dice,
no tienes que echar escusas,
que tù Discipulo eres,
aunque mas te disimulas,
Viendose Pedro cercado
de tantas armas, y bulla,
sin que para verse libre
camino se le descubra:
con desabrido semblante,
y la mirada sañuda,
para hablar, buelve mirando
á la Muger que lo acusa,
Y con alboroto grande,
ronca voz, y tartamuda,
con miedo por escaparse
comenzó á darle disculpas,
diciendo: Muger honrada,
mira, que en lo que barruntas,
engañada estas en todo,
con la imaginacion tuya.

Y para que te asegures,
ruego á Dios, que él me confunda,
si yo tal hombre conozco,
ni yo lo he tratado nunca.
La Mozuela, viendo el caso,
arma nueva varahunda
con risueños ademanes,
haciendo del dicho burla,
diciendo: Yo lo conozco,
y en el trage, y la figura,
se conoce, que es de Cristo
su Discipulo, sin duda,
y los dichos no le crean,
porque con mentira jura,
para escaparse, que sabe,
que la Justicia le busca.
Pedro, que và descubriendo
el estrago, que la culpa
suele causar en las almas,
que de velar se descuidan,
supuesto, que la garganta
las palabras se le añudan,
y del aprieto, y congoxa,
un sudor elado suda.
Tornò á referir, diciendo:
Ruego á Dios, que me destruya,
y que aqui me cayga muerto,
y en el Infierno me hunda,
si yo conozco tal Hombre;
ni en el caso que me culpan,
conozco, qué razon tenga
quien en hablar me importuna.
La Mozuela con aquesto,
y los demás, que lo escuchan,
algo se suspenden, viendo
tan liberales escusas.
Y viendo la demás gente,
que el negocio tiene duda,
lo dejan diciendo algunos:
Ayudele su fortuna.

Y hallandose suelto Pedro,
de aquella maquina, y turba
de gente, que lo ponian
en tan penosa estrechura;
disimulando los golpes,
que pasaba el alma suya,
y de su corazon triste
aquella batalla muda.
Viendo de lumbre un brasero,
cercado de gente mucha,
disimulado se llega,
y con los demas se auna,
y apartando al uno dellos
de la lumbre el calor busca;
porque del Calor Divino
ya se aparta, y se descuida,
que elada el alma le tiene
la miseria de sus culpas.
Como el Canto que se sigue
lo dirá en muy breve suma.

CANTO XXX.

Niega San Pedro segunda vez á Cristo en Casa de Cayfás.

COn sobresaltado pecho,
rodeado de mil penas,
el corazon alterado,
y el alma triste, y suspensa,
retorciendose las manos,
al calor de la candela,
Pedro está disimulando
entre la Gente de Guerra,
temblando el cuerpo de frio,
que del alma la tibieza
hace sus operaciones,
enfriando quanto enquentra.
Confuso, y maravilloso
de la atrevida Mozuela,

que en tanto aprieto lo puso,
y en oracion tan estrecha,
imaginativo, dando
baybenes con la cabeza,
pensando en aquellos trances,
que lo fligen, y atormentan;
y en este embelesamiento
mil cosas maquina, y piensa:
á las cosas que le dicen
la alma toda aplica atenta.
Estando muy confiado,
que en la pasada refriega
la gente quedado habia
para con èl satisfecha:
sin sospechar, que de Cristo
declarado amigo era,
teniendose por seguro
de miedo de la sospecha.
Quando de la propia Casa
una Esclava se le acerca,
que á reconocerlo viene,
sobre cierta diferencia.
Y estando un poco cercana,
arrugando frente, y cejas,
con grande aceleramiento,
le dice de esta manera:
De este Hombre, que està preso
aunque mas disculpa tengas,
es cierto, sin duda alguna,
que es Discipulo eras.
No me puedes negar nada,
que por el trage, y las señas
te conozco, y por la calba,
que tienes en la cabeza.
San Pedro se turba, y teme,
y la gente se acelera,
viendo lo que aquella Esclava
le dice con tantas veras.
Cercan otra vez á Pedro,
y de sus armas se aprestan,
sin querer ninguno de ellos
atender á sus respuestas.
Unos dicen, que lo pongan
en dura prision, y estrecha.
Dicen otros, que conviene,
que con recato lo tengan,
hasta que Cayfas lo mande,
dandole del caso quenta,
y estando desocupado
de tener con Cristo audiencia.
Viendo el afligido Pedro
como la gente le aprieta,
y que las escusas suyas
de muy poco le aprovechan;
para mirarlos à todos
da con la vista una buelta,
dudando, si alli haria
atrevida resistencia.
Pero viendose cercado,
y ya cerrada la puerta,
y que si alli se resiste,
el sér, y la vida arriesga
con impetu se desvia
de la canalla parlera,
y con aceleramiento,
les dice de esta manera:
Espantado estoy, Soldados,
de vuestra poca prudencia,
en haber asi creido
à unas mugeres tan necias
que van erradas en todo.
Y juro por la Potencia
de Dios todo Poderoso,
que en cosa ninguna aciertan!
Mira, hermana, lo que dices,
porque no soy el que piensas,
y no es mucho que los hombres
unos á otros parezcan,
que yo no conozco á Cristo,
ni en mi vida se me acuerda ha-

haberlo visto, y se engaña
quien de mi otra cosa piensa.
Sonriendose la Esclava,
dice á todos: No lo crean,
sino es lo que yo les digo,
que es cosa, sin duda, cierta.
Pedro, que se vé atajado
de dar, y tomar respuesta,
con algunas tentaciones
ya de perder la paciencia:
quando uno de los Soldados
que aguardaban allá fuera,
y vido à San Pedro, quando
le cortó á Malco la oreja
habiendo sabido el caso,
pidió le abriesen la puerta,
y á los que abrirle podian
estaba llamando apriesa.
No le abrieron tan de pronto
como el Soldado quisiera,
que con el grande ruido,
no estaba la gente atenta.
Y en tanto que los Soldados,
á quien llama tan de priesa,
abren, si acaso le abren
al que golpea la puerta,
me voy al siguiente Canto,
donde lo demás se cuenta
del negamiento de Pedro,
que grande Mysterio encierra.

CANTO XXXI.

Niega San Pedro tercera vez à Cristo en Casa de Cayfás.

SAn Juan estando afligido,
con grande asombro, y espanto
viendo en miedo, y cobardía
á Pedro su amigo caro,
y que dos veces habia
de la prision escapado,
con temerosas escusas,
maldiciendo, y perjurando.
Mirabalo desde afuera,
y estaba considerando
la flaqueza, que descubren
los hombres atribulados.
Y como del falso Judas
se le habia revelado
su desdicha, y perdimiento,
temió de Pedro otro tanto.
Pensaba despues hablarle,
para dejarlo alentado,
quando apartado lo viese
de Ministros, y Soldados.
Consolabase, entendiendo,
que ya estaban apartados
los que sospecha tenian,
que ya libre lo dexaron.
Un Sayoncillo brioso,
que pariente era de Malco,
á quien San Pedro en el Huerto
una oreja habia cortado,
llegó con desnudo estoque,
y una linterna en la mano,
y con alboroto grande,
lo miraba muy de espacio:
y habiendolo conocido,
con ademanes airados,
le dixo de esta manera,
el rostro desfigurado:
Bien te conozco, buen viejo;
aunque muy disimulado,
con engañosas palabras,
has pretendido engañarnos.
No tienes que negar nada,
que yo estoy certificado,
que tú, y JESUS habeis sido
tan amigos como hermanos. Di-

Diciendo aquestas razones,
se quedó Pedro turbado,
y la demàs Soldadesca
de nuevo tornó á cercarlo.
Movióse mucho alboroto;
porque la gente del patio
acudieron al ruido,
con las armas en la mano,
para prenderlo al instante,
como muchos desearon;
y por ser tanto el gentìo,
en tanta cantidad, y tanto,
algunos de ellos miraban
de puntillas levantados.
Y estando la vez tercera
Pedro cercado de tantos,
que ser del Vando de Cristo
le estaban averiguando;
con el temor que tenia
de algun desabrido caso,
se acogió á las negaciones
que dos veces lo escaparon.
Y acelerado les dixo:
Por el Dios que adoro tanto,
y por las Divinas Leyes,
que á guardar soy obligado,
que no conozco á este Hombre,
ni nunca con él he hablado:
ni puede haber quien lo diga,
sino es con mentira, y falso.
Y si la verdad no digo
aquesto que estoy hablando
sirva, para que yo sea
al Infierno condenado.
Los Soldados, y Ministros
estaban maravillados,
viendo que se defendia,
maldiciendo, y renegando;
mas el Soldado sañudo,
furioso, y encarnizado,
en lo dicho se afirmaba
con los demás porfiando.
Y buelto á Pedro, le dixo:
Por qué te maldices tanto,
dando á entender que mis dichos
han sido desatinados?
No te vide yo esta noche
en el Huerto donde entramos,
à la prision que hicimos,
estár con Cristo a su lado?
Si aquesto tambien me niegas,
dirás que lo negro es blanco:
y que yo estaba dormido,
quando te estaba mirando.
Pedro replicó, diciendo:
No seas mas porfiado,
ni pongas duda ninguna
en esto que estoy hablando.
Y si en el caso porfias,
juro por Dios Consagrado,
y por el Divino Cielo
que estás en todo engañado:
y mira que algunos hombres
suelen ser vivos retratos
en el parecer à otros,
y en aquesto està tu engaño;
y si á la verdad que digo
te mantienes porfiando,
que de Cristo soy amigo,
Discipulo, ó allegado:
Ruego à Dios, si yo lo he sido,
que caiga del Cielo un rayo,
y aqui me parta por medio,
con manifiesto milagro.
Y estando diciendo esto,
segunda vez cantó el Gallo,
cuyo canto dexó à Pedro
enmudecido, y pasmado,
porque se acordó, que Cristo
le habia profetizado aque-

aquellas tres negaciones
en que ya estaba culpado.
Puso Cristo en él los ojos,
aunque estaban tan turbados
de los golpes con que el Rostro
tenia tan lastimados;
con cuya Santa mirada,
alma, y corazon quedaron
con tal turbacion en Pedro
y él tan del todo trocado,
y de la Santa mirada
quedó con tal sobresalto,
tal ternura, y sentimiento
tal turbacion, y desmayo,
como si alguna lanzada,
tirada de fuerte brazo,
le huviese pasado el pecho,
asi se quedó temblando.
Convirtiose á dolor grande,
porque conoció el agravio,
que à su Maestro habia hecho,
en haberlo asi negado.
Tambien conoció en su pecho
delito de pecho ingrato
con que quedò convertido
en amor, ternura, y llanto,
ganancia de aquel empleo
del Hijo de Dios Sagrado,
y el primero con que Cristo
empezó à probar la mano.
Y viendo aquellos Ministros,
que Pedro estaba callando,
y que quedandose havia,
como mudo, embelesado,
se lo dexaron, diciendo,
que era tiempo mal gastádo
porfiar tan largo tiempo
en un tan dudoso caso.
Todos lo dexaron solo,
y él quedó considerando
la maldad que havia hecho;
negando à su Pastor Santo.
Y como hablar no podia,
porque el pecho alborotado
de avenidas lacrimosas
el cuello, y barba le ajaron;
habiendo abierto el postigo
Pedro, muy determinado,
à buscar saliò la Calle,
para descansar llorando;
porque el dolor, que sentia
no pudo disimularlo.
San Juan fué en su seguimiento,
y en uno de esotros Cantos
las lagrimas de San Pedro
cantaremos mas despacio.

CANTO XXXII.

Arrepentimiento, y llanto de San Pedro.

SAtanás sacado habia
ya tres gananciosos lances,
en las tres veces que hizo,
que Pedro à Cristo negase,
Viendolo quan afligido
de Casa de Cayfás sale,
rebentando con la pena,
que en el pecho no le cabe,
y que Juan su compañero
sale con él á la Calle,
afligido, y suspirando,
á San Pedro semejante:
al punto manda que vayan
sus Ministros infernales
en seguimiento de Pedro,
procurando darle alcance,
y que sin descuido hagan
las diligencias bastantes pro-

provocandole á que tenga
gusto de desesperarse:
porque si de Pedro alcanzan,
que se desespere, y mate,
de Cristo alcanzar pretenden,
que se aflija, y sobresalte;
y con este afligimiento,
el menosprecio, y ultrage,
y la prision, y tormentos,
con que á Cristo dan combate,
será posible, les dice,
que se irrite, ó que se enfade,
ó que algun pequeño punto
la paciencia se le acabe,
con que descubrir podamos,
por una de estas señales,
que SESUS no es mas que Hombre,
y Dios no ha tomado carne.
Salen contra el triste Pedro,
con pensamientos notables,
ofreciendole mil causas,
para que de Juan se aparte;
porque en estando apartados,
piensan á muy pocos lances,
vencer á San Pedro, quando
nadie pueda aconsejarle.
Pedro, que vá entristecido
con la ternura, y pesares,
tales, que el corazon tierno
en el pecho no le cabe.
Y ya apartado de aquellos,
que pudieron inquietarle,
á hablar á San Juan ha buelto;
pero apenas puede hablarle,
diciendole: Juan, conviene,
que luego de mi te apartes,
y vayas à dar la nueva
de Cristo à su Santa Madre,
porque yo al Huerto me buelva
al lugar que ya tu sabes,
donde estarán los Amigos,
afligidos de aguardarme.
Juan le obedece, y se aparta,
quitandose de la calle,
dividiendose en silencio,
cada uno por su parte.
Vansele poniendo á Pedro
mil cosas tristes delante,
haciendo los enemigos
de sus pecados alarde,
descubriendo de la culpa
el peso terrible, y grave,
por ser ofensa infinita
de un Dios infinito, y grande;
y dandole por consuelo,
que se desespere, y mate,
antes que venga el castigo,
y que Dios quiera vengarse.
Pedro, que ya visto habia
el Soberano Semblante,
quando estandolo negando,
habia buelto á mirarle:
y que su Divino Rostro,
lleno de tantas señales,
bolvió con blanda mirada,
sin dar muestras de enojarse:
cada vez que se le acuerda
de aquella dulzura amable,
en amor el alma suya
querer mostraba abrasarse.
Y en este amor encendido,
era su sudor tan grande,
que suspenso, y arrobado
se quedaba por instantes.
Y viendo los enemigos
de nuestro Humano linage,
que tentar á Pedro era
para mas mortificarse,
se lo dexaron, diciendo,
que era gastar tiempo en valde;

que tirar golpes á Pedro
era tirarlos al ayre.
En esto Pedro llegaba
adonde muy poco antes
mostró tanto de valiente,
quanto despues de cobarde.
Mirando al lugar estuvo,
donde aquellos fieros canes
embistieron al Cordero,
con animo deplorable.
Tambien contemplando, y viendo
un poco mas adelante,
el lugar donde solia
su Maestro arrodillarse,
y alli en la Oracion continuo
tiernamente regalarse,
iban con esto creciendo
los dos corrientes raudales
del corazon, que queria
por los ojos destilarse,
ardiendo en amor el pecho,
porque el agua no es bastante
á mitigar los ardores,
que de amor Divino nacen.
Por instantes se acordaba,
y en solamente acordarse
de su Maestro, queria
bolver ansioso á buscarle;
mas luego se suspendia
con lagrimas lamentables,
bolviendose à la memoria
de su culpa miserable,
y buscar determinaba
por todos aquellos valles,
un lugar oculto, donde
poder llorar sin cansarse.
Y andando inquiriendo, vido
entre dos peñascos grandes,
un sitio hondo, y oscuro,
donde le pareció entrarse,
y alli de rodillas puesto,
con dolor incomparable,
soltando al llanto las riendas,
asi comenzó á quexarse:
Ay de tí, cuitado Pedro!
Quien asi pudo engañarte,
que con tanto atrevimiento
á tu Maestro negaste!
Dónde estaban tus sentidos?
Cómo pudiste olvidarte
de Cristo, y en su presencia
te resolviste à negarle?
Dí, Pedro, cómo has caido
en la traicion mas infame,
y en el caso mas aleve,
que pudiera imaginarse?
Nunca en el Mundo cayeron
Hombres en culpas mas graves,
ni se verá tal pecado,
mientras el Mundo durare.
Licencia, corazon, tienes
à dividirte en dos partes
de dolor, pues que caiste
en tan terribles maldades.
O, Dulce Maestro mio!
No me aniquiles, ni acabes;
sino deten el castigo
de tu Soberano Padre,
si quiera para que pueda
tornar á decir delante
de aquellos, que en tu presencia
me obligaron a negarte,
quien eres, y quien yo he sido;
y bolviendo á confirmarte,
en tu Divina presencia
mi delito se declare;
para que tu Gloria, y honra
viva, y adelante pase,
y tu Padre Soberano
se satisfaga, y aplaque. Bien

Bien conozco que mis culpas
merecieron, por ser tales,
que para castigo mio
un nuevo Infierno criases.
Y sé tambien, y lo he visto,
que a nadie desamparaste
de quantos à tí pidieron
el remedio de sus males.
Y aunque mis culpas han sido
tan enormes, y tan graves,
es mayor la bondad tuya,
para que el perdon alcance,
que de tu condicion noble,
y tu amor incomparable,
muy bien colijo estas cosas,
para poder consolarme.
Con qué rostro, Señor mio,
podré bolver á mirarte?
Y quando, JESUS Bendito,
te dignarás de escucharme?
Solo de tu bondad suma
puede consuelo tomarse,
para que refugio tenga
pecador tan miserable.
Pedro de dolor herido,
con amor firme, y constante,
aquestas cosas decia,
y otras muchas semejantes.
Y yo con San Juan me buelvo,
que es razon acompañarle;
entre tanto que San Pedro
sus lamentaciones hace.

CANTO XXXIII.

Aviso de San Juan à la Virgen del prendimiento de Cristo.

APartado Juan de Pedro,
como ha poco que decia,
en otro Canto la Historia,
que ya llevo referida,
siendo de la triste noche
ya mas de la mitad ida,
causando un elado viento
la gente andar recogida:
con dolores que su alma
traspasaban, y afligian,
Juan al Cenaculo Santo,
triste caminando iba,
donde la simple Cordera,
sin pecado, y sin mancilla,
con grande tristeza estaba,
y en Oracion recogida,
con Magdalena, y con Marta,
y las otras dos Marias,
que tambien orando estaban
en su santa compañia.
Llegó el Apostol querido,
con la priesa que traia,
y dando à la puerta un golpe,
escuchaba si lo oian.
Oyólo la Magdalena,
y à la Reyna esclarecida,
con humildad preguntaba,
que si responder podia.
La Virgen Santa, que estaba
en contemplacion Divina,
mandó que á San Juan abriesen,
que en su llamar conocia.
Abrieron, y Juan buscando
à la Virgen Santa, y Pia,
hallóla, y hablarla quiso, pu-

puesto en tierra de rodillas;
mas no pudo de turbado,
porque la mucha fatiga,
el grande llanto, y sollozos,
el habla le detenian.
Viendo á Juan la Virgen Santa,
que tan turbado venia,
que una palabra con otra
apenas juntar podia,
con discrecion soberana,
sospechando la fatiga,
que causarle allí pudiera
la nueva, que Juan traia,
tornó a levantar el Alma
donde siempre la tenia.
Y hablandole al Padre Eterno,
de esta suerte le decia.
Bien sabes, Eterno Padre,
que mi voluntad no es mia,
porque tengo yo la vuestra
en mí siompre impresa, y fixa.
Mi Alma en tus manos pongo,
y pues quieres afligirla,
y es tu Santa voluntad,
gustarè de que se aflija.
Vengan de tus santas manos
los tormentos, y fatigas,
que todo serà muy bueno,
pues que tu, Señor, lo embias.
Solo te pido paciencia,
y que á mi Alma permitas
sentimiento de estas penas,
y valor para sufrirlas.
Y diciendo estas razones,
del Cielo fortalecida,
dixo á Juan, que le dixese
lo que decirle queria.
Juan sollozando le dixo:
Oyeme, Señora mia,
y pidele sufrimiento
á la Magestad Divina.
Sabe Dios, que no quisiera
contarte las ansias mias,
por la pena, que en tu Alma
has de tener en oirlas;
pero vuestro amigo Pedro
me lo mandó, y él me embia
que à ti, Señora, viniese
à traerte la noticia:
Yà mi querido Maestro,
y vida de nuestras vidas,
queda entregado à la muerte,
como dicho nos havia.
Ya se cumplió su deseo.
Ya llegó el funesto dia,
que para bien de las Almas
tan deseado tenia.
De aqui nos llevó esta noche
en su santa compañia,
à Getsemaní derechos,
donde muchas veces iba.
Y despues de haver estado
largo tiempo de rodillas.
nos estuvo confortando,
con sus palabras Divinas,
revelandonos à todos,
como á prenderle venian,
para darle cruda muerte,
porque aquello convenia.
Y estando diciendo esto,
vinieron ciertas quadrillas,
y se lo llevaron preso
con descompuesta osadia,
con tan malos tratamientos,
con tantas voces, tal grita,
tales prisiones, y tantas
que apenas podré decirlas.
Todos huyendo escapamos
de aquella fiera embestida,
porque con dañado intento

à todos prender queria.
Yo lo fui siguiendo, y Pedro,
que tambien conmigo iba,
atropellando temores,
para poderle dar vista:
Y en la Casa de Anàs vide
al Bien de la vida mia;
aunque de tal suerte estaba
que apenas lo conocia.
Vi de sembrado su Rostro
de señales, y de heridas,
desuerte, que su memoria
me asombra, y atemoriza.
Y despues de aquellas cosas,
tienen mi alma afligida
otras dos, que han sucedido
de imponderable desdicha.
La una es, que nuestro amigo
Judas, con grande malicia,
descubriò el haver él sido
quien vendido lo tenia:
y bozando la ponzoña
de su grande alevosia,
con la Justicia, y Ministros,
él por su persona iba;
y se volvió endurecido,
amable Señora mia.
Que dolor sentí, mirando
aquella Oveja perdida!
Tambien nuestro amigo Pedro
ha dado grande caida;
aunque tan triste ha quedado
que verlo causa mancilla.
Y fué, que lo conocieron,
estando en mi compañia,
algunos de los Soldados,
y Ministros de Justicia,
y procurando prenderle
dixo, que en toda su vida
havia hablado con Cristo,
y que no lo conocia,
Algunos le preguntaron,
y él con grande cobardia,
maldiciendose, y jurando,
se escapó de esta porfia;
pero al fin, cayó en la quenta,
y triste, y llorando iba,
con tanto dolor, que apenas
hablar conmigo podia.
Y ahora humilde mi alma,
por Dios te ruega, y suplica,
que de todas estas cosas
ni te alborotes, ni aflijas,
mas acordartese debe,
que este trabajo, y fatiga
ordèna, permite, y quiere
la Eterna Sabiduria,
causandome algun consuelo
esta verdad conocida:
de la qual, si me olvidára,
estuviera ya sin vida.
Estas, y otras muchas cosas,
con ternura le decia
Juan, por darle algun consuelo
á la Reyna esclarecida,
la qual atendiendo estaba,
de dolor enternecida,
disimulando la pena,
que el corazon le partia.
Y entre tanto que las Almas
de este dolor compungidas
con Cristiano sentimiento,
acompañan a MARIA,
irémos al otro Canto;
en que la Virgen Bendita
dió á Juan humilde respuesta,
como alli mas convenia.

CAN-

CANTO XXXIV.

Aviso de San Juan à la Virgen de los tormentos de Cristo, y consuelos de Lazaro.

LA Madre del Verbo Eterno
atentamente escuchaba
la relacion de las penas,
en que Jesu-Cristo estaba.
Tambien esta nueva oyeron
aquellas Mugeres Santas,
Marta, Magdalena, y otras,
que estaban en su compañia,
las quales con amargura,
que traspasaba sus Almas,
y con silencio prudente,
gemian, y lamentaban:
cuyo sentimiento grande
acrecentaba la causa
de las orientales perlas,
que daba el virginal Nacar.
Y como estaba la Virgen
de continuo acostumbrada
à tener en la Divina
su voluntad resignada,
no hizo algunos extremos;
aunque de dolor estaba,
y de triste sentimiento,
dolorida, y traspasada;
pero de rodillas puesta,
y las dos manos cruzadas,
estas palabras decia,
con valerosa constancia:
Bien sé, que es voluntad tuya,
ó Hijo de mis entrañas!
padecer esos tormentos,
y que tu los deseabas,
y bien sé que los padeces
para redimir las Almas,
que solo tu Bondad Suma
pudiera dar esta traza.
No te quiero ir á la mano,
antes estarme muy llana
á padecer mil tormentos,
porque tu voluntad hagas.
Padece muy en buen hora,
pues tu caridad es tanta,
que mueres por dar la vida
à los mismos que te matan.
Solo pido, si es posible,
que á tu Carne delicada
no permitas, que atormenten
con crueldad demasiada.
Y sino te compadeces
de tu Carne Sacrosanta,
tén compasion de tu Madre
á quien tus tormentos matan.
Mas si la Justicia Eterna
con los tormentos se aplaca,
padezcalos yo entre tanto,
que tu Magestad descansa.
Ea, Soberano Hijo,
no dexes desamparada
esta humilde Sierva tuya
y Madre á quien tanto amas.
Ten por bien, yo te suplico,
que los tormentos se partan,
y que los dos padezcamos,
pues el padecer te agrada.
Perdoname, amado Hijo,
si con alguna palabra
soy á la voluntad vuestra
atrevida, ó demasiada,
que, al fin, como Madre siento,
y Madre tuya, que basta,
Aqui quedó suspendida,
con el aliento, y el habla.
Tambien de dolor heridas,
rendidas, y traspasadas es-

estaban las dos Marias,
con la Magdalena . y Marta:
San Juan , y la demás gente,
que con la Virgen estaban,
de lagrymas grande lluvia
con ternura derramaban.
Lazaro el resucitado
en esta ocasion llamaba,
cuyo llamar conocieron
sus dos queridas hermanas.
Abrieronle , y en entrando,
vió á la Virgen Soberana,
que en Oracion recogida,
y de rodillas estaba.
Y el honrado Caballero,
que tanto à JESUS amaba,
y de quien era tenia
noticias desengañadas,
con lagrymas amorosas,
que de su pecho arrojaba,
arrodillado en el suelo,
le dixo á la Virgen Santa:
Tén , Señora mia , paciencia,
y no estés tan angustiada;
aunque de estár triste tienes
tan grande razon , y causa;
pues vuestro Hijo padece,
y tales afrentas pasa,
y es porque padecer quiere
de su voluntad , y gracia;
y dentro de poco tiempo,
las lagrymas que derramas
se han de convertir en gozo,
y alegria soberana.
Mira los Padres del Limbo,
que en prision tan triste , y larga,
deseando aqueste dia,
ha tantos años que aguardan.
Y aunque las puertas del Cielo,
siempre han estado cerradas,
ahora tu Santo Hijo
con la Sangre que derrama,
ha de ponerlas a todos
faciles , prontas y francas,
sacando tambien del Limbo
todos los que en él se hallan.
Alli está Joaquin tu Padre,
y tu Santa Madre Ana,
el Baptista nuestro amigo,
y otra mucha prole honrada,
con infinidad de Santos,
que con fervorosas ansias,
este tan dichoso dia
de misericordia aguardan.
Perdona , Señora mia,
mis importunas palabras,
pues que con ellas pretendo
dexar tu pena templada.
Y bien sé yo , que no tienes
de esto ninguna ignorancia;
pero la memoria de ello
alivia la pena santa.
A lo que Lazaro dice
la Virgen escucha , y calla,
y lo que en el Alma siente
pueden contemplar las Almas,
y otros coloquios Divinos
de esta conversacion santa,
que aquella noche pasaron
entre aquella Junta Sacra.
Y mientras aqueste Canto
tiene su fin , y se acaba,
voy à visitar à Cristo,
para contar sus hazañas.

CANTO XXXV.

Mofa, y tormentos de Cristo en Casa de Cayfàs.

AMantisimo Cordero,
Celestial Enamorado,
Pielago de Amor Divino,
Hijo de Dios Soberano.
Dulce Amador de los hombres,
pues que la vida estás dando
por los que en darte la muerte
tienen puesto su cuidado.
O, Cristo, Divino Amante,
y quien se viese abrasado
en el amoroso Fuego
de ese Pecho Sacrosanto!
Quien del todo agradecido
siempre se huviera mostrado,
y, sin olvido, pudiera
estaros continuo amando!
Bolvamos ahora á la Historia,
que ha mucho que la dexamos,
y contemos las afrentas,
que pasó Cristo, entretanto
que San Pedro lo negaba,
y otras cosas que pasaron.
Entró el Divino Cordero,
como llevamos contado,
entre aquellas crudas Fieras
escupido, y maltratado,
en la Casa suntuosa
del malicioso, é inchado
Cayfás, que aguardando estaba,
con otros acompañado.
Y con orgullosa priesa
atravesaron el patio
donde con el Santo Preso
un poco se repararon,
y por la ancha escalera
subieron, siendo avisados:
en cuyo comedio estaba
un Salon bien grade, y ancho,
donde Cayfás asistia,
alegre, y regocijado
de considerar á Cristo
ya preso, y entre sus manos,
y adonde tenido habia
su Tribunal, y Juzgado,
y los Libros de su Estudio,
pocos, y mal estudiados.
En cuya puerta, y entrada
se vieron tan apretados,
que no perecer algunos
lo tuvieron por milagro.
Entraron fieros Ministros,
y de la soga tirando,
á Cristo Manso Cordero
dentro de la sala entraron.
En habiendo entrado á Cristo,
todos á entrar se arrojaron,
los Ministros de Justicia,
y muchos de los Soldados.
Donde fué tanto el ruido,
y los golpes fueron tantos,
que allá fuera parecia
andar los Cielos trocados.
Mandó sosegar la bulla.
puesto Cayfás en su Estrado,
y mientras se sosegaban,
se estuvo suspenso un rato,
y apaciguando la furia
algunos de los Ancianos,
apenas gozar podian
de sus asientos honrados;
porque aplacando el ruido,
estuvieron trabajando.
Al fin, tomaron asiento,
y en viendolos aplacados,
Cayfás se maravillaba,

viendo estár tan sosegado
á Cristo, y la Turba toda
se espantaba de tal caso;
porque en su Divino Rostro
vieron un triste Retrato,
tan hinchado de los Ojos,
tan sangriento, y lastimado,
que apenas fué conocido
de los que lo aprisionaron;
porque el Semblante tenia
desconocido y trocado,
á quien Cayfás hablar quiso,
al cabo de algun espacio.
Viendo sosegada, y quieta
ya la gente de Palacio,
á sus Ministros pregunta,
que donde, y cómo quedaron
los Discipulos de Cristo?
Si estaban aprisionados?
Y uno de ellos le responde:
Señor, todos se escaparon,
sin que á ninguno de ellos
Pudieramos echar mano:
y creo, que su Maestro
hizo con algun encanto,
que su Escolta se escapase,
pues a ninguno alcanzamos.
Cayfás en oyendo aquesto,
se muestra triste, y turbado,
por pesar grande que toma
de no haberlos apresado;
porque su rabioso intento
era, con mucho cuidado,
prender, sin dexar ninguno
à los Apostoles Santos.
Y la color demudada,
con la pena, y sobresalto,
á hablar se buelve á la gente,
su enojo disimulando.
Mucho me pesa, decia,
hablando con los Letrados,
que los Discipulos de este
se vayan sin castigarlos;
porque andaran por el Mundo,
y como tan enseñados,
harán á donde quisieren
mil embustes, y milagros;
pero castigando ahora
á aquien se los ha enseñado,
temerà, al fin, cada uno
de caer en otro tanto.
Y en diciendo estas palabras,
con rostro disimulado,
y bolviendo á hablar á Cristo,
le dixo, cabezeando:
Buelva acá, Señor Maestro,
y no esté tan cabisbaxo,
pues ha tan poco que estaba
con el Cuello erguido, y alto.
Y pues en lenguage agudo
ninguno se la ha ganado,
y á todos responder sabe,
cómo ahora está callando?
Qué dieras, Hermano, ahora
por nunca haber intentado
hacer, que te tenga el Pueblo
por Hombre Profeta, y Santo?
Ya, al fin, descubierto habemos
aunque con algun trabajo,
tretas de maldades muchas,
hechas por los hombres malos.
Quien te dió tan mal consejo?
Responde, JESUS Hermano?
Y quien engañarte pudo,
siendo tan Prudente, y Sabio,
que por Santo, y por Profeta
estabas entronizado,
y à la voz del Pueblo eras
Justo, liberal, y franco?
Mas la diligencia vuestra, con

con el favor Soberano
harà, que de esta vez quede
el Pueblo desengañado.
Con estas, y otras palabras
estuvo menospreciando
Cayfas la Sacra Persona
de Cristo, Cordero Manso,
el qual, para su remedio,
y de todos los humanos,
por el Amor que nos tiene,
quiso ser menospreciado.
Y entre tanto que las Almas
consideran este Paso,
siguiendo la Sacra Historia,
me voy al siguiente Canto.

CANTO XXXVI.

Sigue la mofa en Casa de Cayfás, y tormentos de Cristo.

A Lo que Cayfàs hablaba
toda la gente atendia,
celebrando sus acciones
con mucho contento, y risa,
procurando el menosprecio,
tormentos, penas, fatigas
de aquel, que por amor nuestro
estas cosas padecia.
Unos le dicen, que hable,
pues que hablar tan bien sabia.
Y Cayfàs, que con su habla
alguna cosa le diga.
Otros le dan pescozones,
y del cabello le tiran;
pero à ninguno de todos
le responde, ni replica;
por lo qual todos à una
los Soldados, y Justicia,
sin termino, ni cordura,
en maltratarlo porfian;
pero viendo que se muestra
Persona grave, y sufrida,
sin dar muestra en sus tormentos
de pesar, ni de fatiga:
y que el tiempo se les pasa
de executar su malicia,
y averiguarle delitos,
para quitarle la vida,
manda que lo dexen todos,
y que en su presencia digan
los delitos, y las causas,
que de Cristo se averiguan.
Oyendo aquestas razones,
mueven grande vocería,
con toda la demàs gente,
los Fariséos, y Escribas.
Todos à hablar se arrojaron,
sin aguardar cortesia,
procurando aplicar culpas
contra la inocencia misma.
Y como todos à una,
en confusa vocería,
contra el Verbo Soberano
hablan con rabiosa ira,
de su silla levantado
dice Cayfas, y replica:
Que refiera cada uno
las cosas que son sabidas,
y que mientras unos hablan,
otros no se descomidan
à perturbar sus palabras,
hasta que las tenga dichas.
Apenas estas razones
Cayfàs acabado habia,
quando, sin recato alguno,
cada qual hablar queria,
diciendo mil disparates,
con palabras atrevidas,
contradiciendo los unos lo

lo que los otros decian.
Y viendo Cayfás, que algunos
con apasionada invidia
decian, sin recatarse,
desatinadas mentiras.
Otros que hablaban á tiento,
sin saber lo que decian,
contradiciendo los dichos,
que hablados antes tenian;
y que todos discordaban,
como gente inadvertida,
sin que el caso sucediese
como Cayfás pretendia;
mandó que todos callasen,
porque estaban á la vista
dos viejos, testigos falsos,
à quien Cayfás conocia;
á los quales dos testigos,
con publica cortesía
quiso honrar, y provocarlos
con palabras comedidas,
mandandoles, que dixesen
lo que de Cristo sabian,
sin empacho, pues ya estaba
en manos de la Justicia.
Los viejos viendo la suya,
llenos de rabiosa ira,
hicieron à Cristo cargos,
cohechados de la invidia,
diciendo: está manifiesto,
que este Hombre dixo un dia
cosas de escandalo grande,
que nunca fueron oidas.
Dixo, que de Dios el Templo
derribarlo pretendia,
y bolver à levantarlo
dentro de dos, ó tres dias;
como si claro dixera:
Mi potestad es Divina:
para que todos lo tengan
por Profeta, y por Mesias.
Cayfás, en oyendo aquesto,
grandes estremos hacia,
y à todas partes miraba
con alteracion fingida,
queriendo de aqui arguirle,
pues no se le descubria
otro camino, ni senda,
para executar la ira,
diciendo: Bien se conoce
la ambicion, y tiranía,
que en este pecho se encierra,
por lo que aqui se averigua.
Y luego que dixo esto,
despacio á mirar bolvia
à Cristo, en quien la paciencia,
y el amor resplandecia,
diciendo en voz alterada:
Oy tenemos à la vista
el extremo à donde llega
el que de Dios se desvia.
Qué persona en este Mundo
huviera sido atrevida
á tiranizar el Nombre
de la Magestad Divina?
Cosa semejante à esta
quando en el Mundo fué vista?
Y quando se vieron cosas
á las deste parecidas?
Que à decir se haya atrevido
un Hombre de mortal vida,
que es Hijo de Dios Eterno,
y que el Cielo lo permita!
Y que tales embelecos,
y tales hechicerías
haya hecho con los hombres,
que por Santo lo publican!
Y que con encantaciones
su fama esté tan crecida;
que á descuidarnos un poco, lo

lo tuvieran por Mesias!
Pero, al fin, del Cielo Santo
la Soberana Justicia,
quiso, por la verdad suya,
descubrirlo en nuestros dias:
porque Dios es verdad suma,
y no consiente mentiras;
y aunque algunas disimula,
todas, al fin, las castiga,
y con este Hombre tiene
Misericordia infinita,
pues lo consiente en el mundo,
y un rayo sobre él no embia.
Y en diciendo estas palabras
lleno de rabiosa ira,
de su silla levantóse,
y à la Cara lo escupia,
diciendo; Traidor, blasfemo,
quien á la Cara te mira?
Quien puede tener paciencia,
y contra tí no se indigna!
De oir de Cayfás aquesto,
los que con él asistian,
toda la sala se puso
contra Cristo embravecida,
y con ayradas palabras,
le arrojaban las salivas,
que las infernales bocas
salivaban, y escupian:
con lo qual, nuevo alboroto,
nueva varahunda, y grita
se movió en aquella gente
ingrata, y descomedida,
estando en ira rabiosa
toda la sala encendida,
muy incitada del fuego,
que Satanás les aviva.
Maltrataron de tal suerte
al Dueño de nuestras vidas,
que no quitarle la suya
fué providencia Divina.
Y porque estaban cansados
Cayfas, y su compañia,
para descansar un rato,
mandó sosegar la grita,
y que fuera de la sala,
hasta que llegase el dia,
tuviesen al Nazareno
entre aquella Guardia impía;
porque aquella chusma toda
estuviese entretenida
el resto de aquella noche,
en darle pena, y fatiga.
Luego sacaron á Cristo,
con furia descomedida,
tirandole de la soga,
que asida al Cuello tenia,
y en el gran patio lo ataron,
con fiereza nunca vista,
al tronco de una higuera,
que enmedio del patio habia,
quedando Cayfas contento
del rigor de su malicia,
en haber executado
lo que deseado habia.
Despidiose, disponiendo
tuviesen apercibida
orden de hacer otra Junta,
antes que viniese el dia.
Fué un Criado dando aviso
à todos los que se iban.
Y yo voy al otro Canto
de aquesta Historia Divina.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

CANTO XXXVII.

Hacen Concilio contra Cristo en Casa de Cayfás.

ALumbrando Febo iba
las Naciones Estrangeras,
con su vista arrebolando
la Costa Etiope, y Negra:
y la hermosa Luna iba
de negras sombras cubierta,
en el Estrellado Carro
acabando ya su buelta,
quando la Carne Divina
hizo soberana muestra,
contra la sobervia humana
con admirable paciencia,
mostrando el Amor inmenso,
que en su pecho siempre encierra,
y descubriendo á los hombres
su Misericordia Eterna.
Amarrado fuertemente
en el tronco de una higuera,
maldecido, y afrentado
de la emulacion adversa,
donde todos, á porfia,
lo burlan, y menosprecian,
con malicia nunca vista,
ni pensada desverguenza,
y por entretenimiento,
burla dél hacen, y juegan,
unos dando tiempo à otros,
que á la lumbre se calientan
con insolencia de manos,
y palabras descompuestas,
en menosprecio de Cristo,
la noche pasan entera.
Unos lo burlan diciendo:
Este es el Rey de Judea,
que la Reyna le ha faltado,
y los Vasallos lo dexan.
Otros, para mas mofarle,
buscan invenciones nuevas,
para dar contento, y risa
á los que lo menosprecian:
y para mas abatirlo,
una silla rota, y vieja,
traxeron, porque estuviese
sentado con mas afrenta.
Otros, de rodillas puestos,
le dan una cañaheja,
diciendole: Toma el Cetro,
que de tu Reyno deseas.
Otros la caña le quitan,
y probando su paciencia,
en su Persona Sagrada,
dandole golpes la quiebran.
Otros, maliciosamente,
por darle afrentosa pena,
cubren su Divino Rostro
con una mantilla vieja,
quedando con este hecho
escarnecida, y cubierta
la Santa Vista en que estriba
el Bien de la vida nuestra.
Y con palmadas, y risa,
todos el baldon celebran,
loando sus intenciones
por disposicion muy cuerda:
y luego haciendo del juego
de la gallinilla ciega
le dan golpes en el Rostro,
y se retiran afuera.
Otros, levantando el paño
de encima de la Cabeza,
con risueños ademanes
le dicen con burla, y befa:
Adivina quien te ha dado,
porque castigado sea,
que no es mucho que adivine el

el que quiere ser Profeta.
En aquestos, y otros juegos,
se entretienen, y se alegran
los que en maltratar a Cristo
todo su talento emplean:
en cuyo entretenimiento
mucho tiempo estar quisieran,
porque aquel gusto les quita
la turbacion soñolienta.
En esto algunos Letrados,
dando golpes á la puerta,
á Cayfas recado embian,
que se baxe á hacer Audiencia,
porque declinando el dia,
todos á venir comienzan:
y la prevenida Guardia,
con mucho cuidado, y priesa,
abrieron la puerta, y Sala,
y precipitados entran
madrugadores Letrados,
y otras personas diversas:
y para hacer esta Junta,
à este tiempo con gran priesa
Cayfas tambien se levantá,
desechando la pereza,
con gana de darle á Cristo
de muerte sentencia fiera.
Todos estuvieron juntos
antes de las cinco y media;
que por no faltar, algunos
pasaron la noche en vela:
y para consultás suyas,
cercada una grande Mesa,
adonde estuvieron todos
con urbanidad modesta:
donde con pasion odiosa,
dando, y tomando respuestas,
gastando mas de una hora
en muy grandes diferencias,
apercibiendo razones,
y previniendo las lenguas,
para hacer el cargo à Cristo,
con Pilatos en su Audiencia.
Y recelandose algunos,
que suspension manifiesta
puede conocer Pilatos,
causando en ellos afrenta:
viendo, que ninguna causa
averiguada la llevan,
para que su Juez se indigne,
y le dé fuerte sentencia,
con que quitarlo del mundo,
y de notarlo recelan:
porque vén que no hay delito
para executar la pena;
pero no le faltan trazas,
que sus ambiciones necias
hasta salir con la suya,
nunca en otra cosa piensan.
Y para poder decirlas,
sera razon mudar letra;
en tanto que los Devotos
estos Pasos consideran.

CANTO XXXVIII.

Conjura Cayfàs à Cristo, Señor nuestro, y respuesta de su Magestad.

ALegre JESUS estaba,
viendo el tiempo ya cumplido,
que para el bien de las Almas,
tan deseado ha tenido:
y aunque maltratado todo,
blasfemado, y ofendido,
aflixido, y congoxado,
burlado, y escarnecido,
no por eso se turvaba;
antes con Amor Divino,

deseaba por las Almas
verse en la Cruz suspendido.
Ardia tanto en su pecho
quel Amor infinito,
y amaba con tanto estremo,
en medio de estos conflictos,
que mientras mas lo herian,
estaba mas encendido
en el Amor Soberano,
que nos tuvo de continuo.
O Bondad Eterna, y Suma!
Quien podrá poner olvido
del grande Amor que nos tienes,
y de tales beneficios?
Cómo es posible haber hombres
tan ciegos, crueles, ó ribios,
que le puedan ser ingratos
à tan verdadero Amigo?
Consulta estaban haciendo
los ambiciosos Judios,
como en el Canto pasado
habemos ya referido,
sobre las acusaciones
del cargo, y culpas, que á Cristo
ante Pilatos harian,
habiendolo remitido.
Y siendo entre los Letrados
pasado tan gran ruido,
sin poder para los cargos
confirmar algunos dichos,
mandó Cayfás à un Criado,
que avisase à los Ministros,
que entrasen al Nazareno
á la Sala del Concilio.
Los Ministros, y Soldados,
en oyendo aquel aviso,
al punto lo desataron,
y tuvieron prevenido.
En abriendose la puerta,
con modo descomedido
lo entraron adonde estaba
aquel malvado Cabildo.
Cayfas se mostró alterado,
en el punto que lo vido
como si ya se lo huviera
en su presencia tenido.
Y con el semblante alegre,
y el rostro descolorido,
escandalizado el modo,
para hablarle se previno.
Habiendo puesto en silencio
aquel desigual ruido,
con intencion maliciosa
à hablar comenzó con Cristo,
diciendole de esta suerte:
Te conjuro por Dios vivo,
que claramente nos digas,
si eres Hijo de Dios mismo?
Y si Hijo de Dios eres,
habla claramente, dilo,
para que todos sepamos,
si eres Hombre, y Dios Divino.
Que será razon servirte,
como à verdadero Cristo,
Hijo de Dios, y Mesias,
que nos era prometido.
Y para desengañarnos,
ya que hablarnos no has querido,
que satisfagas á esto
otra vez por Dios te pido;
porque con la verdad tuya
quedaremos advertidos,
y libres de quantas dudas,
contra ti habemos tenido.
Cristo, que oyendolo estaba,
con rostro alegre, y sufrido,
aunque en toda aquella noche
palabra à nadie habia dicho;
en oyendo el Alto Nombre
de su Padre engrandecido, por

por quien aquel Sacerdote
respuesta le habia pedido,
alzó lastimado el Rostro,
y á todos responder quiso;
aunque claro conocia
sus pechos endurecidos,
con un afable semblante,
amorosamente dixo,
hablando con sus Contrarios
como si fueran amigos:
A lo que habeis preguntado,
estad ahora conmigo:
Si soy de Dios Soberano
su propio, y natural Hijo,
y si soy vuestro Maestro,
ya vosotros lo habeis visto;
y el Divino desengaño
està entre vosotros mismos:
mas al Hijo de la Virgen,
que vereis os certifico
puesto en las manos del Cielo,
con inmenso poderio,
donde vereis claramente
su valor, y Señorio,
y la virtud Soberana,
que tiene siempre consigo.
Cayfàs en oyendo esto,
como loco embravecido,
de la silla se levanta,
dando furiosos ahullidos,
y con fieros ademanes,
rompiendose sus vestidos,
escandalizando à todos,
en solo verlo, y oirlo:
y bolviendo à los Letrados
les dixo: Bien habeis visto
el blasfemo atrevimiento,
que en mi presencia ha tenido:
no son menester mas causas,
pues todos somos testigos
de que él mismo ha declarado
su escandaloso delito.
Estén todos los presentes
atentos à lo que digo,
que todos ante Pilatos
habràn de decir sus dichos,
para que de todos oiga,
quando de él se haga Juicio,
el estraño atrevimiento,
que este mal Hombre ha tenido;
en su desacato grande,
que si todos le pedimos
justicia, y que lo castigue,
le darà luego el castigo.
Y si con muerte afrentosa,
como tiene merecido,
no quisiere castigarlo,
haremos grande ruido,
y le dirémos que al Cesar
se darà quenta, y aviso;
que no castiga en justicia
á quien hacerse Rey quiso.
Todos à Cayfas alaban,
mostrandose agradecidos,
por haber asi velado
el Culto Santo, y Divino,
diciendo, que se debia
obedecer el designio
de su maduro consejo,
y en toda ocasion seguirlo.
Cayfàs en oyendo esto,
mandó à los fieros Ministros,
llevasen al Nazareno
con las prisiones que vino,
al Presidente Pilatos,
à quien por todo el Concilio
iba para castigarlo,
en Justicia remitido.
Y en diciendo estas razones,
se movió muy gran ruido,

porque las puertas abrieron,
con desorden, y bullicio.
Obrando, al fin, los Sayones
con brios enfurecidos,
baxaron á Cristo al patio;
adonde fué requerido
de las prisiones crueles,
con barbaridad, y gritos,
lo sacaron à la Calle,
para tomar el camino,
en el que iban tan de priesa
aquellos descomedidos,
en fuga, y como arrastrando
llevaban al Rey Divino.
A Pilatos Presidente
le fué delante el aviso,
como á JESUS Nazareno
se entregaba á su Juicio,
para que siendo avisado,
estuviese apercebido,
por ser tal hora, que apenas
el Sol estaba tendido.
Muchos de los Ciudadanos,
que en el caso entremetidos,
toda la noche pasaron
en platicas, y corrillos,
y con el grande alboroto,
que por la Ciudad ha habido,
apenas alguno habia
aquella noche dormido:
acudieron à montones,
oyendo los alaridos,
para saber lo que habia
de novedad sucedido:
donde fuè con tanto extremo
la gran multitud que vino,
que para pasar el Reo
apenas dexaron sitio.
Los Satrapas, y Letrados,
en grandes mulas subidos,
iban siguiendo la Escolta,
que llevaba preso á Cristo.
A la Casa de Pilatos
llegaron tan oprimidos
del aprieto, y el cuidado,
que apenas podré decirlo.
Y en otro Canto diremos
de su modo vengativo,
con que la muerte buscaban
de aquel Cordero Divino.

CANTO XXXIX.

Llevan á Cristo en Casa de Pilatos.

UN Viernes por la mañana,
dia funebre, y funesto,
y el mas suntuoso dia
de quantos ha dado el Cielo,
á veinte y cinco de Marzo
del año del Nazareno,
que treinta y tres se contaban
del Hijo de Dios Eterno,
entre las seis, y las siete,
quando el Sol iba riendo,
en Jerusalen la Santa,
Noble, y celebrado Pueblo,
huvo, pues, tan gran ruido,
y tan espantoso estruendo,
que asombro, y miedo ponia
à los mas robustos pechos,
y este terrible alboroto
causaba pavor horrendo
de la Justicia, y Soldados,
que à Cristo llevaban preso,
el qual remitido iba,
por Cayfás, y su Consejo
al Presidente Pilatos,
con particular acuerdo,
para que él lo sentenciase, pu-

pues con su rabioso intento,
no paran, hasta ponerle
en la Cruz fixado, y muerto.
A cuyo caso espantoso,
de todo el Comun vinieron,
con admiracion estraña,
vecinos, y forasteros,
adonde parado estaba
el Divino Medianero,
cercado de innumerables,
que se llegaban à verlo,
causando en la Plaza toda
diferentes movimientos
del tumulto de la gente
los empellones, y encuentros.
El Presidente Pilatos
confuso estaba, y perplexo,
porque aquel presente caso
pavor le daba, y recelo:
y puesto en una ventana,
que con un balcon de hierro,
la Plaza señoreaba,
en altor de estado, y medio,
la qual encima caia
de un oscuro, y fuerte seno
de la Carcel donde estaban
los malhechores del Pueblo,
cuyo calabozo fuerte
tomaba luz, y reflexos
de una lumbrera, que tiene
verjas de cruzado hierro.
Esta ventana caia
debaxo á él mismo derecho
del gran balcon de Pilatos,
que á la Plaza daba buelo
donde estaban en cadenas
tres famosos Vandoleros,
à muerte ya sentenciados,
por delitos que habian hecho.
Al uno llamaban Gestas,
que con grande atrevimiento
à los caminos salia
à robar los Pasageros,
y con todos habia sido
hombre cruel, y sangriento,
incorregible, y airado,
de mal natural, y necio.
Al otro llamaban Dimas
que por ser su compañero,
aunque no tan crudo, y malo
estaba en el mismo aprieto.
Y aunque Salteador tambien,
á ningun hombre habia muerto;
antes compasivo era,
algo corregido, y cuerdo.
Era el otro delinquente
Barrabás, hombre perverso,
de mala cara, y palabras,
y de aborrecibles hechos:
delinquente tan dañoso,
que con estraño deseo
la Justicia andado habia
por prenderlo mucho tiempo.
En fin con algun ruido,
con que al lugar puso en riesgo,
y à costa de alguna sangre,
vino al comun paradero,
dexando en este alboroto
à un hombre tendido, y muerto,
sin otros, que dexó heridos
al tiempo que lo prendieron,
y mil maldades que en Autos
constaban de su proceso.
Escandalizador grande,
testigo falso, y blasfemo,
encubridor de ladrones,
alborotador del Pueblo.
En fin, el hombre mas malo,
que se hallaba en aquel tiempo;
por cuyas maldades grandes,
él

èl con los otros dos Reos
la execucion de la muerte
aguardaban por momentos:
los quales viendo el rumor,
el alboroto, y estruendo,
que por Cristo se movia,
tomaron algun consuelo,
pensando que su sentencia,
con aquel caso tan nuevo,
execucion no tendria,
hasta pasar algun tiempo:
y à las verjas arrimados,
escuchaban muy atentos
los delitos, y los cargos,
que á Cristo estaban haciendo.
Cayfás, y demás Letrados,
viendo con algun silencio
al Presidente, aguardando
la relacion del Proceso,
inclinadas las cabezas,
con cortesía, y respeto,
para hablarle comenzaron
en esta forma diciendo:
Conviene, Señor Pilatos,
considereis el intento,
que à traer mueve á este Hombre
ante tu Tribunal recto.
Nosotros, como es notorio,
tenemos à cargo nuestro
zelar el Culto Divino,
y siempre lo habemos hecho,
exerciendo nuestro oficio
con cuidado, y santo zelo,
para castigar los malos,
y calificar los buenos.
Vino á la noticia nuestra,
con particular Mysterio,
y Divina Providencia
del Alto, y lucido Cielo,
la ambicion, y tiranía,
los embustes, y embelecos,
hechicerías, y encantos,
que hacia el presente Reo,
cuyos delitos son tales,
tan enormes, y tan feos,
que es indecencia decirlos
en publico, ni en secreto.
Y si quieres corregirlo,
reparad que siempre habemos
de misericordia usado
en todo acontecimiento,
porque piedad profesamos;
y en este, ni en otro tiempo
à ninguno dimos muerte,
por delitos que haya hecho;
y en aqueste Hombre hallamos,
conforme à nuestro Derecho,
que de sentencia de muerte
reservarlo no podemos;
y quitandole la vida,
estorvando sus intentos,
será para con el Mundo
misericordioso extremo;
porque mientras él viviere,
el Mundo estarà rebuelto,
y siendo de él expelido,
todos en paz quedarémos.
Pilatos mirando estaba
al Divino Nazareno,
maravillado al mirarlo
tan lastimado, y sangriento;
y por las duras prisiones
consideraba el extremo
del vigilante cuidado
de los que se las pusieron.
Y rebolviendo los ojos,
con algun desabrimiento,
à los que preso tenian,
y cercado al Nazareno,
mandó, que se lo subiesen á

á su Tribunal, y asiento,
en tanto que lo informaban,
para mas de cerca verlo;
cuyo mandamiento grave
al instante obedecieron,
causando en toda la plaza
bullicioso movimiento.
Subieronle los Sayones
al ancho, y grande aposento,
donde estaba el Presidente
à vista de todo el Pueblo,
y donde todo el Concurso
pudo muy bien conocerlo,
gozando su santa vista
desde cerca, y desde lexos.
Y porque el Canto se acaba,
en los siguientes diremos
lo demàs que pasó Cristo,
buscando nuestro remedio.

CANTO XL.

De lo que sucedió en Casa de Pilatos.

Puesto el Redentor del Mundo
en el balcon de la Sala,
y que para ser juzgado,
la Plaza señoreaba,
por ser el aprieto grande
de los que ya dentro estaban:
y mas como sobrevino
ir pasando la palabra,
que en el balcon de Pilatos
el Santo Cordero estaba,
se arrojó toda la gente,
con furia descompasada,
para poder darle vista
al que todo lo miraba:
donde fue tanto el aprieto,
los encuentros, las oladas,
que muchas almas juzgaron
quedar alli sofocadas.
Los balcones, y terrados,
tambien lo Noble ocupaba,
sin dexar lugar vacio,
por ser en numero tanta.
Pilatos miraba à Cristo,
sin querer hablar palabra,
hasta que la Plaza fuese
algun tanto sosegada:
pero Cayfás cuydadoso,
por no perder punto en nada,
quiso volver á hablar antes
que Poncio Pilato hablara,
diciendole: Señor mio,
mira muy bien, y repara,
que entre las maldades de este
hay algunas señaladas,
que por ellas solamente
merecia muerte amarga:
aunque contra él no huviera
otra culpa averiguada;
porque ha traido la Plebe
prevenida, y encantada,
diciendo, que él es el Cristo,
y Mesias que se aguarda:
y en confirmacion de aquesto,
dixo, que no se pagara
el Tributo que al gran Cesar
toda nuestra tierra paga,
cuyos aleves delitos,
sin averiguar las causas,
piden exemplar castigo,
sin dilacion, ni tardanza.
Pilatos reconocia
en las odiosas palabras
de Cayfás y sus Consortes
sus intenciones dañadas;
y con semblante sañudo, tris-

triste, y desabrida cara,
tolerandolos estuvo
con colera demasiada,
poniendo en la boca el dedo
y dando algunas palmadas
mandó, que todos callasen,
para que hablar lo dexaran.
Los Fariséos, y Escrivas
de Pilatos recelaban,
que oia los dichos suyos
como de poca importancia.
Habiendolo obedecido
con silencio, y con templanza,
les empozó á hablar airado
à los que á Cristo acusaban,
diciendoles: Yo no hallo
en todas vuestras palabras,
para la pretension vuestra,
cosa alguna de importancia:
ni vuestras acusaciones
en cosa alguna lo agravan;
y para darle castigo
son de ninguna sustancia.
Y fuera de esto, hasta ahora
escrito no me dais nada,
ni me mostrais fundamento
sobre que el Decreto caiga;
cuyo disparate grande
me maravilla, y espanta,
y mas el haber caido
en clase tan avisada.
Quando se vido sentencia
en Justicia concertada,
sin tener de los delitos
justificada probanza?
Y diciendo estas razones
mas adelante pasára;
pero en descompuestas voces,
los Escrivas replicaban,
diciendo: Señor Pilatos,
son tan sabidas, y llanas
las maldades de este Hombre,
y son en numero tantas,
que no está, como es notorio,
hombre ninguno en la plaza,
que no pueda ser testigo
de sus intenciones malas.
El mundo tiene alterado
con invenciones, y trazas,
y la Ciudad se alborota
por donde quiera que anda:
tanto que de Galiléa
toda la Tierra, y comarca,
está ya toda movida,
pervertida, y alterada,
y en todo el Termino nuestro
la misma alteracion pasa
porque á todos con su vista
los enhechiza, y encanta,
y muchas veces ha dicho
con atrevidas palabras,
que es de Dios natural Hijo,
delito que él solo basta.
Tambien en presencia mia,
y de mucha copia honrada,
con sobrado atrevimiento,
nos dixo en esta mañana,
como averiguarse puede
con todos los que alli estaban,
cosa, que dexó á la Junta
de oirlo escandalizada.
Pilatos, maravillado
de ver la fiereza, y rabia,
con que la invidiosa Turba
á Jesu-Cristo acusaba,
deseando el escaparse
de juzgar aquella causa,
buscaba algunos rodeos,
para eximirse, y dexarla:
y para poder hacerlo,

les dixo, que no tocaba
á la Jurisdiccion suya
la sentencia que aguardaban,
por ser Cristo Galiléo,
de que ya avisado estaba;
que si sabido lo huviera
ninguna cosa escuchara.
Los Fariséos, y Escrivas
de corage rebentaban,
viendo, que se detenia
la sentencia deseada;
y con ayrado semblante,
á Pilatos suplicaban,
que decretase en su Acuerdo,
sin que mas tiempo pasara.
Pilatos dixo, que Cristo
era del Termino, y Raya
del Rey Herodes, á quien
los Galiléos tocaban,
y que se lo remitia,
para que determinára
dár sentencia en aquel caso
entendida la sustancia.
En esta ocasion Herodes
en Jerusalen estaba,
que acaso venido habia
à negocios de importancia,
al qual dieron luego aviso;
y porque el Canto se acaba
en el siguiente diremos
lo que la Historia declara.

CANTO XLI.

Embia Pilatos à Cristo al Rey Herodes.

TOS Fariséos estaban
llenos de rabiosa ira
viendo, que Poncio Pilato
del pleyto se desistia,
y que ya el conocimiento
del caso pertenecia,
por Jurisdiccion à Herodes,
à quien remitido iba,
cuya remision les daba
corage, y melancolia,
por no tener cosa cierta,
y se les pasaba el dia;
mas no teniendo remedio,
al Presidente decian
fuesen en guarda de Cristo
las armadas Compañias,
y que á su cargo llevasen
el Preso; porque temian
el que la Ciudad estaba
del todo ya conmovida.
Concedióselo Pilatos,
y con espantosa grita
se pusieron luego en orden
los Ministros de Justicia.
Y luego con grande orgullo,
ruido, escandalo, y grita,
el camino enderezaron
adonde Herodes vivia;
y asi con tropél, y voces
de furias desconocidas,
le sacaron á la Calle
donde la Guardia asistia:
y en orden de guerra puestos
muy apresurados iban,
viendo que los estrechaban
los Fariséos, y Escrivas.
A Cristo miraban cerca
muchas almas compasivas,
con dolor grande, de verle,
que apenas lo conocian;
porque su Faz Soberana
llevaba en Sangre teñida,
sembrada toda, y cubierta de

de señales, y de heridas;
y de su Bendita Boca,
y Soberanas Encias
iba la dichosa Sangre,
que manaba todavia,
hinchados sus Santos Labios,
y la siniestra Mexilla,
de la cruel bofetada,
que allí recibido habia.
Mirar sus Divinos Ojos
tambien causaba mancilla,
que turbados con los golpes,
y acardenalados iban.
Su Santo Cabello, y Barba,
con la Sangre elada, y fria,
alterada, y descompuesta,
tanto, que terror ponia.
Siendo Herodes avisado,
que remitidole habia
à JESUS, Poncio Pilato,
hizo de ello mucha estima;
que sobre Jurisdicciones
encuentro tenido habían,
y con el hecho quedaron
como en su amistad antigua.
Quedó alegre del aviso,
porque deseado habia
el vér á Cristo, y oirlo,
por lo que de él le decian:
y convocando à su Estrado
à las gentes mas altivas,
como Rey, que tiene Fiestas,
á sus Privados convida,
que vengan à vér de Cristo
milagros, y maravillas,
porque tiene mucho gusto
de darles este buen dia.
Vino gran numero á verle,
con sus Casas, y familias
tanto, que en su grande Casa
apenas caber podian;
y en una sala espaciosa,
llena de escaños, y sillas,
puso la Serie mas grave,
que à su convite venia,
adonde estuvo aguardando
con mucho contento, y risa,
entretanto que llegaba
el verdadero Mesias.
Estando allí divertidos
en cosas entretenidas
con que el Rey á sus amigos,
y privados fiesta hacia,
llegó el Sagrado Cordero,
y de ello les dió noticia
el ruido de las voces,
que de lejos se sentia.
Llegaron puestas en orden
las armadas Compañias,
con el Prisionero Santo,
donde Herodes asistia.
Cayfàs, y demàs Consortes
tambien con la Guardia iban,
para hacer acusaciones,
llenos de rabiosa invidia,
y juntos con Cristo entraron,
aunque con mucha fatiga
del aprieto con que todos
se estrechaban, y oprimian.
Herodes à Cayfás viendo,
y sus Letrados, y Escrivas,
mandó les diesen asientos,
con urbana cortesía.
Y viendo presente á Cristo,
miraba de abaxo arriba
su Sacra, y Santa Persona
puesta en tan gran agonia.
Y mirando á los Letrados,
con autoridad altiva,
mandó que allí le dixesen lo

lo que el caso contenia;
y porqué razon Pilatos
le embiaba, y remitia
aquella Persona, y causa,
y juzgarla no queria?
Cayfàs quisó responderle,
con palabras comedidas;
pero Lazaro hablar quiso
á lo que Herodes decia;
quando lugar no le dieron,
porque el viejo Anás pedia
al mismo tiempo licencia,
con acciones expresivas:
y los demàs Fariséos
levantados de sus sillas,
para relatar el caso,
cada qual hablar queria:
mas el Rey Herodes viendo,
que cada qual pretendia
ganar honra, relatàndo
el Pleyto, y causa pedida,
mando que todos callasen,
y que aquella relativa
solo Cayfás la hiciese,
como persona mas digna.
Cayfás á favor lo tuvo,
y fabricando mentiras,
à hablar comenzó de priesa,
porque el tiempo se le iba,
diciendo: Señor, la causa
de que á tí se te remita,
es justa, por ser el Reo
de tu Jurisdiccion misma,
por ser JESUS Galiléo,
y porque Dios lo encamina,
que quiere que por tu mano
se execute su Justicia:
que las culpas de este Hombre
son tantas, y tan sabidas,
tan grandes, y escandalosas,
llenas de tanta malicia,
y de tales calidades,
que si huviera de decirlas,
tu Alteza, Señor, quedára
enfadado en demasía.
Mas para decir en breve,
digo, que este pretendia;
digo, este presente Reo,
la dignidad de Mesias.
Y para que se lograse
el intento que tenia,
ha hecho cosas, que nunca
en el Mundo han sido vistas.
Con encantadoras trazas,
embusteras, y fingidas,
ha dado en curar enfermos,
sin yervas, ni medicinas,
y sin interès alguno;
antes con grandes caricias,
á seguirle ha aficionado
à todos quantos lo miran.
Y porque trae à su intento
la gente de poca estima,
que es la mas gente del Pueblo,
y en quien las fuerzas estriban:
en publico procuraba,
trayendolos en quadrillas,
aficionar á los bobos,
que encantaba, y pervertia;
y para que no temiesen
aquellos que le seguian,
con el tiempo que gastaban,
la falta de la comida,
ha hecho grandes convites:
y en el Monte el otro dia
hizo un encanto notable,
y aparente maravilla,
que con solos cinco Panes,
y dos Peces que alli habia,
les dió sustento bastante

á

à Turba quasi infinita.
Con esto queda la gente
á su querer tan rendida,
que muchos alli quisieron
levantarlo por Mesias:
y han llegado sus encantos,
y graves hechicerías,
hasta resucitar muertos,
cosa jamás nunca vista.
Pero como el Alto Cielo
suele correr las cortinas,
con que pecados del Mundo
se descubren, y castigan,
no permitió que en nosotros
cayese tanta desdicha,
como en las perdidas Almas,
que engañadas lo seguian;
antes el Tribunal nuestro,
con luz del Cielo Divina,
desengañar procurando
à los que se pervertian,
hizo algunas diligencias,
con tal prudencia advertidas,
que descubrieron ser todo
embeleco, y tiranía.
Dimos traza de prenderlo,
y nuestra Esquadra temia
no hiciese para vengarse
algunas hechicerías.
En fin un Ministro suyo,
persona honrada, y de estima,
que Judas tiene por nombre
y con él siempre asistia,
conociendo nuestro zelo
vino à nosotros un dia,
y por interés pequeño,
dixo que lo entregaría.
Y siendo ya nuestra suerte
del Cielo favorecida,
viendo que nos ayudaba,
y que de ello se servia,
fuimos anoche à prenderlo,
llevando à Judas por guia,
el qual cumplió honradamente
la palabra prometida,
que por su aviso tuvimos
de donde estaba noticia,
y lo prendimos teniendo
mucha Tropa prevenida.
Pasara mas adelante,
mas de Herodes fué impedida
la relacion maliciosa,
en que prosiguiendo iba,
que preguntó si al prenderle
algo sucedido habia?
Y si prendieron algunos
de los que con Cristo iban?
A que juntos respondieron
muchos Letrados, y Escrivas,
y algunos de los Saldados,
que alli halladose habian,
moviendo entre todos juntos
tal contendiosa porfia,
que era confusion de ellos,
y ninguno se entendia.
Y porque el Canto se acaba,
con el ayuda Divina,
en el otro cantaremos
soberanas maravillas.

CANTO XLII.

Casa de Herodes, y mofa del Señor.

EL Rey Herodes estaba
sentado en su Real Estrado
con otros Principes Grandes,
que alli fueron convocados,
y alegre de vér á Cristo
en su presencia humillado,

mandó que le refiriesen
de la prision todo el caso:
y porque muchos querian
responder, y relatarlo,
por haber muchos presentes,
que en la prision se hallaron,
à los quales mandó Herodes
que callasen, porque el caso
con formalidad contasen
algunos de los Letrados.
A cuyo mandato grave
respondió el viejo de Lazaro,
que á todo satisfaria,
haciendo un breve sumario,
como testigo de vista,
que en todo se habia hallado,
y asi la relacion hizo,
diciendo en acento claro:
Siendo del prudente Judas
muy en secreto avisados
del lugar donde asistia
este JESUS de quien hablo,
alli quisimos prenderle;
mas él hizo algun encanto,
con que ninguno de todos
llegar pudo à echarle mano.
Vinose para nosotros
haciendo del esforzado,
sin mostrar recelo alguno,
aunque se vido cercado,
y alentadamente dixo,
que à quien ibamos buscando?
A JESUS de Nazareno
nosotros le replicamos.
Yo soy, nos dixo sin miedo;
y habiendolo pronunciado,
hizo con estas palabras,
algun hechizo ó ensalmo,
porque con solo decirla,
nos dexó como encantados,
sin fuerzas, y sin alientos,
y en aquel suelo temblando,
con que pudiera escaparse;
pero Dios lo tuvo atado,
porque en valde no saliese
nuestro zeloso cuidado.
Alli estuvimos tendidos
por el suelo un grande rato
con peligro de las vidas,
que bien pudiera matarnos:
hasta que el Divino Cielo
à nuestro intento mirando,
quiso darnos el socorro
de su favor soberano;
porque se fué la fantasma,
que nos estaba encantando,
y nos levantamos luego
con deseo de escaparnos;
pero como Dios queria,
que pagase los pecados,
que este Hombre tiene hechos,
por ser tan graves, y tantos,
no quiso que se escapase,
y à nosotros nos fué dando
el aliento ya perdido,
y bolvimos à cobrarlo.
Luego quisimos prenderlo,
y un Pedro, muy alentado,
se vino para nosotros,
con una espada en la mano,
y le dió tal cuchillada
à nuestro Ministro Malco,
que le matára sin duda,
à no tener fuerte casco;
porque le tirò tal golpe,
que todos nos espantamos,
al vèr lo dexò en el suelo
aturdido por un rato.
Luego arremetió con todos,
mas fuerte, mas enojado, y

y à no llamarlo su Dueño,
hiciera muy grande estrago.
Llamóle JESUS, y él vino
obediente á su mandado,
y alli le estuvo riñendo
de que se huviese enojado.
Acudimos todos luego,
y à Malco lo levantamos,
con la falta de la sangre,
que el golpe le habia quitado,
quien se halló muy afligido,
viendose desorejado.
Y nuestro presente Reo
se llegó, y lo dexó sano;
y fué su intento con esto
vèr si podia engañarnos
con milagros aparentes
como á muchos ha engañado;
pero como lo entendimos,
y el Cielo quiso ayudarnos,
con aliento le prendimos,
y traximos maniatado.
Cayfas, que està aqui presente
anoche le hizo los cargos
de los delitos, y culpas,
que en su contra averiguamos:
y son tantos, y tan graves
los delitos que le hallamos,
que será querer decirlos
cometer un desacato.
Y asi, gran Principe nuestro,
pues està ya en vuestras manos,
os ruego, en nombre de todos,
que mandeis crucificarlo,
que asi á Dios honrais en esto,
sus blasfemias castigando.
Ganareis opinion buena,
y sereis de Dios honrado.
Demas que porque lo hagais
la conciencia os encargamos;
porque si lo dexais vivo,
todo corre à vuestro cargo.
Mientras que Lazaro el viejo
esto estaba pronunciando,
con judaycos ademanes
le ayudaban los Letrados:
porque Herodes entendiese
que era negocio pesado,
y en crucificar à Cristo
quedase mas incitado.
Pero conociendo el Rey
que solo iba hablando Lazaro
con demostracion odiosa
segun estaba informado,
bolvió para hablar à Cristo
con semblante afable, y manso,
de los Letrados haciendo
en sus dichos poco caso,
porque con aficion grande,
y deseo extraordinario
anhelaba que à su vista
hiciese algunos milagros:
el qual en todo aquel tiempo,
que le hicieron estos cargos,
estuvo en pie padeciendo
intolerable trabajo;
tanto, que ya no podia
sustentar el Cuerpo Santo,
del peso de las prisiones,
por estar tan quebrantado;
mas como en el amor nuestro
tenia el pecho inflamado,
y tan grandes maravillas
por nosotros iba obrando,
estas cosas padecia
muy de voluntad, y grado,
que por muy pequeños tuvo
todos aquestos trabajos.
Mirandolo estuvo Heroles,
y viendolo tan callado

á tales acusaciones,
estaba maravillado:
y por traerlo al intento
que él tenia deseado,
le dixo de esta manera,
con rostro risueño, y blando:
Bien ha visto el Nazareno,
como tan prudente, y sabio,
el castigo que le puede
dár mi poderosa mano;
pero porque claro entienda,
que quiero yo darle amparo,
y guardarle su justicia,
si alguna en su favor hallo:
proponga, y diga aqui ahora
lo que tiene en su descargo,
conforme á lo que ya sabe,
que aqui le están acusando;
y si hablar ahora no quiere,
por tener algun empacho
de verse en presencia mia
tan asido, y maniatado,
haga alguna maravilla;
por donde todos veamos,
que los milagros que ostenta
son verdaderos milagros.
Llame un Angel que le quite
las prisiones de las Manos,
y las que tiene en el Cuerpo,
con que está tan apretado:
y digales con palabras,
que todos las entendamos,
que venga en forma visible,
y que no nos ponga espanto.
Y sino quiere hacer esto,
haga que del Sol los rayos
penetren estas paredes,
y lleguen hasta mi Estrado.
Y haga que desde esos Cielos
baxe una Estrella de espacio
á vista de todo el Mundo,
y se ponga en un texado.
O descubra un pensamiento,
que yo ahora estoy formando,
que será milagro cierto,
sin embuste, y sin encanto.
Haga alguna cosa de estas,
pues sabe que está en mi mano
darle muerte rigorosa,
y poder libre dexarlo.
Y con todas estas cosas
estuvo Cristo callando,
sin querer hablar palabra,
aunque mas lo importunaron.
Herodes suspenso estaba
por algun tiempo aguardando,
que Cristo le respondiese,
y con silencio el Palacio,
tan grande, que alli ninguno
á hablar pudo ser osado,
por no perder algun tiempo
de atender á los milagros.
Pero viendo que callaba,
algo Herodes enfadado,
se bolvió á hablar á los suyos,
su enojo disimulando,
diciendo: No es maravilla,
que esté suspenso, y parado
el Maestro, porque entiendo,
que está el milagro pensando:
y yo en su Persona veo,
pues es tan cuerdo, y honrado
que si hará por darme gusto,
esto que le estoy rogando.
Cristo, que pensando estaba
en negocios soberanos,
y en el precio con que entonces
nos estaba rescatando,
no quiso responder cosa,
porque á terminos tan malos,

solo quiso responderle
con silencio soberano.
Y porque el Canto se acaba,
diremos en otro Canto
hazañas maravillosas
del Divino Enamorado.

CANTO XLIII.

Manda Herodes poner á Cristo una vestidura blanca, y remitelo á Pilatos.

PEnsó Herodes arrogante,
con sus hinchados amigos
tener entretenimiento
con los milagros de Cristo;
pero viendo que no hacia
lo que le estaba pedido,
ni en su Semblante mostraba
señal de haber entendido:
manifestando su enojo,
con un rostro desabrido,
mirando a Cristo á la Cara,
estas palabras le dixo:
O eres de piedra, ó de bronce,
ó careces de sentido.
Cómo no respondes cosa
á todo lo que te he dicho?
Haz lo que te mando luego,
mira que te soy amigo,
y no tengas tan en poco
el favor, que en mi has tenido.
Y si obedecer no quieres
te prometo, y certifico,
que tengo de castigarte
con rigoroso castigo.
Alza los Ojos, y mira,
y haz luego lo que te pido,
y mira, que el Rey Herodes
es el que habla contigo.
Mas viendo que no responde,
ya del todo embravecido,
lleno de corage el pecho,
dixo con sañudo brio.
Quien dice, que aqueste Hombre
por avisado es tenido?
Ni para que es hacer caso
de sus cosas, ni sus dichos?
Que en haberle yo hablado
claramente he conocido,
que es un frenetico loco,
y del todo está sin juicio.
Ahora le ha dado vena
de estár como enmudecido;
y despues le dará otra,
que hablará mil desatinos.
Sonriendose un Soldado,
estas palabras ha dicho:
No hay peor loco en el Mundo,
que aquel que lo hace fingido.
Con este dicho, y con otros,
menospreciaban á Cristo.
Levantose el Rey diciendo:
Este es un loco perdido.
Denle vestido de loco,
y por tal sea tenido.
Y porque se acostumbraba,
para ser bien conocidos,
tener los locos del Pueblo
de sayal blanco un vestido,
vistieron al Rey del Cielo
con un sayal blanquecino,
como si falto estuviera
de razon, y de sentido,
con cuyo gran menosprecio
creció la bulla, y ruydo,
haciendo todos escarnio,
con risadas y con silvos.
El Rey quiso despedirse, y

y les mandó á los Ministros
que con aquel trage fuese
á Pilatos remitido,
y que recado le diesen
de que estaba agradecido
en haverse asi mostrado
tan cortés, y comedido;
que olvidase lo pasado,
teniendolo por su amigo,
que serlo suyo ofrecia,
dando al tiempo por testigo.
Esto dixo, por que estaban
enojados, y sentidos,
y desde entonces quedaron
en grande amistad unidos.
Despidióse el Rey, y al punto
los Canes enfurecidos
embistieron al Cordero
con sus garras, y colmillos.
A la Calle se salieron,
con espantoso ruido,
usando de crueldades
aquel Esquadron impio,
adonde la Guardia estaba,
que le havia conducido,
y à su vista daban voces,
con risadas, y con silvos:
acrecentando la causa
de aquella risa, y bullicio
el traje de menosprecio
con que lo vieron vestido.
Y con este abatimiento
llevaron al Rey Divino,
por las Calles, y las Plazas,
de todos escarnecido.
Y mientras que asi lo llevan,
contaremos un Concilio,
que Lucifer, y los suyos
hicieron en el Abysmo.

CANTO XLIV.

Concilio de Lucifer, y los suyos, para que Cristo no muera.

LUcifer dixo à sus Huestes:
Qué os parece, fementidos,
el aprieto en que nos tiene
este JESUS mi enemigo?
Qué os parece las afrentas,
y tormentos que ha sufrido,
y la paciencia que tiene
en medio de sus martirios?
Continuo estuve dudoso,
mas ya bien claro hemos visto,
que es este Hombre, sin duda,
el Mesias prometido.
Y me temo, que ahora quiere
destruir mis poderios,
pues con humilde paciencia,
ha de dexarme vencido.
Mis diligencias he hecho,
y como todos han visto,
ya le tengo en el aprieto,
en que ahora está oprimido,
para probar su paciencia;
y mas me huviera valido
no entrar con él en batalla,
pues veis quan mal nos ha ido;
pero para salir de esto,
á todos consejo pido,
ahora diga cada uno
lo que le dicta el sentido:
y si algun remedio tiene
nuestra desdicha, y delirio,
para que lo executemos,
antes de ser destruidos:
y asi cada qual me tenga
un consejo prevenido,
con cuidado, y vigilancia, por

porque ya estamos perdidos;
que yo estoy desesperado,
y aunque mi dolor os digo,
yo de corage rebiento,
porque no puedo sufrirlo.
Estas palabras decia,
dando tan fieros bramidos,
que dexaba à cada uno
en el infierno aturdido:
à cuyo extremo salieron
sus Moradores malditos,
ayudando algunos de ellos
con espantosos ahullidos,
los quales, todos medrosos
de lo que Lucifer dixo,
como pasmados quedaron,
y del todo enmudecidos,
y ninguno hablar osaba;
porque todos afligidos,
el miedo los impedia
viendo tan cerca el castigo.
En medio de este silencio,
habló un Demonio aturdido,
llamado Corin perverso,
dando tremendos bufidos,
diciendo: Canalla fiera,
ese atormentado Cristo
es Dios, y Hombre, sin duda,
como yo siempre lo he dicho:
y creo, que si ahora muere
en el presente martyrio,
que luego vendrá à quitarnos
de las Almas el dominio,
por donde conviene à todos
tomar el presente aviso,
y para estorvar su muerte,
atajarle los caminos.
Cómo puede ser aquesto?
Reniego del poder mio,
dixo Lucifer, temblando
con desesperados signos.
No vés el odio rabioso,
y pechos endurecidos,
con que matarlo pretenden
los ambiciosos Judios?
Quien quitará de sus pechos
aquel rencor recogido,
para que no le persigan,
y quieran dexarle vivo?
Yo daré una buena traza,
Corin suspirando dixo,
con que remediar podamos
el mal que nos ha venido.
A Pilatos Presidente
está el pleyto remitido,
que puede muy bien librarlo,
à pesar del Judaismo.
Hagamosle algun espanto,
descubriendo los indicios,
que nosotros ya tenemos,
y siempre habemos tenido,
que ese Hombre que padece
es de Dios natural Hijo,
que mire bien lo que hace,
y se guarde del castigo.
Y si Pilatos creyere
lo que nosotros decimos,
lo librará de la muerte,
y lo tendrá por amigo.
Lucifer algo alentado,
dixo: Bien has discurrido,
á mejor, si ello se hiciese
con otro mejor aviso;
Pilatos ha deseado
tener en Procula un hijo;
ya al presente está aumentada
que al proposito ha venido.
Hagase à ella el espanto,
dexandola en su sentido,
que parir á luz le importa ha

hacer lo que le pedimos:
y ostigarla que le pida
à Pilatos su marido,
con grande encarecimiento,
la vida de Jesu-Cristo.
Y aqueste será buen medio
para lo ya pretendido,
que siempre la muger hace
lo que quiere del marido.
Y pienso con esta traza,
que se quedará en vacio
el intento malicioso
de este Pueblo endurecido,
y nosotros quedarémos
por ahora sin peligro,
y con su vigor, y fuerza
nuestro infernal poderío.
Parecióles bien à todos,
y luego Lucifer hizo,
que se pusiera por obra
el Decreto prevenido.
Salió el Esquadron furioso,
con imperioso ruido,
y á dár el asalto fueron
adonde tenemos dicho.

CANTO XLV.

Acusan segunda vez à Cristo en casa de Pilatos.

CONfuso estaba Pilatos,
viendo que por vez segunda
el Reo le remitian,
sin ser bastante la escusa.
Viendo ya que por la plaza
con emulacion segunda
traian al que primero
sentenciar à muerte escusa:
salió á su balcon ayrado
con la faz triste, y sañuda,
adonde estuvo aguardando,
imaginando mil dudas,
y desde donde miraba
aquella tropa confusa,
que acompañando al Cordero
venia tan sin cordura.
Suspendese al vér la saña,
que à montones se divulga
á vér el presente caso,
y lo que de alli resulta;
la qual con aprieto grande,
la Plaza espaciosa ocupa,
por ser mucha Ciudadana,
y ser Forastera mucha,
que con aprieto espantoso,
unos à otros se abruman
al entrar Cristo en la Plaza,
entre aquella Turba mucha:
y los veloces Caballos,
que arrojando blanca espuma,
acosados de la espuela,
franco lugar desocupan.
Soldados, y Alabarderos
que con afiladas puntas,
ponen al mirarles miedo,
con las espadas desnudas.
Enmedio de todos mira
aquella Magestad Suma
de Cristo manso Cordero,
cercado de desventuras.
Unos tiran de la soga,
con apresurada furia,
y otros porque llegue presto,
con empellones le ayudan,
Estiende la vista, y mira
subidos en fuertes Mulas
los Fariséos, y Escrivas,
que un punto no se descuidan,
y caminando derechos

adonde Pilatos juzga,
á hablarle de cerca llegan,
por no perder coyuntura.
Pilatos, pensando el caso,
se melancoliza, y turba:
porque teme de aquel hecho
una gran descompostura:
y tambien porque los quiere
mal, por no ser accion suya
de proceder malicioso,
en toda maldad astuta:
Mas viendo que se le acercan,
y que de hablarle procuran,
disimulando su enfado,
sale al encuentro, y pregunta:
A qué venís otra vez?
Pensais que yo por ventura
sentenciar debo à este Hombre,
sin averiguarle culpa?
Qué acusaciones le hacen,
por donde yo le descubra
ser delinquente, y culpado?
O qué maldad es la suya?
Viendo alli los Fariséos
que Pilatos se disgusta,
y ser Juez de aquella causa
en quanto puede rehusa,
con grande enojo, que toman
se encolerizan, y turban,
mirandose unos à otros,
los colores se les mudan;
pero Cayfàs, avisado,
algo el pesar disimula,
y acercandose à Pilatos,
le dice con grande astucia:
Nunca, Señor Presidente,
examinar se acostumbra
si vá mal ò bien pensado
lo que mi Tribunal juzga,
por la opinion que tenemos
de hacer justicia segura,
y tener buena conciencia
la privilegiada Junta.
Mas esta noche se note,
que es lo que á mi intento ajusta
con que su conciencia puede
quedar del todo segura:
que esta causa se ha mirado
con grande espacio y cordura,
entre Jueces, que á Dios aman,
y el Divino Culto estudian:
y creyendo lo que digo,
quiero de que todo arguya,
que en alguna razon fuerte
esta sentencia se funda,
que son sus delitos graves,
y que no tiene disculpa.
Al decir esto Cayfas,
el viejo Anàs lo arrempuja,
andando con mucha priesa,
picando un poco á la Mula,
que tambien hablarle quiere,
viendo que todo lo escucha,
porque piensa convencerlo
con sus razones agudas,
diciendo: Señor Pilatos,
ya es tiempo en que se descubra
el zelo de cada uno,
y en lo que siempre se ocupa:
digolo, porque nosotros
tenemos una Ley justa,
conforme à la qual, de muerte
este Hombre no se escusa;
pero si quiere juzgarlo
conforme á las Leyes suyas,
bien sé, que no ha de hallarse
culpado en cosa ninguna;
pero si costumbres tiene
estragadas, y corruptas,
con su mal vivir ofende à

à todas las Leyes juntas.
Y si conforme à las Leyes,
que tiene el Cesar lo buscan
lo que ha hecho con ellas,
si la vida se le expurga,
tambien merece la muerte;
porque le han hallado culpas
tan graves, que será poco
darle muerte acerva, y dura.
Tambien los demas Letrados
con ademanes lo acusan,
confirmando por verdades
lo que á los otros escuchan.
Unos acusan á Cristo
otros atentos estudian,
y al que contrá Cristo hablaba
al oydo se lo apuntan.
Otros hablan desde afuera,
y con palabras confusas,
con sus voces, y ademanes,
al Presidente importunan.
Pilatos manda que callen,
y que al Nazareno suban
al sitio donde èl asiste
y las demas causas juzga,
porque tiene que decirle.
Y porque el Canto se muda.
diremos en el siguiente
cosas de mucha ternura.

CANTO XLVI.

Acusaciones, que hacen los Fariseos contra Cristo, y preguntas que le hace Pilatos à su Magestad.

SUbió el Divino Maestro
entre aquellos fieros Canes,
que incitados de la invidia,
querian despedazarle:
y llegando donde estaba
Pilatos, lo puso en parte
que los perdidos Judios
lo viesen desde la Calle.
Y viendo que no dexaban
los Judios de acusarle,
con impetu acelerados,
sin dar muestras de cansarse,
poniendo el dedo en la boca,
y con otros ademanes,
con voces, y con palmadas,
mandó á todos que callasen,
porque á Cristo hablar queria:
y luego volvió à mirarle,
lastimandose de verle
tan palido su semblante;
y de los acusadores
miraba vivo el corage,
descubridor de la invidia,
que procuraba vengarse;
porque apasionadamente,
decian mil disparates,
desdiciendo algunos de ellos
lo que havian dicho antes;
con cuyas cosas Pilatos
no cesaba de admirarse,
viendo en Cristo, y en el Pueblo,
estremos tan desiguales.
El Pueblo acusando a Cristo
con odio, y rabia tan grande,
que darle muerte espantosa,
deseaban por instantes;
y de Cristo la paciencia
en no querer disculparse,
ni dàr descargo ninguno
à testimonios tan grandes;
antes con semblante alegre,
mirada dulce, y afable,
sufria los testimonios, que

que querian levantarle.
Al fin, Pilatos le dixo,
procurando disculparle,
y hablar con toda defensa,
contra el daño que le hacen:
No has oido las mentiras,
testimonios, y maldades,
que te levanta este Pueblo,
con animo de matarte?
Responde por ti siquiera,
pues que responder bien sabes,
y ves que no se descubre
quien en tu defensa hable.
Cristo, que en Amor Divino
ardia, y continuo arde,
y padecer deseaba
por el Humano Linage,
baxos, y humildes los ojos
con bladnura incomparable,
estaba suspenso à todo,
sin hablar, y sin quexarse:
con lo qual el Presidente,
lleno de compasion grande,
se estuvo suspenso un poco,
sin poder determinarse:
pero al fin, resueltamente,
con alentado semblante,
empezó à hablar con el Pueblo,
con deseo de ampararle,
y les dixo: Yo pretendo
en todo justificarme,
y hacer la justicia recta,
sin agraviar á las partes.
A JESUS me habeis traido,
poniendome por delante,
que es merecedor de muerte,
por ser delinquente grande:
queriendo con este hecho,
que yo mi conciencia encargue,
pues piden que lo castigue,
sin darme causas bastantes,
que todas las voces vuestras
han sido darlas al ayre,
porque no tienen mas fuerza,
que la de vuestro corage:
y en todas vuestras querellas
no mostrais averiguarle
indicio de algun delito,
que le macúle, ni cargue;
porque si delito huviera
puedo bien asegurarme,
que no se huviera callado,
por pequeño, ni por grave.
Decirme que es delinquente,
y que comete, ó que hace
graves ofensas al Cielo,
y à vosotros grandes males;
y en quanto me estais diciendo,
no cesando de acusarle,
no me dais averiguado,
que haya hecho mal à nadie.
Acusandolo estais todos,
sin cesar de importunarme,
que vuestro parecer siga,
que es à muerte condenarle;
y en quanto dél me haveis dicho
no he hallado causa bastante
à darle castigo alguno,
ni que yo en su contra mande:
y si mas causas que estas
no podeis hallar en darme,
dénos lugar á que el tiempo
nos descubra las verdades.
Los Fariséos, y Escrivas
bueltos à encolerizarse,
con sañudo, y fuerte brio
ván de nuevo á replicarle.
Y en el Canto que se sigue
irá la Historia adelante,
dexando el presente en este, pa-

para que el Lector descanse.

CANTO XLVII.

Segundas preguntas de Pilatos á Cristo, y amenaza de Anàs à Pilatos con el Cesar.

VIendo el insolente Pueblo,
que se iba mucho enfadan-
con sus importunaciones (do
el Presidente Pilatos,
y que mostraba semblante
de no hacer ya de ellos caso,
ni de quanto dicho habian
los que estaban informando:
guiñabanse unos à otros
con rostros atribulados,
temerosos de quedar
con sus intentos burlados;
mas como en tiempo tuvieron
el aviso preparado
de lo que intentar podia,
en hallandose atajados
no por eso se rindieron;
antes de nuevo gritando,
decian mil disparates,
contra Cristo encarnizados:
O gran Presidente nuestro!
oye lo que aqui rogamos,
(aunque anciano) le decian,
con el grito levantado:
Continuo en tus obras fuiste
vivo honor de los Romanos:
y de este Judayco Pueblo
eres conocido amparo;
por lo qual estamos todos
en tí, Señor, confiados,
que obrarás como quien eres
sin pesadumbre, ni enfado,
y que darás el castigo
à este presente culpado
tal, que los malos del Pueblo
queden bien escarmentados.
Otro dixo en voces altas:
No tardeis en castigarlo,
mirad, que es grande hechicero,
y os estarà enhechizando.
Otros atrevidamente,
decian con desacato:
No os confies de este Hombre,
mirad que os està encantando.
Dad la sentencia de muerte,
porque todos sospechamos,
que si este se escapa ahora,
ha de hacer muy grandes daños.
Y entre todas estas voces
con gritos descompasados,
dixo un viejo Fariséo
con lenguage suelto, y claro
Mirad, Señor Presidente,
que es muy grande aqueste caso,
y es muy justo que este Hombre
quede muy bien castigado.
Dadle sentencia de muerte,
pues si bien quereis mirarlo,
son tan grandes sus delitos,
que asombra el considerarlos.
Oy à todos es notorio,
que este Hombre ha procurado,
hacerse Rey de este Pueblo
con embelecos, y encantos:
cuyo malicioso intento
tenemos averiguado,
que reynar há pretendido,
y hacer al Cesar agravio.
Y nosotros no queremos
otro gobierno ni amparo,
sino al Cesar, Señor nuestro,
que Dios nos guarde mil años. Y

Y á quien enojarlo intente,
como leales Vasallos,
aunque de los nuestros sea,
queremos crucificarlo;
y sino se crucifica
como todos lo rogamos,
correran por quenta vuestra
los alborotos, y daños.
Nosotros habemos hecho
lo que estamos obligados,
que ha sido prender à este,
y entregarle con el cargo,
dando claros los avisos
de sus intentos dañados,
porque lo crucifiqueis,
pues ahora está en vuestra mano,
lo que si hacer no quisiereis,
desde ahora os avisamos,
que al Cesar escribirémos
dandole cuenta del caso;
porque si viviendo éste
hiciere algun hecho malo,
sabrá el Cesar que nosotros
pretendimos atajarlo.
Pilatos, oyendo esto,
todo confuso, y turbado,
bolvió para hablar á Cristo
con rostro desfigurado,
y acercandosele un poco,
porque estaba desviado,
le dixo de esta manera,
con semblante afable, y manso:
Dime, JESUS, por ventura,
eres del Pueblo Judayco
tù Rey? O por qué lo dicen
los que te están acusando?
Y Cristo amorosamente,
con un estilo bien claro,
abriendo su Santa Boca,
le respondió preguntando:
Tù de otros lo has oido,
y quieres certificarlo?
Soy, por ventura Judio?
Respondió Poncio Pilato:
Para que yo lo pregunte,
me toca á mí en esto algo:
Tus Pontifices, y gente,
que deben ser de tu vando,
son los que contra ti hablan:
En qué los has agraviado?
A replicarle bolvieron
al Cordero Soberano,
respondiendo à lo primero
de lo que le preguntaron:
No es aqui mi Reyno ahora,
que mis Siervos, y Criados,
si yo reynára en el Mundo,
lo pusieran en cuidado,
haciendo grandes contiendas,
porque no fuera entregado
mi Cuerpo á la ingrata Plebe
de aqueste Pueblo Judayco;
pero al fin, mi Reyno ahora
no es de aqui, como oís claro,
dixera: No vine al Mundo,
para estar en él Reynando.
Quedó Pilatos con esto
confuso, y maravillado,
con sospechoso recelo,
y con grande sobresalto,
y à Cristo mirando atento
se detuvo por un rato
considerando en su Rostro
la Magestad de su Estado,
que bien se manifestaba,
aunque estaba en aquel paso:
tanto, que lo que quisiera
no pudo estarlo mirando:
y queriendo responderle,
tornó á pronunciar turbado, ar-

arguyendo al Salvador
con un silogismo llano:
Luego Rey eres, sin duda,
segun la respuesta has dado,
pues dices del Reyno tuyo
con Ministros, y Vasallos?
Cristo respondió diciendo:
Tu lo dices, y en tal caso,
fue lo mismo que decirle:
La verdad has pronunciado.
Poncio se turbó con esto,
pero viendolo turbado,
con Entrañas de amor llenas,
le dixo el Cordero manso:
Yo nací, y al Mundo vine
para pasar lo que paso,
y dar de la verdad suma
testimonio firme, y claro:
y el que à la verdad se siente
de veras aficionado,
oye mi voz, y la sigue,
como al Pastor el Ganado.
Què cosa es verdad, le dixo
Poncio muy apresurado?
Y antes de oir la respuesta,
salió à su balcon dorado,
con grande priesa, y orgullo;
porque se le vino acaso
al pensamiento una traza,
para salir de cuydado:
ocurriendo à su memoria,
como siempre habia usado,
por la honra de la Pasqua
soltar un Aprisionado;
y por lograr la licencia,
que le dieron los Romanos,
siempre alguno libertaba
à muerte ya sentenciado.
Pensando, que alli usarian
con el Señor Soberano

de la piedad, que aquel Pueblo
con otros havia usado,
comenzó amorosamente
à decirles, intentando
dar la libertad à Cristo,
como lo dirà otro Canto.

CANTO XLVIII.

Propone á los Judios Pilatos el soltar à Cristo, ó à Barrabàs.

YA los Fariséos todos
entre sí se resentian,
aquexados del aprieto,
que mostraban, quando oian
las cosas altas, y fuertes,
con que se les convencia.
A muchos daban temores
por el riesgo de las vidas.
En la plaza era tan grande
el alboroto, y la grita,
las pendencias, y empellones,
que causaba asombro, y grita,
y la Chusma Fariséa,
del todo descomedida,
daba descompuestas voces,
con palabras atrevidas;
con quien el gran Presidente
nada negociar podia,
aunque con trazas buscaba,
para mitigar su ira.
En fin, trabajando un poco,
hizo sosegar la grita,
y que entonces estuviesen
à lo que decir queria.
Viendolos estar à todos
algo atentos sin malicia,
les dixo tales razones,
con palabras comedidas:

Entendido tengo, Amigos,
que toda vuestra porfia
es por mostrar voluntades
á vuestro Cesar debidas:
dandome à entender con esto
el valor grande que habita
en vuestros pechos leales,
cosa que merece estima:
cuyas buenas intenciones
tiene el Cesar conocidas,
porque nosotros de todo
le avisamos cada dia.
Y en lo que me estais diciendo,
que mire, y haga Justicia,
y me resuelva en el Pleyto
de este Hijo de MARIA:
considero vuestro zelo;
aunque algunos imaginan
el que procedeis en esto
con apasionada ira:
lo qual presumir no puedo
aunque algunos me lo digan,
ni de vosotros yo creo
tan descompuesta malicia;
y pues no teneis ninguna,
oid las razones mias,
y ninguno me responda,
hasta que las tenga dichas.
Traxisteisme al Nazareno,
diciendo cierto que hacia
grandes hechizos, y encantos,
maldades, y tiranias,
y que contra el Cesar habla,
pretendiendo se le impidan
sus tributos, y monedas,
que es contra su Monarquia.
Queriendo yo averiguarla,
no he hallado cosa que siga,
conforme à los dichos vuestros,
para haceros la justicia.
Apartème de esta causa,
y embiarla remitida
para que de ella juzgase
al Rey Herodes de Agripa;
pero él no hallandole culpa,
me lo remite, y embia,
y es prueba de su inocencia
el bolver à remitirla.
Y delante de vosotros,
y de vuestra compañia,
examinado lo tengo
con preguntas exquisitas,
y de lo que comprehendo
mi entendimiento se admira,
porque no le he hallado causa
de cosa grande, ni chica.
Mas para dar medio à todo,
pienso que con luz Divina
me socorrió el alto Cielo
con una traza escogida.
Vosotros siempre haveis sido
Serie piadosa, y benigna,
mostrando vuestro buen zelo
con obras caritativas,
y siempre las haveis hecho
con una costumbre antigua,
causada de las mercedes
del gran Cesar recibidas,
y es honrar las Pasquas vuestras
dando libertad cumplida
à un delinquente, dispuesto
para de él hacer justicia.
El solo puede ser uno,
y pues oy es vuestro dia,
y por quien se me pidiere,
libertais, y dais la vida;
démos libertad á Cristo
y con esto está cumplida,
con mucho gusto de todos,
vuestra intencion, y la mia; pues

pues que ningun mal ha hecho,
antes ha dado las vidas
á muchos muertos, y á otros
les ha dado medicinas.
Y de no querer soltarlo,
Barrabás hombre homicida,
de quien ya todos vosotros
teneis muy larga noticia,
está sentenciado á muerte,
y si de aquesta se libra,
os vereis en grande aprieto
con él, y con sus quadrillas,
porque ha de querer vengarse;
y con la Nacion Judia
es con quien tiene mas tema,
porque es siempre su enemiga.
Esotros dos malos hombres,
llamados Gestas, y Dimas,
han de morir oy, sin duda,
sin haber quien me lo impida:
con lo qual cerrado el punto
dexo à vuestro cortesía.
Mirad, pues, de estos dos solos
de qual teneis mas estima.
JESUS, como ya os he dicho,
es Persona comedida,
y os ha de cumplir mil bienes,
si lo dexais con la vida;
y Barrabás es un hombre
de costumbres tan malditas,
que les hará el mal que pueda
à los que por su bien miran.
Mirad de estas dos personas
qual quereis que dexe viva,
que yo la soltaré luego,
solo con que se me pida.
Y si vuestros nobles pechos
aqui á la razon se inclinan,
considerando la fuerza
en que se funda la mia:
bien sé, que habeis de pedirme
por el Hijo de MARIA,
dando testimonio en esto,
que no le teneis invidia.
Consultad unos con otros,
que pienso, si bien se mira,
que no habrá persona alguna,
que mi intento contradiga.
Y en el Canto que se sigue,
verás Lector la desdicha,
del que contra su Dios peca,
y adonde llega su invidia.

CANTO XLIX.

Amenazas que hace Lucifer à Procula, Muger de Pilatos.

LA Sinagoga Hebréa
con atencion escuchaba
lo que Pilatos decia,
aunque con voluntad mala:
y apenas Pilatos huvo
acabado las palabras,
con que sus buenos deseos
á todos manifestaba:
quando la Judayca Chusma,
del viejo Anás incitada,
empezaron à dar voces,
con mucho corage, y rabia,
diciendo: Todos queremos
le sea á Barrabás dada
la libertad, y la vida,
porque libre, y suelto vaya:
y que à JESUS crucifiques:
mira que ya en ello tardas,
y no podrás estorvarlo,
porque el Cielo te amenaza.
Mira que es Dios Poderoso
el que pide la venganza de

de Cristo, cuya persona
pretendió ser adorada.
En justicia lo pedimos,
no te dilates en darla:
fia de la intencion nuestra,
que va bien enderezada.
A dos respetos miramos,
uno á la Ley Soberana,
que castigar con presteza
á los sacrilegos manda,
otro el respeto debido
á la Corona Romana
del Cesar, que aqueste Hombre,
con su pretension agravia.
Maravillado Pilatos,
viendo que con tales ansias
la muerte se le pedia,
cosa tan desatinada
el querer quitar la vida
al que con paciencia tanta
á tales acusaciones
con tanta humildad estaba:
alzando la voz un poco,
les dice: Qué quereis que haga,
que yo no le hallo culpa
en que la sentencia cayga?
A lo qual muchos dixeron,
con voces descompasadas:
Crucificalo, Pilatos,
sin dilacion, ni tardanza.
Y estando diciendo esto,
á replicar porfiaban,
que incansables parecia
tener el pecho, y las hablas.
Y teniendo el Presidente
ya la cabeza cansada
de las voces que se oían
tan descompuestas y tantas:
mandó que callasen todos,
en tanto que descansaba:
que á Barrabás libertasen,
por la merced decretada,
para que todos lo viesen,
por las calles, y las plazas.
Viendo en aquel caso el hecho
de sus intenciones malas,
recibe el Alcayde luego
el aviso, y embaxada,
y mucho se maravilla
de lo que alli se le manda.
Alborotose la Carcel,
con la nueva tan estraña.
Los otros dos Compañeros
con dolor se lamentaban,
viendo de sus tristes vidas
perdidas las esperanzas;
que cada qual las tenia,
entendiendo que librára
el delinquente mas leve
de la angustia derramada.
Y viendo, que al mas injusto,
y mas infame libraban,
sin reparar en que habia
otros con menores causas
en quien la libertad fuese
mucho mas bien empleada,
y que hacerlo no querian
por la honra de la Pasqua:
lloraban Dimas, y Gestas,
y sus parientes lloraban,
quexandose de Pilatos,
porque asi lo decretaba.
Y Barrabás, que en sus obras
al del infierno imitaba,
mostraba su alegre gesto
con placeres, y risadas.
Soltaronlo, y él gozando
la libertad deseada,
salió con demostraciones
libres, y desvergonzadas, que-

quedando sus Compañeros
en prision triste, y amarga,
aguardando de la muerte
la temerosa guadaña.
Entre tanto el Presidente
triste, y afligido estaba,
sin saber lo que hacerse
en ocasion tan estraña.
En tierra puestos los ojos
mil cosas imaginaba,
rebolviendo pensamientos,
sin determinar en nada.
Estando, pues, de esta suerte,
la vista bolvió à la Plaza,
mirandola del semblante,
que tanto le molestaba;
à quien con aspecto alegre,
con tierna, y clara mirada,
dió á entender, que en el cuidado
especial consideraba.
Bien estaba su persona
compelida en tal demanda,
à dar alguna sentencia
del todo injusta, y dañada,
por libertarse de aquellos,
que tanto lo importunaban.
En su Tribunal sentado,
hizo la señ ordinaria,
para que su Secretario
le oyese con voz mas baxa,
con lo qual la estancia toda
algó quedó reportada,
aplicando los oidos
al Auto que pronunciaba,
ansiosos los corazones
de vér de todo acabada
de pronunciar la sentencia,
pedida con tales ansias.
Estando en este silencio
temblando llegó turbada,
para hablar al Presidente
una Moza de la Casa,
diciendole: Señor mio,
mi señora está muy mala,
tanto, que por media hora
ya la tuvimos sin habla:
y si la quereis ver viva,
importa que luego vayas,
porque necesidad tiene
de tu favor, y compaña.
Cómo asi? replicó Poncio,
hablando con la Criada,
porque há menos de dos horas,
que la dexé buena, y sana?
Ya vés mi ocupacion grande,
cuentame del mal la causa,
para que desde aqui mande,
que algun remedio le hagan.
Señor, la Moza le dixo,
sucedió que esta mañana
entré yo en su dormitorio,
porque me llamó la Esclava,
y ví estár a mi Señora
con la color demudada,
pálido, y elado el rostro,
con tristezas en la cara,
bueltos en blanco los ojos,
y como se halla aumentada,
la criatura en el vientre
bullia, y se meneaba.
Algun remedio le hicieron,
sin que cosa aprovechara,
porque sin sentido estuvo
buen rato de la mañana.
Al fin, quisieron los Dioses,
que cobró su aliento, y habla,
con que nos contó el principio
y medio de su desgracia.
Dice, que vió en su aposento
innumerables fantasmas,
con tan horribles visiones,
que asombra solo el pintarlas:

que entonces quando las vido,
tuvo temerosas ansias,
tanto, que le parecia,
que todo el Mundo temblaba,
pidiò à los Dioses favores;
pero mas se le cercaban
las visiones infernales,
no dandoles de ellos nada.
Cercaronla en un instante,
y queriendo ya llevarla
una fantasma de aquellas
para su infernal morada,
vinieron otras visiones,
y mostrandose contrarias
á las visiones primeras,
se travaron en batalla.
Todas estas cosas vido,
y lo que mas le espantaba
era ver, que las figuras
unas con otras hablaban,
y que las oyó, se acuerda,
unas formadas palabras,
que te serán de presente
de grandisima importancia:
las quales si saber quieres,
antes que otras cosas hagas,
buelve á vér á mi Señora,
que por instantes te aguarda.
Turbado el gran Presidente
de oir cosas tan estrañas,
se estuvo suspenso un poco,
sin que algo determinára.
Al fin, dixo, no es posible,
que falta yo de aqui haga,
aunque este caso presente
por todas partes me ataja;
pero si sabes el caso,
cuentamelo sin tardanza;
para que yo me reporte,
y de este cuidado salga.
Señor, la Moza le dixo,
aquellas fieras fantasmas,
que hablaron á mi Señora,
y la dexaron tan mala,
recabaron de las otras,
que con vida la dexáran,
con tal que te diese aviso
de todo lo que pasaba.
Y que atajar procurase,
con encarecida instancia
la muerte de aqueste Cristo,
Hijo de la Virgen Santa.
Y asi te suplico, y ruego
no tengas que haber en nada
con la muerte de este Justo,
ni juzgues aquesta causa;
porque las visiones fieras
la dexan amenazada,
que si aqueste Justo muere,
han de bolver á espantarla,
y que sin remedio alguno,
al hijo de sus entrañas
han de causarle la muerte,
antes que à la vida salga.
Mira, Señor, si te importa
atajar esta desgracia:
y en habiendo dicho esto,
se despidió la Criada.

CANTO L.

Dà Pilatos á Cristo la sentencia de azotes.

PIlatos quedó confuso,
en oyendo aquella nueva,
tan especial, y espantosa,
que le traxo la Sirvienta:
y con temeroso asombro,
pierde su color, y queda cu-

cubierto de un sudor frio,
que todo el cuerpo le tiembla.
Y mirando à todas partes,
mil cosas idéa, y piensa,
por vér si halla algun camino
para consolar su pena,
pero no hallando yá alguno,
por muchos que considera,
pensando mas en el caso,
el corazon se le aprieta,
viendo que por una parte
aquella instancia perversa
le pide á voces que acabe
de pronunciar la sentencia;
y por otra viendo á Cristo
un espejo de innocencia,
en quien porque no halla culpa,
no se atreve à dar la pena:
mira al Pueblo embravecido,
que con cara descompuesta,
le hacen mil amenazas
con sus maliciosas quexas,
y teme de aquella especie,
que si con ellos se encuentra,
le buscarán con Tiberio
alguna grande rebuelta,
por ser cruel, cabiloso,
y de toda maldad llena;
y por escapar de verse
acusado de sus lenguas.
Tambien teme la amenaza
de aquellas visiones fieras
de quien recibió el espanto
Procula su compañera;
cuyas consideraciones
le atribulan, y le cercan
de suerte, que todo el cuerpo
se le estremece, y le tiembla.
Al fin, viendose afligido
con las cosas que le aquexan,

quiso mediarlos á todos,
con una traza resuelta:
y para manifestarla,
dió dos pasos por la reja,
queriendo hablarles à todos,
y que lo oyeran de cerca:
los quales atentos miran,
viendolo venir de priesa,
con ansia de vèr resuelto
lo que en aquel caso acuerda.
Y estando todos callando,
con teorica prudencia,
y con semblante apacible,
les dice de esta manera:
Oidme todos, Varones,
si os preciais de atencion cuerda,
pues no ha de faltar cordura,
adonde sobran las letras.
Justicia me estais pidiendo,
y será Justicia recta
castigar à los culpados,
sin agraviar la innocencia:
de la quay hay tanta en Cristo,
que con todas vuestras quexas,
no le haveis averiguado
culpa grande, ni pequeña.
Por lo qual, mirando el caso
sin que mas en ello pueda,
soy obligado à soltarlo
en mi justicia, y conciencia.
Mas porque conozcan todos,
que mi voluntad es buena
de dexar en este caso
satisfecha vuestra quexa,
quiero dexarlo con vida,
porque la razon me fuerza,
atajandole el camino,
para que reynar no pueda.
Demosle algunos azotes,
con cuya terrible afrenta,

que

queda del todo atajada
la intencion que de él recelan;
porque del Hombre azotado
nunca podrá hacerse cuenta,
para darle oficio noble,
por la infamia que le queda:
con lo qual quedará inutil
à que hacerlo Rey no puedan;
y mas viendose por ellos
en ocasion tan estrecha;
porque si ahora sin culpa
se le dá tan grande pena,
temerá mayor castigo
quando alguna culpa tenga.
Quitaràse de ocasiones
si ahora se escapa de esta,
y en habiendolo azotado,
se acabaran vuestras quexas,
con cuya sentencia creo,
vuestra Plebe irá contenta,
viendo castigado á Cristo,
aunque nunca lo merezca;
y otra cosa no me pidan,
porque no pienso el hacerla,
basta que contra justicia
lleve el castigo que lleva.
Y en diciendo estas razones,
en su Tribunal se sienta,
porque el Secretario aguarda
para firmar la sentencia.
Sientase, y toma la pluma,
y aunque la mano le tiembla,
echa la firma, y al punto
hace de todos ausencia
entrandose en su aposento,
lleno de miedo, y tristeza,
que bien se conoce en esto
su atribulada conciencia,
quedando el Cordero Manso
entre colmillos de Fieras,
que para despedazarlo
están voraces, y hambrientas.
O, Espiritus Soberanos,
que con suma reverencia
contemplando estais en Cristo
sus amorosas grandezas!
Prestadme para contarlo,
vuestras Celestiales lenguas,
porque las nuestras no pueden,
y apenas podrán las vuestras.
Y tù, Cordero Divino,
que asi maltratarte dexas,
por el amor de los hombres
que te lastiman, y afrentan,
haz que en tu Amor Soberano
esta Historia vaya embuelta,
y dale luz à las Almas,
para que en tu Amor se enciendan,
conociendo tus favores,
y lo mucho que nos precias.
Estimemos del Rescate
el precio, y valor que cuesta.

CANTO LI.

Azotan los Judios á Cristo en Casa de Pilatos.

APenas huvo Pilatos
firmado lo proveido, y

y ausentandose de todos
(como ya tenemos dicho)
quando con furia espantosa,
aquellos fieros Ministros
embistieron fuertemente
con el Cordero Divino,
tirandole de la soga,
con desenfrenado ahinco.
Llegaron á la escalera,
por donde lo habian subido
y le llevan á empellones,
dando risadas, y silvos
donde entraba mucha bulla
en numero tan crecido,
que encerrarse por adentro
acordaron ellos mismos.
Y dos Verdugos crueles,
que estaban ya prevenidos,
tambien en la sala entraron,
para executar su oficio.
Llevaban fuertes azotes,
tanto, que al comun sentido,
eran de nervios de Toro
con los remates torcidos:
cuyo instrumento furioso
era de todos temido,
y nunca se acostumbraba,
sino es por graves delitos.
Lo metieron los dos dentro,
donde el vando vengativo
se le cercaron gritando,
en tropél, y remolinos.
Quitaronle las prisiones,
con que su Cuerpo Bendito,
desde aquella noche antes
aprisionado habia sido;
pero no se las quitaron
con intento compasivo,
sino es con crueldad estraña,
y modos descomedidos.

Qa

Y estando ya desatado,
con nuevo corage altivo,
le mandaron los Verdugos,
que se quitára el vestido,
y porque se detenia,
aquellos fieros ministros,
dandole de pescozones,
se lo mandaban à gritos.
Quitaronle las prisiones
con rabia, y furor esquivo:
La ropa, que por escarnio
le havia Herodes vestido,
y las demas vestiduras,
con mandamiento preciso,
le mandaron los Verdugos,
que se las quitase èl mismo.
Y el Cordero Soberano,
habiendose ya ofrecido
á dar por el amor nuestro
su Cuerpo Santo al martirio,
no quiso reservar cosa,
aunque estaba detenido
con un natural empacho,
vergonzoso, y encogido.
Y levantando los brazos
al Cuello Santo, y Bendito,
à obedecer el mandato
de aquellos hombres impios,
porque asi el Señor del Cielo
lo havia ya referido.
Tenia sus Santos Dedos
turbados, y adormecidos:
desatando iba de espacio
unos cordeles de hilo
de la Tunica Sagrada,
que la Santa Virgen hizo:
la qual Tunica dichosa
tuvo desde que fue Niño,
y creciendo el Santo Cuerpo,
tambien ella havia crecido,

que

que de su Carne Bendita
quitada nunca havia sido
hasta que se le apartaron
aquellos descomedidos;
los quales, y mas crueles,
haviendose detenido,
à desnudarle llegaron
con impetu enfurecido.
Sacaronle por lo alto
la sotana de improviso,
y con la Tunica Santa,
hicieron tambien lo mismo
quedando su Santo Cuerpo
mas bello que el Cielo Empyreo,
descubierto á la verguenza
para mas presto aflixirlo,
y en un rincon de la sala
arrojaron el vestido,
con el escarnio, y desprecio
mayor que nunca se ha visto.
Y los Verdugos crueles,
viendo ya desnudo à Cristo,
con sus Carnes delicadas
expuestas al tiempo frio,
le ataron à una columna,
que tenia el edificio,
le asieron con fuertes cuerdas,
y lazos escurridizos,
donde JESUS Nazareno,
viendo ya el tiempo cumplido
de lo que por amor nuestro
quiso siempre desde Niño,
levantó el Corazon Santo
à su Padre esclarecido,
diciendole humildemente:
Soberano Padre mio:
para los hombres del suelo
la misericordia os pido.
Mirad vuestra piedad grande,
y no sus graves delitos,
ni pecados con que el Mundo
os tiene tan ofendido.
Yo quiero ser azotado,
mofado, y escarnecido,
por todos los que quisieren
venir à ser mis amigos.
Tomad en cuenta, y descargo
este presente martirio,
que para remedio suyo
te lo ofrezco en sacrificio.
Mirad, que està de por medio
oy vuestro querido Hijo,
y que amor pedir me hace
por el hombre enternecido.
Estas razones, y otras
decia el Verbo Divino,
por estar de nuestras Almas,
enamorado y rendido.
Quando llegó de repente
un Sayon descomedido,
diciendo: Fuera, Señores,
hagan campo, y dexen sitio,
para que jugar podamos
el azote foragido.
Dió la acobardada gente
franco lugar por que vino
luego otro Verdugo fiero
haciendo el mismo ruido.
Para despojar la ropa
fueron ambos detenidos,
para estar en este caso
mas sueltos, y prevenidos.
Luego entre los dos hicieron
ancho campo, y remolino,
rebolviendo en un instante
contra el amoroso Cristo,
en cuyo Amor Soberano,
mas candido que el armiño,
estaba desnudo en carnes,
y ya temblando de frio.

Levantan los dos los brazos,
con animo enfurecido,
y á lastimar comenzaron
al Cordero enmudecido.
Y ya en los primeros golpes
mostraba la Sangre indicios,
que ya bien se apercibia,
en abriendole camino.
Le daban golpes crueles,
furiosos, y vengativos,
sin lastima, ni fatiga,
rompiendo el cutis inciso.
Labraban su Santo Cuerpo
muchos encarnados hilos.
Salió la Sangre dichosa,
con que las Almas del Limbo
salir pudieron, quedando
todo el Mundo enriquecido.
Y porque el Canto se acaba,
por estar enternecido,
en el siguiente diremos
maravillas, y prodigios.

CANTO LII.

Hacen los Judios Concilio secreto en el Templo contra Cristo.

ENtre tanto que sufria
Cristo por voluntad suya,
y tambien por Amor nuestro,
con Misericordia suma,
los azotes que le daban
entre aquella infame Turba,
tan crueles, y sangrientos,
como de la infernal furia:
y en tanto que derramaba
aquella dichosa lluvia
de tanto bien causadora,
y que tanto mal escusa,
estaba la Junta ingrata,
Soldados, y la otra Chusma,
con insolentes palabras,
haciendo de Cristo burla:
y tambien los que miraban
por los resquicios, y juntas,
con sus golpes, y ruido,
hacian mormollo, y bulla.
Los de adentro que sentian
fuera tanta gente junta,
la defensa percibieron
de trazas, y cerraduras,
y entenderse no podian,
del ruido que tumultan.
En la Ciudad, repartida
la gente, andaba confusa,
buscando luz, y salida
de tinieblas tan obscuras:
diciendo mil disparates,
como siempre lo acostumbra
hacer el inquieto Vulgo,
siendo la admiracion mucha.
Unos, diciendo: Pilatos
es el que tiene la culpa;
á lo qual otros decian:
Antes librarlo procura.
Otros decian, que Herodes
usaba de aquella industria,
porque Cristo no reynase,
hablando por congeturas.
Cada qual iba diciendo
imaginaciones suyas.
Unos, con modo piadoso,
y otros con entrañas duras,
los Fariséos ponian
á Pilatos mil calumnias,
porque no condenó á Cristo
á muerte espantosa, y dura:
diciendo, que enhechizado

estaba, sin tener duda,
pues para darle la muerte
ponia tantas escusas;
y que habian de ponerlo
en grandisima estrechura,
avisando al gran Tiberio
de graves causas, y muchas:
y que el bien de su Corona
no lo mira, ni procura,
pues que consiente culpados,
y no castiga las culpas;
pues dexando vivo á Cristo,
es darle favor, y ayuda,
contentandose con darle
azotes como à criatura.
Y Cayfas viendo à los suyos
metidos en grandes dudas,
mandó se hiciese en el Templo
un grande Concilio, y Junta,
porque alli determinasen
lo que hacer era cordura,
para que con esto muera
el Señor de las Alturas.
Apenas el nuevo intento
manda Cayfas, y pronuncia,
quando à penetrar comienzan
mil maquinosas industrias.
Al Templo se parten luego,
todos en tropa y patrulla,
para celebrar de espacio
su maliciosa consulta.
Entran en el Templo Santo
con su fingida mesura,
haciendo las reverencias
que siempre hacer acostumbran:
y en el lugar de su estancia,
à comunicar se juntan
las nuevas acusaciones,
y nuevos cargos que buscan:
y antes de pronunciar cosa,
Anás à Cayfás pregúnta,
si de la parte de Cristo
se halla persona alguna?
Señor, Cayfas le responde,
no es razon que se presuma,
entre tanta Flor honrada,
tan gran baxeza, y locura.
Dos, que por Cristo bolvieron
en las pasadas consultas,
no se atreven á mirarnos,
de pura verguenza suya.
Y asi bien hablar podemos,
porque en esta coyuntura,
las voluntades de todos
se encierran en sola una.
Anás se consuela de esto,
y de todo se asegura,
diciendoles, que hablar quiere,
si con silencio lo escuchan.
Y luego á decir comienza:
Si todos siguen mi industria,
Cristo, à pesar de Pilatos,
ha de morir oy sin duda.
Todos se alegran de oirlo,
rogandole diga en suma,
la traza que tiene dada,
para salir con la suya.
Anás comenzó, diciendo:
No es razon, ni cosa justa,
que ninguno de la Sala
nuestros intentos descubra:
Y para que no lo sepa
esto otra persona alguna,
de quien recelar podamos,
mas que de los de esta Junta:
salgase alguno allá fuera,
y como quien disimula,
repare, y dénos aviso,
si alguien aqui nos escucha.
Y en el Canto que se sigue di-

dirémos de las industrias,
que concertadas quedaron
de la maliciosa Junta.

CANTO LIII.

Hacen Concilio secreto los Farisèos contra Cristo y arrepentimiento de Judas.

ANás, y Cayfás estaban,
con los demas Fariséos
dentro de la Sinagoga,
en un Concilio secreto;
y para que mas lo fuese,
con grande apercebimiento
tenian puestas espias,
para no ser descubiertos,
porque ninguno escuchase
lo que estaban confiriendo
con los demás sus Consortes,
y Anas el astuto viejo,
á quien escuchaban todos,
con atencion, y silencio,
y con intencion resuelta
de guardar bien sus consejos
y lo que á todos decia,
viendolos estar atentos,
es lo que en aqueste Canto
ahora se vá siguiendo.
Bien habeis visto Señores,
el punto en que nos ha puesto
el Presidente Pilatos,
con sus blandos argumentos:
y conforme se inclinaba,
tuve muy grande recelo,
que determinadamente
quiso libertar el Preso;
pero fuimos á la mano,
y conforme à lo que entiendo,
de las amenazas nuestras
tuvo cobardia, y miedo;
por lo qual mandó azotarlo,
y pues que ya lo tenemos
quitado el honor, y brio,
con afrentoso tormento:
solo nos resta quitarle
la vida en que está viviendo,
para que del todo libres,
y descansados quedemos.
A lo que Cayfás le dixo:
Cómo puede ser ya esto,
pues con intentos contrarios
á Poncio Pilatos vemos,
que nos dixo claramente
con grande desabrimiento,
que no merece castigo
por el cargo que le hacemos;
y que solo lo azotaba
por imbiarnos contentos,
y que no haria otra cosa,
aunque mas lo importunemos.
A lo qual Anas le dixo,
levantado de su asiento,
pidiendo silencio á todos,
puesto en los labios los dedos.
Ahora, si bien se mira,
en nuestras manos tenemos
orden para darle muerte,
mucho mejor que primero,
probando por dos caminos;
y sino hiciere el primero,
el segundo, yo no dudo,
sino es que con él saldrémos.
Y es, dar primero la traza,
pues que ahora está sufriendo
la execucion de la pena,
y sentencia que le dieron:
que si los Verdugos quieren
gastar un poco de tiempo, pue-

pueden dar azotes tantos,
y tales, que muera de ellos.
Y será bueno embiarles
para que quieran hacerlo,
à ofrecer grandes albricias,
si alli lo dexasen muerto,
ó de tal suerte llagado,
que claramente notemos,
que hicieron todo el posible,
y que no quedó por ellos:
lo qual, si todos pretenden,
que se cumpla con efecto,
conviene prometer algo,
sin reparar en dineros.
Y si haciendo asi nosotros
lo que ahora estoy diciendo,
y èl fuere tan venturoso,
que no muera en el tormento,
usarémos de otra maña:
y será bolvernos luego
à decirle al Presidente,
todos de comun acuerdo,
que en justicia le pedimos,
que nos manifieste el Preso,
para que dar fé podamos
del castigo que le han hecho,
por ser causa que depende
conforme á nuestro Derecho
de la Jurisdiccion Sacra,
que toca al Tribunal nuestro,
Y si nos lo muestra vivo,
todos juntos pedirèmos,
sin dar lugar à razones,
que lo crucifique luego;
porque si lugar le damos
á razones, y argumentos,
serà cansarnos en valde,
y perder sazon, y tiempo;
sino es que todos con maña,
lo que yo fuere diciendo
digan, con grande alboroto,
y con modo descompuesto,
porque si todos à una
le pedimos con estruendo,
sin escuchar sus palabras,
que lo crucifique luego,
ha de quedar persuadido,
que lo pide todo el Pueblo,
y ha de sentenciarlo á muerte,
aunque le pese el hacerlo.
Acabadas sus razones,
todos juntos le dixeron,
que las trazas eran tales,
como de su entendimiento.
Y luego al punto acordaron,
que un hombre sagaz, y cuerdo
les llevase á los Verdugos
algun regalo en dineros:
y que con silencio grande,
y particular secreto,
les dexasen encargada
la obra de aquel intento:
Lo qual pusieron por obra,
con cuidadosos deseos,
antes que se levantasen
de sus honrados asientos.
Ellos en aquesto estando,
repentinamente vieron,
que arrempujaban la puerta
de la Sala de su Acuerdo.
Alborotaronse todos;
mas pasóseles de presto
el cuidado, porque à Judas
en el llamar conocieron.
Mostraronle buen semblante;
mas él con sañudo gesto,
puesto delante de todos,
asi comenzó, diciendo:
Ya vendí, señores mios,
la Sangre de mi Maestro, qui-

quien, sin tener culpa alguna,
teneis en muy grande aprieto.
El es Justo, y no ha pecado;
y yo, misero, hombre ciego,
que pequé en vender su Sangre,
contra la tierra, y el Cielo.
Lo qual declaro en conciencia
con muy grande sentimiento,
porque estoy arrepentido
porque hice tan mal hecho.
Soltad al que es Bueno, y Justo;
y porque sepais que es cierto
y sin duda lo que digo,
veis aqui vuestro dinero;
porque sé que no ha de darme
ningun fruto, ni provecho.
Aqui los traygo cabales
del modo que se me dieron.
De lo que Judas decia
se estaba Anás sonriendo,
y con donayre guiñando
à los demás compañeros.
Y en habiendose acabado
de Judas el parlamento,
algunos de los Letrados
de esta suerte le dixeron:
Miráras tu lo que hacias,
quando veniste à venderlo:
y no quieras remediarlo,
quando no tiene remedio.
Fiados de tu conciencia,
embiamos á prenderlo:
y tu has tenido la culpa
de todo quanto se ha hecho.
A lo que respondió Judas,
con dolor, y sentimiento,
dando muy recias palmadas,
y pisadas en el suelo:
Cómo es posible que digan
hombres sabios, y discretos

unas razones tan fuera
de razon, y entendimiento!
Quándo se vido en el Mundo
un engaño descubierto,
que no se repare, dando
su merecido á su dueño!
Y si alguno de vosotros
padeciera algun tormento,
sin culpa, y razon bastante
de merecer padecerlo;
y luego se descubriera
la falsedad, y embeleco,
aclarando la innocencia
del innocente supuesto,
fuera buena esa respuesta?
Y tuvierades por bueno,
que vuestros Jueces dixeran
otro tanto en daño vuestro?
Pasára mas adelante:
pero Cayfás conociendo,
que Judas hablaba entonces
con razon, y fundamento,
quiso taparle la boca,
y para poder hacerlo,
el vér la traza que tuvo,
en otro Canto dirémos.

CANTO LIV.

Arrepentimiento de Judas delante de la Sinagoga.

VIendo Cayfás como Judas
arrepentido venia
de aquella maldad notable,
y traycion executiva:
y que con pecho arrojado,
claramente lo decia,
con lo qual toda la Junta
callando se confundia,

sin saber qué responderle
á lo què dicho tenia,
ni con que medio atajarle
lo que mas diciendo iba:
para taparle la boca,
se levantó de su silla,
y le dixo de esta suerte,
con palabras comedidas:
Judas amigo, no es justo
que à tì mismo contradigas,
perdiendo el credito tuyo,
de que haces tanta estima.
Mira lo que dicho tienes;
y mira que la Justicia
á los que se contradicen
con grande rigor castiga.
Quanto y mas, que aquesta causa
à Herodes fué cometida,
y él la remitió a Pilatos,
como es verdad conocida,
cuyo Tribunal no toca
à la Jurisdiccion mia,
ni yo atajar puedo cosa
de lo que Poncio administra.
Con lo qual te desengaño,
porque tengas conocida
la poca fuerza que tiene
tu apasionada porfia.
Y si acaso las monedas
que ya tienes recibidas,
te parecen poco, y nace
de eso tu melancolia;
no tengas pesar alguno,
que tu hazaña fué muy digna
de gran premio de presente,
y ser siempre agradecida.
Yo me obligo à contentarte,
y darte quanto me pidas,
si de hablar ahora te dexas,
[illegible]s nos vemos cada dia.

Judas, que sufrir no pudo
la colera que tenia:
y todo le daba en rostro
quanto diciendole iban,
muy lleno de ardiente zaña,
con el habla enronquecida,
les dixo, manifestando
la colera que tenia:
Sin duda que mis palabras
han sido mal entendidas,
ó yo decir no he sabido
la ocasion de mi venida:
y para hablar mas claro,
confesando mi malicia,
confieso que es Justo, y Bueno
JESUS, Hijo de MARIA,
y que apasionadamente
con miserable codicia,
lo entregué sin recatarme
de la maldad que hacia.
Por lo qual exorto à todos,
que os dolais de mi desdicha,
y tomeis vuestras monedas,
que en mi poder son malditas,
y le deis á mi Maestro
la libertad que tenia;
porque culpa, ni pecado
no lo cometió en su vida.
Cayfàs le respondió à esto,
lleno de rabiosa ira,
porque ya estaba enfadado
de lo que Judas decia,
diciendole: Amigo Judas,
buelvete á ir por tu vida,
y no me hables palabra
mas de las que tienes dichas,
porque me vas enfadando,
y juro por vida mia,
que en dura prision te ponga,
si en esto mas me replicas. Qué

Què nos vâ de eso á nosotros?
Miráras tu lo que hacias,
quando veniste á venderlo,
pues nadie te lo pedia.
Esto Cayfás dixo à Judas,
y los demàs le decian,
que se fuese, y no hablase,
pues que la culpa tenia.
El qual viendose ataxado,
y que ya no le valia
alegar razon alguna,
porque el hablar le impedian,
bolvió lleno de corage,
y de colera encendida,
à mirar à los presentes,
con rabiosa, y fuerte vista,
diciendo con desacato:
Mal haya el hombre que fia
en solo el parecer suyo,
y lo que hace no mira!
Y en diciendo estas razones,
las monedas que tenia,
por la venta del Cordero,
en su poder recibidas,
las dexó con fuerte golpe,
por todo el suelo esparcidas,
arrojandólas furioso,
con libertad, y osadia,
diciendo rabiosamente:
El alto Dios me maldiga,
pues que vine á hacer un hecho
lleno de tanta malicia.
Veis aì vuestras monedas,
no corra por cuenta mia
la pena que á mi Maestro,
dais contra toda justicia.
Y con colerico pecho,
y muestras descomedidas,
volvió à mirarlos à todos,
resuelto, y sin cortesía;
con que todos conocieron
su descompasada ira,
y que vengarse quisiera,
teniendo en poco la vida.
Y viendo el desventurado
que ninguno respondia
en favor, ni en contra suya,
porque todos le temian,
sin hablar, ni despedirse,
y con muestras desabridas,
los dexó à todos, y fuese
acercando à su desdicha;
quedando con este hecho
Cayfas, y su Compañia
con desabrimiento grande,
confusion, y cobardia,
y turbados de aquel caso,
con admiracion decian
del atrevimiento grande,
que Judas tenido havia;
pero Anà el Viejo astuto,
temiendo vér esparcidas
las quadrillas sin el hecho
que concertado tenia,
bolviendo a hablarles á todos
les dixo: el Demonio embia
estos hombres, y otros tales,
à que nuestro intento impidan;
pero ni serán bastantes,
ni el alto Cielo permita,
que este Hombre vivo escape
con su escandalosa vida,
por esto ninguno tema,
antes mi consejo sigan,
y vamos luego à la Plaza,
porque se va presto el dia.
Y si JESUS Nazareno
fuese vivo todavia,
daremos al Presidente
tan grandes voces, y grita,

 que

que obligue á darle la muerte,
siquiera por no sufrirla,
como con todos vosotros
ya concertado tenia,
antes que de Judas fuese
su acelerada venida.
Todos en ello vinieron,
diciendo, que convenia
guardar su honrado consejo,
pues que tanto á todos iba.
Cayfás, viendolos conformes,
se levantó de su silla,
siguiendo el mismo viage
los Fariséos, y Escrivas,
llevando su intento malo;
y con humildad fingida,
antes de salir del Templo,
se hincaron de rodillas;
mas fué su oracion entonces
poco devota, y prolija;
porque sus almas estaban
llenas de rabiosa invidia.
Al fin, del Templo salieron,
con ambiciosa codicia.
Y en el Canto que se sigue
irá la Historia cumplida.

*** *** ***
*** ***
***

CANTO LV.

Sentimiento de la Virgen, de los azotes de Cristo.

ENtre tanto que pasaba
esto que aqui se ha cantado
de la Historia Soberana,
en el yá pasado Canto
la Virgen Santa, y Bendita,
con dolor no imaginado,
en oracion fervorosa
estaba en el Templo Santo,
arrodillada en el suelo,
con el Rostro humilde, y baxo,
vertiendo perlas preciosas
por su Rostro Soberano:
y porque tomase aliento
su Corazon traspasado
del dolor de los azotes,
que á su Hijo estaban dando,
las quexas que procedian
de su pecho lastimado
las decia al Padre Eterno,
estando con él hablando,
diciendo: Padre Piadoso,
en qué mi hijo ha pecado?
Y pues no tiene delitos,
por qué lo castigas tanto?
Por qué quieres que estos impios,
con cruda, y sangrienta mano,
lastimen la Carne Santa,
que estos mis Pechos criaron?
Como permites, Dios mio,
que haga tan grande estrago
la injusticia mas tirana
en Cuerpo tan delicado.
Ay, Amado Hijo mio!
En qué robos te han hallado,
ó que delitos hiciste que

que asi te están azotando?
Ya estaràs, Hijo contento,
pues el tiempo se ha llegado,
que para el bien de los hombres
tenias tan deseado.
Padecelo, Amado Hijo;
mas templa un poco este daño,
mira que á mi me lastiman
los golpes que te están dando.
Muy de continuo, Hijo mio,
te mostrastes dulce, y grato,
y con blandura trataste
à quantos à ti llegaron;
no tengas contra ti ahora
tan castigadoras manos.
Haz à los Ministros fieros,
que se detengan en algo.
Hijo de mi vida, y Alma,
perdona, si en lo que he hablado
dexo de estar resignada
en tu querer Soberano;
que como tanto padeces,
y como te quiero tanto,
siento con razon, que seas
de esa suerte atormentado.
Bien conozco, amado Hijo,
que con pecho enamorado,
para rescatar el Mundo,
padeces tantos trabajos;
porque la Justicia Suma
de tu Padre Soberano
pide satisfaccion justa,
para perdonar pecados:
y bien sé, que si quisieras
escusar tu, Hijo Amado,
tormentos tan afrentosos,
que pudieras escusarlos,
y con trabajos menores,
pues està todo en tu mano,
pudieras dexar el Mundo
enriquecido, y honrado,
pero tu Amor es tan grande,
que para manifestarlo
quieres, amando á los hombres,
ser de ellos atormentado.
Hagase muy en buen hora,
pues está determinado
dar con medio tan costoso,
el remedio á los humanos,
que tambien en ello viene
mi Corazon traspasado,
porque á tu voluntad quiero
oy de nuevo resignarlo;
pero si fuere posible,
que tu afrentoso trabajo,
por algun honesto medio,
ayudase yo a llevarlo,
fuera muy grande consuelo
à mi Corazon llagado,
padecer yo los tormentos,
y dexarte descansando.
Y entre tanto que estas cosas
con Corazon lastimado
en Amor, y sentimiento
la Virgen decia orando,
acabaron su Cabildo
los Escribas, y Letrados,
en que à darle muerte à Cristo
todos se determinaron:
de donde salido havia
afligido, y suspirando
con airadas intenciones,
Judas el desventurado,
de quien ya los enemigos
iban tan apoderados,
que lugar no le dexaban
para buscar su reparo.
Pasó por el Santo Templo,
y con la vista encontrando
á la Reyna Soberana,

y á Juan Discipulo amado,
tuvo notable verguenza,
y torciendo por un lado,
procuró esconderse triste,
lleno de temor, y espanto;
porque cierto conocia,
que estaba notorio, y claro,
y del todo descubierta
su traycion, y aleves pasos:
y por una, y otra calle,
muy apriesa caminando,
buscaba el termino breve
de salirse presto al campo.
Y viendolo de esta suerte
el enemigo ordinario,
por cuyo consejo habia
caido en tales pecados,
mandó, que siete Legiones
del Luciferino Vando,
fuesen en su seguimiento,
sin apartarsele un paso,
y que del todo inclinasen
sus pensamientos airados
á ser blasfemo en la tierra,
y morir desesperado.
Lo qual pusieron por obra
los infernales Alanos,
y el efecto que hicieron
dirémos en otro Canto.

CANTO LVI.

Sentimiento de Judas, y camino de su desesperacion.

ENtretanto que pasaba
el Divino Medianero
los tormentos afrentosos,
que nosotros merecemos:
en tanto que arrodillada
la Princesa de los Cielos,
en oracion fervorosa,
daba muy tiernos lamentos,
y los Letrados, y Escrivas,
Satrapas, y Farisèos,
iban trazando la muerte
al Mansisimo Cordero,
iba caminando apriesa,
con triste, y airado estremo
el desesperado Judas
huyendo de su remedio:
y saliendo al çampo, iba
buscando lo mas desierto;
porque se sobresaltaba
de vér á los pasageros.
Llena el alma de temores,
y el corazon de recelos,
con la vista embelesada,
y sobresaltado el pecho,
de quando en quando paraba
un poco á tomar aliento;
y con recelo, y temores,
bolvia á mirar al Pueblo,
y luego sin detenerse,
iba el viage siguiendo,
sin saber adonde iba,
ni llevar camino cierto,
solo por donde los pasos
querian llevar el cuerpo,
por alli se apresuraba,
de Jerusalen huyendo.
Iban en su compañia,
dando Dios lugar á ello,
siete Legiones crueles
de la furia del Infierno,
que llevaban á su cargo
darle rigorosos tiempos,
y estorvarle los caminos
de penitencia, y remedio,
y no dexar el combate,

hasta que rendido, y puesto
lo tuvieran á su salvo
en el infernal tormento.
Y aunque su intento rabioso
por obra llevaban hecho,
dando á Judas batería,
y guerra de pensamientos,
unos con otros hablaban
dando, y tomando consejo,
porque nada les faltase
para salir con su intento.
Procuraban incitarlo,
que se fuese á los desiertos,
porque mejor estuviese
á tentaciones dispuesto:
ó que en el mar navegase,
hasta tomar algun puerto
en un Reyno estraño, donde
no pudieran conocerlo:
todo para fatigarlo:
pretendiendo ellos con esto
que rabiando, se encendiese
en ira contra sí mesmo.
Tambien le representaban
los grandes desasosiegos
con que de presente estaba
y su triste afligimiento.
Unos le daban tristezas,
con desabridos deseos.
Otros, en ira raviosa
lo encendian por momentos.
Era Capitan de todos
estos Angeles sobervios,
Corin, Demonio atrevido
y de muy grande consejo,
el qual mandó que tuviesen
un rato á Judas suspenso,
entretanto que él á todos
decia su sentimiento.
Todos pararon á una,
teniendo á Judas enmedio,
á quien con tristeza grande
lo estaban entreteniendo,
entretanto que les daba
infernales documentos
Corin á todos los suyos
de esta manera diciendo:
Mejor ocasion que aquesta
nunca en la vida tendrémos
para que Judas se vaya
con nosotros al Infierno;
porque en pecados, y culpas
ha vivido siempre embuelto,
y siempre nos ha servido
desde muchacho pequeño,
y de los que mucho pecan
claramente conocemos,
que harán lo que les mandamos,
como discipulos nuestros.
Este está en pecado ahora,
y si le dexamos tiempo
para que en la cuenta cayga,
y se buelva á su Maestro,
no será mucho que alcance
perdon de todos sus yerros,
y escapará de nosotros,
como otros muchos hicieron.
Por tanto conviene á todos,
para vencerlo mas presto,
cargar el corazon suyo
de grande tristeza, y miedo,
y traerle á la memoria,
con claro conocimiento,
el grande pecado que hizo
en vender á su Maestro.
Y habiendo en ello pensado
anegar su entendimiento
en ira, y zaña rabiosa,
que tome contra sí mesmo:
Y estando su cuerpo, y alma, en

en este rabioso incendio,
que desespere, y se ahorque,
todos juntos le dirémos,
y porque nada le falte,
para si quiere hacerlo,
pues que tanto nos importa
la victoria de este hecho,
uno de vosotros vaya,
con pronto aceleramiento,
y sin tardar un instante,
buelva con paso ligero,
y trayga de donde hallàre,
un cordèl fornido, y recio,
y en el suelo se lo arroje,
y si lo alzàre del suelo,
yo haré al punto que se ahorque,
y eso queda de mi acuerdo.
Los invidiosos Demonios
aceptaron el consejo
de Corin, Capitan suyo,
y por obra lo pusieron.
Y en el Canto que se sigue,
Lector, si fueres atento,
verás de nuestro enemigo
los infernales deseos:
Y verás por la justicia
de Dios, y sus juicios rectos,
en lo que à parar llegaron
los que de Dios van huyendo.

CANTO LVII.

Desesperacion, y fin desastrado del perverso Judas.

LLena el alma de temores,
y el corazon de combates
con la conciencia dañada,
llena de escrupulos grandes,
cerca del Monte Olivete,
quiso Judas repararse
á considerar un rato
en el fin de su viage,
con la vista embelesada,
triste, y sañudo el semblante,
rebentando por los ojos,
en vez de lagrimas, sangre,
parado, y cabeceando,
consideraba los males,
y peligros en que estaba,
por su culpa miserable:
y acordandose de Cristo,
poniasele delante
la culpa de haber vendido
aquella innocente Sangre,
y que ya se derramaba,
con afrentosos ultrages,
por los azotes crueles,
que habian mandado darle.
Yo quedo, entre sì decia,
para todo el Mundo infame,
y ya no tiene remedio
mi maldad terrible, y grave.
Quiero irme à los desiertos,
á vivir entre animales,
en donde mi triste vida
pasaré hecho un salvage;
y asi, sin perder un punto,
mejor me será alexarme,
donde sin empacho viva,
y no me conozca nadie;
pero quien me mete en eso?
Escondido quiero estarme,
en tanto que con el tiempo
ese alboroto se pase,
y luego los Fariséos
gustaràn de regalarme,
y puedo vivir honrado,
con solo sus amistades.
De tales, y de otras cosas es-

estuvo haciendose alarde,
pasando por su memoria
infinitos disparates;
en cuya cruda batalla,
despues de buen rato estarse
le pareció, que la tierra
se abria para tragarle;
cuyas imaginaciones
le causaron desnudarse,
y tener mayores miedos,
que habia tenido antes;
mas el Justo Dios, que tiene
misericordia bastante,
para perdonar pecados
muy mayores, y mas graves
antes que de su albedrio
diese el ultimo remate,
lo socorrió con auxilios,
que no pudieron faltarle.
Y dandole algun aliento
enmedio de estos combates
los socorros suficientes,
que quiso Dios embiarle,
consolando su tristeza,
le decia su buen Angel,
que bolviese à su Maestro,
y perdon le demandase,
y tuviese confianza
en su condicion afable
que no lo desecharia,
pues no desechaba á nadie,
ofreciendo à su memoria
porque mejor confiase,
la blandura con que Cristo
acostumbraba tratarle:
y como estaba muy hecho
á perdonar culpas graves,
sin bolver à nadie el Rostro,
ni dar muestras de enojarse.
Con lo qual tomando aliento,
procuraba adelantarse,
dandole algunos esfuerzos
á su corazon cobarde.
Levantó un poco los ojos,
y mirando à todas partes,
vido un cordel en el suelo,
y paró un poco à mirarle,
y tomandolo en la mano,
tornó luego à fatigarse,
perdiendo todo el aliento,
que habia cobrado antes,
viniendole á la memoria
un conocimiento grande
de aquella maldad que hizo
contra la innocente Sangre:
y que su culpa excedia
à las mayores maldades,
que por humanas criaturas
pudieran imaginarse.
Luego con tristeza, y miedo,
procuraron apartarle
los enemigos crueles,
queriendole dar alcance;
y con aquesta fatiga,
lleno de infernal corage,
que yá contra si tomaba,
queria despedazarse,
y contra sí embravecido,
se decia hablando al ayre:
Quiero tomar el castigo,
y de mí mismo vengarme.
Y rebolviendo los ojos,
vido un arbol menearse,
de cuyas fornidas ramas
le dió gana de ahorcarse,
y poniendolo por obra
decia: Quiero matarme,
para que mi triste vida
por este medio se acabe,
pues no tengo ya remedio,

y mis culpas fueron tales.
Quiero renunciar el Mundo,
y que el Infierno me trague.
Esto diciendo, la soga
puso con tal maña, y arte,
que estando de ella pendiente,
con el vivir acabase.
Y un escurridizo lazo
puso al cuello, y sin tardarse,
se arrojó desde lo alto,
dexando el cuerpo en el ayre:
adonde los Enemigos,
para mas presto acabarle,
hacian sus diligencias,
viendolo bambolearse:
y como pesado era,
y el aliento le faltase,
con las ansias que tenia
en tan desdichado trance,
habiendo penado un rato,
vino à parar su desastre,
en que su maldito cuerpo
se rebentó por dos partes,
por donde se derramaron
los espiritus vitales,
y las entrañas, adonde
cupieron tantas maldades,
quedando el cuerpo difunto,
y su alma miserable
para siempre sepultada
en las penas infernales.
Razon serà, Lector mio,
el dexar este viage,
y andar nuestras Estaciones,
porque se nos hace tarde,
y vamos á vér à Cristo,
cuya Soberana Carne
tiene ya de los azotes,
mas de cinco mil señales.

CANTO LVIII.

Prosiguen los azotes á la Columna, y befa del Señor.

EL Verbo, que sin principio
ante todas cosas era,
cuyo Sér es Soberano,
como Divina su Esencia:
el que es sumamente Bueno,
Santo por naturaleza,
y de derecho le viene
Magestad, y Omnipotencia
de Dios todo Poderoso,
del Padre Palabra Eterna:
el que todo lo ha criado,
y el que todo lo sustenta:
aquel que adornó los Cielos
de hermosisimas Estrellas,
y á los Angeles dichosos
les dió la gloria, y belleza:
el que sosiega los Mares,
el que tambien los altera,
y dá sustento à los peces
en sus grutas, y cabernas:
el que à las aves del ayre,
y animales de la tierra,
y à los gusanos humildes,
cria, regala, y sustenta:
el que por Esencia Suma, por

por presencia, y por Potencia,
habita en todas las cosas,
con Sabiduria inmensa:
aquel Señor que en sí tiene
tal Magestad, y Grandeza,
tal Gloria, y Sabiduria,
y tan grandes excelencias,
que es imposible decirlas,
aunque Dios tornase lengua
todo quanto está criado
en el Cielo, y en la tierra:
aquel que tiene en sí mismo
la Sabiduria Eterna,
sin haber menester cosa
de todas las que son hechas:
el que es misericordioso,
y por serlo se sugeta
à rigorosos castigos
de la Poderosa diestra,
pagando por amor suyo,
con tormentos, con afrentas,
à la Divina Justicia
de nuestras culpas las deudas;
dexando por este medio
la general costa hecha,
para perdonar al hombre,
aunque más pecados tenga,
si con dolor de sus culpas,
y proposito de enmienda,
pidiere misericordia,
se quedarà limpio de ellas.
Concluyamos nuestra Historia,
porque estoy lleno de penas
Este Gran Señor estaba
maniatado, y con afrenta,
amarrado à la Columna,
en carnes, y á la verguenza
en Casa del Presidente,
donde cerradas las puertas,
encarnizados Sayones

probaron en èl las fuerzas,
donde su Carne preciosa
tan pura, tan casta, y tersa
estaba de los azotes,
por muchas partes abierta;
no habiendo en su Santo Cuerpo
un lugar que no estuviera
con golpe, señal, ó herida
de los pies á la cabeza,
derramando por mil partes
purpura en coral embuelta,
y de valor infinito
para la Redencion nuestra.
Las piedras donde tenia
sus Benditas Plantas puestas,
con la mucha Sangre estaban
coloradas, y bermejas,
y las losas de la sala
salpicadas, y sangrientas,
con regaderos elados
de las Soberanas Venas.
Tenia en su Santo Rostro
algunas señales negras,
de los golpes desmandados
en la batalla sangrienta.
Estaba tan desangrado
que con las humanas fuerzas
tenerse en pie no podia,
y le temblaban las Piernas.
Quitaronle los cordeles,
despues que con todas veras
para quitarle la vida
hicieron sus diligencias.
Y luego en sus Santos Hombros,
y Soberanas Muñecas,
se mostraron las señales
de las apretadas cuerdas.
Y en estando dividido
de la Columna sangrienta,
cayó, sin poder tenerse,

de rodillas en la tierra;
donde por ser su Persona
infinitamente honesta,
mucho mas que las heridas,
le afligia la verguenza.
Y lleno de justo empacho,
bolvió su Santa Cabeza
á la parte donde estaban
sus vestidnras honestas.
Alli fueron los silvidos,
alli la grita, y la befa
de las gentes, que tenian
los corazones de piedra.
Alli los maltratamientos,
alli la burla parlera,
los apodos, y palmadas,
y la risa, chanza, y fiesta.
Alli el juego, y el escarnio,
la matraca, y desverguenza,
y la paciencia de Cristo,
curando nuestras dolencias.
Y entretanto, Lector mio,
que este Canto consideras,
por darte gusto, pretendo
mudar de otro Canto, y letra.

CANTO LIX.

Coronaciòn de Espinas.

LLeno de imaginaciones,
y de colericas bascas,
que el corazon le afligian,
y molestaban el alma:
perdido el color del rostro,
y la conciencia turbada,
en la Sala de su Estrado
Poncio Pilatos estaba,
enfadado, y desabrido,
porque la Junta Judayca
habia con él estado
del todo muy porfiada.
Y estando de esta manera,
vido que de priesa entraba
à darle cierto mensage
un Criado de su Casa.
El qual, viendolo tan triste,
algo la lengua turbada,
con humilde acatamiento,
le dixo aquestas palabras:
Cayfás, y demas Consortes
quedan ahora en la Plaza
con innumerable Pueblo,
que lo sigue, y acompaña,
y dicen, que à saber vienen
si se estima tu palabra,
y si està ya la sentencia
cumplida, y executada,
porque à ellos pertenece
justificar esta causa,
y que ya con el castigo
quedará justificada.
Pilatos suspenso estuvo,
entretanto que le hablaba
su Criado, à quien oia
con desabrida mirada,
y lleno de suspensiones
en muchas cosas estaba,
sin saber si estarse quedo,
ó si salir de la Plaza.
Estando turbado, y triste,
sin que algo determinára,
el remedio de sus males
inquietamente buscaba;
pero no hallaba consuelo,
porque en aquella demanda
la malicia procedia,
del todo desenfrenada.
Considerando el Criado,
que le traxo la embaxada

el

el afligido cuidado
en que su Señor estaba,
y que no le respondia,
ni el recado despachaba,
le dixo de esta manera,
por ver si lo consolaba:
Señor, si Judaica Turba,
segun entre ellos se trata,
vienen â ver de este Cristo
la persona castigada,
y si vienen solo à esto,
bien puedes manifestarla;
porque será maravilla
si yá con la vida escapa.
Diole à Pilatos mas pena
de oir cosa tan estraña;
porque su intento no era,
que le diesen pena tanta,
por el temor espantoso
con que su Procula estaba;
y tambien porque no havia
para cartigarlo causa;
mas para bien entenderse,
quiso bexar à la Sala
donde el Hijo de MARIA
en sus tormentos estaba.
Regocijose la gente
de que Pilatos baxaba,
creyendo, que viendo á Cristo,
el castigo lo estimara,
y asi no se recataron;
antes con malicia estraña
prosiguieron el mal trato
con tormentos que le daban;
porque despues de tener
su Carne Bendita, y Santa
con los crueles azotes
rompida, y atormentada;
y despues de haver dexado
la columna ensangrentada,
y de la Sala las losas
cubiertas de Sangre Santa,
le havian dado el vestido;
mas luego la cruel canalla
se lo desnudaron antes
que de vestirse acabára;
porque acordaron entre ellos
una burladora traza,
con la qual de nuevo á Cristo
con burla menospreciaban:
y fué, que hallandose acaso
en el sitio donde estaban
un vestido roto, y viejo
de purpura desechada,
se lo arrojaron à Cristo,
y cubriendole la cara,
celebraron aquel hecho,
con gritos, y con risadas.
Otro de aquellos Ministros,
por vér como cayó en gracia
la osadía del primero,
otra le añadió tan mala,
y fué, que à sus Santas Manos,
que nuestras culpas desatan,
atóle tambien en ellas
un pedazo de una caña.
Con muy risueño semblante,
y las rodillas hincadas,
decia: Pues que eres Rey,
toma el cetro que te falta:
y otros, haciendo donayre,
de rodillas le hablaban,
pidiendo que les hiciese
mercedes con mano franca.
Y acercandosele algunos,
la purpura levantaban,
y tapandole los ojos,
le daban de pescozadas.
Otros, la caña tomando
de entre las Manos atadas, le

le daban con ella golpes
en su Cabeza Sagrada.
Estando asi en estos juegos,
vieron que de priesa entraba
uno de aquellos Ministros
con risa disimulada,
creyendo que él habia dado
en mas donairosa traza
que los demas, pues él solo
hacia à todos ventaja;
porque de marinos juncos
traxo hecha una guirnalda,
rodeada de cordeles,
porque no se destrabára.
Y estando cerca de Cristo
con la cabeza inclinada,
y burladora mesura,
le dixo aquestas palabras:
Yo, Señor, considerando
tu Real Presencia Sacra,
puesto con purpura, y cetro,
y que la corona falta:
Como al fin, vasallo tuyo,
te la doy, y te doy causa,
que en pago de este servicio,
alguna merced me hagas;
y diciendo esto se tuvo
la corona levantada,
para poner por efecto
burla tan dura, y estraña.
Para que en gracia cayese
el hecho, y burla pesada,
que pone terror, y asombro
en solo considerarla,
en la mano tuvo un rato
la corona levantada,
con reverencia fingida,
y con malicia sobrada;
y luego con desacato,
y crueldad nunca pensada,
dió á Cristo un golpe con ella
sobre su Cabeza Santa,
dexando con este golpe
toda la Frente llagada,
y las Mexillas Divinas
heridas, y lastimadas,
causando contento, y risa
à los que menospreciaban
la Soberana Cabeza,
por nuestro bien coronada.
Y luego la ingrata Estirpe
buscando anduvieron traza
para que quedase fixa,
y las Sienes apretadas,
moviendola, y retorciendo
las puntas ensangrentadas,
haciendo en la Santa Carne
nuevas heridas, y llagas,
bañando de nuevo el Rostro
con la Sangre Sacrosanta
de aquellas peremnes Fuentes,
de donde nuestro bien mana,
lo qual es bien consideres,
ó Lector! mientras descansas
en la leccion, que prosigue
de esta Historia Soberana.

CANTO LX.

Prosiguen los tormentos de Cristo en Casa de Pilatos.

PIlatos mirando estuvo,
considerando suspenso
el animo valeroso
de Cristo Redentor nuestro.
Y como entretantos golpes
de Ministros descompuestos,
y de afrentosas injurias,
y dolorosos tormentos, no

no daba muestras algunas,
de quexa, ni sentimiento,
ni en su rostro descubria
tristeza, ni desconsuelo;
antes aunque el Rostro Santo
estaba todo sangriento,
y de los golpes crueles,
lleno de nublados negros;
tanta Magestad mostraba
su mirar grave, y sereno,
que à Pilatos le ponia
espanto, pavor, y miedo
en el tiempo que miraba
el orgullo y el desprecio,
que los Soldados hacian
con Cristo, inventando juegos.
Unos, que por befa, y burla,
se arrodillaban, diciendo:
Salve, Rey de los Judios,
con ademanes risueños;
y luego se levantaban,
y con el fingido cetro
le daban en la Cabeza,
haciendo donayre de ello.
Otros iban de rodillas,
y se paraban á trechos,
desde donde lo escupian,
con risa, y con menosprecio.
Otros se llegaban cerca,
y con grande atrevimiento
le tiraban repelones
de la Barba, y del Cabello.
Otros por un lado iban
á hablar como de secreto,
y estando cerca, le daban
golpes en el Rostro, y Cuello.
Todos estos malos tratos,
y burladores denuedos,
el Presidente Pilatos
estuvo notando, y viendo,
haciendo de aquellas cosas
un considerable acuerdo,
que el discurso le atajaba,
y le dexaba perplexo.
Miraba por una parte
aquel delicado Cuerpo
con las heridas, y llagas
que los azotes le hicieron,
y la Sagrada Cabeza
con roturas, y agujeros,
las Mexillas lastimadas,
y todo el Rostro sangriento:
cuya desangrada Carne,
y acelerado tormento,
pudiera haber desmayado
al mas robusto sugeto;
y que Cristo padecia
con tan valeroso esfuerzo,
sin darles quexa, ni causa,
y con rostro tan modesto,
que Pilatos se admiraba
de ver tan estraño aliento,
y à sinrazones tan grandes,
tal paciencia, y sufrimiento.
Y estando en esto pensando,
llegó un Criado diciendo,
que de priesa era llamado,
de toda la Turba, y Pueblo.
Lo qual oyendo Pilatos,
mandó que al instante mesmo
como estaba, lo subieran
á su Tribunal, y asiento.
Y para hacer luego audiencia,
se fué á su balcon de hierro,
donde aguardandolo estaban
Satrapas, y Fariséos,
y à quien hablaron á voces,
luego que vista le dieron,
y estas palabras le dixo
Anás el astuto viejo:

Señor, todos acordamos
de seguir vuestros consejos,
porque obedecerte en todo
es nuestro gusto y contento,
y à lo que venimos todos
es, que obligacion tenemos
de dexar de todo punto
despachado aqueste Pueblo.
Y por ser tan grande el caso,
que oy entre manos tenemos,
que por precepto Divino
incumbe al Tribunal nuestro,
pedimos con el recato
y debido acatamiento
que à este Tribunal se debe,
se nos manifieste el Preso,
para que dar fé podamos
del castigo que le han hecho,
y con la fé del castigo,
dexar encerrado el Reo.
Poncio Pilatos que oia
con grande desabrimiento
yá la arenga maliciosa
del Judayco y falso Pueblo,
sin responderles palabra
bolvió al Criado, diciendo,
que como estaba, traxesen
á JESUS de Nazareno;
porque de tal suerte estaba,
que creyó, y tuvo por cierto,
que en viendolo, se amansáran
sus endurecidos pechos.
Obedeciendo el Criado,
vió á los Ministros cruentos
que subian la escalera
con el Santo Prisionero:
y en llegandolo à la sala,
cesó la gaita, y estruendo,
por mandarlo el Presidente,
y por tenerle respeto:
el qual bolviendo los ojos,
y á Cristo de cerca viendo,
mandó que se lo llevasen
à su mismo sitio, y puesto;
y para hacer su mandado,
á su lado lo pusieron,
adonde á toda la Plaza
dió vista, y fué manifiesto.
Y como el Comun estaba
con tan estraño deseo
de saber ya de este caso
el remate y paradero,
movió tan grande ruido
al instante que lo vieron,
que en la Plaza parecia,
que andaba algun Toro suelto.
Alli la grita, y bullicio,
los mormollos, y los cuentos,
los pareceres contrarios,
los corrillos, los acuerdos,
dando todos de palmadas;
y Cristo, Manso Cordero,
en padecer por nosotros
estaba alegre, y contento,
por lo mucho que nos ama.
Y en el Canto venidero
proseguiremos la Historia,
y Soberanos trofeos.

CANTO LXI.

Asoma Pilatos à Cristo al balcon.

NO es posible que haber pue-
palabras encarecidas, (da
ni haber exaccion bastante
en el modo de decirlas,
con que bien santifiquemos
los efectos, que la invidia
hacia en los corazones de

de los Letrados, y Escribas;
porque viendo vivo á Cristo,
sus corazones ardian
con ambiciosos deseos
de quitarle alli la vida.
Mirabanse unos á otros
con tan endiablada ira,
que mas para guerra estaban,
que para pedir justicia.
Las Mulas espoleaban
con descompuesta fatiga,
y desasosiego grande,
sin saber lo que se hacian.
Tambien el mucho tropel
de la Plaza, y las esquinas,
el ruido, y empellones,
el alboroto, y la grita,
impedian los efectos
del intento con que iban
Anas el astuto viejo,
y su ambiciosa Quadrilla;
porque como dicho habemos,
ya concertado tenian
seguir todos el intento
con que el viejo Anás venia.
Y el Cordero Soberano,
cuyo Rostro ser solia
mas hermoso que el Sol mismo
con sus perlas crystalinas,
en el balcon de Pilatos
estaba, puesto á la vista
de toda la Turba, y Pueblo,
y los que á verlo venian,
con una soga de esparto
á la Garganta ceñida,
matizada con la Sangre
de tantos golpes y heridas.
La Cabeza coronada
de las crueles Espinas,
por el Cerebro, y las Sienes
golpes de Sangre esparcia,
manchando el Divino Rostro
con la Sangre elada y fria,
lleno de sudor, y polvo,
y afeado con salibas,
acardenalado todo
de la Boca á las Mexillas,
de bofetadas crueles,
que en él recibido habia.
Atadas las Santas Manos,
y en ellas puesta y asida
una burladora caña,
que por escarnio tenia;
señalado el Santo Cuerpo
de muchos golpes, y heridas,
y toda su hermosa Carne
afeada, y denegrida,
descubierto à la verguenza;
porque solo lo cubria
por los Hombros una ropa
vieja, manchada, y rompida,
arrojada por donayre,
por menosprecio, y por risa,
que fué la purpura pobre,
que dice el Evangelista.
Asombrabanse los hombres
viendo à Cristo en tal desdicha,
y en Cuerpo tan delicado
hecha tal carniceria.
Estaba la grande Plaza
de el Vulgo, que no cabia,
que fué admiracion mirarla,
por ser cosa nunca vista.
Y el Presidente Pilatos
con triste melancolia,
aguardando á que cesase
el alboroto, y la grita.
Tambien los Satrapas todos,
llenos de pena, y fatiga,
pues detenidos los tiene el

el ruido, y vocería,
y sienten rabiosamente
el tiempo que se les iba,
sin poder pronunciar cosa
de lo que decir querian.
En fin, se aplacó el mormollo,
y dió Pilatos la vista
à los Letrados, que estaban
divididos en quadrillas.
Hablólos, disimulando
el enfado que tenia,
y dixoles de esta suerte,
con palabras comedidas:
Ven aqui el Hombre, Señores,
de quien recelo tenian,
que intentaba levantarse
à ser su Rey, y Mesias.
Por lo qual se me ha pedido,
que de él hiciese justicia;
y aunque culpa, ni delito
contra él no se averigua,
ni yo malicia le hallo
en cosa grande ni chica:
por el pedimento vuestro,
puse la sentencia mia,
y permití se le diese
la pena ya recibida;
la qual ha sido tan grande,
que me asombra, y maravilla,
cómo con tales tormentos
ha conservado la vida!
como á la vista, la obra
nos lo avisa, y certifica;
que la verdad manifiesta
ya no puede ser fingida.
El queda ya de tal suerte,
que no es posible que viva;
y si algun tiempo viviese,
serán muy pocos sus dias:
que de los muchos azotes,
los huesos, y las canillas
muestran Costados, y Espaldas,
lastimados, y molidas;
y quando acaso viviese,
las afrentas recibidas
lo dexarán humillado
con el honor que le quitan;
à cuya sombra dudosa
se ha hecho aquesta justicia;
y si acaso verdad fuese,
que algun interto tenia
de reynar, y levantarse
con alguna Monarquia,
ya la recibida afrenta
lo aparta, y lo inhabilita:
y en oficio honrado, y noble,
jamàs habrà quien lo admita.
Con lo qual en este caso
inconvenientes se evitan.
Cesó Pilatos con esto
lo que diciendoles iba,
para vèr de los Judios
lo que del caso sentian.
Y en otro Canto dirémos
lo que aquella gente impía
sintieron, si se intentase
el dexarle con la vida.

CANTO LXII.

De las preguntas que hizo Pilatos à Cristo.

LO que Pilatos decia
todo el concurso escuchaba
con mudo, y crudo silencio,
que havia en toda la Plaza:
que con el grande deseo
de vér en lo que paraba
estaban todos pendientes de

de su boca, y sus palabras,
las quales (aunque tan breves)
no fueron bien escuchadas
de aquella Grey pervertida,
y enemiga declarada;
porque Anàs el falso viejo,
la cabeza levantada,
y empinado en los estrivos
le dixo asi en voces altas:
Señor, todos entendemos
la intencion sencilla, y santa,
con que administras justicia,
libre, y desapasionada:
y que los pleytos mas graves,
y cosas mas intrincadas,
con tu buen entendimiento
averiguas, y desatas;
mas en el presente pleyto
no has visto bien la sustancia,
ni en justicia satisfaces
à lo que el Concilio manda,
porque no es razon que viva
Hombre, que es principio, y causa,
que la conmocion del Pueblo
ande tan alborotada:
el qual caso solamente,
sin que haya otro alguno, basta;
quanto y mas, que hay otros cargos
como el pleyto lo declara.
Y pues que todos lo piden,
cosa manifiesta, y llana
es, que merece la muerte,
y que no todos se engañan.
Y asi ahora te requiero,
que por justicia lo hagas;
pues la Cruz en este Hombre
estarà bien empleada.
Pilatos quedó suspenso,
viendo que le replicaban
en cosa que él entendía

estàr del todo acabada.
Y luego la Sinagoga,
como estaba concertada,
daba descompuestas voces,
confusas, y amontonadas,
diciendole: Crucifica,
crucifica, sin tardanza
à este Hombre, cuya vista
escandaliza, y espanta.
Pilatos que vido esto,
con admiracion estraña,
reportandose algun poco,
les dixo aquestas palabras:
Yo lo sentenciaré à muerte;
mas cómo quereis que haga
cosa tan mal hecha, en darle
castigo sin haber causa?
Crucificadle vosotros,
y corra por vuestras almas,
que yo executar no puedo
una sinrazon tan clara.
A lo qual Cayfàs le dixo:
Señor, en nuestra Ley Santa
es merecedor de muerte,
y no es razon quebrantarla,
que se hace entre nosotros
Persona Divina, y Sacra,
y que es Hijo de Dios dice
con atrevida arrogancia.
Blasfemia tan atrevida,
tan resuelta, y temeraria,
que con la muerte del cuerpo
no queda bien castigada.
Y si ahora se escapase,
con su habilidad, y maña
ha de alborotar el Pueblo
hasta que se haga Monarca.
Preso lo tienes ahora
con bastante cargo, y causa;
y al fin habrá de pesarte

si con la vida se escapa.
Mostró su enfado Pilatos
de replicas tan osadas,
y sin responder á ellas
bolvió á todos las espaldas,
y entrandose algunos pasos
à la sala de su estancia,
con animo de librarlo,
à Cristo miró á la cara,
diciendole, JESUS, dime,
donde es tu natural Patria?
Y de què gente proceden
los de tu linea, y Prosapia?
Esto Pilatos decia,
con deseo, y mucha gana
de dar à Cristo soltura,
si camino alguno hallaba;
y dandole algun descargo
contra los que lo acusaban,
y entretener aquel pleyto,
con terminos, y probanzas;
mas Cristo Redentor nuestro,
que solamente traraba
de morir, por dar la vida
à los que se la quitaban,
à la razon de Pilatos
no quiso hablarle palabra,
por no detener el tiempo
del rescate de las Almas.
Lo qual viendo el Presidente,
mostrando que se admiraba,
puesta la mano en el pecho,
y mirandolo á la cara,
le dixo de esta manera:
Pues cómo á mí no me hablas,
sabiendo, que puedo darte
la vida y puedo quitarla?
Abrió la Boca el Cordero,
con humildad Soberana,
y al Presidente le dixo,
confundiendo su ignorancia:
Poder en mi no tuvieras,
si de arriba no baxára;
mas ahora te lo ha dado
la Potestad Soberana;
pero mayor culpa tiene,
y pena mayor le aguarda
al que me entregó á tus manos:
y suspendió Cristo el habla.
Aquestas palabras breves
dexaron confusa el alma
de Pilatos, cuyo pecho
lleno de temblor estaba:
porque le pusieron miedo
razones tan intrincadas,
y temia en este caso
alguna grande desgracia:
y para librarse de esto,
con muestras determinadas
de querer librar à Cristo,
se rebolvió ácia la Plaza
para hablar à los Letrados
con quien enojado estaba,
y lo descubrió en hablarles
con desabridas palabras:
Y las razones que dixo
con las demas circunstancias,
dirémos en otro Canto,
porque el presente se acaba.

CANTO LXIII.

Firma Pilatos la sentencia de Cristo à muerte de Cruz.

ENtre tanto que Pilatos,
en su sala recogido
y de todos apartado,
hablando estaba con Cristo,
y en el tiempo que tardaba en

en responder à los gritos,
que confusamente daban
los invidiosos Judios,
moviendo en toda la Plaza
un gran estraño ruido,
y una confusion tan grande,
que apenas podré decirlo,
porque será gastar tiempo:
luego que Pilatos vino,
cesó el ruido, la grita,
quando fuè de todos visto,
el qual con pecho alterado,
y con rostro desabrido,
hablando al Pueblo Judayco,
de aquesta suerte le dixo:
Admirado estoy, Señores,
y con gran razon me admiro,
del raro, y no visto caso
de este presente litigio!
porque yo os tengo à vosotros,
y de continuo he tenido
por de grande entendimiento,
pero que lo haveis perdido
juzgo en el presente caso,
y os quiero hablar claro, oirlo:
Que mas pasion que justicia,
mostrais en aqueste juicio;
porque viendo, si se advierte,
todo el cargo que está escrito,
y lo que habeis informado
vosotros, y los testigos
no se descubre malicia,
ni se averigua delito,
por donde en buena conciencia,
se le pueda dar castigo.
En publico, y en secreto
lo he examinado yo mismo,
con cuydado vigilante,
y particular aviso;
y de ninguna manera
hallar en èl he podido
cosa, que malicia tenga;
bien vosotros lo haveis visto.
El no dá descargo alguno,
y anda en no darlo, advertido:
porque si cargo no tiene,
el descargo serà indicio:
y cargo contra mi hallo,
porque permitì afligirlo
y darle castigo grande
sin haberlo merecido;
pero, al fin, ya lo tenemos
quitados todos los brios,
para que ya no le teman
los que tanto le han temido.
Y por lo que dicho tengo,
cierto que estoy convencido,
que libre debo soltarlo,
y en esto me determino:
y ninguno me importune
à trocar este designio,
porque no se hará otra cosa
mas de lo que tengo dicho.
Pero el Presidente apenas
pronunció lo referido,
quando replicaron todos,
con descompasados gritos:
Crucifica, crucifica:
matalo, no quede vivo:
dale sentencia de muerte,
pues todos te lo pedimos.
Muera, porque sino muere,
de quedar vivo, sentimos,
que ha de ser general daño
de los que quedamos vivos.
Crucificalo de presto:
mira, que te requerimos
lo hagas muy presto, que està
en la tardanza el peligro:
y cada qual por si hablaba, te-

teniendo por mas aviso
pedir de Cristo la muerte,
levantando mas el grito.
Y como todos hablaban
con diferentes estilos,
era el ruido tan grande,
que atronaba los sentidos,
tanto, que estaba Pilatos
temeroso, y afligido,
y con blandura aguardaba
à que quisieran oirlo.
Y en oyendolo decia:
Quando en el Mundo se ha visto
sentencia de muerte dada,
sin averiguar delito?
Mas poco le aprovechaba;
porque en el instante mismo
bolvian à replicarle
aquellos endurecidos,
con tan levantadas voces
y tan fuerte desatino,
y con tan grandes alientos,
y colericos bramidos,
y de tal suerte le hablaban
con modos tan exquisitos,
que trocó intento Pilatos,
y de esta suerte les dixo:
Yo quiero daros contento,
y desde luego permito,
que en hora buena se haga
lo que me teneis pedido.
Demosle aquesta sentencia,
que serà para conmigo
castigo disparatado,
y disparate atrevido.
Acabese ya este pleyto;
pero mirad, que os aviso,
que corre por vuestra cuenta,
y asi en todo lo remito
que la innocente Sangre,
que saliere, y ha salido
de este Justo que està preso,
y tan sin culpa oprimido,
no corre por cuenta mia;
y el Cielo serà testigo
de aqueste requerimiento
con que á todos apercibo.
Oyeron esto gustosos,
y todos de un modo mismo
le respondieron gritando:
No otros lo consentimos.
Concedenos la propuesta,
que todos juntos pedimos
y por nuestra cuenta corra,
y por la de nuestros hijos,
que si la Sangre del Justo
el derramarla es delito,
queremos que nuestras almas
padezcan todo el castigo.
Lo qual viendo el Presidente,
y que estaba compelido,
visto aquel consentimiento,
à cumplir lo que les dixo,
agua pidió à sus Criados,
y habiendosela traido,
dixo, las manos juntando,
con rostro descolorido:
De aquesta Sangre innocente
que derraman los Judios,
de consentimiento suyo,
y en todo contrario al mio;
y de este castigo injusto
lavo mis manos, y digo,
que estoy en aqueste caso
de toda malicia limpio.
Y de lo que aqui declaro
me sereis todos testigos,
que la sentencia de muerte
es contraria à mi designio.
Sonriendose de aquesto los

los Letrados atrevidos.
Y porque no rebolviese,
nadie aqui lo contradixo.
Lavó sus manos, y luego
alli el Secretario vino,
pidiendole, que firmase
el Auto difinitivo.
Tomó el papel, y firmolo
y dando un grande suspiro,
soltó la pluma, diciendo:
Contra toda razon firmo.
Aqueste Canto se acaba,
y en el otro, Lector mio,
aunque mas de piedra seas,
quedarás enternecido.

CANTO LXIV.

Notificacion de la Sentencia de muerte á Cristo.

PRonunciada la Sentencia
contra el Señor Soberano,
y fenecido ya el pleyto
tan reñido, y tan estraño,
firmado del Presidente,
y del falso Secretario,
conforme el Judayco Pueblo
lo tenia deseado,
dexó su Tribunal grave
el Presidente Pilatos,
lleno de imaginaciones,
y de enojo rebentando,
á su Estudio se entró luego,
dexando al Cordero Manso
en manos de los Verdugos,
que luego en él se entregaron:
los quales con vocería,
y con orgullo, gritando
lo baxaron à la Carcel,
donde luego lo encerraron,
notificando al Alcayde
lo tuviese á buen recado,
en tanto que lo sacaban,
para ser ajusticiado.
El Alcayde apercebido,
tomó con mucho cuidado
tenerlo en un calabozo,
donde mandó aprisionarlo,
y en un muy lobrego seno
estuvo Cristo, aguardando
termino de media hora,
con grillos encadenado.
Luego el Secretario vino,
con un papel en la mano,
à notificar à Cristo
la Sentencia, sin embargo,
diciendole: Nazareno,
tén cuenta con lo que hablo,
y lo que te notifico
sin termino, ni traslado:
tén valor para sufrirlo,
que yo tiemblo al relatarlo:
Yo Pilatos, Juez supremo,
y Presidente, nombrado
por el gran Señor Tiberio
Cesar Augusto Romano:
en el Pleyto, de una parte
Cayfàs, y el Pueblo Judayco,
y de otra el Nazareno,
preso ahora, y acusado:
visto por el contenido,
lo pedido, y demandado
por Cayfàs, y los Escribas,
y las Leyes, que alegaron
por cabeza de proceso,
por la que se le hace cargo,
que reynar ha pretendido,
por medio aleve y tirano:
que negó el tributo al Cesar: y

y que con muchos encantos
ha pervertido los Pueblos,
y los tiene convocados:
que Hijo de Dios se ha hecho,
y lo tiene confesado,
diciendo ser el Mesias,
que su Pueblo està aguardando,
por lo qual merece muerte:
y por el gran desacato
de haber dicho que es Divino,
siendo cierto que es Humano:
todo lo qual justifican,
porque habiendole acusado
de estas, y las demàs cosas,
que tiene el Proceso largo,
ha dexado convencerse;
pues que siendo preguntado
de los cargos que le hacen,
no ha ofrecido algun descargo:
y por las demas razones,
que tiene el Pleyto cerrado
administrando Justicia,
por la qual sentencia fallo,
que yo condenarlo debo,
y condeno á que llevado
en publica forma sea
para ser ajusticiado.
Que lo saquen de la Carcel
con una soga de esparto
á la Garganta pendiente,
en forma de ajusticiado.
Y que lo lleven vestido,
porque sea señalado,
con que cingulo no lleve,
ni en su Cabeza tocado;
y que de este modo sea
á la verguenza llevado
las calles acostumbradas
de los demas sentenciados.
Y que en voz de Pregonero
y con grito levantado,
por todo el camino vayan
sus delitos pregonando:
y de esta suerte lo lleven,
hasta llegar à lo alto
del Cerro de la Justicia,
que llaman Monte Calvario:
donde el vestido le quiten,
y con cordeles, y clavos
le fixen, hasta que muera
puesto en una Cruz de palo,
y que la dicha sentencia
se execute sin embargo:
y de todo esto queremos,
que dé fee nuestro Escribano.

Leida ya la sentencia,
alzó el rostro el Secretario,
para poner los Testigos,
que presentes se hallaron.
Puso los mas conocidos,
y con dia, mes, y año,
dió fee de lo contenido,
para cumplir con el Auto.
Oyó Cristo la sentencia,
y á su Padre Soberano
le rindió infinitas gracias,
por beneficios tan altos:
y como el Corazon suyo
estaba tan abrasado
en el Amor de los hombres
à quien iba rescatando,
era tan crecido el fuego
de su Pecho enamorado,
y tan grande su deseo
de morir para salvarnos,
que no pudo la sentencia
confundirlo, ni aterrarlo:
ni se entristeció de verse
à la muerte tan cercano;
antes en el Alma estaba ale-

alegre, y regocijado,
deseando por instantes
verse à la Cruz abrazado.
Maravillados con esto
los Divinos Cortesanos
que estaban en su presencia,
y en el suelo arrodillados,
alabando su Grandeza,
y de su Amor lo acendrado,
y adorando las cadenas
con que estaba aprisionado,
pasmados solo de vér
à un Dios tan Supremo, y Alto,
puesto en estremo tan grande
por el bien de los humanos.
Y Lucifer, y los suyos,
estaban maravillados,
viendo tan grande paciencia,
en mal tan acerbo, y tanto;
y ya à temblar comenzaba
aquel comun Adversario,
viendo para la batalla
hora señalada, y campo.
Tambien Corin, y Asmodéo
estaban acobardados,
y los demas en quadrillas,
en el Infierno temblando.
Tema Satanás, y llore,
que yo me boy à otro Canto,
porque oigo ya las trompetas,
y la Tropa de á Caballo:

CANTO LXV.

Bullicio al sacar á Cristo de la Carcel.

YA la sentencia espantosa
sonaba en la calle á voces,
estremeciendo los pechos
el baldon de los pregones.
Quantos en Jerusalen
hay, y en sus alrededores,
á la fama concurrian
de milagros, y sermones:
â vér la infausta tragedia,
andaban buscando donde
hallar sitio acomodado
para ver el caso enorme:
quando atropellando à todos
en sus Caballos feroces,
se llegaron los Ginetes
con sus armados Frisones,
atropellando sin miedo
con ligereza disforme.
Hicieron á los Caballos
sitio á su paso conforme.
La Carcel tambien estaba
llena de mil confusiones,
cerrados los calabozos,
y los Presos dando voces.
El gran patio estaba lleno de

de Justicia, y otros hombres,
que eran parientes de aquellos
ya sentenciados Ladrones.
Primero de Cristo asieron,
quitandole las prisiones
de los Pies, y de las Manos,
que de ello tuvieron orden.
Al quitarle la Corona,
dandole algunos tirones,
le causaron con violencia,
nuevas penas, y dolores.
La Tunica Santa y bella
le vistieron los Sayones,
que la Virginal Princesa
hizo al Soberano Joven.
Pusieronle la Sotana,
cumpliendo con los pregones
de el rigor de la sentencia,
sin cingulo, ni botones.
La Corona le pusieron,
y sentandola de golpe,
le abrieron nuevas heridas,
por darle nuevos dolores.
Luego al punto le mandaron,
que saliese al patio, donde
para ser ajusticiados
sacaron los otros hombres:
y al Alcayde le mandaron
abrir las puertas de bronce,
que à los presos detenia,
y à los aprisionadores.
Abrieronlas sin tardanza,
y levantando las voces,
al tocar de las Trompetas,
y al empezar los pregones,
sacan al Isaac Eterno,
muy cercado de Sayones,
de Soldados, y Justicia,
y culpados Salteadores.
En sacandolo à la calle,
con crueles corazones
la Santa Cruz le cargaron,
por darle penas mayores.
El Capitan à sus Huestes
empezó á poner en orden,
mandando á los Pregoneros,
que levantasen las voces.
Y levantando el primero
altos, y tristes clamores,
el grave pregon decia
estas formales razones:
Esta es la Justicia Regia,
que manda hacer à este Hombre
nuestro gran Cesar Tiberio,
y el Presidente en su nombre
á JESUS de Nazareno;
porque al Cesar desconoce,
y porque pervierte el Pueblo,
con otros pervertidores:
y porque reynar queria,
siendo conocido Pobre:
y dice ser de Dios Hijo,
sabiendo todos que es Hombre.
Quien tal hace que tal pague:
Y luego los Tañedores
hacian con las trompetas
funestos, y tristes sones,
atribulando las almas,
y afligidos corazones.
Tambien erizaba el pelo
el clamor de los pregones,
el ruido, y vocería,
el tropel, los embiones.
En esta ocasion estaban,
el viejo Anàs y Consortes,
alegres, porque miraban
cumplidas sus intenciones.
Satanàs, y su Canalla,
llena toda de temores,
porque miraban su daño

las

las infernales Legiones.
Fueron para el Limbo Santo
Angeles consoladores.
El Infierno con sus Furias
muy lleno de confusiones.
Los Arcangeles Sagrados
de los Celestiales Orbes,
con todos los Serafines,
Tronos, y Dominaciones,
se baxaron á la tierra,
para hacer en ella Cortes:
y arrodillados, y humildes,
en lucidos Esquadrones,
por estár su Dios en ella
con librea tan disforme,
que ellos solos lo adoraban,
porque solos lo conocen:
y repartidos á Coros,
en humildes Procesiones,
las alabanzas le cantan
de el Señor de los Señores;
porque el Padre Eterno quiere,
ya que muera por los hombres,
que mientras ellos lo matan,
los Serafines lo adoren.

CANTO LXVI.

Aviso de San Juan à la Virgen para que le siga al Calvario.

LA Purisima Doncella,
y Santisima MARIA,
Madre del Cordero Manso,
y amparo de nuestras vidas,
aunque en oracion estaba
inclinada de rodillas,
en el Templo Sando, donde
estár su Amado solia:
considerando, miraba
los tormentos, y fatigas,
que su Hijo Soberano
por nuestro bien padecia;
ademas de haber tenido
la manifiesta noticia
por la nueva lastimosa,
que San Juan dadole havia,
el Alma le traspasaba
el triste son que hacian
las temerosas trompetas,
que en el Templo las oía:
adonde tambien llegaba
el ruido, y vocería
de pregones, y Caballos,
y su alborotada grita.
Quando el Discipulo amado,
con humildad encogida,
pareciendo en su presencia
de esta suerte le decia:
Otra nueva lastimosa
te traygo, Señora mia,
mas para tomar consuelo,
que para darte fatiga.
El deseo se ha cumplido,
que mi Maestro tenia:
y vemos yá por los ojos
lo que tanto nos decia.
Llegó el doloroso plazo,
llegó ya el funesto dia,
en que de prisa lo llevan,
para quitarle la vida.
Vente conmigo, Señora,
y esfuerzate á tal partida;
si es que quieres verle vivo,
no tardes en la venida.
Mira que aprisa lo llevan
á morir, que amor le obliga;
y lo apresuran aquellos,
que lo matan por invidia,
y tienen de llegar presto

al Monte de la Justicia.
La Virgen Santa, que estaba
tan abrasada, y unida
à la voluntad y gusto
de la Grandeza infinita,
levantó el Corazon Santo
donde siempre lo tenia,
y hablandole al Padre Eterno,
con grande humildad decia:
Señor, y Bondad Inmensa,
de quien soy Esclava indigna,
cuya gloria, y honra estimo
mas que el bien del Alma mia:
yo deseo daros gracias,
y mostrarme agradecida
por los trabajos, y penas,
que tu Magestad me embia,
con voluntad resignada,
y en tu amor tan encendida,
que estimar saber quisiera
lo que tu Bondad me obliga:
y asi con el dolor grande,
y saetas que me tiran
los que à mi Dios, y tu Hijo
maltratan, y martirizan.
Si en la atencion he faltado
à tu Magestad Divina,
humilde, perdon te pido,
y que mi dolor recibas.
Tambien te pido licencia,
y te ruego que permitas,
que yo consuele à mi Hijo
enmedio de sus fatigas:
y que me halle presente
à su Soberana vista,
en tanto que en él descarga
el rigor de tu Justicia.
Dadme licencia que vaya;
pero si soy atrevida
en pedirla, si conviene
no se niegue, ni permita:
que el animo te agradezco,
que tu Magestad me embia,
para sufrir esta penas,
aunque fueran infinitas.
Estas razones y otras
la Santa Virgen decia,
con jubilos en el Alma,
que en Divino Amor ardia:
quedando tan resignada,
inflamada, y encendida,
que no hay voces que lo canten,
ni palabras que lo digan.
El Santo Juan replicaba,
viendo que se detenia,
à su parecer, mas tiempo
de lo que el caso pedia,
diciendole: Vén, Señora,
mira que se pasa el dia,
y si mas nos detenemos,
lo hallarêmos ya sin vida.
La Virgen Santa escuchaba,
y con gran valor sufria
el dolor que le causaba
lo que San Juan le decia.
Y siendo del Padre Eterno
su oracion bien recibida,
y otorgada la licencia,
en santo amor encendida,
ofreciendo sus trabajos
à quien siempre lo ofrecia,
y con suspiros del Alma,
que el Corazon le partian,
ordenó el Santo viage,
con San Juan en compañia,
dando á entender en su Rostro
la verguenza que sentia,
saliendo ya por las calles,
del Discipulo seguida,
siendo tan hermoseada con

con las perlas crystalinas,
que el Corazon lastimado
ya por los Ojos vertía,
iba dando resplandores
por donde quiera que iba,
de humildad, y de hermosura,
y de prudencia escogida.
Y entretanto que la Virgen
á ver à Cristo camina,
de la Veronica Santa.
cantarémos maravillas.

CANTO LXVII.

Camino de Cristo al Monte Calvario.

No es posible que haber pueda
pluma ni lengua bastante,
que cuente los alborotos
de Jerusalen la grande;
porque confundidos todos
atravesando las Calles,
atropellandose iban
por una, y por otra parte.
Temblaban los corazones
mas robustos y arrogantes,
y mostrandose afligidos,
temerosos y cobardes,
toda la Ciudad estaba
triste, y llena de pesares,
y espantados todos, viendo
un tan lastimoso trance
alcanzaban de este miedo,
y del sobresalto parte,
pues los pregones ponian
un espanto formidable,
quando el Hijo de la Virgen,
y del Soberano Padre,
iba por el amor nuestro,
à morir, segun la carne.
Tenianle apercebida
una Cruz pesada, y grande,
que al Hombro se la pusieron,
quando salió de la Carcel,
mandandole que anduviese,
y que acuestas la llevase,
y buscando nuevas trazas,
para mas atormentarle;
mas como pesada era,
y le faltaba la Sangre,
le hizo del primer golpe,
que en el suelo arrodillase,
pero los Ministros luego
le hicieron se levantase,
con empellones, y golpes,
y con palabras de ultrage,
ayudando algunos de ellos,
no con gana de ayudarle,
sino de llevarlo presto,
para mas presto acabarle.
Tirabanle de la Soga,
con presuntuoso corage,
y dandole puntillones,
para que se levantase,
y el Cordero, enmudecido,
procuraba levantarse,
para llegar presto donde
querian Crucificarle
con ansias de dar la vida
por el Humano Linage,

y de los que lo maltratan
el venturoso rescate.
Iban las trompetas tristes,
y Pregoneros delante,
Batidores de à Caballo
abriendo camino antes,
por entre la Turba, y Plebe
que por ser innumerables,
aun Caballos no podian
dar camino á su viage.
Daban gemidos los hombres
temerosos de ahogarse,
y los de à caballo daban
voces para que se aparten,
La multitud que miraba
de ventanas, y otras partes,
estaba con la ternura
promovida, y lamentable.
Los Fariséos, y Escrivas,
con semejas, y señales
à los Ministros decian,
que mas apriesa marchasen;
y aunque mas priesa se daban,
no dexaban de tardarse,
porque la Turba impedia
apresurar el viage.
Tambien el Manso Cordero
no podia dar alcance
al paso que los Ministros
intentaban el llevarle,
con las heridas crueles,
y preciosos manantiales,
que el Santo Cuerpo tenia
ya dispuesto à desangrarse.
Sudaba el Divino Rostro,
con la fatiga, y ultrage,
y el gran peso del Madero,
que apenas puede llevarle.
Turvaba la Santa vista
de sus Ojos Celestiales
la Sangre, que las espinas
eran causa que manase:
y de la gran polvareda,
que movia al levantarse
el tropel de tanta Chusma,
promovida con el ayre,
tambien le daba fatiga
y le lastimaba en parte:
lo qual viendo una Matrona
de noble, y claro Linage,
que de Jerusalèn era
una de las principales,
de JESUS compadecida,
mirandolo fatigarse,
y que todos pretendian
darle muerte, y molestarle:
desamparando el balcon
donde se puso à mirarle,
y tomando una tohalla,
salió de priesa à la calle,
y sin mirar los Ministros,
que pudiera acompañarle,
ni reparar en los puntos
del Mundo, y sus vanidades,
de rebuelta como estaba,
muy llena de valor grande,
desviando, y dando encuentros
á quien pudiera estorvarle
(que porque iba movida
de un zelo de amor muy grande,
iba con tan grande aliento,
sin temer, y sin turbarse.)
Apartando à los Soldados,
con apacible semblante,
su sentimiento mostraba
de que tan mal lo tratasen;
diciendoles, que pues iban
al Monte a crucificarle,
siquiera por el camino
no le hiciesen tantos males. Lue-

Luego á Cristo llegar quiso,
y por su Persona amable,
dieron lugar los Ministros,
que sin estorvo llegase
á quien consolar queria.
Y si pudo consolarle
lo dirá el Canto siguiente,
el mismo Señor mediante.

CANTO LXVIII.

Sale la Veronica en seguimiento de Cristo.

LAS Potestades Supremas,
viendo padecer tormentos
al que tiene Gloria inmensa
con humilde acatamiento,
adoran las Santas Piedras,
señaladas con la Sangre
de las Soberanas Huellas,
por donde Cristo camina
enmedio de la carrera,
perseguido, y acosado,
con la Santa Cruz acuestas.
En cuya grande fatiga,
la sobresaltada Dueña
sale para consolarle,
como el otro Canto cuenta:
la qual con lastima grande,
y con ternisima pena
estas palabras le dice,
haviendo llegado cerca:
Ya veo, Maestro noble,
la fatiga con que llevas
esa Cruz terrible y grande,
que sin duda mucho pesa;
y con ir tan fatigado,
ne te escusas ni te quexas,
aunque ves que en tanto insulto
al Monte á finar te llevan;
mas con el esfuerzo tuyo
mi pecho tambien se esfuerza;
porque quien contento muere,
sin duda algun bien espera:
y tambien reconociendo,
que grande Misterio encierra,
vivir tantos hombres malos,
y querer Dios que tu mueras.
Limpia, Señor, ese Rostro,
que Sangre, y polvo lo afean,
que yo quisiera quitarte
toda la fatiga, y pena:
En diciendo estas palabras,
el dichoso lienzo cerca,
para limpiar si pudiese
el Espejo de innocencia:
cuya voluntad recibe
el que todo lo gobierna,
admitiendo aquel consuelo
dado con voluntad buena.
Y tomando el Santo lienzo
con sus Manos de amor llenas,
hace limpiandose el Rostro,
lo que la Matrona ruega.
La Justicia en esto manda,
que marchen todos apriesa,
y á Cristo que se aperciba,
y que la Cruz lleve acuestas.
Cristo á marchar se dispone, y

y el lienzo en las manos dexa
de la que le dà el alivio,
con caritativas muestras.
Gritan los Ministros luego,
y à la honrada, y Santa Dueña
le dán priesa à que se aparte,
con encuentros, y violencias:
y desviandose un poco,
pasmados todos se quedan,
viendo el prodigio mas grande,
que excede à naturaleza;
porque ven en la tohalla
señalado el Rostro, y queda
con la Corona de espinas,
de la suerte que lo llevan,
tan al vivo retratado,
que se vé, ó ser manifiesta
obra del Omnipotente
y su poderosa diestra,
quedar en los tres dobleces
tres Imagenes perfectas.
Todos á mirar se paran,
la Justicia està suspensa,
y el concurso tumultado,
por mirarlas se atropella.
Và pasando la palabra
que el ayre las voces lleva,
y à la fama del milagro
nuevos tropeles empiezan.
La Muger en este caso
el lienzo esconder quisiera,
y llevarselo à su casa,
mas con ansia no la dexan,
que desatinadamente
la oprimen tanto y rodean,
que à voces socorro pide,
para que dexarla quieran:
y con el aprieto grande
de la mano el lienzo suelta,
y se estiende, porque quiere
Dios que el milagro se vea.
En tres dobleces el lienzo
està la Pintura mesma,
y todas las tres al vivo,
que su natural demuestran.
Fué declarar, que Persona
de Trinidad Cristo era.
Lo qual la Justicia viendo,
y que asi todos se cercan
sin miedo à vér el milagro,
y que no hay nadie que tema,
con los feroces Caballos
arremeten y atropellan,
acrecentando las voces
de la Chusma vocinglera.
Y tomando la Justicia
el lienzo, á todos lo muestran,
para que todos se aparten,
y lo miren desde afuera:
con lo qual la Chusma toda
de nuevo grita, y vocea,
viendo milagro tan grande,
en ocasion tan estrecha:
y à hablar de aqueste suceso
todos se arrojan, y sueltan,
con pareceres contrarios,
y con muchas diferencias.
Los Escribas lo murmuran,
y la Junta Fariséa,
diciendo: Con estas cosas
enhechiza, y embelesa:
y algunos de los Criados,
adulando sus Cabezas,
les dan el favor y ayuda,
con murmuradoras lenguas.
Otros desapasionados
replican cosas honestas,
que dicen ser mas que Hombre
el que à crucificar llevan.
Y la mas parte del Pueblo

de este parecer se muestra,
especial los Ciudadanos,
que lo juzgan con modestia.
Y porque la Virgen viene,
de dolor, y de amor llena,
vamos à hacerle visita,
y vengamonos con ella.

CANTO LXIX.

Camino del Calvario, y continuadas caydas de Cristo.

TOdo el Pueblo de rebuelta,
y amontonado acudia
à ver el lienzo, que estaba
en manos de la justicia,
con aprieto tan estraño,
y tan grande vocerìa,
que pasar por donde estaba,
el Esquadron no podia:
del qual algunos Ministros,
con voces embravecidas,
mandaban marchar à todos;
mas ninguno caso hacia,
no aprovechando las señas,
ni fuerzas de la malicia,
ni el clamor de las trompetas,
ni los pregones servian,
por ser el aprieto tanto,
que con impetu invertian
el acordado concierto,
y gobierno con que iban.
En esta ocasion estando,
la Princesa esclarecida,
à ver à su Hijo amado
con el Santo Juan venia,
con muchas almas piadosas,
que en su seguimiento iban,
todos lastimados, viendo
su dolorosa venida,
algo apresurando el paso
la Madre, y Virgen Bendita,
porque caminaba en ella
el amor que le traía:
y aquellos que la miraban
claramente conocian
la Soberana prudencia,
que en su Sér resplandecia.
Viendo de lexos un lienzo,
y que todos à porfia
à mirarle se acercaban,
con asombro y maravilla;
porque el fatigado rostro
del Soberano Mesias
en él estaba estampado,
con cierta virtud Divina.
Mirandolo desde lexos,
le causó grande mancilla,
y el Corazon le turvaba,
aunque no lo conocia;
pero llegandose cerca,
se arrojó al suelo rendida,
y arrodillada se estuvo,
porque vió lo que a ver iba.
Viólo tan desfigurado
de sus facciones Divinas,
que por ver mortal el Rostro,
apenas lo conocia.
Levantóse, y fué siguiendo la

la Santa Sangre vertida
de su Hijo Soberano,
por donde pasado havia;
que por tener en su Cuerpo
tantas, y tales heridas,
se señalaban los pasos
en donde los Pies ponia:
lo qual la Virgen miraba,
y tanto dolor sentia,
que no es posible explicarlo,
ni en ponderacion cabia.
San Juan alargando el paso,
y con ansiosa osadìa,
hizo por donde pasase
la Doncella esclarecida:
la qual à su Hijo viendo
con la Cruz pesada encima,
y el Rostro desfigurado,
cuya Imagen visto habia,
de dolores traspasada,
y con ansiosa fatiga,
à su Hijo Soberano
le quiso hablar de rodillas.
Tuvo el Padre Omnipotente
à la execucion Judia,
para aguardar à su Madre
y recibirla à la vista.
Recibióla el Hijo amado
con amigables caricias,
y alli entrambas voluntades
se ataron en una misma,
haciendo de los tormentos
y trobajos grande estima,
porque fueron importantes
para las glorias Divinas.
Holaronse con las Almas,
y lo que alli se decian
todo fué dar alabanzas
à la Bondad infinita.
El Hijo dixo à la Madre:
Alegrate, Madre mia,
pues sabes que los tormentos
son mis gustos, y alegria.
Viertase ahora mi Sangre,
que serà muy bien vertida;
pues vertiendose se aplaca
el rigor de mi Justicia.
Bien sabeis, Madre piadosa,
lo que à mi Bondad Divina
ofende, y tiene ofendido
el pecado, y su malicia.
Y si mi Carne innocente
no se ofrece, y sacrifica
en satisfaccion inmensa,
que ván las Almas perdidas;
por lo qual yo gusto, y quiero
dar toda mi Sangre, y Vida,
en satisfaccion bastante,
por las Almas mis queridas:
á cuyas santas razones
en caridad encendida,
del mismo Amor inflamada,
su Madre le respondia:
Soberano, y Santo Hijo,
bien tu Magestad podia
dar à las Almas remedio
con menos pena, y fatiga;
pero pues asi lo ordena
tu Eterna Sabiduría,
la qual no puede engañarse
en sus acciones Divinas,
yo quiero lo que tu quieres,
y mi Alma se resigna
en tu voluntad Sagrada,
ya que la tengo por mia.
Solo una cosa te pido,
si tu gustas que lo diga,
y perdona si me atrevo,
y en demanda soy prolixa;
Al fin, Señor, soy tu Madre, y

y te ruego me permitas
no faltar de tu presencia,
mientras que te martirizan.
Concedióle Cristo, y luego
dexó correr la cortina
à la braveza, y rigores
de los que lo perseguian.
Apartóse Madre, è Hijo,
aunque quedaron unidas
las Almas de Hijo y Madre,
porque el Amor las unia.
Marchó la Justicia luego,
porque el tiempo se les iba,
dandole á Cristo empellones.
con furia descomedida,
al ir tomando las Calles
por donde pasar tenia,
y muy apriesa marchando,
subieron la Calle arriba,
tirando à Cristo la soga,
que llevaba al Cuello asida;
mas por ser la Cruz pesada,
y la Carne enflaquecida
de Cristo, que la llevaba
tan desangrada, y molida,
no podia andar con ella,
y á cada paso caia;
lo qual la Justicia viendo,
y que era cosa perdida
porfiar que la llevase
quien tan maltratado iba,
acordaron otra cosa,
la qual serà bien se diga
en el Canto que se sigue,
con el ayuda Divina.

CANTO LXX.

Ayuda Simon Cyreneo à llevar la Cruz à Cristo.

POr la altura de aquel Monte,
y Valle de Ajusticiados,
de quien tomando apellido,
llaman el Monte Calvario,
formaban destacamentos
los orgullosos Caballos,
que cada qual parecia
nuevo Cometa animado.
Iba un Centurion famoso
de la Partida encargado,
que la mayor confianza
merecia de Pilatos.
Todos grandes, y pequeños
procuraban en llegando,
para ver el caso horrendo,
tomar sitio acomodado:
adonde en tiempo muy breve,
haciendo instancia, aguardando
para vér pasar à Cristo,
cuidadosos se sentaron,
entretanto que llegaban
unos con otros hablando.
Corrillos formando todos,
trataban del triste caso,
con admiracion muy grande,
por ser horrendo, y estraño; tan-

tanto, que tambien el Cielo
estaba maravillado.
Unos decian: No es este
el que andaba predicando
las Doctrinas, con que hacia
buenos á los hombres malos?
No sanaba los enfermos,
sin medicinas, ni salmos,
de suerte que parecia
que estaba todo en su mano?
No daba vista à los ciegos,
y levantaba lisiados?
No daba á los mudos habla,
y libraba endemoniados?
No resucitaba muertos?
Y tenemos entremanos
un muerto, que estado havia
ya tres dias enterrado?
Pues si hizo tales cosas,
cómo ahora maltratado
se dexa llevar, sabiendo,
que quieren crucificarlo?
cómo no se les ausenta,
haciendo un grande milagro,
para escaparse de todos,
puesto que sabe hacer tantos?
Unos dicen: Yo me admiro!
Y otros, juntando las manos
y levantando los hombros,
respondian: Yo me espanto!
Y entre todos huvo alguno,
que con grito levantado,
para que lo oyesen todos,
dixo con intento malo:
Ninguna muger ni hombre
ponga dúda en este caso,
de lo que se determina
en el Tribunal Judayco;
porque los que alli se juntan
son tan Doctos, y Letrados,
que presumir no se puede,
que quepa en ellos engaño.
Y en sus determinaciones,
sus pareceres, y Autos,
es cierto que en todo aciertan,
y que nunca van errados;
y pues ellos lo castigan,
sin dúda que le han hallado
alguna causa bastante,
para poder castigarlo.
Algunos oyendo el dicho,
respondian admirados,
y levantando las cejas:
El argumento está claro.
Otros á esto añadian;
y luego como pasmados,
suspendian el discurso,
de admiracion atajados.
Mas cierta persona honrada,
que con pecho lastimado
estaba por vér à Cristo
con los otros aguardando;
porque seguirle solia,
quando andaba predicando,
y era testigo de vista
de muchos de sus milagros,
bolviendo por Jesu Cristo,
y con pecho alborotado,
respondió hablando con todos,
con voces, y estilo alto:
Yo no sé cómo es posible,
que en JESUS hayan hallado
culpa, por la qual merezca
la pena que le están dando:
Porque entre todas las gentes,
que en el Monte se han juntado,
y los demás de nosotros
que lo vimos y tratamos,
no se puede hallar alguno
que le arguya de pecado; an-

antes todos son testigos
de su vivir bueno y sano;
porque si culpa tuviera,
alguno huviera entre tantos
que dixera: Yo lo vide,
que hizo tal hecho malo.
Y los Letrados, que ahora
lo estuvieron acusando,
no lo acusaron de culpas,
porque no se las hallaron;
antes es notorio á todos
el provecho que ha causado
la Doctrina, que continuo
amoroso iba enseñando;
pues muchos que se la oían,
escandalosos y malos,
estàn oy por sus consejos,
corregidos, y enmendados:
como fué la Magdalena,
y el humilde Publicano,
y otros muchos que podia
con el dedo señalarlos.
Y quantos habrà en el Monte,
entre los que estàn mirando,
que estaban ha pocos dias,
de enfermedad maltratados,
y tienen salud y vida,
mediante haverse llegado
á este JESUS Nazareno
de quien ahora tratamos:
que fué siempre tan piadoso
y bien acondicionado,
que daba remedio á todos
quantos á él se llegaron;
tanto, que su vivir bueno
al Mundo tiene pasmado;
porque le hace ventajas
à Juan el que degollaron.
En estas conversaciones
y pareceres contrários,
estaba con mil porfias
todo aquel tumulto hablando.
A este tiempo ya el Señor
iba con mucho trabajo
la cuesta arriba por ser
el Madero tan pesado.
Viendo aquesto los crueles,
luego al instante alquilaron
á un hombre robusto, y fuerte,
que le ayudase à llevarlo.
Natural de Cyreneo
era, y su nombre apuntaron,
Simon llamado, y las señas
à cierto intento mirando:
y fué la ocasion de aquesto,
un acuerdo que tomaron
los Ministros de Justicia,
y algunos de los Soldados,
que viendo el llagado Cuerpo
de Cristo Cordero Manso
con la falta de la Sangre,
de el todo debilitado;
y que apenas ya podia
sustenter el Cuerpo Santo,
de las heridas y llagas,
que lo estaban desangrando,
y que con la Cruz á cuestas
ya sin fuerzas tropezando,
á menudo arrodillaba,
rindiendose á cada paso,
por lo qual se detenia
lo que estaban deseando,
que era verle ya en Monte,
entre la Cruz, y los clavos.
Asi tuvieron consulta,
y acuerdo determinado,
de que á la Cruz le ayudasen,
para mas presto llevarlo:
lo qual pusieron por obra,
y luego al punto buscaron qui-

quien ayudára al Cordero
hasta subir á lo alto,
y por ser cosa afrentosa
llevar la Cruz al Calvario,
y teniendo por infame
quien la tocaba en las manos,
nadie queria ayudarle,
aunque mas importunaron,
con mandas, y con promesas
de pagarlo adelantado.
Lo qual la Justicia viendo,
dispusieron, y mandaron,
que por fuerza le ayudase
el que le fuese mandado.
Luego al punto cometieron
la execucion de este caso
á un alentado Ginete
y Ministro de Pilatos,
el qual le puso la vista,
luego que se lo encargaron,
á este Simon Cyreneo,
que es el que habemos contado.
Este por ser hombre fuerte,
y ser sugeto alentado,
y porque ser conocieron
hombre apasible, y del caso,
le mandaron ayudase
y compulso, y apremiado,
para redimir su afrenta,
dixo con todos hablando:
Yo soy hombre conocido,
y en las costumbres honrado,
y en mi persona no han visto,
ni en mis obras hechos bajos.
Y asi les requiero á todos,
que lo que al presente hago
no ha de ser causa que pierda
el honor que Dios me ha dado.
Asi pido que lo escriban
porque yo Simon me llamo,
y soy Padre de dos hijos,
que son Rufo, y Alexandro:
lo qual siendo luego escrito,
con espiritu doblado,
abrazó la Cruz dichosa,
é hizo lo que le mandaron.

CANTO LXXI.

Camino del Calvario, y habla la Virgen á su Hijo.

YA de la Ciudad salian
con alboroto, y estruendo,
los Ginetes, y Soldados,
en orden de Guerra puestos:
que detenidose habian,
pasando algunos estrechos,
que la Turba les causaba,
antes de salir del Pueblo.
En saliendo al ancho Campo,
tomaron vigor, y aliento,
porque en uno se juntaron
mas ayre, y menos aprito.
En delantera de todos
iban Caballos ligeros,
y una trompeta sonora,
que causaba á todos miedo.
Tambien á Caballo iban
en otro distinto puesto, el

el Secretario, y Justicia
con briosos movimientos,
las varas en alto puestas,
que temian por trofeo,
ser por ellas conocidos
desde cerca y desde lexos.
Iban à pie con buen orden,
Soldados, y Alabarderos,
amenazando la muerte
con puntas de limpio acero:
y luego dos de à caballo
iban con Pendones negros,
divisa que descubria
el caso triste y funesto.
Y despues de aquestos iban
Trompetas, y Pregoneros,
y pregonando los unos,
iban los otros tañendo.
Y detrás de todos iban
los Verdugos mas severos,
para su oficio espantoso,
prevenidos de instrumentos,
que verlos miedo ponia,
y muchas guardias con ellos,
que aprisionados llevaban
dos facinerosos Reos,
que por famosos Ladrones,
muertes, y delitos feos,
los llevaba la Justicia
para que la hicieran de ellos.
Y enmedio de todos iba
con muy malos tratamientos,
perseguido, y fatigado
el Mansisimo Cordero:
el qual, aunque lastimado
con tan estraños tormentos,
y con estremo espantoso,
en tan afligido estrecho,
iba su Corazon Santo
en amor Divino ardiendo;
y para darnos la vida,
alegrisimo y contento.
Algo alli turbado el paso,
con el pesado Madero,
subieron la cuesta arriba,
con acelerado pecho,
dando vista al Monte, donde
andaban todos inquietos.
Unos que aguardando estaban,
habian trocado el puesto;
y viendo venir à Cristo,
arrepentidos del hecho,
con encuentros, y pendencias,
buscaban lugares buenos.
Otros à vér se apretaban,
dando, y recibiendo encuentros,
maltratando los mas fuertes
à los de flacos sugetos.
Las mugeres se quexaban,
y los muchachos pequeños
daban gemidos, y voces,
lastimados del aprieto.
Y los que en buen sitio estaban
se iban arrepintiendo;
y de puntillas miraban
los que venian de lexos.
Esta grita, y alboroto
iba tanto mas creciendo,
quanto mas cerca llegaba
el Divino Medianero.
Aqui cercano à la cumbre
del Calvario de los muertos,
traspasada de Dolores,
la Virgen salió al encuentro.
A quien mirando la gente,
con comedido respeto,
dieron lugar que llegase,
sin ponerle impedimento;
porque claro conocian,
el amoroso deseo con

con que al Hijo se llegaba,
y su enternecido Pecho.
Luego que llegó la Virgen,
cesó el viage violento,
y la Justicia y Soldados
alto y parada hicieron;
porque aunque Cristo pasaba
tantos y tales tormentos,
usaba quando queria
de su poderío inmenso,
y quiso alli detenerse,
y todos se detuvieron,
haciendo Cristo à su Madre
aqueste comedimiento:
la qual aunque traspasada
con grande consentimiento,
para buscar à su Hijo
tenia valor y esfuerzo.
Rompió por medio de todos
con valeroso denuedo,
que el amor que la llevaba
le daba tales alientos.
Siendo yà al Hijo cercana,
con los dos brazos abiertos,
quiso abrazarlo humillada,
las rodillas por el suelo,
herida de amor Divino:
y el Hijo à su Madre viendo,
que en tierra se arrodillaba,
se humilló, é hizo lo mesmo:
y despues de arrodillado,
con lazos de amor estrechos,
se unieron entrambas Almas,
como lo estaban los Cuerpos.
El amor todo lo abrasa,
y con lo que se dixeron,
llamas de amor levantaban
del Santo, y Divino fuego;
porque como Cristo estaba
en Divino amor ardiendo,
y à la Virgen Soberana
amaba con tanto estremo,
ardian los Corazones
con amorosos deseos
de padecer mas trabajos,
à gloria del Padre Eterno.
Arrodillados y unidos,
Hijo, y Madre se estuvieron
en Soberanos coloquios
un breve espacio de tiempo;
pero luego se apartaron
concordemente, queriendo
que la Redencion del Mundo
tuviese Divino efecto;
teniendo aquellos trabajos
por particular consuelo,
que el amor desafiaba
à los mayores tormentos.
En estando divididos,
dió Cristo licencia luego,
y la Justicia, y Ministros
marcharon su oficio haciendo,
y al Calvario dieron vista,
adonde se descubrieron
las dos Cruces levantadas,
y cada una en su puesto.
Los dos Ladrones, que iban
à morir por sus defectos,
tomaron miedo, y desmayo
luego que las descubrieron;
y con temor, y sudores,
y pasos flacos, y lentos,
à la muerte caminaban,
llenos de confuso miedo;
mas muy poco aprovechaba
su medroso sentimiento,
porque los fieros Verdugos
iban su oficio haciendo.
Por el Monte los Caballos
bastante campo rompieron, y

y de priesa caminando
por el ancho Valle y Cerro,
llegaron á donde estaba
dispuesto nuestro remedio.

CANTO LXXII.

Disposicion de los Verdugos para ajusticiar á Cristo.

VIendo el Isaac Divino,
y el Señor de los Señores,
à la muerte tan cercano,
y yá en la cumbre del Monte,
quebrantado el Cuerpo Santo
del rigor de los azotes,
rodeado de trabajos
de afrentas, y de dolores,
cercado en la saña fiera
de Ministros, y Sayones,
y juntamente de aquellos
crueles executores:
alzó sus Divinos Ojos,
y en la Santa Cruz los pone,
hablandole al Padre Eterno,
con estas dulces razones:
Padre, que estás en los Cielos,
cuyo Soberano Nombre
ofrece misericordias,
y descubre entrañas nobles:
aqui estoy á tu mandado,
y por amor de los hombres,
que el amor de ellos y tuyo,
en este estremo me pone.
Yo vengo á sacrificarme,
y á ofrecer humildes dones.
Que con la Sangre, y la Vida
que poseo en quanto Hombre,
recibas oy te suplico,
mis afrentas y baldones,
y mi Santo Cuerpo lleno
de fatigas y sudores,
azotado por las manos
de Ministros tan feroces,
que sembrado lo dexaron
de heridas y de dolores,
y aqueste Rostro Divino,
que solo tu lo conoces,
te lo ofrezco lastimado
de crueles bofetones.
Tambien la Vida te ofrezco,
pues ahora estoy adonde
me será breve quitada
por crueles corazones;
cuyos trabajos y penas,
tormentos, muerte, rigores,
ofrezco de buena gana,
para que te desenojes:
y para dexar remedio
á todos los pecadores,
hasta á los que en mi Persona
sacrilegas manos ponen.
Estas palabras, y otras,
dignas de su Pecho noble,
estaba diciendo al Padre
el Dulce JESUS entonces,
quando rodeado estaba
de cruelisimos Sayones,
con tanta grita, y bullicio,
que todos aquellos Montes pa-

Y

parecia que gritaban,
segun sonaban las voces,
Los Ginetes apretando
â sus Caballos feroces,
para guardar la Persona,
les a nagan grandes golpes,
y luego con desacato
los fieros executores
de los Verdugos crueles
á su oficio dieron orden.
Unos quitaron las Cruces,
con barbaras intenciones,
arrojandolas al suelo,
causando á todos temores.
Otros iban disponiendo
los instrumentos feroces,
previniendo con cuidado
martillos, y clavos dobles.
La soga á Cristo quitaron
de su Cuello Santo, y noble,
con desacato notable,
dandole algunos tirones.
Tambien la Sotana Santa
con inhumanos rigores;
y con la Tunica humilde
hicieron lo mismo entonces,
que por los Hombros Divinos,
del Mundo sustentadores,
y por la Cabeza Santa,
se la quitaron de golpe:
con cuyo rigor terrible,
causando nuevos dolores,
manaban sangre de nuevo
las llagas de los azotes,
dexando al Señor del Cielo,
y Principe de su Corte,
en carnes, y con verguenza,
que causaba mil dolores,
á vista de todo el Pueblo,
hecho Varon de Dolores,
que de cerca lo miraban
con muy grandes compasiones;
porque las Carnes tenia
del rigor de las prisiones,
y de los tormentos crudos,
con llagas, y desgarrones;
y lo que mas al mirarle
ponia asombro, y temores,
era ver la Santa Espalda
toda de llagas disformes,
donde la lluvia espantosa
de los señalados golpes,
á quebrantar fué bastante
unas entrañas de bronce;
quanto y mas la Carne Santa,
criada à los Pechos nobles
de la Doncella Divina,
Madre de los pecadores.
Estaba labrado el Cuerpo
de lastimosas labores,
con la Sangre, y las heridas
de los desmandados golpes;
y desollado el Cordero,
tal, que apenas lo conoce
su Madre, porque al mirarlo
asombro, y espanto pone.
A Cristo le mandan luego
los crudos Executores,
para empezar el oficio,
que sobre la Cruz se arroje;
y porque breve lo haga,
lo derriban à empellones,
y arrojandolo de boca
sobre las peñas del Monte,
mandanle tender los brazos,
y Cristo los tiende, y pone
en la forma que lo mandan
los Verdugos, y Sayones.
Tomaronle la medida,
y dando algunos garrotes, hi-

hicieron para las Manos
dos agugeros conformes.
Y mientras que los hacian,
puesto en Carne Dios, y Hombre,
descansaba en el Madero,
que fué su cama de flores,
en el remate sentado,
rendido, humilde. y conforme,
para descansar en tanto,
que al martyrio dieron orden.

CANTO LXXIII.

Clavân à Jesu-Cristo en la Cruz.

EL Calvario lleno estaba
de numerosa quadrilla
y todos aquellos Montes,
quantos en contorno havia:
pues los de à pie, y à caballo
valerse apenas podian.
Las trompetas, y pregones,
el ruido, y gritería,
los tambores, y las voces
horrendo temor ponian.
En esta ocasion estaba
Cristo, Hijo de MARIA,
sentado en la Cruz, en tanto
que los barrenos hacian,
descubierto à la verguenza,
y manifiesto à la vista:
su Carne bendita y Santa
por tantas partes herida.
Y para refrigerarlo,
un Siervo de la Justicia
se llegó cerca de Cristo,
con muestras descomedidas,
y arrimandole á la Boca
una pequeña vasija,
con descomedido modo,
que bebiese le decia.
Cristo, que no rehusaba
los tormentos, y fatigas,
amando al hombre por quien
tantas cosas padecia,
abrió su Divina Boca,
y recibió la bebida,
y fué de hiel, y vinagre,
en lugar de vino, y Mirra;
pero pasarla no quiso,
porque solo pretendia,
que el paladar padeciese,
como el Cuerpo padecia.
Y los crueles Sayones,
viendo que gustado habia
el vinagre, y hiel mezclado,
y que beber no queria,
con burladoras palabras,
y con gran contento y risa,
celebraron el aviso
del que intentado lo habia:
y fué traza maliciosa
de la endemoniada ira
de consejos infernales,
como los que dár solian;
porque los ajusticiados,
que por sus culpas morian
en rigorosos tormentos
à manos de la Justicia,
solian ser socorridos de

de advertencia compasiva,
dandoles vino mirrado,
que la carne adormecia:
y porque Cristo pensase,
que de él se compadecian,
esta bebida le dieron,
haciendo donayre y risa,
dexando su Santa Boca,
que perlas vertir solia,
ahieleada, y amarga,
lastimada, y desabrida:
lo qual los crudos Sayones,
y el todo de Infantería,
celebraban con risadas,
dando del caso noticia.
Luego el Verdugo Maestro,
que entre todos precedia,
quiso executar de hecho,
el rigor de la Justicia.
Y estando el Divino Cuerpo,
de la Cruz sentado encima,
tan dichosa como santa,
adonde morir tenia:
enderezandolo un poco,
con fiereza nunca vista,
tendió el Cuerpo Santo en ella,
á lo largo, y boca arriba.
Luego la siniestra Mano
tomó rebentando en ira,
y sobre el barreno puesta,
el clavo apriesa pedia,
y alzando el martillo en alto,
dió un vuelo, y á la caida
topando en el fuerte clavo,
rompió la Carne Divina;
y como el barreno era
estrecho, y hecho à medida,
porque el clavo se apartase,
y no hiciese huida,
dándo muchos golpes, hizo
que entrase la carne misma,
y entre el madero, y el clavo
quedase alguna oprimida;
especialmente las cuerdas,
que alli quedaron cogidas,
encogiendo el Cuerpo Santo,
con el dolor que sentia:
cuyo tormento espantoso,
con cruel y estraña herida,
dirémos en otro Canto,
con el ayuda Divina.

CANTO LXXIV.

Clavan à Jesu-Cristo en la Cruz.

PAsmados de asombro estaban
y como fuera de tiento,
los alados Serafines,
y Cortesanos del Cielo;
el Cielo turbado estaba,
de reverencia, y respecto;
y entre si ya confundidos
todos los quatro Elementos;
suspendieronse los ayres,
y las Furias del Infierno
tomaron triste principio
de su espantoso recelo.
En esto la Virgen Santa,
con su enternecido pecho, em-

empezó à sentir los clavos
su dulce corazon tierno;
porque ya el Señor tenia,
con espantosos tormentos,
de su delicada palma
cogidos algunos nervios:
y entrando ya el tosco clavo
por el angosto agujero,
el brazo, y la mano Santa,
padecian detrimentos;
causando tal armonia
al Santo, y Divino Cuerpo,
de tormentos no pensados
un estraño movimiento,
tal, que de solo mirarlo
Juan el Virginal Mancebo,
quedaba como pasmado
de dolor, y sentimiento.
Tambien los que los miraban
desde cerca, y desde lexos,
con el temor que sentian,
se les erizaba el pelo,
Y los Seyones crueles,
agudos al mismo tiempo
en trabajar, se ajustaban
esotra mano al barreno;
mas como estaban las cuerdas
del Soberano instrumento
con tanta fuerza torcidas
con la clavija de hierro,
no fue su maña bastante,
ni con sus fuerzas pudieron
hacer llegase la mano
al retirado agujero;
y porque llegar pudiese,
la Santa Muñeca asieron
con un cabo de la soga,
que havia traido al cuello;
con la qual unos tirando,
y otros la Cruz deteniendo,
que el Cuerpo no la arrastrase,
con aquel tirar violento,
dieron à la Mano Santa
lugar conforme al siniestro,
que el mismo Cuerpo tenia:
y los Verdugos tuvieron,
y antes que el tiro afloxase,
puso el Verdugo Maestro
en la palma Soberana
la cruel punta de acero;
apretando fuertemente,
buscando el vacio, y hueco
del Madero donde entrase
el clavo fornido, y recio:
y puesta la Mano, y clavo
en la medida derechos,
luego empezó á hacer su oficio,
dandole al martillo vuelo,
el qual á muy pocos golpes,
haciendo lugar sangriento,
fué fixado fuertemente
el clavo con el Madero:
y puesto el segundo clavo
con encarnizado zelo,
à clavar los Pies Divinos
iban con grande denuedo;
mas mirando el Cuerpo Santo,
quedó turbado, y suspenso,
y á todas partes miraba,
lleno de confuso miedo;
porque vió à Cristo de suerte,
que temia haberlo muerto,
contra el orden, y mandado
que allá los Jueces le dieron;
tan desgarradas las manos,
que sustentaban el Cuerpo,
con la fuerza que hacian
las ternillas, y los nervios;
vió las coyunturas Santas,
sangraduras, y mollercs

de

de suerte descoyuntadas,
que se apartaban los huesos.
Desencaxadas, y abiertas
las aguilillas del pecho;
y que la aguda Corona
le traspasaba el Cerebro.
Tan lastimado lo vido,
que entendió, y tuvo por cierto,
que muerto se le quedára
del rigor de los tormentos.
Mas viendo que vivo estaba,
tornó á recobrar aliento,
y à clavar los Pies Divinos
se arrojó, perdiendo el miedo.
Puso en la Cruz un entivo,
que fué aproposito hecho,
y con un fornido clavo
lo dexó fixado, y puesto,
y asiendo los Pies Sagrados
con acelerado esfuerzo,
tiró de ellos, porque estaban
con algun encogimiento;
y por el empeyne Santo
de el Sagrado Pie derecho
empezó à clavar la punta
del tosco, y aspero hierro,
y dando al martillo golpes,
iba camino rompiendo,
causando temor à todos
los que miraban el hecho;
y viendo el clavo fixado,
tomó apriesa el Pie siniestro;
para hacer de él otro tanto,
y lo puso en su derecho,
donde tambien fué clavado,
quedando en tres clavos fieros,
de Cristo Cordero manso
clavados los quatro extremos:
en cuyo tiempo dichoso,
el Celestial Medianero,
en su Alma Santa estaba
regocijado y contento,
y lleno de gozo daba
gracias á su Padre Eterno,
viendo ya el tiempo cumplido,
y cumplidos sus deseos,
y que acabadose havia
de las Almas el destierro,
à las quales aguardaba
ya con los brazos abiertos.
Al redoblar de los clavos,
la Santa Cruz rebolvieron,
sin mirar que lastimaban
aquel Soberano Cuerpo;
cuya crueldad no pensada,
duro y terrible tormento,
odiosamente nacia
de aquellos ingratos pechos,
y fué, porque no quedára
crueldad, que con todo extremo
no hiciesen, y executasen
con el humilde Cordero.
Y la Cordera MARIA,
cuyo ansioso sentimiento
crudamente lo avivaron
aquellos clavos sangrientos.
O Soberana paciencia
de Divino sentimiento!
O dichosísimas Almas
rescatadas con tal precio!
Perdona Lector hermano,
porque el discurso suspendo
en decir mas de este Canto
tan lastimoso, y sangriento.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***

CAN-

CANTO LXXV.

Clavan à Jesu-Cristo en la Cruz.

LA Soberana Princesa,
Madre Santa, y Virgen Pura,
en esta ocasion estaba
como pasmada y confusa,
no que la confusion fuese
turbacion de alguna duda;
pues nunca en su Santo pecho
cupo mudanza ninguna;
mas su Corazon dichoso,
en quien nunca cupo culpa,
estaba tan apretado
en aquella coyuntura,
que no sabia si estaba
en la Cruz el alma suya
ó la Carne Soberana
de la Persona segunda;
porque su Alma tenia
tan contristada y confusa,
que solo Dios conociera
si eran dos Almas, ó una:
y no es mucho que estuviese
como aqui se nos figura,
porque en Oracion estaba,
tan atenta y tan profunda,
que sentia en su Alma Santa
las mismas penas y angustias
que su Hijo Soberano
sintiendo estaba en la suya.
Miraba los fuertes clavos,
que con su fiereza dura,
en las dos manos hacian
dos espantosas roturas:
y los dos Pies Soberanos,
del Cielo fuertes columnas,
con dos heridas crueles,
tan desgarradas y crudas.
Desengastada, y abierta
la harmonía sin segunda
de el Cuerpo que nueve meses
traxo en sus Entrañas puras.
Y las Sienes que excedian
la mas perfecta hermosura,
tantas veces traspasadas
de agudas, y fieras puntas.
Una en Casa de Pilatos,
quando la furiosa Turba
al sacarlo, lo vistieron
de sus mismas vestiduras;
y otra en la ocasion presente
quando en esta coyuntura,
para matarlo dexaron
su Santa Carne desnuda.
Miraba el amable Rostro
con la color ya difunta,
y los dos Ojos Divinos,
con la luz templada turbia;
cuya lastimosa Vista,
mirada con tal ternura,
era bastante á dar muerte
à la vida mas robusta;
mas para que padeciese,
de la Omnipotencia Suma
por instantes le venia
Divino favor, y ayuda.
En este tiempo el Verdugo,
con el favor de su chusma, pa-

para levantar à Cristo
buscaba algunas industrias.
Estando todos en orden,
con embravecida furia,
alzaron à Cristo en peso
encima de la Cruz dura,
y en una cercana piedra,
donde con puntas agudas
hecho un barreno tenian
de una moderada hondura,
sentaron la Cruz Divina,
y à poder de fuerza mucha
lo levantaron en alto
con brava, y mañosa astucia,
donde la grita era tanta,
y la confusion tan mucha,
que dos campos parecian,
quando se embisten y juntan,
mirando todos à Cristo
en aquel trage y figura,
clavado y á la verguenza,
su Santa Carne desnuda.
Como en aquel Monte estaba
tan innumerable Turba,
y alzado en la Cruz á Cristo,
lo vieron todos à una:
fué la grita, y el ruido
tan grande, y con tanta bulla,
desde los cerros mas altos
hasta las baxas honduras,
que no es posible entenderlo
alguna pura criatura,
si Dios no se lo revela
al que de pensarlo gusta.
Alli las lenguas que suelen
ser mas que lanzas agudas,
à maldecir se soltaron,
como siempre lo acostumbran.
Otros miraban el caso
llenos de pena y angustia,
diciendo: Por qué lo matan,
si nunca le hallaron culpa?
Ardia de gente el Valle,
toda turbada y confusa,
que tormento en la cabeza
à todos los miembros turba.
Al asentar el Madero
aquella Canalla injusta,
rasgaron de nuevo à Cristo
las heridas y roturas;
por cuya causa cruel,
en aquesta tierra inmunda
cayó de la Sangre Santa
fructificadora lluvia;
y el Soberano Señor,
como la Ovejuela muda
sufre que el bellon le quiten
sin resistencia ninguna;
asi la muerte sufria
por amor de las criaturas,
que la vida le quitaban
con tantas penas y angustias:
las quales aunque tan grandes,
y tan llenas de amargura,
pequeñas le parecian,
segun la voluntad suya;
por ser el amor mas grande
que las penas, aunque muchas,
pues todas las convertia
en Soberana dulzura.
Y porque el corazon tierno
no resista mas, ni sufra
la corriente de los Ojos,
que provoca esta Lectura,
dirémos en otro Canto,
con la Soberana ayuda,
hazañas de un Dios amante,
y nuestra buena ventura.

CAN-

CANTO LXXVI.

Prodigios de Cristo en la Cruz.

COn el escarpiado Cristo
levantaron la Cruz alta,
que era muy fornida y fuerte,
que à no se lo se quebrára
de los primeros baibenes:
los quales fueron tan grandes
que daban gritos las gentes,
viendo cimbrarse la Cruz,
y que amagaba à caerse;
hasta que el grueso Madero
fué fixado fuertemente
en el hueco que en la peña
hicieron para ponerle;
con lo qual se suspendieron
los apretados tropeles,
que causaban ver à Cristo,
que todos pudieron verle.
Hundianse aquellos Valles
de clamores diferentes,
soltando la rienda al llanto
los mas robustos, y fuertes.
Daban los hombres gemidos,
daban gritos las mugeres,
y los muchachos pequeños
lloraban estrechamente;
señalandose entre todos
los enfermos y dolientes;
en quien Cristo habia mostrado
ser el que todo lo puede;
y otros que sacado habia
de las manos de la muerte,
y del yugo y poderío
de los Demonios crueles.
San Juan y la Magdalena
y otros Varones prudentes,
de enternecidos, apenas
podian en pie tenerse.
Y la Virgen Soberana,
viendo á Cristo de esta suerte,
y que lo que mas sentia
era tan desnudo verle,
puesto que ninguna ropa
consintieron que tuviese,
para que á vista de todos
estuviese mas patente,
puesta à los pies de su Hijo
para darle algun alvergue,
le pidió, llorosa, auxilio,
para poder socorrerle:
y tomando la tohalla
de su Rostro y de su Frente,
ciñó á su Hijo dichoso
con afecto reverente.
Hervía de gente el Valle,
y con el horror presente,
se movian sin discurso
de pasar, ó detenerse.
Tambien inquietas andaban
las Mulas con los Ginetes,
y todos como turbados
sin saber lo que hacerse.
Los Letrados, los Ancianos,
los Escribas, y los Jueces,
los Gentiles, y Judios,
y otras clases diferentes,
tomaron viendo aquel caso, tan-

tanto miedo de repente,
como el que se turba, y corta,
quando delitos comete.
Y adelantandose un poco
los Verdugos mas crueles,
pusieron los dos Ladrones
en los dos maderos fuertes,
clavados con gruesos clavos
y con fornidos cordeles,
atados à las muñecas,
por si la carne rompiese.
Cayó á la siniestra mano
Gestas, Ladron insolente,
que en sus robos habia sido
cruel homicida siempre.
Era necio, y vengativo,
y demas de ser aleve,
fue siempre contra sus Padres
descompuesto inobediente.
Cayó Dimas à la diestra,
que fue su dichosa suerte,
pues allì quedó amparado
de la diestra Omnipotente.
Y en el Canto que se sigue
diré lo que falta de este,
que tengo que decir mucho,
y es bien que de nuevo empiece.

CANTO LXXVII.

Ponen à Jesu-Cristo el Titulo en la Cruz.

ENtendimiento, qué temes?
Memoria, què estás dudando?
Voluntad, en qué te empleas?
Alma, quièn te turva tanto?
Cielos, que es esto que miras?
Serafines Soberanos,
decid (si podeis decirlo)
qué es esto que está pasando?
Patriarcas, y Profetas,
que teneis profetizado
este espantoso prodigio,
este prodigioso caso,
salid del Limbo, y vereis
vuestro Dios puesto en un palo,
que es el precio, y la moneda
con que vino a rescatarnos.
MARIA, Virgen Bendita,
Apostoles consagrados,
que pasasteis por el Mar
el golfo del Viernes Santo,
cómo quedasteis con vida
viendo aquel que os la está dando
en las ondas de la muerte
sumergido, y anegado?
Estaba JESUS benigno
en la Cruz ya levantado,
en lo mas alto del Monte,
pendiente de duros clavos,
entre dos Facinerosos,
delinquentes declarados,
y por semejante á ellos
del concurso reputado;
acardenalado el Rostro,
y todo en Sangre bañado,
que en abundancia la daba
su Frente, y Cerebro Santo;
y de los golpes, y espinas,
en extremo maltratado;
ensangrentados los Ojos,
y con el humor, turbado
el vivo de su mirada,
aunque abiertos, y alentados.
El Pecho, y Hombros tenia
heridos, y lastimados,
tanto que la piel Divina
no tenia lugar sano.
Acardenalado el Cuerpo de

de los golpes desmandados,
abiertos los Pies Divinos,
y desgarradas las Manos;
cuya lastimosa vista
causaba asombro, y espanto
à tanta copia de Infieles
como lo estaban mirando;
y muchos de ellos estaban
temerosos, y temblando:
otros la vista escondian
de tan lastimoso caso:
otros del caso trataban,
dando pareceres varios.
Unos contando virtudes,
y otros diciendo al contrario,
especial los Fariséos,
y los Escribas, y Ancianos,
hablaban con menosprecio
de Cristo Cordero Santo;
diciendo: Salvando à otros,
à sí no se hace salvo,
baxe de la Cruz ahora,
si quiere que lo creamos:
vaya á derribar el Templo,
si se atreve á derribarlo,
pues que dixo que en tres dias
podia reedificarlo.
Tambien le daban en cara
los Ladrones que à los lados
crucificaron con Cristo,
sin mirar su triste estado,
diciendo: Si Cristo eres,
en buena ocasion estamos:
Salvate á tí y á nosotros,
y sacanos de este paso.
En esto, nuevo mormollo
se levantó por el campo,
à que la atencion bolvia
ya de nuevo à alborotarlos;
y fué que la cuesta arriba

venián unos Soldados,
acompañando á un Ginete
que iba galopeando,
y á la priesa que llevaba
con un papel en la mano,
se hacia mirar de todos
mil cosas imaginando.
Unos pensaban que fuese
Lazaro el resucitado,
y otros que Criado era
del Presidente Pilatos.
Al fin llegado à la cumbre,
en la rueda se juntaron
los Fariséos, y Escribas,
los Satrapas, y Letrados,
à quien dando el Caballero
un comedido recado,
dixo, que à cumplir venia
del Presidente un mandato;
porque un Titulo traía,
para poner en lo alto
de la Cruz del Nazareno,
que estaba crucificado;
y que asi se lo ordenaba
el Presidente su amo,
que se lo pusiesen luego,
y lo dexasen fixado.
Y viendolo los Judios,
lo leyeron, y hallaron
ser en tres Lenguas escrito,
grande letra, y diestra mano:
JESUS NAZARENO REY
DE LOS JUDIOS, y dando
buelta por ver si traía
algo escrito al otro lado,
con semblante triste dixo
el que lo estaba mirando:
Yerro habrá sido de pluma:
el Título viene herrado:
y como estaba alli yá

gran numero amontonado,
y à ver el papel escrito
habian llegado tantos,
se fué con mormollo grande
tendiendo, y comunicando,
en las juntas, y corrillos,
que habia por aquel campo.
Y junta la Sinagoga
los Satrapas, y Letrados
con los Sacerdotes de ella,
y con los viejos, y ancianos,
acordaron no admitir
el Titulo tan honrado
que á Cristo se le ponia,
hasta poder enmendarlo.
Y como lo resolvieron,
dieron á Cayfas la mano,
para que el recado diese
à lo escrito replicando.
El qual con blanda mirada,
lenguage apacible y claro,
hablando en nombre de todos
asi le dixo al Criado:
Con el humilde respeto,
que es debido en este caso,
la Sinagoga suplica
al Señor Poncio Pilatos,
que mande mirar lo escrito
porque viene equivocado;
y porque lo contenido
no concierta con los Autos:
que no es Rey de los Judios,
pues está crucificado;
porque serlo pretendia,
con embelecos y encantos.
Y pues el castigo muestra
el delito averiguado,
diga el Titulo lo mismo
con lenguage cierto y claro;
que si como escrito viene
se pone, todos quedamos
el Pueblo y la Sinagoga,
por traidores declarados.
Y pues fué yerro de pluma,
se enmiende, y siendo enmendado,
será luego obedecido
su poderoso mandato.
El Caballero prudente,
con quien estaba hablando,
no quiso responder cosa,
hasta verse con su Amo.
Y despidiendose de ellos,
comedido, y bien criado,
alentado, y presuroso,
bolvió á picar al Caballo:
y en tanto que dá la buelta,
dirémos en otro Canto
el valor que Cristo tuvo
en sus penas, y trabajos.

CANTO LXXVIII.

Mofan los Judios à Cristo en la Cruz.

COn sobresaltados pechos
el malvado Judaismo
procuraba adelantarse
entre la Turba, y bullicio.
Consolabanse mirando
pendiente en la Cruz à Cristo,
y por mucho que hacian,
era consuelo fingido;
porque claro conocieron
con sus almas y sentidos
la verdad que contrastaban,
engañandose à sí mismos:
y que estaban cometiendo
atrocisimos delitos,
por el odio que tenian den-

dentro en sus almas metido.
Y para disimularlo,
à buelta de los gemidos
que algunas mugeres daban
con pechos enternecidos,
y al ruido de las lenguas
que hacian en los corrillos,
dando en el caso presente
varias formas, y sentidos;
hablaban mofando de él,
diciendole: Si eres Hijo
de Dios, y nuestro Mesias,
como tu propio lo has dicho,
baxa de la Cruz ahora;
mas no puede que está asido,
porque la Cruz es muy gruesa,
y son los clavos fornidos.
Tiene su esperanza en Dios,
librelo pues es su amigo,
y veremos si es verdad
lo que tantas veces dixo.
Tomaba el vulgo parlero
licencia con estos dichos,
para decir otro tanto,
dando palmadas y gritos.
Los Ladrones que à los lados,
entre mortales suspiros
à las cosas que pasaban
tenian atento oido;
y en sus tristes corazones,
flacos, elados, y tibios,
deseaban ver milagros,
y que los hiciese Cristo,
que el deseo de la vida
es natural apetito,
y suele estár la esperanza
entre garganta, y cuchillo:
esperando, pues, el vér
algun estraño prodigio,
llenos de imaginaciones,
con ansias de quedar vivos.
Enmedio de aquestas cosas
estaba el Dios compasivo
deseando el bien de aquellos
que le daban el martyrio:
y entre las ansias mortales,
al Cielo sus Ojos fixos,
en oracion fervorosa,
con su Padre entretenido
decia amorosamente:
Soberano Padre mio,
para los que me maltratan
humilde perdon te pido.
Tén la poderosa mano
de tu inmenso poderío,
y no les dés por ahora
el merecido castigo:
perdonalos que no saben
lo que hacen, aunque indignos.
Tén de ellos misericordia
porque me tienen consigo.
Estas y otras muchas cosas,
en amor Santo encendido,
à su poderoso Padre
decia JESUS Bendito:
en cuyo tiempo el Verdugo
con favor de sus Ministros
movió contra los Soldados
cierta pendencia y litigio,
y vinieron à las manos,
causando grandes perjuicios
sino fuera por la gente
que los tuvo detenidos.
Amontonaronse todos,
y acudieron al ruido
la Justicia, y los Soldados,
y algunos de los Judios.
Y hallandose en este caso
el Centurion y Longinos,
mandaron se averiguase de

de la pendencia el motivo:
à quien un Cabo de Esquadra,
con lenguage comedido,
descubriendoles la causa,
de aquesta suerte les dixo:
Señor, en esta pendencia
es uno Criado mio,
que riñe con el Verdugo,
sobre partir los vestidos.
A lo qual dixo la parte:
Señor, son provechos mios,
y este me los quita ahora,
y no es razon permitirlo.
Replicaron los Soldados
moviendo tanto ruido,
que apenas Longinos pudo
dar del caso atento oido;
y mandando que callasen,
llamó al Soldado y le dixo,
que con razon defendiese
su derecho permitido.
El Soldado replicóle:
A toda razon me rindo,
y las que yo tengo en esto
son las siguientes, y digo:
Que desnudar el Verdugo
al que comete delitos,
y quedarse con su ropa,
es parte de su castigo;
porque el que delitos hace,
queda reo, y sometido
à la justicia su cuerpo,
y al Verdugo sus vestidos.
Y como culpas no tiene
este Rey de los Judios,
que por invidia lo matan,
y algunos de ellos lo han dicho,
no tiene el Verdugo en este
el derecho prometido
que tiene con los demas
de sus culpas convencidos.
Y los Ladrones que ahora
en las Cruces dan gemidos,
que de la Carcel al Monte
vinieron en cueros vivos,
allá les quitó la ropa
sin darles ningun recibo;
aquel es derecho suyo,
y aqui no se lo pedimos.
Demás, que solo dos prendas
es sobre lo que reñimos,
que el Nazareno no traxo
mas ropa, ni solo un hilo.
Longinos no haciendo caso,
tuvo por mejor aviso
decir, que entre ellos partiesen,
y que quedasen amigos.
Apartaronse y partieron,
con acuerdo desabrido,
y algo reportados ya
de sus colericos brios,
hicieron de la Sotana
quatro pedazos distintos,
y de la Tunica Santa
quisieron hacer lo mismo;
mas viendo que no tenia
costura ni cabo asido,
y si acaso la rompian
era su valor perdido,
acordaron echar suertes,
y cada qual se previno,
y à los dados la jugaron,
que era su comun estilo.
Cupo la suerte á un Soldado;
mas el Verdugo mohino
tornó à replicar el hecho,
no queriendo consentirlo;
con lo qual se movió entre ellos
tan colerico litigio
que al Presidente Pilatos vi-

vinieron con el aviso:
el qual mandó que viniesen
à su presencia, y venidos,
cada qual con su argumento
defendia su partido.
Pilatos estuvo atento,
y tuvo por buen aviso
apoderarse en las prendas
y asi lo pensó y lo hizo,
cuyo valor apreciaron,
y en interès convertido,
despachó à los litigantes,
contentos, y convenidos,
quedandose con la ropa,
y en el Canto sucesivo
bolveremos al Calvario,
para acompañar à Cristo.

CANTO LXXIX.

Mofa de los Judios á Cristo en la Cruz.

EL Alma de Cristo estaba
en amor divino ardiendo
mientras el Cuerpo pendia
de aquel Sagrado Madero;
sin que por estar pendiente
de la fuerza de los nervios,
y con fatigas mortales
el atormentado Cuerpo,
à templar fuese bastante
sus amorosos deseos
con que siempre procuraba
de las Almas el remedio:
quando en el Monte Calvario
con briosos movimientos,
mucha gente amontonada,
dando baibenes y encuentros
fue promovida por ver
un alboroto violento,
que havia entre los Gentiles,
y los del Judayco Pueblo.
Quexabanse los Escrivas,
Satrapas, y Fariséos
del Prisidente Pilatos,
y de sus Autos resueltos;
porque el Titulo embiaba
en la forma que primero,
para que asi lo pusiesen
en la Cruz del Nazareno;
habiendole ellos pedido,
por Sinagoga, y Acuerdo,
que allí no dixese Rey,
sino que pretendió serlo.
La Posta del Presidente,
y algunos otros del Pueblo,
defendieron el partido
de su Presidente, y Dueño;
à que colericamente
y con grandes argumentos,
y con declarado enojo,
replicaban los Hebreos:
los quales manifestaban
ser su mayor sentimiento
el mirar quan poco caso
hizo Pilatos de ellos;
porque à la replica suya
no quiso mostrarse atento;
y respondió con enfado:
Lo escrito escrito, diciendo.
Y como escrito venia
à su pesar y despecho,
lo dexaron los Soldados
en la Cruz fixado, y puesto.
Y por haberse cumplido
este Auto y Mandamiento,
entre las Cruces habia
grande alboroto y estruendo
con muy reñidas porfias: Jo

lo qual los Ladrones viendo,
tambien hablaban del caso
entre sus mortales miedos;
mas el Ladron venturoso,
que estaba al lado derecho,
hizo discurso prudente
con su buen entendimiento,
diciendo: Sin duda el caso
tiene muy grande Misterio.
Este Hombre no ha pecado,
todos lo dicen, y es cierto.
El hizo muchos milagros,
pues daba vista à los ciegos,
sanaba los incurables,
y à todos daba remedio.
El descubre gran Persona,
en la paciencia y esfuerzo,
con que sufre, y ha sufrido
sus afrentas y tormentos.
Su Madre es Persona Santa,
él tambien es Santo y bueno,
es Rey que tambien lo dixo,
y que no es aqui su Reyno,
El pidió para nosotros
el perdon de nuestros yerros,
viendo que lo blafemamos,
y que no lo conocemos.
El dixo: Padre, perdona:
con que el Padre está en el Cielo,
y segun estas palabras,
para perdonar es dueño.
Sin duda es Hijo de Dios:
mas como està padeciendo?
Como se rinde à la muerte?
Mas quien me mete à mi en esto?
El curaba endemoniados,
y resucitaba muertos;
y quiere morir ahora?
No carece de misterio.
Aquestas cosas pensaba,
con ternura y sentimiento,
porque el calor ya sentia
de aquel amoroso fuego.
Representósele en Cristo
la paciencia de un Cordero;
y ya lo consideraba
con reverencia y respeto.
Quando con rabiosa ira,
su malvado compañero
maldecia y blafemaba,
con desesperado pecho.
A sus Padres maldecia,
su crianza, y nacimiento,
y la suerte que lo traxo
à tan desgraciado extremo.
Blasfemaba de sí mismo,
y como airado y blasfemo,
tambien blasfemias decia
contra el Soberano Verbo,
diciendo: Què te servia
sanar à tantos enfermos,
y con tan grandes milagros,
traer al Mundo rebuelto,
si al trabajo que padeces
no hallas ningun remedio,
para librar de las Cruces
á tí, y à tus compañeros?
Todo debia de ser
con encantos y embelecos,
pues no te libras ahora
de este miserable estrecho.
A lo qual respondió Dimas
con muy grande sentimiento.
No hables tu mal contra èl,
mas quexate tu à tí mesmo,
pues aun no temes à Dios,
viendo el trance en que nos vemos;
y que por nuestros delitos
estamos oy padeciendo,
Nosotros por nuestras culpas me-

merecido lo tenemos;
mas este JESUS es Justo,
porque mal ninguno ha hecho.
Quando estas cosas decia
con un desengaño entero
nacido de luz Divina,
á JESUS bolvió, diciendo:
Señor, tén de mi memoria
quando fueres en tu Reyno,
y en esto se suspendió,
lleno de ternura el pecho.
Y por consolarlo Cristo,
quiso mostrarsele atento:
Y tambien para admitirle
la confesion que habia hecho.
Con amor grande le dixo,
para darle su remedio:
Oy serás en Parayso
conmigo, te lo prometo.
Dimas, aunque atormentado
quedó consolado, viendo
la palabra que tenia
de JESUS de Nazareno:
y ya en su alma sentia
gran regocijo y contento,
con las dulces esperanzas
de su dichoso remedio.
Y Cristo que deseaba
aquel tan dichoso tiempo,
en que dexar acabado
su Divino Testamento;
y en que de toda su Hacienda
hacer el repartimiento,
en sola la primer manda,
á Dimas le mandó un Reyno.
A su Discipulo Juan
que amaba con amor tierno,
de la prenda mas querida
lo dexó por heredero,
diciendole: Juan, Amigo,
por Hijo á mi Madre os dexo:
y mirad, que es prenda mia,
y la mejor que yo tengo.
Luego à la Virgen que estaba
con los sentidos atentos,
toda absorta, y embebida
en su Hijo, y Dios Eterno,
como en su querer tenia
resignado entendimiento,
consintió con dolor grande
aquel tan desigual trueco.
Y alzando à Cristo la cara
el Señor le dixo luego:
Muger ves ai à tu Hijo:
Juan, mi Madre os encomiendo.
Alli la Virgen Bendita
quedó fatigada, viendo
que Cristo se despedia
con termino tan resuelto;
y que decirle Muger,
dexando el nombre Materno
en las ultimas palabras,
y al despedirse del suelo,
fué tan grande su ternura,
su dolor, y sentimiento,
que es imposible del todo
el decirlo, ni entenderlo;
pues las fatigas que estaba
en el alma padeciendo,
se le juntaron á una
soledad y sentimiento.
Aqui contemplen las Almas,
que en otro Canto diremos
de las ansias con que Cristo
buscaba nuestro remedio.

*** *** ***
*** ***
***

CANTO LXXX.

Sentimientdo de la Virgen de los Dolores, y penas de Cristo.

ENtre las ansias mortales
que el Redentor padecia
estando en la Cruz pendiente,
y con la muerte à la vista,
desangradas ya las venas
del mucho humor que vertia,
por las cisuras que hicieron
azotes, clavos, y espinas:
era su calor tan grande,
que todas estas heridas
no le aplacaron el fuego
del amor que nos tenia.
Con la falta de la Sangre,
el Cuerpo sed padecia,
tan grande, que entre sus penas,
le daba ansiosa fatiga;
mas otra sintió mayor,
que en el Alma la tenia,
de remediar nuestras Almas,
por quien esto padecia.
Estando la suya Santa
inflamada, y encendida,
en el amoroso fuego
con que amaba, y en que ardia,
pronunció su Santa Boca
lo que el corazon sentia,
(que este instrumento descubre
lo que mas quiere, y lastima.)
Y dixo en voz levantada:
Sed tengo, y esta sed mia
es el dexar vuestras Almas
con mi Sangre redimidas:
lo qual oyeron atentos,
los Fariséos, y Escrivas,
y los Verdugos crueles,
que le quitaron la vida.
Tambien las Santas Mugeres,
que estaban en compañia
de la Virgen Soberana,
y del Santo Evangelista,
aquesta palabra oyeron,
que causó nueva mancilla
en sus tristes corazones,
que tan llagados tenian.
Pero la Sacra Doncella,
que tan atenta asistia
á su Hijo Soberano
al pie de la Cruz bendita,
y de qualquiera palabra,
que pronunciaba y decia,
tenia pendiente el Alma,
traspasada, y suspendida;
la sed que sintió su Hijo
de que quexadose habia,
le dió tan ansiosas penas
sobre las que padecia,
que su Alma trasportada,
y ya del todo rendida,
dexára difunto el cuerpo,
sino fuera socorrida;
mas como estaba amparada
de la Potencia infinita,
tuvo fuerzas para ser
tan resignada y sufrida.
Intentó darle, si huviese,
algun poco de agua fria,
si de su Divino Hijo
quisiese ser admitida.
Y bolviendose á la gente
que estaba compadecida,
á ver si para su intento
alguno se conmovia,
vió que en una caña gruesa
estaba atada, y asida
del campo una caña seca,

con

con los ganchos ácia arriba;
era de yerba de hysopo,
que aqueste nombre tenia,
y por ser yerba espinosa,
la pusieron con malicia,
y en ella puesta una esponja,
que ya mojada tenian
en vinagre (asi lo dice
el Sagrado Evangelista.)
Y vió tambien que llegaron,
mostrando piedad fingida,
dandole algunos encuentros
en sus Divinas Encías,
causando nuevo mormollo,
esta maldad nunca vista;
y en los mal intencionados
muy grande contento y risa,
cuyo malisimo hecho,
y traza descomedida,
dexó traspasada el Alma
de la Cordera Maria:
la qual puesta en la presencia
de la Magestad Divina,
en oracion elevada,
al Padre Eterno decia:
Señor, y Padre piadoso,
pues tu bondad infinita
se ha mostrado con los hombres
que la tienen ofendida
con tanta misericordia,
que á la costa tuya misma
mostrando piedad inmensa
satisface tu Justicia:
tenla ya por satisfecha;
y no quieras, ni permitas,
que el rigor pase adelante
contra Persona tan digna.
Tu propia Sustancia es,
y pues tu afecto se inclina
á consolar à las Almas,

dale consuelo à la mia.
Cesen los mal tratamientos;
porque la pena, y fatiga
de mi Dios, y de mi Hijo,
acabarán con la vida
de la Madre que le adora,
sus tormentos sin medida;
y el verlo menospreciado
es lo que mas me lastima.
O Hijo de mis entrañas!
suplicote que me digas,
si te quedan mas afrentas
de las que estan padecidas?
Estando en esto la Virgen,
habló el Celestial Mesias,
y dixo: Ya es acabado:
por palabras suyas mismas,
En oyendolas, quedó
la Purisima MARIA,
de ternura y sentimiento,
arrobada y suspendida.
Alli le fué revelado
como estaban ya cumplidas
en el Cordero Divino
las Sagradas Profecías:
que estaba ya satisfecho
el rigor de la Justicia,
y que estaba ya pagado
el rescate que se hacia.
Concluidose el contrato,
y ajustada la partida,
era lo demás que daba
el amor que nos tenia.
Ya estaba sobrado el oro
de las Soberanas Minas;
pues sobrepujó al rescate
lo demás que padecia.
Ya estaba dado el remedio,
y aplicada medicina
á la maliciosa llaga

 del

del pecado, y su avaricia.
Acabado estaba ya
y descubiertose habia
aquel Tesoro encubierto
de riquezas infinitas.
Ahora el Canto se acaba,
y ahora es bien que prosiga
lo demas de aquesta Historia
con el ayuda Divina.

CANTO LXXXI.

Mofa de los Judios á Cristo en la Cruz.

ERa ya del Viernes Santo
las tres horas de la tarde,
que rayando el Febo iba
los antipodas umbrales:
quando el fatigado Cristo,
de sus heridas mortales,
entre afrentosos tormentos,
que no se vieron mas grandes,
del amor que nos tenia
dió manifiestas señales,
y de lo que amaba à aquellos,
que procuraban matarle;
porque estaba elado y frio,
y las venas ya sin sangre,
y que rindiendose iba
la flaqueza de la Carne;
porque en quanto Hombre estaba
puesto en el ultimo trance:
sintiendo se suspendian
los espiritus vitales,
y que la naturaleza
la desamparaba el Padre,
para que tantos tormentos
no pasasen à delante;
los quales, aunque tan fuertes,
no mitigaron la hambre
que de padecer tenia
por el bien de los mortales,
porque su amor deseaba,
que los tormentos durasen,
y que las Almas tuviesen
mas cumplido su rescate,
Levantó su Rostro al Cielo
con alentado semblante,
y enmedio de su flaqueza,
descubriendo esfuerzo grande,
rindiendo el corazon suyo
á su Soberano Padre,
dió la quexa que tenia
de que lo desamparase.
Dixo en voz alta: Dios mio,
por qué me desamparaste?
Oyeronle los Gentiles,
y no entendiendo el lenguaje,
dixeron: A Elias llama,
para que venga à librarle.
Y conmoviendo corrillos,
haciendo burla y donayre,
por ver si à Elias nombraba,
ó porfiaba á llamarle.
Mas viendo que su silencio
era perdido, y en valde,
y que Cristo no hablaba,
aunque mas lo provocasen;
con palabras injuriosas,
con silvos, y con desayres,
hacian donayre y burla
de sus mismos disparates.
Mas la Reyna de los Cielos,
su Sacratisima Madre,
al pie de la Cruz estaba,
sin apartarse un instante,
viendo padecer al Hijo
con penas tan desiguales,
creyendo que por ser tantas,

le obligaban à quexarse,
tuvo en su Corazon Santo
un sentimiento tan grande,
que no es posible á la lengua
el poder significarle:
y como pendiente estaba
de oracion perseverante,
en la voluntad Divina
procuraba resignarse:
hizo fuerza porque fuesen
una las dos voluntades,
la del Padre Soberano,
y la suya en quanto Madre.
En este tiempo los Cielos
amagaban á turbarse,
y asi turbandose iba
el mas elevado Angel.
Tambien tomaron recelo
las Sobervias Potestades,
pues que ya sentido habian
las cabezas infernales:
y Belcebù, y Leviatan,
Corin, y sus semejantes,
en disputas que tenian,
procuraban consolarse:
y el humillado sobervio,
el Sabio mas ignorante,
que causó con su caida,
caidas innumerables:
el gran perdido Luzbél
hizo consulta, y alarde,
Belcebù, y Satanás,
y Consortes semejantes,
diciendo: Los que habeis sido
de mi vando miserable,
ya habeis visto lo que puedo
con el Mundo y con la Carne;
y bien visteis lo que hicimos,
porque no se executase
la muerte del Nazareno,
causador de nuestros males,
con quien mientras ha vivido,
he tenido muchos lances,
y he sido agraviado en todo,
sin jamás poder vengarme.
El solo entre los nacidos,
ha podido contrastarme,
sin poder yo defenderme
de los daños que me hace:
y desde que Dios lo puso
en el Vientre de su Madre,
parece que ha sido azote
de mi vivir arrogante;
y él solamente ha vencido
mi poder incontrastable,
pues me quita quanto quiere
sin poder de ello vengarme:
para lo que Dios le ha dado
quanto poder pudo darle.
El tiene virtud Divina,
pues que quanto quiere hace.
Desde que en Carne lo vide,
conocí que era impecable;
recelé que era el Mesias,
Hijo del Eterno Padre;
y aunque se ha disimulado
para poder engañarme,
yo muy bien lo he conocido
por semejas y señales.
Y siendo el que yo recelo,
qué fuerza será bastante
á hacerle resistencia,
si de mi quiere vengarse?
Y ahora en muriendo el Cuerpo
si el Alma al Limbo baxase
á libertar á los suyos
quien se le pondrà delante?
Con lo qual su poderío
tiene yá fuerte contraste,
por lo qual yo me recelo que

que tiene de aniquilarme.
Y si alguno de vosotros
tiene alguna traza, ó arte
para atajar este daño,
ó algun consejo que darme,
digan; aunque yo recelo,
que no hay consejo que baste,
Por lo qual ya desespero,
y rebiento de corage.
Respondióle un Angel malo,
á quien llamaban el Cause,
y el que capitaneaba
tres Legiones infernales,
diciendo: Rey poderoso,
no temas, ni te acobardes,
pues sabes que de justicia
deben todos adorarte;
y aunque es bien que de los tuyos
para tus consejos llames,
ese remedio que pides
yo solo me atrevo á darte;
pues yo con este Mesias
he podido mas que nadie;
y que tengo prenda suya,
y prenda de valor grande.
A Judas tengo à mi cargo,
que yo le hice ahorcarse,
y yo lo llevé al Infierno:
mira si es prenda bastante.
Y trazado tengo ahora,
con que poder dar alcance
à la duda que tenemos,
si el intento bien me sale;
que toda mi gente tengo
repartida en muchas partes,
guardando consejos mios,
que se los doy por instantes.
Antes que Cause maldito
pasara mas adelante,
quiso atajarle Asmodéo,
para detener su parte,
diciendo: Cause sobervio,
no quiero que te adelantes,
ni que aventajen tus hechos
á los hechos de otro Angel;
que no fué mucho el hacer,
que Judas desesperase,
pues siempre vivió sugeto
á las culpas y maldades.
Yo gané mejor victoria,
pues que con Pedro fui parte,
que negase à su Maestro,
y con mentira jurase;
y como pueda, he de hacer
que desespere y se mate;
y será mejor victoria,
que no la que tu ganaste.
Corin que callando estaba,
dixo, mostrando alterarse:
No es tiempo canalla fiera,
que lo gastémos en valde,
sino tomemos acuerdo
antes que el tiempo se pase,
pues los que están en las Cruces
han de morir esta tarde.
Y para dar yo consejo,
es mi parecer y arte,
rodear todo el Calvario
de Espiritus infernales:
y todos, si ser pudiese,
por qualquiera maña y arte,
buscarémos modo y traza
para desasosegarle.
Y si estuviese medroso
alguna pequeña parte,
no escapara de nosotros
el que ahora nos combate.
Lucifer tomó el consejo,
y mandó que se guardase;
y yo me voy à otro Canto,

mientras van à su viage.

CANTO LXXXII.

Del Testamento que hizo Cristo en la Cruz.

ESTando en la Cruz pendiente
el Divino Medianero,
ofreciendo por nosotros
el Sacrificio cruento.
Y viendo á su Eterno Padre
pagado ya y satisfecho;
porque alli se le ofrecia
la paga sobre alto precio,
quedando alli consumado
el antiguo Testamento,
y las Santas Profecias
del figurado Cordero,
despues de haber padecido
los afrentosos tormentos
para bien de nuestras Almas,
que Cristo tuvo en deseo:
estaba la costa hecha,
con un costo tan supremo,
que sobró de lo bastante
para franquear el Cielo;
siendo Testigos presentes
todos los quatro elementos,
con los hombres de la tierra,
y los Angeles del Cielo;
y las horrendas Legiones
de los Angeles sobervios,
que vieron esta escritura,
y Divino Otorgamiento,
dió la sentencia siguiente
el Divino Paracleto.
En Jerusalén la Santa,
en el Monte del Entierro,
llamado por otro nombre
Calvario de cuerpos muertos:
à veinte y cinco de Marzo,
del año del Nacimiento
del Redentor de las Almas
treinta y tres al mes tercero:
presente por una parte
la Justicia de los Cielos,
cuyo Derecho pretende
defender el Padre Eterno:
y de la otra presente
la Bondad, y amor inmenso,
que por la Misericordia
le obligaron á su Fuero:
y presente su Abogado
el Rey JESUS Nazareno:
para que lo escrito valga
ahora, y en todo tiempo:
guardando los Atributos,
Jurisdicion, y Derecho,
que no fueron renunciables,
por la presente, dixeron:
Que por quanto la Justicia
es atributo supremo,
conservado eternamente
en el Soberano pecho;
y que á la Justicia toca
cartigar qualquiera yerro:
tomando en justa balanza
satisfacion por entero,
y que por cinco mil años,
poco tiempo mas, ó menos,
ha que Adán y sus Consortes
en grandes culpas cayeron;
por lo qual, para las Almas
estaba cerrado el Cielo,
con que padecer tenian
irremediable destierro,
porque pecando los Padres,
quedaron hijos, y nietos,
pobres, y desheredados de

aquel mayorazgo eterno,
y porque la culpa tuvo
sacrilego atrevimiento,
por ser la malicia suya
contra Dios, Divino Objeto,
y por tanto haber quedado
sin caudal, y sin remedio,
para reparar su daño,
ni poder satisfacerlo:
quiso la Misericordia
dar un soberano medio,
para remediar al Hombre,
dexando à Dios satisfecho.
Y fue la Divina traza,
que tomando Carne el Verbo,
subió la naturaleza
á su soberano puesto,
adonde Dios quiso, y pudo
divinizar Alma, y Cuerpo,
levantando la criatura
à su Divino sugeto:
dando á la Carne de Cristo,
por ser suya, el mismo asiento,
que tiene su Sèr Divino
en su Tribunal Supremo.
Y siendo Carne Divina
con la que está padeciendo,
tiene por su Sèr Divino
Divinos merecimientos;
los quales debidamente,
por ser de valor inmenso
dá á la Divina Justicia
satisfacion por entero.
Y por Adan aplicados,
Adán, y sus Herederos
se quedan desde ahora libres
de su afligido destierro:
por cuya virtud Divina
han de tener desde luego
para salvarse los Hombres
el camino descubierto.
Saldran las Almas del Limbo;
pero no las del Infierno,
que final impenitencia
pierde el Celestial Derecho.
Tendran remedio las Almas
mientras están en los cuerpos,
con el merito Divino,
aplicado en Sacramento:
gozarán siendo Cristianos,
el fruto de estos Misterios.
Abriranse desde ahora
las Puertas del ancho Cielo,
donde gozarán dichosos
de los Tesoros eternos:
y de estos frutos Divinos
han de gozar con efecto,
los que siguieren á Cristo,
guardando sus Mandamientos;
y con estas condiciones,
estando todos de acuerdo,
à la Redencion del Mundo
se dió Soberano asiento.
Otorgólo la Justicia,
y en su nombre el Padre Eterno:
tambien la Misericordia
firmó su consentimiento;
viendo que ya no faltaba,
para que tuviese efecto
el Soberano Contrato,
sino era echar el Sello,
quiso echarlo, dando el Alma
el Divino Medianero.
Haviendolo ya firmado
con la Sangre de su Cuerpo,
y habiendo llegado al punto,
en que tuvo cumplimiento
el Remedio de los Hombres
y su Divino deseo,
dió la meritoria Vida en

en los brazos del Madero,
pronunciando: *In Manus tuas commendo Spiritum meum.*
Y porque la Muerte en Cristo
causa asombro, y pone miedo,
y altera á toda criatura
este presagio funesto,
diré en el Canto siguiente
el estraño sentimiento,
que el Cielo, y la tierra hizo
en la muerte de su Dueño.

CANTO LXXXIII.

Movimientos del Cielo, y la tierra en la Muerte de Cristo.

EL Hijo de Dios Humano,
segunda Persona Sacra
de la Trinidad Divina,
Dios en Esencia, y Sustancia:
el que por la bondad suya,
sin otra bastante causa,
levantó á su Sér Divino
la Naturaleza Humana.
El Hijo de quien fué Madre
MARIA Doncella Santa,
segun la Carne dichosa,
que tomó de sus Entrañas.
El que siendo Eterna Vida,
nació como Sol del Alva,
y en tierra à su Nacimiento
le Cantó el Cielo la gala.
El que en el Jordan dichoso,
quiso consagrar las aguas,
por darles en el Bautismo,
con el Bautismo la gracia.
El que hizo en Galiléa
convertir en vino el agua,
porque faltó en su presencia
donde no puede haber falta.
El que dió vista à los Cielos,
como a los Mudos la habla,
y resucitó los Muertos
por virtud de su palabra.
El que venció en el Desierto
à Lucifer en batalla,
y libertó à Endemoniados
de la furia de sus garras.
El que al oir solamente
la dulzura de su habla,
robaba los corazones
y enamoraba las Almas.
A quien todos los vivientes,
en mirandolo á la cara,
veneraban su Semblante
como de Persona Sacra.
El que juntando à dos Peces
cinco Panes de cebada,
dió à Millares de Personas
comida con abundancia.
El que à todos bien hacia,
el que bien aconsejaba;
aquel que por darlo todo
no tuvo en la tierra casa:
oy està muerto en el campo,
vayanle à mirar las Almas,
y vendràn de sus heridas,
heridas y lastimadas.
Veràn al Joven Sagrado
que à todos enamoraba,
bañado en sangre su Rostro
à manos de gente ingrata.
Terribles heridas tiene;
y lo que mas horror causa
es verlo muerto en un Palo
porque no tuvo otra cama.
Pies y manos tiene asidos
en rigorosas escarpias, que

que con heridas crueles,
su Santa Carne desgarran.
Tambien la Cabeza tiene
de espinas atravesada
con setenta y dos heridas
su Cerebro, y Sienes Santas,
bañado en la Sangre suya
su Cabeza, Cuello, y Barba,
desmelenado el cabello,
y las Mexillas hinchadas;
abofeteado el Rostro,
la Cutis tierna rasgada,
y de azotes, descubiertos
los huesos de sus Espaldas.
Lastimada de la soga
su bellisima Garganta,
y quebrantados los hombros
de llevar la Cruz pesada.
Descoyuntados los Miembros,
y la Boca ahieleada;
lastimadas las Encias
de crueles bofetadas;
de golpes labrado el Cuerpo,
las Rodillas lastimadas;
y desolladas las manos,
de haberlas tenido atadas;
tanto que de solo verlo
causa compasivas ansias;
y la crueldad que lo mira,
confusa queda, y parada.
Otros esconden la vista
por el temor que les causa
lastimados de haver visto
Persona tan lastimada.
Lloran con ternura aquellos
que tiernamente lo aman,
especial la Magdalena,
las dos Marias, y Marta.
El amado Juan lo llora,
con tal sentimiento, y ansia,
que al respirar suspendido,
pierde el aliento, y el habla.
Lloranlo los compasivos,
lloran las Mugeres Santas,
que á la Soberana Virgen
en su dolor acompañan;
porque es en la pena el llanto
quien desahoga las ansias,
y en lamentos, y suspiros,
los sentimientos se exhalan;
al fin, es algun consuelo;
mas la Virgen Sacrosanta
no lloraba, por no ser
en su dolor consolada.
Siente ver, que ya no siente
el Hijo de sus entrañas;
y lo que no siente el Hijo
ella lo siente en el Alma.
Estaba el Cielo, y la tierra,
una cosa tan estraña:
y con sentimiento infausto
su sentimiento declaran.
Enluta su faz hermosa
el Sol, y esconde su cara,
tambien con sombra la Luna
queda negra y enlutada.
Ocultaronse las luces,
que estàn en la Esfera octava,
y escondieronse los rayos
de las Estrellas mas altas.
Cubrió la Esfera del Fuego
el resplandor de sus llamas,
y sus naturales luces
se quedaron apagadas.
Salió el Ayre de su Esfera,
porque la miró turbada,
y trocando su Elemento,
quiso esconderse en el Agua.
Tembló de la dura Tierra
el centro en que està fixada, so-

sobresaltandose el Mundo
de verla sobresaltada;
porque estando en ella muerto
aquel que la sustentaba,
mostraba con sus temblores,
intercadencias, y faltas.
Trastornaronse los Montes,
amontonadas las Aguas,
y las piedras se cayeron
desde las cumbres mas altas.
Quebrantaronse las piedras
de los golpes que se daban,
que hasta las piedras sintieron
tambien, con ser insensatas.
Abrieronse los sepulcros,
y salieron como estaban,
muchos Cuerpos de los Santos
que finaron en la gracia.
Quedose en los minerales
á medio quaxar la plata;
y el oro, en color sanguineo
mudó su color dorada.
Humillaronse las Fieras,
abrieronse las Montañas,
trastornaronse los Montes,
temblaron las Vegas llanas;
huyó el agua de los Mares,
y descubriendo sus playas,
convirtió en confusos lagos
muchos Pueblos, y moradas.
Turbó la tierra en sus urnas
las hebras, que plateadas
vierten las perennes fuentes,
dando sangre en vez de agua.
Cayose de los frutales
la fruta medio quaxada,
y marchitaronse en ellos
las flores, ojas, y ramas.
Quedaron tambien sin lustre
las Riveras mas cercanas,
sin flores los prados verdes,
los arroyuelos sin gracia.
Las Aves, quando sintieron
la repentina mudanza,
andaban en los Poblados
dando encuentros y aletadas.
Los Ganados en los campos
sobresaltados bufaban,
y en las Playas los Pescados
andaban buscando el agua.
Temblaron en el Abismo
las infernales canallas;
y de nuevo recataron
sus cabernas encerradas.
Rasgóse el Velo del Templo,
y cayóse la Portada
que Salomon habia hecho
con maravillosa traza.
Temblaron los Firmamentos
del Cielo, y esto fué causa
de sentir quebranto, y miedo
todo quanto el Cielo abraza
quedando en tiniebla obscura
la tierra sobresaltada,
mientras los Cielos tuvieron
las Lumbreras apagadas.
Asombró aqueste portento
las Naciones mas estrañas,
y en todas partes quedaron
señales de esta borrasca;
pues oy se ven en la Europa,
en la America, y el Asia,
y en lo restante del Mundo,
señales ciertas, y claras.
Hay en el Monte Calvario,
adonde la Cruz estaba,
aberturas que descubren
muchas piedras quebrantadas.
Hay en la gran Palestina
grandes piedras elevadas,

sobre peñascos que fueron
de diferentes estancias.
Otros Montes encumbrados
hay en la menor Arabia,
con las peñas divididas,
y como desencaxadas.
Y en el Reyno de la China
hay en unas Sierras altas,
señales que manifiestan
de esta ruina la causa.
Hay otras muchas señales
en Africa, y en Italia.
Tambien vemos en los Montes,
y Sierras de nueva España,
muy semejantes señales,
que indican tambien la causa.
Y todas estas señales
que asombra considerarlas,
descubren lo que sintieron
al Redentor de las Almas
todas las cosas del Mundo,
en su Muerte tan amarga;
tanto, que fué providencia,
que aquel dia no acabáran
con nuestras vidas los Cielos
tomando justa venganza.
El Mundo estuvo en tinieblas
hasta salir la Luz clara,
el miedo dirá otro Canto,
porque el presente se acaba

CANTO LXXXIV.

Estando Cristo difunto en la Cruz.

PEndiente en la Cruz estaba
el Divino Redentor,
y difunto, que la vida
en los tormentos la dió.
El Alma del Cuerpo Santo
dividir pudo su Amor,
mostrando con este estremo
el estremo con que amó.
El Cuerpo quedó en la Cruz,
y el Alma al Limbo baxó
en Divino Sér, por ser
Cuerpo, y Alma de Hombre Dios;
porque como en el Divino
el Sèr Humano tomó,
y estas dos Naturalezas
hicieron Divina union:
Dios unido en Cuerpo, y Alma
en cada qual de las dos
la Divinidad estaba
porque nunca se apartó.
Estaba el Mundo en silencio,
lleno de miedo, y temblor,
tambien todos los vivientes
con muy grande alteracion;
que no sabian si el Cielo
pedia ayuda, y favor,
ó si quedarse rendidos
à la desesperacion,
Caidos en tierra estaban,
y su dura obstinacion,
aunque vieron el portento,
no por esto se ablandó;
mas otros muchos de aquellos
de la Judayca nacion,
y muchos de los Soldados,
á quien Pilatos mandó, vi-

viendo tan grandes señales
en la Luna y en el Sol,
y que habia en Cielo, y tierra
tan gran demostracion:
y que ya notado habian,
con muy grande admiracion,
la mansedumbre de Cristo,
y los milagros que obró,
y la paciencia que tuvo
con tanto esfuerzo, y valor,
enmedio de sus afrentas,
y cruelisima Pasion,
daban golpes en los pechos;
confesando en alta voz,
por verdadero Mesias
a Cristo nuestro Señor.
El Centurion, y los suyos,
dixeron con gran dolor:
Este Hombre muerto, era
verdadero Hijo de Dios.
Y los Letrados, y Escribas,
en medio de su temor,
oyendo aquesto, quedaban
en muy grande alteracion.
Otros Gentiles tenian
engañosa aprehension,
y á sus Dioses invocaban,
entre la pena, y temblor.
El Ladron que vivo estaba,
entre su mortal pavor,
viendo que el Cielo hacia
tan grande demostracion,
tuvo muy terrible miedo,
porque afligido pensó
que estaba ya su alma en penas,
en cavernosa region;
mas como le despertaba
de su tormento el dolor,
y el caso reconocia
entre el miedo y turbacion,
creyó bien estaba vivo,
y viendo su damnacion,
Gestas el Ladron malvado,
deseando ser peor,
se quexaba de sí mismo,
con gran desesperacion,
maldiciendo su desdicha,
y el Padre que lo engendró,
y las cosas que le dieron
el sér, y conservacion:
y aunque por estar presentes
San Juan, la Virgen, y Dios,
alli le dieron auxilios;
mas él no los admitió,
porque estaba endurecido
en su misma obstinacion,
y pudieron convertirlo
las palabras que le oyó
à Dimas su Compañero,
quando alli se convirtió.
Quedó el Calvario, y la tierra
como refiriendo boy,
haciendo en extremos tristes,
las exequias al Señor,
por ser obra de sus manos
gala de su aplicacion,
accidental Gloria suya,
compendio en que se esmeró,
atributo á su poder,
rasgo de su perfeccion,
maravilla de su ciencia,
y objeto de su atencion,
que yo, concluyendo el Canto
cuidadosamente boy
á ver los Reclutas Santos
de la Celestial Sion.

*** *** ***
*** ***

CAN-

CANTO LXXXV.

Alegria de los Santos Padres en el Limbo al ver à Cristo.

EN tanto que el Mundo estaba
lleno de confuso miedo,
con sobresaltos de muerte,
por sus delitos sangrientos.
Y en tanto que el Cuerpo Santo
del Soberano Maestro
colgado, y pendiente estaba
de aquel Sagrado madero,
ya sin vida en quanto Hombre,
que para nuestro remedio,
la quiso dar, trabajando,
hasta ser vendido, y muerto,
estaba el Alma Divina
del Sagrado Medianero,
dando á los del Limbo Santo
el gozo de su deseo;
donde la firme esperanza
hizo presa firme, viendo
llegar por su buena suerte
el dia de su contento,
cumplidas las Profecias
de tan prolongado tiempo,
que quanto mas dilatadas,
mayor el gusto y contento.
Y todos quantos pesares
pueden dar buenos sucesos,
y quanto contento cabe
en humano entendimiento,
no puede ser comparado
al que las Almas tuvieron,
viendo al Verbo Soberano
en su cavernoso Seno,
descubriendo el Señorío
de su poderoso Reyno,
y cercado de millares
de Serafines del Cielo.
Alli fué la Luz Divina,
con la del Sol verdadero.
Alli se vieron cumplidos
Divinos prometimientos,
alli fueron los abrazos,
y los parabienes fueron,
las Divinas alabanzas,
las musicas, y contento:
alli fué el *Te Deum laudamus,*
te Dominum confitemur:
las Antifonas dichosas,
las Citoras, y Salterios:
alli de los Santos Padres
los alborozos, y feudos,
alegres enhorabuenas,
dulces agradecimientos:
alli la Musica Santa,
con Divinos instrumentos
y alabanzas entonadas
de *Gloria in Excelsis Deo:*
alli la dulce armonía
de los Soberanos Versos,
Alleluyas, y Motetes
de gloriosos vencimientos:
alli con gozo los Santos,
vieron del trabajo el premio.
Y para que el Alma goce
de este bien de bienes lleno,
que comunicar se dexa,
considerandolo atento:
para mirar de los Santos
sus enternecidos pechos,
y del Verbo Soberano
su dulce razonamiento,
quiero dexar este Canto
en acordado silencio,
cuyo dichoso discurso
en otro iré prosiguiendo.

CAN-

CANTO LXXXVI.

Descripcion del Limbo, del Purgatorio, y del Infierno.

EN el centro de la tierra
hay un cabernoso sitio,
con quatro profundos Senos,
apartados, y distintos.
Es el uno el Limbo Santo,
adonde los Escogidos
en deposito estuvieron,
por muy prolongados siglos:
adonde tambien estaban
Innocentes circuncisos,
y los yà del Purgatorio
libres, purgados, y limpios.
Hay otra profunda Estancia
en este lobrego Abysmo,
en tinieblas espantoso,
y en duracion infinito.
Esta, pues, Caberna oscura,
que llaman tambien el Limbo,
es un Deposito eterno
de los Innocentes Niños,
que el Original pecado
es quien los tiene cautivos;
porque salieron del Mundo
sin el Agua del Bautismo:
y por ser culpa heredada
de los Padres à los Hijos,
tiene la pena de daño;
pero no la de sentido.
Hay otro Seno espantoso,
en el cabernoso sitio,
que tambien està inmediato
á los que se han referido:
es este un profundo Lago,
en horrendo, y triste sitio,
con instrumentos crueles,
para castigar delitos,
donde las Almas padecen,
en cruel fuego encendido,
las determinadas penas
de pecados cometidos.
Es aqueste el Purgatorio;
aunque Dios como infinito,
suele darlo en otras partes,
por sus muy secretos juicios.
Mas esta Carcel Real
es el lugar elegido
de donde se escapan pocos
de los que no son precitos.
Hay otro Seno espantoso,
mayor y mas escondido,
lleno de terror, y asombro,
y de temeroso ruido:
tiene abysmos, y cabernas,
y calabozos distintos,
y otros tristes aposentos,
entre huecos, y macizos.
Tiene crudisimo fuego,
con temeroso artificio,
en una tiniebla oscura,
que el fuego tiene embebido,
con que abrasa, y nada alumbra,
porque Dios le quita el viso,
para castigo de aquellos,
que en tinieblas han vivido.
Tiene lagos temerosos,
hondos, oscuros, y frios,
adonde cartigar suele
à los helados, y tibios,
Pozos infernales tiene,
de brevages corrompidos,
que con su mal olor causan
del olfato cruel fastidio.
Agua corrompida y negra,
en lugar tan afligido,
que al mismo Demonio asombra

este temeroso ruido.
Potros de infernales puntas
de hierro muy encendido,
y atormentadoras penas
para todos los sentidos.
Cerca de un abysmo horrendo
está un Seno sumergido,
lleno de perdidas Almas,
y Luciferes perdidos.
Hizo Dios en aquel Seno
estos llenos y vacios,
para aprisionar los cuellos
de los sobervios y altivos;
que como el primer pecado
fué en el Cielo cometido
por Lucifer, y los suyos,
sobervios Luciferinos,
no puede el Cielo tenerlos,
que es Palacio puro y limpio,
y se quedó limpio y puro,
habiendolos expelido,
quedando en el claro Cielo
Angeles reconocidos,
que reconocer supieron
al que de nada los hizo:
habiendo ya desterrado
à los ingratos y esquivos,
que por su sobervia fueron
para el Infierno prescitos:
de los quales aunque todos
fueron en culpa caidos,
no todos fueron iguales
en la malicia, y castigo.
Fueron los que mas pecaron
lanzados en el Abysmo,
donde encerrados quedaron,
sin jamàs haber salido.
Otros estan en la Tierra,
porque les fuè permitido
habitar entre nosotros
hasta el dia del Juicio.
Otros en el Ayre asisten,
porque Dios asi lo quiso,
que aquesta Region sirviese
de sus prisiones, y grillos,
los que estan en el Infierno
sirven de fieros Ministros,
para castigar las Almas,
que merecen tal castigo.
Suelen mover los del Ayre
tormentas, y torbellinos,
y espantosas tempestades,
quando les es permitido.
Son tambien los de la Tierra
tentadores enemigos
de los hombres, por la invidia
de que fueron redimidos.
Todas aquestas Legiones
de espiritus vengativos,
por la invidia que nos tienen,
nos tienen aborrecidos.
Entre todos se conforman
para estorvar los caminos
de la salvacion eterna
à los hombres prevenidos,
que como perdieron ellos
la Gloria del Cielo Empyreo,
y ven que para gozarla
criados nosotros fuimos,
tienen invidia rabiosa;
y esta es la causa y motivo,
que contra nosotros bramen,
y procuren destruirnos.
Y aunque estan unos y otros,
odiosos y divididos,
porque caridad no tienen,
que es la que pudiera unirlos,
estan para nuestro daño
conformes, y convenidos,
sin perdonar diligencia, pa-

para hacernos mil perjuicios.
Aquestos quatro Aposentos,
que tiene el Mundo escondidos
en sus profundas entrañas,
espantoso, y triste Silo,
y los que llaman Infiernos,
que en el Credo referimos,
adonde estaban las Almas,
descendió el Alma de Cristo.
Alli estuvo visitando
los Santos Padres antiguos,
dando, y recibiendo abrazos
de venturosos amigos
de los quales eran tantos,
que á estár en sus cuerpos vivos,
una gran parte del Mundo
les fuera pequeño sitio.
Tambien á Cristo asistian
millares de Paraninfos
venerandolo, dispuestos
à su Celestial servicio.
Hacia en el Limbo el Rey
Soberano Paraiso,
descubriendo el valor grande
de sus meritos Divinos.
No cabian de contento,
alegria, y regocijo,
los Angeles, y los hombres,
de ver á JESUS Bendito.
Viendo las dichosas Almas,
que tenian ya consigo
al que tanto tiempo habia,
que les era prometido:
que su Rey los visitaba
franco, poderoso, y rico,
y que ya con su presencia,
à su Soberano abrigo,
estaban libres los Presos,
rescatados los Cautivos:
con Canticos de alabanzas,
y pechos enternecidos,
daban todos bendiciones
à quien tanto bien les hizo.
Tambien los Angeles viendo
tan admirable prodigio,
ayudaban à las Almas
à sus Celestiales Hymnos.
Las Almas del Purgatorio,
habiendo el caso sentido,
y que cercanos estaban
de su Redentor Divino,
misericordia pedian,
aunque estaban convencidos
pagando en las penas, culpas
remitidas en el juicio,
con empachosa esperanza
temiendo ser atrevidos,
pidieron al Verbo Eterno
de su pena algun alivio.
El Redentor Soberano,
que tan clemente, y benigno
se mostraba para todos
los que estaban redimidos,
quiso hacerles mesa franca
de su Tesoro infinito,
satisfaciendo en Justicia
con sus meritos Divinos,
y aplicando Indulgencias,
habiendolas concedido,
con que los del Purgatorio
quedaron ya redimidos,
mandando se publicase,
y los Angeles benditos
llevaron alegres nuevas
al Purgatorio afligido,
adonde en el mismo punto
cesó el rigor del castigo,
quedando el fuego, y tormentos
parados, y suspendidos.
Y habiendo las Almas Santas ya

ya de sus penas salido,
oyeron el Alleluya
de los Angeles Divinos:
y para entrar á las Bodas,
fueron vestidos de limpio,
porque todos se vistieron
albas de amor encendidos.
Dióseles licencia, y luego
vieron abierto el camino,
por donde à gozar entraron
de la presencia de Cristo.
Alli la humilde Prosapia,
Ganado reconocido,
unida al Santo Rebaño
de aquel Soberano Aprisco,
empezó á lograr los pastos
de aquellos Campos benditos,
que tanto tiempo estuvieron
como Tesoro escondido,
con tal regocijo, y gozo,
y con placer tan Divino,
que decirlo, ni entenderlo,
no cabe en mortal sentido.
Y mientras gozan las Almas
de este franco Parayso,
adonde sin tiempo pueden
pasar infinitos siglos,
me boy a ver lo que hacen
los Espiritus malignos,
que llenos de miedo, tienen
su daño reconocido.

CANTO LXXXVII.

Confusion de los Demonios en la Muerte de Cristo.

LOs hijos de la sobervia,
discipulos de la invidia,
el colmo de la desgracia,
y el centro de la mentira:
la canalla desterrada
de aquella Patria Divina,
en esta ocasion estaba
tan turbada, y afligida,
con tal espanto, y asombro,
temor, pena, y agonía,
que hablar, de susto, y espanto,
no osaban, ni se atrevian,
viendo burlado su intento,
y su sobervia rendida.
Las Quadrillas infernales,
que estan en la Region fria,
donde se condensa el ayre,
y el Cielo muestra su ira,
con los que habitan la tierra,
con miserables Quadrillas,
procuraban conocerlo
con el miedo que sentian.
Y los Espiritus malos,
que no hablan, ni comunican
con las huestes del Infierno,
y entre nosotros habitan,
que son tentadores nuestros
à quien les fué permitida
la luchadora batalla
con los que el Cielo conquistan.
Y los que llevan las Almas
à las infernales Cimas
quando de esta vida salen
de el apetito vencidas,
tambien con asombro grande,
y ansiosa melancolia,
buscaban donde esconderse,
como faccion ya rendida;
y todo esto causaba
ver por el ayre esparcidas
de Espiritus Celestiales
Soberanas Gerarquias.
Y como el Rey ya triunfante,

y verdadero Mesias,
hizo à las Almas del Limbo
tan admirable visita.
Los Cortesanos del Cielo
baxado à la tierra habian,
venerando el Lugar Santo,
donde su Rey asistia,
y como el Mundo feliz
tuvo tan dichoso dia,
como el que tuvo alojada
Angelica comitiva,
y en sus tierras hospedó
la ilustre Caballería,
Vasallos de Cristo humildes
y Grandes que con él privan.
Y las Canallas sobervias
tienen tan rabiosa ira
contra todos los que gozan
de las mercedes Divinas,
que con su gran sentimiento,
rabia, y afrentosa invidia,
deseáran acabarse,
si mortal fuera su vida.
Pero lo que mas sintieron
toda la Furia afligida,
cercada por todas partes
de tristeza, y cobardia
ver las puertas infernales
quebrantadas, y caidas,
humillado el Omenage,
la fortaleza vencida,
las fuerzas en que estrivaba
quebrantadas, destruidas.
Con el robado despojo
de su infernal Monarquía
daba la Canalla fiera,
blasfemando de sí misma,
bramidos, y maldiciones,
con su presuncion altiva;
y las desdichadas almas,

que por sus culpas tenian
las prisiones, y las penas,
y la infernal compañia,
viendo que para su daño
el remedio no venia
en la Redencion del Mundo,
de que tuvieron noticia;
y que las Almas del Limbo
gozaban de claro dia,
que les era prometido
en las Santas Profecias:
y que ya estaban con ellas
su Redentor, y Mesias,
que ya los del Purgatorio
de penas salido habian,
y que el remedio quedaba
à los que en la mortal vida
quisieran aprovecharse
de la su Sangre vertida;
que su inexorable suerte
fué desdichada, y mezquina,
tal, que gozar no pudieron
de ser Almas redimidas;
era su dolor tan grande,
y su pena tan crecida,
que es imposible del todo,
el pintarla, ni decirla:
dando Lucifer bramidos,
viendo que ya no tenia
en las Almas, y en el Mundo,
el poder que antes tenia:
corridos los Capitanes,
á quien fueron cometidas
diligencias contra el Dueño,
que les causó tal ruina,
rebentaban de corage,
viendo su grande caida,
y todo confusion era
ahullidos, y griterías;
y las desdichadas Almas,

re-

rematadas, y perdidas.
En medio de estas tristezas,
y desesparadas iras,
hizo Lucifer cabildo,
y su infernal compañia,
y habiendolos prevenido,
dixo: Canalla maldita,
bien sabeis que todos fuimos
soberanas Gerarquías.
y de potestad tan grande,
aunque ahora nos la quita,
con su poder infinito,
este Hijo de MARIA,
no me acobardo del todo,
pues solo fuerza infinita
y potestad Soberana
pudo acobardar la mia:
que con eso se descubre
deberseme de justicia
ser de todos adorado,
como yo lo pretendia.
En habiendo dicho esto,
se movió algazara, y cisma
de muchos Demonios juntos,
que todos hablar querian.
Mandó Lucifer callasen,
y que solo hablase Chispa,
un Demonio, que en estatua
fué adorado muchos dias:
el qual con demostraciones
de todo punto afligidas,
haciendo callar á todos;
de esta suerte les decia:
En el Mundo fuy adorado
de mucha gente perdida,
que mis consejos tomaban,
y por verdad los tenian.
Traxe con mis embelecos
muchas almas divertidas,
haciendo que me adorasen,
y creyesen mis mentiras.
Tuve posesion del Mundo,
y otros de mi compañia,
que oyendome están atentos,
y tienen las fuerzas mias.
Yo tuve siempre sujetas
las Magestades altivas,
y los Imperios del Mundo
à mi mando se rendian;
y este mndo poderoso,
que yo en el Mundo tenia
se me quitó de repente,
con potestad mas crecida;
porque en el punto que Cristo
dió en el Calvario la vida,
los Idolos se cayeron,
donde yo asistido habia;
que como toda la tierra
quedó tan estremecida
hizo en los Idolos nuestros
el mayor daño, y ruina;
y lo que mas siento en eso
es la fuerza que nos quitan,
porque borrarán del Mundo
la engañosa idolatría:
Y este Cristo que descubre
de las Almas tanta estima,
que en la Cruz quiso ponerse
para darles medicina,
es claro que haya de darles
el favor, y cortesía,
que estos mismos le pidieren,
y merecieren sus vidas.
No tenemos que aguardarle,
sino es pongamos la mira
en quitarle algunas Almas
de las que estan reducidas.
Contra Chispas dixo Cauce:
O canalla fementida,
que en los lances importantes tie-

tiene mayor cobardía!
No te turbes de esa suerte,
ni te acobardes, ni rindas,
que para nuevas batallas
tengo nuevas inventivas.
Corin le dixo alterado:
Dime, Cause, qué te admiras
de la turbacion de aquestos
y en qué tu sobervia estriva?
Qué hazañas tienes, qué hechos
en contra de este Mesias?
Qué empresas tienes ganadas
contra el Hijo de MARIA?
Asmodéo, que callaba,
y ya sufrir no podia
tan desatados dislates,
y palabras tan perdidas,
habló á Lucifer bramando,
con furia tan repentina,
como quando se dispara
un tiro de artillería,
diciendo: Príncipe nuestro,
no consientas, ni permitas
el tratar en tu presencia
las cosas que te aniquilan;
sino toma mi consejo,
porque tengo apercebida
una traza con que buelvas
á cobrar tu Monarquía.
Estando diciendo esto,
una nueva maravilla
les dió mucho sobresalto
sobre los que ya tenian
que les dixeron que Cristo
con su Santa Compañia,
de Espíritus Celestiales,
y de las Almas Benditas,
en Procesion soberana,
del Limbo Santo salian,
y los que la nueva dieron
no supieron donde iban.
Asombróse la Canalla,
retiróse la Quadrilla,
y escondieronse temblando,
porque cada qual tenia
el mismo miedo que otro,
con las cosas que veian.
Ahora este Canto se acaba:
ó quien tuviera la dicha
de poder acompañar
esta Procesion Divina!

CANTO LXXXVIII.

Salen los Santos Padres de el Limbo, y pasan al Parayso.

HAbiendo Cristo asistido
algunas horas despacio,
celebrando alegres bodas
en el Limbo de los Santos,
vencido el dañado esfuerzo
de los Espíritus malos,
con la delicada Carne,
y la flaqueza del barro:
por cuyo Divino medio
quedó el Cielo franqueado,
fuerte la humana flaqueza,
los enemigos atados,
y los Divinos socorros,
que son los auxilios santos,
con que, obrando bien, tenemos
el bien de poder salvarnos,
dados con amor Divino,
porque fueron bienes dados
de gracia, y graciosamente,
con Divina, y franca mano.
Y estando ya los del Limbo
sumamente consolados,
libres los del Purgatorio con

con beneficios tan altos,
al son de dulces Motetes,
y de Soberanos Cantos,
mandó Cristo que saliesen
los Cautivos libertados.
Al tiempo que esto se obraba,
los Angeles ordenaron
una Procesion dichosa
de aquellos benditos Santos,
y todo el Celeste Coro
de Querubines alados,
Vasallos del Rey Divino,
y Divinos Cortesanos,
llevando alegres insignias
de los victoriosos casos,
con que el Vencedor Divino
dió la libertad à tantos:
y con galas que mostraban
regocijos soberados,
y Canticos victoriosos,
los iban acompañando.
Tal fué el acompañamiento,
la musica, y aparato,
con que los Padres salieron
de aquel Seno Soberano,
que se alegraron los Cielos,
y todo quanto ay criado;
y de la grande alegria
con que se fué celebrando
salir las Almas del Limbo
con su Redentor Sagrado,
resultó á los del Infierno
tan grande pena, y quebranto,
que tomaron nuevas penas
de temor, y sobresalto,
y en aquel lugar se oyeron
ahullidos desesperados,
que con airado semblante
daban los Angeles malos,
y con pena aborrecian
todo quanto trabajaron
en las prisiones de Cristo,
de donde les vino el daño,
quexandose de sus hechos,
y consejos mal trazados;
y del miedo, y cobardia
del Presidente Pilatos.
Desesperabanse, viendo
los Infiernos despojados,
y su grande poderio
perdido y aniquilado;
y las desdichadas Almas
que salieron en pecado
de este miserable Mundo
á los infernales lagos,
á buelta de este ruido,
con sus quexas ayudaron,
dando por su estado triste,
gemidos desesperados;
y quedando de esta suerte
los Angeles desdichados,
y las referidas Almas,
en la prision del pecado.
Cristo con todos los suyos,
en un punto se hallaron
gozando dichosamente
la amenidad de los Prados,
adonde el buen Pastor quiso
apacentar su Ganado:
Sitio tan hermoso, y bello,
tan agradable, y tan claro,
tan ameno, y deleytoso,
tan alegre, y tan lozano,
que Adán, con haberlo visto,
quedó de nuevo admirado.
Admirabanse sus hijos,
á quien él habia contado
los bienes del Paraiso,
de que ya estaba gozando.
Gozaban la alegre vista de

de aquellos frondosos Campos,
llenos de gozo, y dulzura,
y consuelo soberano,
donde los antiguos Padres,
y los Patriarcas Santos,
los Martires Macabeos,
y Profetas consagrados,
todos estaban de fiesta,
gozando de los descansos,
que Cristo ganado habia
con sus Divinos Trabajos.
Alli el Musico Profeta,
Rey humilde, y trabajado,
y el otro à quien los Leones
temieron, y respetaron,
y el que asido de un cabello,
fué por un Angel llevado
à dar socorro al Profeta
que estaba en Dios confiado,
el Discipulo dichoso,
el Profeta arrebatado,
en la Carroza de fuego,
por ser brasa de amor Santo.
El Profeta enternecido,
y el Profeta, que encerrado
por inobediente, estuvo
en el vientre de un Pescado.
El obediente, que tuvo
alzado el cuello, y el brazo,
para hacer de su Hijo
Sacrificio, y Holocausto.
El venturoso Mancebo,
que el Soberano Mandato
obedeció humildemente,
de manos, y pies atado.
Ana Madre de MARIA,
Joaquin Padre regalado,
y Josef querido Esposo
de la Virgen nuestro amparo.
El Precursor venturoso,
el Profeta Bautizado,
descabezado por Cristo,
y Predicador descalzo.
Y el numero innumerable
de los Patriarcas Santos,
de Martires innocentes,
y de Justos sin pecado.
Y otros muchos Pecadores,
corregidos, y enmendados,
que al Limbo, del Purgatorio
pasaron acrisolados:
todos, con causa tan justa,
del todo regocijados,
con Cristo, y unos con otros,
se estaban comunicando:
donde con sumo consuelo,
y Celestiales descansos,
celebraban las victorias
de aquello que trabajaron.
Alli se vió rico el Pobre,
y el humilde levantado,
consolada la tristeza,
y alegres los que lloraron,
vuelto en grande regocijo
el rigor de los Tiranos,
y con Divinas insignias
los miembros atormentados;
en soberano consuelo
vuelto el trabajo pasado:
los maltratados por Cristo
temidos, y respetados.
Honra, dulzura consuelo,
alegrias, y descansos,
amorosas bendiciones,
parabienes soberanos,
tuvieron las Almas Santas
en aquel dichoso paso,
por el instante Divino,
que comprehende los años.
Y mientras ellos se gozan, nos

nos iremos por un rato
à mirar la Ciudad Santa,
y el Santo Monte Calvario,
donde el misterioso Cielo,
dando vista al Pueblo ingrato
hizo patente à los ojos,
aquel horrendo fracaso.

CANTO LXXXIX.

Señales que se vieron despues del terremoto que huvo en la muerte de Cristo.

TRes horas habia pasado
el Mundo en tiniebla oscura,
y en la mansedumbre triste
el Cielo, el Sol, y la Luna,
con el grande sentimiento
que hicieron las criaturas
en la muerte del Cordero,
causada de agenas culpas,
quando de repente vieron,
la Luz, que los dexó á oscuras,
y que yá el Cielo mostraba
descubrir sus hermosuras,
con cuyo consuelo grande
se alentó su gente injusta
tornando à tomar esfuerzo
aquella gente confusa
al paso que el Cielo iba
dando las riquezas suyas
à la conturbada Tierra,
llena de pena y angustia,
suspendieronse los llantos
con que la afligida turba
se lamentaba llorando,
su tristeza y amargura.
Salió el Sol, y todos viendo,
que con Luz templada y turbia
descubria sentimientos,
en su Celestial figura;
que mientras el Mundo tuvo
la Santa Carne desnuda
del Señor, que dando estaba
el sèr á toda Criatura,
no pudo su Rostro hermoso,
descubrir las Alleluyas,
con que fuera de este caso,
todo lo alegra, y alumbra:
Mas habiendo despedido
la tiniebla, y noche oscura,
con que todo el Universo
estuvo sin Luz alguna,
tomaba esforzado aliento
la muchedumbre confusa,
por quien ya pasado habia
tal tempestad, y fortuna,
tomaba de nuevo esfuerzo
toda suerte de Criatura;
y entre los Hombres andaban
las avecillas nocturnas.
Tomó sus armas la gente,
y con temores la turba
tornando á tratar del caso,
entre medrosas consultas,
vieron á la Luz del dia
de la tierra las honduras,
y quebrantados peñascos
caidos de sus alturas,
abiertos muchos sepulcros,
y sin personas difuntas,
que el fracaso triste habia
robado las sepulturas;
y en las temerosas cumbres,
muchas bocas y roturas,
el castigo amenazando
de aquella Justicia injusta:
caydos los Edificios,
los piramides, y agujas de

de los chapiteles altos,
y fuertes Arquitecturas:
y la Portada del Templo
cuya fabrica fuè hechura
de aquella Sabiduria
que jamàs tuvo segunda,
ya quebrantada, y por tierra
sin que sus fuertes columnas
à resistir fueran parte
de los temblores la furia:
por tierra estaban las piedras,
que fueron de immensa hechura,
con sus labores Mosaycas
alquitrabes y molduras,
y tambien del Templo Santo
los Arcos, naves, y juntas,
desencaxadas, y abiertas
sin haber fuerza segura.
Hendidas las fuertes Torres,
quebradas las puertas duras,
torcidas y desplomadas
las Capillas y tribunas;
y aquel consagrado velo,
cuya grandeza y hechura,
cuyo valor y riqueza,
no tuvo cuento ni suma:
rasgado de arriba abajo;
con tan estraña rotura,
que el Cielo en él descubria
sentimiento de su injuria.
Los Ladrones de las Cruces,
entre mortales angustias,
daban quexas diferentes
contra la vida importuna.
Gestas blasfemando estaba
de su vida sin ventura,
sin olvidar paso de ella
desde que estuvo en la cuna.
Y el buen Ladron que no tuvo
mas las mexillas enjutas,

desde que conoció en Cristo
el remedio de sus culpas:
con la fuerza que le daba
aquella Luz clara y pura,
y con el calor ferviente
de aquella prenda ya suya,
que Cristo dadole habia
en tan grande coyuntura,
en la forma que podia
daba doctrina segura
à muchos que lo escuchaban
haciendo del caso burla.
Diciendo: que Jesu-Cristo
es Persona Santa y Justa,
y que el Cielo descubria
haberle muerto sin culpa,
y que sin duda tenia
poder en las criaturas,
donde la naturaleza
no tiene humanas industrias:
que era Rey alla en el Cielo,
donde la Potencia Suma
sobre la vida y la muerte,
era su poder sin duda;
que sin duda morir quiso,
y que fué voluntad suya,
pues no quiso en su defensa
mostrar descargo ni escusa:
Y que misterio seria
morir Persona tan Justa,
en las manos de los hombres
muerte tan acerva, y dura.
Lleno de fervor el pecho,
y con voz clara y robusta
el buen Ladron pronunciaba
estas cosas y otras muchas.
Los Satrapas lo escuchaban
Caballeros en sus mulas,
y los Letrados y Ancianos
llenos de pena y angustia;

mas no por eso enfrenaron
la desenfrenada furia
de sus maliciosos pechos,
y de sus entrañas duras;
antes de nuevo incitados
para provocar la chusma,
contra quien hablaba el Pueblo
disparates, y locuras,
y decir tales sentencias
tan levantadas y agudas
un Ladron en un madero
delante del Pueblo y turba,
era muerte para ellos,
y asi buscaron industria,
para levantar mormollo
haciendolo todo bulla,
y para mejor hacerlo,
hablaban todos à una.
En aqueste tiempo estaba
gente innumerable junta,
tanto que estaban estrechos
de aquel Campo las anchuras,
y promovidos hacian
tropeles, y barahundas,
con empellones y aprietos
gritería y estrechura.
Daban palmadas y voces
ya la gente bagamunda,
otros el pecho tenian
llenos de pena y ternura,
unos hablaban de veras,
otros hablaban de burla,
otros se dieron al miedo
sin hacer defensa alguna,
unos de Cristo decian,
es Dueño de las criaturas,
pues en su muerte hicieron
sentimiento todas juntas,
otros que no era posible
ponerse en tal estrechura,
y padecer muerte amarga
el Señor de las alturas.
Tan grande mormollo habia
de respuestas, y preguntas,
de disparatados dichos,
y de razones confusas:
como quando un caso grande,
otro amenaza, y barrunta,
pues los venideros males
siempre se temen en duda.
Y porque el Canto se acaba,
con la Soberana ayuda,
en otro Canto dirémos
cosas de grande ternura.

CANTO XC.

Refiere Pilatos à su muger la turbacion de haber sentenciado á Cristo.

EL gran Presidente estaba
con sobresaltado pecho,
de escrupulos afligido,
temor, y remordimiento,
y en estremo arrepentido
de haber consentido y hecho,
lo que pedidole habian
los de aquel Judayco Pueblo;
porque claro conocia
ser un delito tremendo,
y que la invidia habia sido
su motivo y fundamento,
y de ver que dado habia
la sentencia que pidieron
los Fariséos y Escribas,
contra Soberano Dueño:
fué tan grande la congoxa,
temor y desasosiego,
que reportar no podia su

su corazon en el pecho:
y asi pensativo, y triste,
desabrido, y mal dispuesto
se estuvo todo aquel dia
sin salir de su aposento;
mas quando sintió la tierra
que con tanto detrimento
se movia y zozobraba
con alborotado estruendo:
y que los Astros Celestes
hecho habian sentimiento,
escondiendose las luces,
y enlutandose los Cielos,
creyó que llegado habia
su fin misero y estrecho,
y que el curso se acababa
de los vivientes terrenos:
y como no conocia
de Dios el divino intento
del Mysterio Soberano
donde estaba su remedio,
idolatrando à sus Dioses,
pedia favor y esfuerzo,
para padecer la muerte,
que ya la estaba temiendo;
y todo el tiempo que estuvo
la tierra y los Elementos
cargados de negro luto
por la muerte del Inmenso,
tuvo la muerte tragada,
y acusado de su yerro,
sin esperanza de vida
ya se imaginaba muerto.
Y habiendo estado tres horas
en este mortal estremo,
en que su mala conciencia
lo tuvo un poco perplexo,
tornó á cobrar esperanza
de su amable vida, viendo
ya sin temores la tierra,
y desenlutado el Cielo:
y habiendose ya pasado
el rigoroso portento,
que con asombro y quebranto
sintió todo el Universo
pasó al quarto donde estaba
su muger, cuyo consejo
le pesó no haber tomado,
sentenciando al Nazareno.
Hallóla toda turbada,
con tal sobresalto y miedo,
que apenas el Presidente
pudo ponerla en su acuerdo:
y con ella razonando,
por darle, y tomar aliento,
estando en presencia suya,
asi le estuvo diciendo:
Amada consorte mia,
testigos los Dioses fueron,
que de nuestras Almas saben
los escondidos secretos,
que conocì la malicia
de los Escribas perversos,
y tambien de los Letrados,
Satrapas, y Fariséos,
quando su Rey, y Mesias,
presentado como Reo,
acusado de delitos,
à mi presencia traxeron,
y mostraron promovidos
de invidia que le tuvieron;
porque en hablar les fuè libre,
siendo famoso en sus hechos.
Y como su nombre y fama
lo llevaba todo el Pueblo,
con las obras que le hacia,
y con los buenos consejos,
en ellos reynó la invidia,
sin estimar el provecho
de enseñar buenas costumbres, y

y de sanar sus enfermos.
La muerte le procuraban
por tan exquisitos medios,
que la malicia mostraban
de sus invidiosos pechos,
haciendole algunos cargos
sin razon ni fundamento,
y dando las circunstancias,
con que me vide en aprieto,
tanto, que di la sentencia,
tan sin discurso ni tiempo,
como si al presente caso
huviera estado durmiendo;
y en habiendola firmado,
fuè tal mi arrepentimiento,
que en el cuerpo me temblaban
las entrañas y los huesos.
Dióme un sudor congoxado,
con tanta tristeza y miedo,
que á querer en pie tenerme,
me cayera por el suelo.
La muger algo alentada,
le dixo: Señor, yo creo
que este portentoso caso
no carece de Mysterio.
Reporta el corazon tuyo,
que para nuestro consuelo,
tengo mucho que decirte
si quieres estar atento:
Aqueste Crucificado,
este JESUS Nazareno,
por cuya causa, y sentencia,
tan afligidos nos vemos,
es el verdadero Dios,
cuyo Mysterio tenemos
claro, que él mismo lo dixo;
y para prueba de aquesto,
son indicios muy bastantes
los que decirte pretendo:
Nuestros inmortales Dioses
nunca resucitan muertos,
ni hacen otros milagros,
que aqueste JESUS ha hecho.
Esto no parece engaño,
pues que por tan largo tiempo,
por los ojos hemos visto,
y de presente lo vemos.
Fuera de esto, descubria
en su dignidad, y consejo
una virtud Soberana,
como venida del Cielo.
A todos nos provocaba
á reverencial respeto.
Aquestas cosas se juntan
con la noticia que tengo
de el Mesias que aguardaban
los de este Judayco Pueblo.
Este aguardado Mesias
es el Dios que adoran ellos:
y que ha de hacerse Hombre,
en que labran su consejo,
y que para tomar carne
ha de venir de los Cielos,
y ha de habitar en la tierra,
Hombre, y Dios en un Sugeto:
y en vista de su venida,
ponen todos sus deseos,
porque dicen que ha de ser
su libertad, y remedio.
De estas, y otras muchas cosas,
que habemos visto, y las vemos,
y que bien consideradas
rinden al entendimiento,
infiero que este Mesias
es el que aguardaban ellos,
y la muerte le han buscado,
porque no le conocieron:
y el no querer defenderse
al castigo que le hicieron,
fué querer èl entregarse

á la muerte y los tormentos;
y puede ser que en su muerte
tenga hecho algun concepto,
por los secretos que él sabe,
y nosotros no entendemos.
Porque un Hombre que es tan sabio,
que adivina los secretos,
y tiene poder tan grande
que resucita los muertos,
muy bien pudiera escaparse
si quisiera haberlo hecho;
y creo, pues no lo hizo,
que quiere pasar por esto.
Pasara mas adelante;
mas con el desasosiego,
que el Presidente tenia,
rebolvió el caso diciendo:
Concedo quanto me has dicho;
pero tambien te concedo,
que estas razones son causa
de mi mayor sentimiento;
porque vide en este Hombre
un semblante tan entero,
una tan grave mirada,
tan sin turbacion ni miedo,
que mirandolo á la cara,
tuve terror y respeto,
que se turvaba mi vista
luego que llegaba á verlo:
y aquesta turbacion mia
fué tal, y con tanto estremo,
que tambien tuve, sin duda,
turbado el entendimiento,
pues le dí aquella sentencia
tan injustamente, viendo
que no le probaron culpa
en el dicho ni en el hecho;
con que desde luego tuve
un temeroso recelo,
que el Cielo tiene de darme
el castigo que merezco;
mas esta Nacion Judia
me lo pagará si puedo.
En esto llegó un Criado,
y el caso dexó en silencio:
y llegandosele cerca
con el debido respeto
le dixo, que lo buscaban
dos Judios hombres viejos,
cuyos declarados nombres
eran Josef, y Nicodemus,
y que el caso à que venian
era de sustancia y peso,
que humilde le suplicaban
saliese à verse con ellos,
como salia otras veces
à su Tribunal y puesto.
Y como estaba Pilatos
ayrado con los Hebréos
y el recado le cogia
con tanto desabrimiento,
dixo al Criado, decidles,
que estoy algo mal dispuesto,
que buelvan acá otro dia,
que hablarles ahora no puedo.
Con esto se entró en su quarto,
y en otro Canto diremos
à quien saberlo desea
lo que pasó despues de esto.

CANTO XCI.

Và Josef à pedir à Pilatos el Cuerpo de Cristo.

DEspues que el Romano Imperio
con su fuerza, y poder grande,
tuvo del Mundo sugetas
tantas y tan varias partes,
fué forzoso á los Judios pa-

para poder conservarse,
dar al Cesar la obediencia
con algunas calidades.
Una de ellas habia sido
el que no los sugetase
á que con la Ley Hebréa
la Gentilica mezclasen:
y el tener de parte suya
la Justicia, y Tribunales,
á su nacion convenientes
con jurisdiccion bastante:
y asi en qualesquiera causas,
civiles ó criminales,
Tribunal reconocian,
para haber de averiguarse:
y en lo civil disponian,
mas en siendo cosas graves,
ó delitos cometidos
contra Leyes observantes,
por las penas que tenian,
á los Ministros Reales
los daban averiguados,
para que los sentenciasen.
Tenian ritos, y Leyes,
con obligaciones tales,
que ellos mismos se quexaban
de llevar carga tan grande;
y entre los demas tenian
por precepto indispensable
el no mezclarse en Naciones
que otros Dioses adorasen,
porque Idolatras habia
Romanos, y de otras partes,
que á Jerusalen vinieron
de diferentes Lugares
de quien ellos se guardaban;
y para mejor librarse,
tenian para su trato
separado barrio y calle,
adonde los Compradores,
Mercaderes, y Tratantes,
comerciaban ellos solos
sin que Mugeres tratasen.
Y para que los Judios
no pudiesen tener lances,
para casar con Mugeres
hijas de Idolatras Padres,
por precepto rigoroso,
pena de quedar infames,
y morir crucificados,
afrentando su linage,
mandaban, que no pudiesen
emparentar, ni tratarse
los Hebréos con Gentiles,
ni atravesar sus umbrales.
Esta rigorosa pena
fué miedo, y causa bastante
á que Josef, y Nicodemus
se afligiesen, y turbasen;
porque viendo muerto á Cristo,
y que ya se hacia tarde,
fueron los dos por licencia,
para poder enterrarle:
y á la puerta de Pilatos
estos dos Letrados graves
negociaban con cariño,
la intercesion de los Pajes,
rogando que al Presidente
le dixesen de su parte,
que á su Tribunal saliese,
y que dél lo recabasen.
Mas un Criado resuelto,
dixo airado y arrogante,
que ya dicho les habia,
que era imposible el hablarle,
que ya respondido habia,
que tenia cierto achaque,
demas de haberle mandado,
que ninguno lo llamase;
mas el importuno ruego, y

y el afligido semblante,
como tanto porfiaban
los dos Viejos venerables,
fué causa que otro Criado
al fin se determinase
á llevar al Presidente
este importuno mensage:
y llegando donde estaba
con comedido lenguage,
le dió el recado, diciendo,
que era negocio importante,
y segun el sentimiento,
y afligidos ademanes
con que los dos le pedian
se sirviese de escucharles,
era sin duda algun caso
de interés, ó riesgo grande,
cosa que sabe que importa
vida ù otra semejante.
Pilatos dixo al Criado:
Ocasion das de enojarme,
porque no guardas mi orden,
mas yo haré que se me guarde.
Qué me importunan aquestos
enemigos capitales?
No basta lo que me han hecho?
Quieren ahora engañarme?
Mas que les dè tanta pena,
que con sus vidas acaben.
Diles, que se vayan luego,
que no hay lugar de hablarme:
y que yo tambien les ruego
no me importunen ni enfaden,
que en eso de dar audiencia
por oy pueden perdonarme.
Bolvió el Criado à los otros
que aguardaban por instantes,
diciendo: Fué mal acuerdo
à tal recado obligarme.
Yo le estuve importunando,
y nació de importunarle
el quedar mas enfadado,
y el negocio irremediable.
El me respondió diciendo,
que no le hablase nadie,
y asi es muy imposible
negociar nada esta tarde.
Josef que el Alma tenia
casi fuera de las carnes,
con ocasion tan urgente
de pesadumbre y corage,
con la color demudada,
aunque piadoso el semblante
oyendo lo que decia
al ya referido Page,
cobró tan gran sentimiento,
que no pudo reportarse,
porque la ocasion lo pusó
de condicion indomable:
y bolviendo à Nicodemus,
le dixo: Señor, y Padre,
en las ocasiones fuertes
el valor ha de mostrarse,
muy tarde Señor vá siendo,
y antes que el tiempo se pase
he de llevar la licencia,
y cueste lo que costàre;
y eso ha de ser arriesgando
la vida, y quanto en mi vale;
que es justo arriesgar la vida
en ocasion semejante.
Esto ha de ser con presteza,
antes que sea mas tarde,
y los Verdugos crueles
el Santo Cuerpo maltraten.
Y mirando el Presidente,
que arriesgamos en el lance
nuestras Personas, y vidas,
no ha de poder escusarse.
Y diciendo estas razones, se

se arrojó, asido al ropage
del turbado Nicodemus,
para que los dos entrasen;
mas Nicodemus medroso,
resistió con fuerza grande,
(porque pisar no queria
los Gentilicos umbrales)
él se entró determinado,
venciendo dificultades
sin que el riesgo de la vida
se le pusiese delante.
Nicodemus viendo el caso,
y los demàs circunstantes,
lo tuvieron por locura,
y atrevido disparate,
entrar lo dexaron solo,
que no quiso acompañarle
ninguno de los Criados
à quien él pagaba gages,
quedando escandalizado,
con animo de aguardarle,
y con asombro, y temores,
se salieron à la calle.
Los Criados de Pilatos
no cesaban de admirarse,
viendo aquel atrevimiento
en ocasion semejante.
Entróse en el patio donde,
con voz alterada, y grave,
porque Pilatos lo oyese,
por él preguntó á los Pages.
Viendo aquel caso Pilatos,
procuró el agasajarle,
buelta la colera, y brio,
en pacifico semblante.
Entró en su estudio, y mandole
que se cubriese y sentase,
y lo que los dos trataron
se dira en otro Romance.

CANTO XCII.

Pide Josef à Pilatos el Cuerpo de Cristo para baxarlo de la Cruz.

JOsef aquel noble Hebréo,
Letrado de grande fama
el que fué en favor de Cristo,
quando la Nacion Hebrayca
Cabildo, y Juntas hacian
contra su Persona Santa,
promovido de haber visto
una sinrazon tan clara,
como cometido habian
los de su Nacion Judayca,
en poner al JESUS Bueno
pendiente en la Cruz, sin causa:
con enternecido pecho,
su quexa manifestaba
al Presidente Pilatos,
habiendo entrado en su Casa,
à quien con respeto humilde,
le dixo aquestas palabras:
Señor, haber hecho el Cielo
una tan grande mudanza,
en que se muestra afligido
con señales declaradas,
es por la inocente muerte
tan injustamente dada,
con falsedad procediendo
contra Persona tan Santa:
El qual segun la Escritura,
y los Profetas declaran,
es el Salvador Mesias,
que el Pueblo Judayco aguarda.
El está muerto en un Palo,
y el Cielo sabe la causa,
pues que consintió la muerte
del que à tantos vida daba.
El bien ó el mal ya está hecho,

lleven sobre si la carga
los que à su cargo la tienen,
que a fee, que es harto pesada.
El Cielo tendrá el cuidado
del castigo y la venganza,
contra los que con malicia
su Santa Justicia agravian.
Yo Señor, humilde espero,
lleno de fee, y confianza,
que teneis de concederme
lo que pido en mi demanda,
y es, que a este JESUS difunto,
si es cosa que os agradara,
me concedais la licencia,
para que con ella vaya,
y de la Cruz lo descienda,
que ya tengo señalada,
para deposito suyo
una sepultura honrada.
Pilatos estuvo atento
à las humildes palabras,
y el enternecido modo
con que Josef le hablaba:
y mientras hablando estuvo,
le conoció en las palabras
que su corazon sentia
grandes, y afligidas ansias.
Y dando lugar Pilatos
á que Josef sosegára
aquel corazon ansioso,
que le detuvo la habla,
le dixo: Lo que me admiro
es ver, que con priesa tanta
hayan quitado la vida
al que dió tan poca causa:
Y suspendiendose un poco,
á decirle porfiaba:
Qué, ya está muerto sin duda?
Es cosa evidente, y llana?
Què tanto habrá que està muerto? Es

Y á què hora rindió el Alma?
porque en la Cruz no se mueren
tan presto, sino los matan.
Mas Josef lo satisfizo,
aunque con la voz turbada,
diciendo, que los azotes
para matarlo bastaban,
que dadoselos habian
con furia desesperada;
y tantos que todo el Cuerpo
tenia hecho una llaga,
con espantosas heridas,
especial en las espaldas,
donde los golpes crueles
le rompieron las entrañas.
Tambien tiene la Cabeza
de espinas atravesada,
con heridas que por ellas
el Cuerpo se desangraba;
demàs de tenerle ya
de aquella noche pasada,
tan molido, y quebrantado
de golpes, y burlas malas.
Estos malos tratamientos,
y mofas, fueron la causa
de morir dentro en tres horas,
que fué puesto en la Cruz alta.
Murió á la hora de Sexta,
y en el punto que dió el Alma
lo sintió el Cielo, y la tierra,
con señales tan estrañas,
como á todos es notorio:
y es cosa evidente, y clara,
que esto no pudo ser menos,
que Potestad Soberana.
Quedó Pilatos de oirlo
con la color demudada,
lleno de temor el pecho,
y de ternuras el alma,
con el semblante muy triste, y

y la voz humilde, y baxa;
dixo: por cierto que tiene
razon en lo que demanda.
Anda, y quitalo del Palo,
antes que tarde se haga,
que yo te doy la licencia
para que á hacerlo vayas,
y dale la sepultura,
que ya tienes intentada,
pues descubres ser su amigo
y ya por tal te declaras.
Dióle licencia Pilatos,
con la costumbre ordinaria,
y la cifra de su anillo
se la entregó despachada.
Con esto se despidieron,
y dió Pilatos palabra
de emplear en favor suyo
la potestad de su vara.
Salió á la calle, y alegres
los que aguardandolo estaban,
celebraron con abrazos
la licencia recabada.
Apriesa fueron al Monte,
y en el camino trataban
lo que mereció estimarse
la resolucion tomada:
y entre todos acordaron
tener secreta su traza,
porque la tropa Judia
no fuese escandalizada.
Y ya Josef, y Nicodemus,
con voluntad limpia, y sana,
se habian apercebido
de las cosas necesarias,
que encargadolas habian
à amigos de confianza,
y en olorosos unguentos
gastaron con mano franca;
tanto, que toda la gente
quedó del hecho admirada.
Traxeron un lienzo nuevo
y tres pares de tohallas,
dos escaleras conformes,
y unas muy fuertes tenazas.
Todo llegó casi á un tiempo,
quando ya el Sol trasmontaba
hallando los dos Varones
el alivio á su tardanza.
Y en el Canto que se sigue
diré lo que en este falta.

CANTO XCIII.

Contienda de los Judios con Josef al baxar de la Cruz á Cristo.

AL tiempo que el Dios de amor
con su amor Divino, y sa-
en Jerusalén la Santa (cro
padeció tormentos tantos,
en la dicha Ciudad huvo
dos moradores honrados
ambos llamados Longinos,
en la guerra exercitados:
el uno Centurion era,
que con aqueste bocablo
se nombraba el que tenia
gobierno de cien caballos.
Este Caballero era
muy temido, y respetado,
y particular amigo
del Presidente Pilatos,
era el segundo Longinos
un belicoso Soldado,
que siendolo, quedó ciego,
por su fortuna y trabajos,
y aunque ciego le pagaban
sus ventajas, y salarios,
por haber servido en guerra,
y en ellas haber cegado.
Este se halló en el Monte, qu.

quando el Señor Soberano
padecia en quanto Hombre,
dando libertad á tantos,
y aunque sintió como todos
de la tierra el sobresalto,
nunca las tinieblas vido,
por estar de Luz privado;
mas otra mayor tenia
de proterbo, y obstinado,
porque de Cristo negaba
la verdad, y sus milagros;
y su venturosa suerte
lo puso en tan buen estado,
que le fué dicha forzosa
el quedar desengañado.
Y fué que alli de repente
se levantó, como acaso,
tal ruido, y alboroto,
tan espantoso, y estraño,
que semejar parecia
dos Exercitos contrarios,
en su belicoso estruendo,
quando vienen á las manos.
Hombres por tierra caidos
y algunos atropellados:
sin que resistir pudiesen
alabardas, y Caballos.
En estando muerto el fuego,
y del todo apaciguado,
los Fariséos, y Escribas,
á Longinos informaron,
y el uno de ellos le dixo:
Señor el presente caso,
del alboroto que vemos,
digno es de ser castigado:
y es que Josef, y Nicodemus,
y otros que les ayudaron,
de este JESUS Nazareno
son amigos declarados,
y han traido una licencia

del Señor Poncio Pilatos,
para darle sepultura,
y para desenclavarlo.
Y estando ya los Verdugos
con las porras en las manos
para quebrarles los huesos
á los tres Crucificados,
al Nazareno defienden,
diciendo, que está mandado,
que por quanto está difunto,
no se le haga mas daño;
mas el papel solo dice,
con letra y lenguage claro,
que del Madero lo quiten,
siendo del todo finado;
y no impide los efectos
del estilo acostumbrado.
Por lo qual para que quede
el negocio apaciguado,
manda que en presencia tuya
se execute sin embargo,
el quebrantarle los huesos,
pues que tu puedes mandarlo;
que si se hace otra cosa,
desde aqui te protestamos
de que corran por tu cuenta
los alborotos, y daños.
En esto fué tal el ruido
de dichos amontonados,
que entenderse no podian
los que estaban litigando.
El Centurion que ya estaba
colerico, y enojado,
con el semblante sañudo,
alzando el baston en alto,
mandó que callasen presto,
haciendo algunos amagos;
y luego á Josef le dixo:
Pues á tí te hacen el cargo,
responde, que saber quiero con

con fundamento este caso.
Josef dixo: Señor mio,
la licencia que he mostrado
no solamente es licencia,
sino es preciso mandato;
mostró el papel, y decia:
Por quanto estoy informado,
que es ya muerto el Nazareno,
doy esta licencia, y mando,
que siendo el Cuerpo difunto,
lo desenclaven del Palo,
y lo entreguen à esta parte,
para que pueda enterrarlo.
En h biendolo leido,
Josef se quedó turbado,
viendo lo corto que hablaba
en lo que importaba tanto;
que olvidadosele habia
lo que le dió mas cuidado,
quando ganó la licencia,
que estuvo tan en su mano;
mas como Letrado era,
y estaba determinado
á salir con sus intentos,
á pesar de sus contrarios,
templando el sañudo aliento,
y buelto al vando contrario,
les dixo su sentimiento,
de esta suerte pronunciando:
Tengo por delito grande,
atrevido, y temerario,
contradecir los decretos
del Señor Poncio Pilatos;
que haber mandado que quiten
el Cuerpo estando finado,
no dá lugar, ni permite,
que le hagan mas agravio;
porque quebrantar los huesos
de aquestos ajusticiados,
es pena que escusa otra,
que es verlos estar penando.
Y por estar JESUS muerto
queda de ella reservado;
lo qual si se considera,
es lo que contiene el Auto;
á cuyas razones quiero
responder, y lo declaro.
Respondieron los Escribas:
Ya todos nos conformamos
de quitarlo estando muerto;
mas no nos aseguramos
de que lo esté ya del todo,
porque puede ser desmayo,
y si lo fuere seria
el quedar todos burlados:
por lo qual conviene á todos
para salir de cuidado,
dar lugar á los Verdugos,
sin mas tiempo dilatarlo;
porque si el Cuerpo està muerto
no le importa quebrantarlo,
y con esto se asegura
de si es muerto, ó si es desmayo.
Nicodemus dixo á esto:
Por cierto es advitrio estraño,
que despues de muerto un hombre
quieran ahora maltratarlo!
Mandó el Centurion callasen,
porque ya estaba en el caso;
y en otro Canto dirémos
lo resuelto, y acordado,

CANTO XCIV.

Dá Longinos la lanzada à Cristo.

LA Doncella Soberana,
la Madre, y Virgen Bendita
la Alma le traspasaban
las afrentosas heridas del

del difunto, maltratado
Cuerpo, que ya no sentia.
Miraba del Hijo amado
la Carne toda molida,
los miembros descoyuntados
y la Cabeza caida,
y todo tan lastimado,
que apenas lo conocia,
y que los Escribas fieros
no contentos todavia
quieren que los huesos santos
de aquella Carne Divina
sean quebrantados con palo,
habiendo dado la vida:
sobre lo qual despulsada
la Señora esclarecida,
pedia al Padre Divino
el que atajase la ira,
y los Verdugos no hicieran
esta ingrata tiranía;
mas el acuerdo Divino,
que á lo mayor siempre mira
lo dispuso, concediendo
lo que la Virgen pedia:
mas no preservó del todo,
el lastimarla, y herirla,
que permitió sucediese
lo que alli mas convenia;
y fué, que perseverando
los que à Cristo perseguian
para que lo quebrantasen,
aunque estaba ya sin vida,
y que la atrevida gente
estaba ya apercebida
para quebrantar con golpes
aquel Cuerpo ya sin vida:
sucedió que el Centurion
su consejo le pedia
al otro Longinos ciego,
sobre lo que alli se haria:
el qual hablando con todos,
dixo: Ya tengo entendida
la sustancia de este caso,
y asi buelvo á referirla:
Digo, que la Sinagoga
tiene razon, y justicia,
y hase de estar á las Leyes
usadas, y referidas:
y por ser grande la causa,
que al Nazareno le indican,
no deben quitarle cosa
de las penas permitidas.
Y à lo que Josef pretende,
valga la licencia escrita
para que lo desenclaven,
sin dar mas golpes ni heridas:
no teniendo inconveniente,
serà razon que se admita;
pero en decir que sospechan
que está la Persona viva,
es inconveniente grave,
que á detenernos obliga.
Pero yo daré un buen medio,
con tal que nadie lo impida,
y serà en aqueste caso
sentencia difinitiva.
Todos atentos estaban
à lo que el Ciego decia,
por ser hombre de consejo,
y particular estima.
En esta ocasion el Ciego
tenia la mano asida
de la lanza, que un Ginete
hincado en la tierra habia:
entonces tomó la lanza,
y tentando la cuchilla,
dixo, que se la pusiesen
entre el pecho y la costilla,
porque con ella pensaba
hacer una anatomia,

pa-

para ver si estaba muerto,
ó saber si lo fingia.
Los circunstantes pensaron,
que con la punta queria
picar el Cuerpo precioso,
para ver si lo sentia:
y con este mismo engaño
por caso como de risa,
alegres condescendieron
al intento que tenia;
y él en sintiendo que estaba
la punta en la Carne misma,
que se lo mostraba el tiento,
teniendo la mano fixa,
tomando esfuerzo la fuerza
temeraria, y atrevida,
rompió el Pecho Soberano
de aquella Carne atractiva,
con terror de los presentes,
à todos causando grima,
con cuyo terrible golpe,
cruel, y espantosa herida,
tomó sobresalto, y miedo
la Sinagoga Judia,
porque vieron el exceso,
de donde tomar podian
buena ocasion los contrarios
à su causa pretendida.
Rompió pues el duro hierro
con su cortante cuchilla,
de aquel Instrumento Santo
la Soberana armonía,
traspasando con violencia
las arterias escondidas,
el Corazon Soberano,
y las entrañas benignas,
rompiendo los corazones
de San Juan, y las Marias,
de Josef, y Nicodemus,
concordia toda afligida;
mas al corazon sincero
de la Cordera Maria
fué adonde la cruda lanza
hizo la mayor herida;
pues lo que no sintió el Hijo,
ella sola lo sentia.
Turbaronse los presentes
quantos en contorno habia,
y à lamentar comenzaron
las Mugeres compasivas.
Se entristeciò el Centurion,
colerico en demasia
con tal furia, que quisiera
cortar la mano atrevida,
porque á bulto y tan sin tiento,
por modo de burla y risa,
á tan atrevido hecho
tuvo tan grande osadia;
mas luego templò su enojo,
porque viò una maravilla.
Sucediò alli de repente
un grande mormollo, y grita
que el ciego Longinos viò,
puesto en tierra de rodillas,
dando golpes en sus pechos,
y que en alta voz decia:
O mi Dios! yo te confieso
por verdadero Mesias.
De Dios, sin duda, eres Hijo,
porque en tu Persona brilla
su poder tan Soberano
en la muerte y en la vida.
Ciego estuve muchos años;
mas con la Sangre bendita
de este tu Sagrado Cuerpo
estoy sano y tengo vista.
Estas razones y otras,
ansiosamente decia,
levantabase de tierra,
y muchas veces bolvia á

à adorarlo arrodillado,
con fé, y voluntad rendida:
El Centurion viendo el caso,
trocò el rigor de su ira
en humilde mansedumbre,
y en blandura comedida;
porque yà tocado estaba
de lo que pasado habia,
quando viò sin luz el Cielo,
y la tierra estremecida:
arrojòse al suelo, viendo
al ciego que ser solia,
alegre, mirando à todos
con sana y alegre vista.
Los Ginetes y Soldados
de todas las Compañias,
por tierra se arrodillaron
con aquella causa misma:
y algunos de los Judios,
gente humilde y sin malicia,
tambien fueron admirados
de aquella bondad Divina:
Otros, el Cuerpo miraban
yà con diferente estima,
y con tan grande respeto,
que á hablar no se atrevian.
Y vamonos á otro Canto
à contar mas maravillas.

CANTO XCV.

Baxan de la Cruz á Jesu-Cristo.

EL Cuerpo del Sol dorado
cubria el opaco Cuerpo,
quando el dichoso Longinos,
llamado el Soldado ciego,
yà con luces milagrosas
en el alma, y en el cuerpo,
daba voces, confesando
por Hijo de Dios Eterno,
y verdadero Mesias,
à JESUS de Nazareno.
Tambien por Dios lo adoraba
Longinos el Caballero,
y otros muchos convertidos,
que tuvieron luz del Cielo,
y con amor se juntaban
los corrillos de los buenos,
en quien ya labor hacian
los milagros, y portentos.
Yà San Juan, y las Marias
tuvieron algun consuelo,
viendo quanta gente habia,
adorando al Nazareno;
y los que mas lo mostraban
eran Josef, y Nicodemus,
de que al Cielo daban gracias,
y lloraban de contentos;
y en el Madero miraban
aquel Soberano Cuerpo,
que para hacer mas mercedes
tenia ya el pecho abierto,
con el corazon rasgado,
en cuyo dichoso seno
tenia todos los bienes
de los Tesoros eternos.
Sangre, y Agua estaba dando,
y la Sangre de aquel Cuerpo
fué de enfermos la triaca, y

y medicina de ciegos;
medicina de las Almas,
y de su bien primer Puerto.
Ya lo miraba la gente
con particular respeto;
y ya acabadose habian
las burlas, y ménosprecios.
Ya Josef tambien estaba
con cuidado previniendo,
apercebidas escalas,
y los demàs instrumentos,
y ya el Centurion Longinos,
con los otros Caballeros,
y el que tenia ya vista,
disponian el Entierro;
porque intentaban llevarlo
con grande acompañamiento,
que a pesar de los Judios,
quisieron honrarlo en esto,
los quales acobardados,
se retiraron de acuerdo.
Desde el punto que la lanza
rompió el Soberano Pecho,
ya los dos crucificados,
que colaterales fueron
con el Verbo Soberano
en aquel acto funesto,
estaban muertos del todo,
que los Verdugos cruentos
acabadolos habian,
quebrantandole los huesos,
guardando el decoro à Cristo
porque lo hallaron ya muerto,
y por las demàs razones
que comprehende el Mysterio
que profetizado estaba
en la Cena del Cordero,
y en las figuras, y sombras
de su antiguo Testamento.
á Dimas Ladron dichoso,
estaba en seguro puerto,
gozando del Paraiso,
y de sus Prados amenos.
Y el desventurado Gestas,
por su endurecido pecho
(que fué desdichada cosa
el no aprovechar el tiempo)
estaba ya condenado
en el miserable Infierno;
y de la ocasion perdida
con dolor, y sentimiento.
Ya Josef habia embiado
alentada gente al Huerto,
donde su sepulcro estaba,
para tenerlo dispuesto,
teniendose por dichoso
en poner el Santo Cuerpo
en el sepulcro, que él mismo
tenia para su entierro:
el qual estaba labrado
à fuerza de sabio ingenio,
en una maciza piedra
de peñasco fuerte, y grueso.
Cleofas Deudo de Cristo,
y San Juan tambien su Deudo
los unguentos prevenian,
con Josef, y Nicodemus,
Ya las piadosas Mugeres
con las toballas y lienzos,
al pie de la Cruz estaban
dando trazas, y consejos.
Los dos Ancianos Letrados
las escaleras pusieron,
luego con un lienzo fuerte
ciñeron el Santo Cuerpo,
por debaxo de los brazos,
para sustentar el peso.
Quitaronle la Corona
de su Sagrado Cerebro,
temerosos, y temblando,
con

con obediencia, y respeto:
y la Magdalena Santa
con pecho afligido, y tierno,
la recibió contemplando
el estrago que habia hecho.
Y desdoblando los clavos,
con fuerza, maña, y aliento,
desenclavaron las manos,
formadoras de los Cielos:
los pies Santos desclavaron,
y con cuidadoso esmero,
baxaron el Cuerpo Santo,
pendiente de fuertes lienzos.
Recibiólo en su regazo
aquel Querubin del Cielo,
aquella Doncella Santa,
y Princesa de los Cielos,
con el dolor, y traspaso,
que en otro Canto dirémos.

CANTO XCVI.

Llanto de nuestra Señora por su Hijo Jesu-Cristo.

LA mas hermosa Doncella,
que se vió en todos los siglos,
y la Madre mas dichosa
de quantas tuvieron hijos.
La mas perfecta Criatura,
que Dios en la tierra hizo,
la Emperatriz de las Gentes,
la Madre de Jesu-Cristo
al pie de la Cruz estaba,
con su Soberano Hijo,
muerto, que asi lo pusieron
entre sus brazos Divinos;
traspasada de dolores,
contemplando en su Querido,
mansamente le decia,
con blandura, y con cariño:
Hijo mio de mi Alma,
dime tu si eres mi Hijo,
que segun te veo ahora,
parece que no lo has sido?
Quisiera si ser pudiera,
tener un retrato al vivo,
de el Hijo que yo tenia,
y cotejarlo contigo;
mas ya no puede ser esto,
porque el retrato que miro
no es aquel que ser solia
el original Divino.
O Amado de mis entrañas!
Qué culpas has cometido,
ò qué males tienes hechos?
a dónde estan tus delitos,
para que asi te pusiesen,
tan maltratado, y herido?
que apenas yo te conozco,
con haberte siempre visto.
Qué es esto, Cordero Santo?
Qué pecho es este rompido?
No fuera mejor primero
romper el corazon mio?
Levantando el Rostro hermoso
y al Cielo sus ojos fixos,
de su dolor se quexaba,
hablando al Padre Divino,
diciendo: Padre Piadoso, en

en tus manos me resigno;
y si en quexarme te ofendo,
humilde, perdon te pido.
Dame licencia que sienta,
hasta que pierda el sentido,
viendo el dolor con que veo
la Prenda que mas estimo.
Mira, que es tu Hijo amado
y que tambien es mi Hijo,
criado con estos pechos,
de mis entrañas nacido.
Qué culpas la causa fueron,
qué delitos cometidos,
para tan duro tormento,
y dolor tan excesivo?
Y dando á su santa vista
alguna suelta, y alivio,
decia á los que miraban,
en lamentable sentido:
Duelanse de mis dolores
las Mugeres que han parido,
y tambien de mi se duelan
las que no tuvieron hijos.
Y los que me están mirando,
y pasan por los caminos,
digan si en el Mundo vieron
dolor semejante al mio?
A mirar bolvia el Cuerpo,
llagado, pálido, y frio,
de donde su sentimiento
tomaba nuevos motivos.
Miraba la bofetada,
señalada en el carrillo.
Los ojos que ser solian
dos Celestiales zafiros,
lentos, turvios, y anegados,
de el polvo, y sudor sanguineo.
Hinchadas las dos mexillas
de los golpes recibidos,
y con la Sangre, el cabello
pegado, y entretexido.
Lastimadas las encias,
y los dientes denegridos.
De las espinas miraba
todo su cerebro herido,
donde estaba todavia
del cabello alguno asido.
Y de la cruda lanzada
miraba el pecho partido,
con tal puerta, que podia
verse el Corazon Divino.
Miraba los hombros Santos
quebrantados, y molidos,
de haber él mismo llevado,
la Cruz de su Sacrificio.
Miraba en el Santo Cuello
de aquel Cordero Divino
las señales que la soga
con los espartos le hizo:
y qualquiera de estas cosas
era un agudo cuchillo,
que el Alma le traspasaba
con acelerados filos:
miraba al Cielo llorosa,
con clamorosos suspiros,
penetrando sus clamores
los soberanos oidos;
y luego à mirar bolvia
á su lastimado Hijo,
cuya dolorosa vista
era su mayor alivio,
por detener en sus brazos
el ayuda, y el auxilio,
para conservar la vida
en trance tan afligido.
Y en el Canto que se sigue
diré siendo Dios servido,
las soberanas exequias,
y Entierro de Jesu-Cristo.

CAN-

CANTO XCVII.

Disposicion del Entierro de Cristo.

QUando en la dichosa tierra,
en la parte enriquecida
con la Sangre Soberana
de la Persona Divina:
en aquel felice Monte,
que tuvo por buena dicha
ser el lugar donde Cristo
su vida dió por la mia,
estando desocupado
de aquella grande avenida
del bullicio, las tres partes
de la que venido habia
ordenaron el Entierro
del Señor en quien estriva
la vida de los vivientes,
porque la tiene infinita.
En un lecho estaba puesto,
en una sabana limpia,
ricamente embalsamada
de olores, incienso, y mirra:
y el Letrado Nicodemus,
con voluntad comedida,
y Longinos el Soldado,
el Entierro disponian.
Josef humillado estaba,
con San Juan, y las Marias,
alentando con palabras
à la Reyna esclarecida
la qual estaba elevada,
porque Dios la entretenia
descubriendole á su Alma
infinitas maravillas,
que quiso Dios que à su Madre
le corriesen la cortina,
para que al Empireo Cielo
dar pudiese alegre vista.
Vido los Cielos abiertos,
y en ellos vido que habia
muchos coros Soberanos
de Angelicas Gerarquías.
Entre las cosas que vido,
lo que mas le suspendia
fué vér conceptos contrarios,
acordes en armonía.
Vió las pasiones de Cristo
entre las Glorias Divinas;
que la pena era consuelo,
y las afrentas estima.
Vió cantar Glorias de Cristo
en diferentes Capillas,
cuyos cantos la tuvieron
mas atenta, y suspendida.
Unos las Exequias Santas,
y el Oficio le hacian,
descubriendo quanto el Cielo
su muerte sentido habia.
Otros cantaban la Gala
de las batallas vencidas,
y los triunfos, y victorias,
que en ellas ganado habia.
Entre los cantos, y letras,
que el alma la entretenian,
quiso Dios que aprehendiese
una Letra que decia:
Gloria à Dios en sus criaturas,
gloria al Cielo, y buena dicha,
gloria à las dichosas Almas
de JESUS, y de MARIA:
que ya por su medio tiene
la Soberana Justicia,
que estaba damnificada,
la satisfacion cumplida.
Ya de Adàn la humilde carne
está en Persona Divina,
y tiene por atributo mi-

misericordia infinita.
JESUS es su propio nombre,
que Redentor significa;
y este nombre lo ha ganado
en soberana conquista.
Vió las Gerarquias todas
humilladas y rendidas
à JESUS, todas las veces,
que su nombre repetian:
Y que con respeto humilde
á la tierra descendian
millares de Paraninfos
de las Santas Gerarquias,
para hallarse en el Entierro,
con las hachas encendidas
de su caridad ardiente,
porque siempre estuvo viva:
Y en el suelo se postraban,
humillados de rodillas,
adorando el Santo Cuerpo
y aquella Sangre bendita.
Esta revelacion santa,
que de la Virgen fué vista,
con que Dios quiso alentarla
enmedio de sus fatigas,
por mysterio soberano,
de ninguno fué sentida,
sino es de la Santa Virgen,
por ser quien mas padecia:
y el breve tiempo que estuvo
en extasis suspendida,
le sustentaban el Cuerpo
San Juan, y las tres Marias,
presumiendo, que las ansias
de la pena que sentia
eran causa de tenerla
trasportada y suspendida:
y haciendo lugar el Alma
á las potencias rendidas,
dieron las operaciones
señas de que ya sentia.
Bolvió a mirar la funcion
solemne, ya prevenida,
para formar el Entierro,
porque tarde se hacia.
Josef y sus compañeros
con buen acuerdo tenian,
para el acompañamiento,
muchas hachas prevenidas:
y el Caballero Longinos
à todas sus Compañias,
que ya las mas de ellas eran
de las Cristianas quadrillas,
á quien habia convertido
Cristo con sus maravillas:
todos en Procesion fueron
llevando con mucha estima
aquel Soberano Cuerpo,
y Santisima Reliquia;
de cuyo Sagrado lecho
iba mucha copia asida,
teniendo los mas distantes
à los cercanos invidia.
Lazaro el resucitado,
Josef Ab-Arimatia,
el Letrado Nicodemus,
y Cleofas en compañia,
estos los cabos llevaban,
con otros muchos que iban
al Santo Cuerpo llegados
con amor, y cortesia.
Iba delante de todos
la briosa Infanteria,
con sus Pifanos, y Caxas,
y con las demas Insignias,
llevando la retaguardia
toda la Caballeria:
todos à pie y descubiertos
por respeto que tenian;
que el Centurion como estaba ya

ya con Cristiana divisa,
y le imitaban el modo
los que à su cargo tenia,
y él iba asi descubierto,
todos descubiertos iban:
Y no solo se hizo esto,
mas con humildad sencilla,
mandó arrastrar los pendones
y enronquecer las sordinas.
Tambien el Pifano, y Caxas
sonaban sin melodía,
porque iban destemplados
y sin bélica armonía:
y detràs del Santo Cuerpo
Tropa innumerable iba
de Gentiles, y Judios,
con la luz que ya tenian.
Cercana al dichoso lecho
iba la Virgen MARIA,
acompañada de Marta,
de San Juan, y las Marias;
porque aquel Hijo Divino,
que el Cielo dadole habia,
que fué bebida de esfuerzo
de la Celestial Botica;
le dió à su Virginal Pecho
grande esfuerzo, y valentía
para que pasar pudiese
jornada tan afligida.
Tambien el Cielo ayudaba
con unas luces Divinas,
clarificando los campos
por donde el Entierro iba:
y fueron tan mysteriosas
estas luces que sentian,
que à todos daba consuelo,
y ninguno lo advertia;
porque fué, sin duda alguna
una oculta Compañia
de los Patriarcas Santos
que en el Entierro asistian.
Y las Musicas sonoras
de las Celestial Capilla,
que cantaban las exequias,
de algunos fueron sentidas;
porque esta Musica santa,
y aquella luz que sentian,
duró mientras el Entierro,
sin echar menos el dia.
Despues cayendo en la cuenta,
contaban y referian
este caso, entre las cosas
mas notables sucedidas.

CANTO XCVIII.

Entierro de Cristo.

JOsef, el feliz Hebréo,
fué nacido en una Aldéa,
de Jerusalén distante
poco mas de siete leguas,
llamada Ab-Arimatía,
y por ser hombre de cuenta
lo llamaban con renombre
de su natural, y tierra,
era rico, y poderoso,
de venerable presencia,
muy respetado de todos,

por

por su persona, y sus letras.
Entre los bienes que tuvo,
tenia una hermosa Huerta,
cerca del Monte Calvario,
en un lado de la cuesta,
donde sepulcro tenia
hecho en una fuerte piedra,
con intento que su cuerpo
fuese à sepultura nueva;
que aquel tiempo los entierros
eran en partes desiertas,
y cada qual prevenia
su sepultura en su hacienda.
Esta razon, y ser hombre
Josef de caudal, y rentas,
fué la causa que tuviese
aquel sepulcro de piedra:
donde llegando el Entierro,
se franquearon las puertas,
Entraron à donde estaba
aquella boveda hecha,
la qual de muy buena gana,
con voluntad de amor llena
dió Josef al Cuerpo dichoso
y la misma vida diera:
à donde depositaron,
con humilde reverencia,
aquella Carne que asiste
à la Soberana diestra.
En aquella piedra dura,
sobre otra sabana nueva,
ungida, y embalsamada,
fuè puesto con reverencia.
Alli tambien le pusieron,
con abundante largueza,
aromaticos olores,
à uso de la Ley vieja.
En esta ocasion la Virgen,
con humildad, y modestia,
consultar quiso un intento
con los que se allò mas cerca,
y a Lazaro el Caballero,
y à su hermana Magdalena,
amablemente les dixo,
con mansedumbre, y prudencia:
Quisiera, si Dios quisiese,
y permitido me fuera,
quedarme aqui con mi Hijo
para alivio de mis penas;
que mi mayor sentimiento
empezarà con su ausencia,
y será consuelo mio,
si con el Cuerpo me dexan,
que dentro de pocas horas
que yo con èl me entretenga,
se acabarán los trabajos,
que ahora tanto me aquexan:
y en llegando el tercer dia,
es cosa segura, y cierta,
que resucitará el Cuerpo
à vida inmortal, y eterna,
que lo dixo y esto basta;
y pues las horas se acercan,
me quisiera aqui quedar,
si para ello dan licencia.
Lazaro dixo: Señora,
sabe Dios que yo quisiera
acompañaros gozoso,
à esta Celestial presencia;
mas en hechando al sepulcro
esta pesada cubierta,
es razon algun alivio
darle à quien tanto tolera;
porque si efecto tuviese
esto que ahora se intenta,
todos quisieran quedarse,
con esta voluntad mesma;
á cuyas cuerdas razones
respondió la Magdalena:
Bien es que aqui nos quedemos,

que mi alma lo desea;
porque fuera triste cosa
quedarse sola, y desierta,
esta venturosa estancia,
donde nuestro bien se queda.
Bien podemos intentarlo,
y si tu, hermano, te quedas,
no serà dificultoso
el salir con nuestra empresa,
Estando en estas razones,
vieron entrar por la puerta
un Criado de Pilatos,
Secretario de su Audiencia,
con un papel en la mano,
cuyo tenor de Auto, y letra
alli en publico leidas,
decia de esta manera:
La Sinagoga Judayca,
con presumida advertencia
escusando inconvenientes,
alborotos, y contiendas,
pide que el difunto Cuerpo
de el Nazareno se tenga
con Guardias, y con recato
á la vista manifiesta:
porque de su Rey Mesias,
han escrito los Profetas,
que entre los demas milagros
que hacer tiene quando venga
es el resucitar muertos,
y él con virtud suya mesma,
tiene de resucitarse,
quando por los hombres muera.
Y porque del Nazareno
se presume, dice, y piensa,
por los milagros que hace,
que es el Mesias que esperan;
para que no se confirme
esta opinion con cautela,
y con ella no se causen
otras disensiones nuevas
que los Discipulos suyos,
y Josef, de quien recelan,
tienen de esconder el Cuerpo,
de modo que no parezca,
para salir con la suya,
abriendo en esto la puerta
à decir que ha resurgido,
para que todos lo crean.
Y porque el mismo difunto
por sus palabras expresas
en publico predicadas,
dixo alguas de sospecha,
que el Templo derribaria,
y con potestad inmensa,
en llegando el tercer dia
lo alzaria de la tierra,
y que estas palabras tienen
sentido que se interpreta
levantar à inmortal vida
su Carne rendida, y muerta,
piden, que por los tres dias
esté el Cuerpo como en prendas
con Guardias en el sepulcro,
porque à esconderlo no vengan,
Y que pasando este tiempo,
se dé lugar que lo vean
muerto, y asi habrá testigos
de que no fué buen Profeta;
pidiendomelo en justicia,
proveo, y mando por esta
que à su quenta pongan Guardias
donde, y como les convenga.
Que lo guarden los tres dias
y que á su vista, y presencia,
cubran el difunto Cuerpo,
sin mover mas la cubierta,
con la pena de la vida,
hasta que pasados sean
los tres dias, que ha pedido es-

esta Sinagoga Hebrèa.
Este Pedimento, y Auto,
con el dia de la fecha,
se hizo notorio à todos
los que se hallaron mas cerca.
Los Guardias à punto estaban
que los hijos de Judèa
en aquel tiempo tuvieron
prevenidas diligencias.
El Centurion viendo el caso,
humillando la cabeza
dixo, que él estaba pronto
para cumplirlo à la letra.
Y en la forma que Pilatos
lo mandaba, fueron hechas
las diligencias debidas,
y las Guardias fueron puestas,
donde echaron para ello
tortas de resina, y cera.
Aqueste Canto se acaba,
porque el alma lugar tenga
de acompañar à la Virgen
en su soledad, y pena.

CANTO XCIX.

Llanto de nuestra Señora por su Hijo Jesu-Cristo.

DOs horas largas habia,
que la Estrella plateada,
prestando estaba à la tierra
resplandores de su nacar,
quando la Estrella Maria,
Luz de las luces del Alva,
Pura Aurora, y Madre Virgen,
de el Sol que alumbra las Almas,
cubierto con nuevo luto
el rosicler de su Alma,
en el Cenaculo Santo,
con Magdalena, y con Marta,
con San Juan, y las Marias,
y la demas Junta Santa,
del Divino amor herida,
y del dolor traspasada,
daba humilde, y mansamente,
quexas à la tierra ingrata,
diciendo: Dichosa tierra,
que tienes en tus entrañas
al que yo tuve en las mias:
por qué me afliges, y matas?
Por què viendo, Hijo querido
lo que tu Madre te ama,
el dolor le has permitido
de verse de tí apartada?
Si tu solamente, Hijo,
eres el bien de mi Alma,
quien me podrà dar consuelo,
si tu consuelo me falta?
Y bolviendo à los presentes
con lastimosa mirada,
y con fatigado pecho,
entrambas manos cruzadas
decia: Cómo es posible
vivir el Cuerpo à quien falta
la vida, pues luego muere
quien de la vida se aparta?
Y si yo no tengo vida,
como siento que me mata
esta dolorosa ausencia
del Bien que adora mi alma?
O mi Dios, mi Hijo amado!
ya que ha de ser la tardanza
tres dias que son mil años
à quien tanto bien aguarda,
dale priesa al tardo Cielo,
dile al tiempo que se vaya,
que detiene mi consuelo,
y en dilatarse me agravia.
O Sol, què poco caminas! Qué

Qué largas son tus jornadas!
O si yo contigo fuera,
y que apriesa caminára!
Quien podrá tener paciencia
con estas horas tan largas,
si de su tardo camino
tengo la vida colgada?
Almas dichosas del Limbo,
que ya os hallais consoladas,
mirad que vuestro consuelo
el mio tiene y dilata;
no detengais à mi Amado;
que me aflige su tardanza.
O! si en un punto pasasen
aquesta noche, y mañana,
y viera del tercer dia
algunas horas entradas,
porque con la vida viera
al que es de la vida causa!
Hijo, que tengo de verte
unido tu Cuerpo, y Alma!
Si vendrás á visitarme,
ó si querrás que yo vaya
à verte donde estuvieres,
dandome noticia clara?
Cómo tiene de ser esto?
O Hijo de mis entrañas,
y quando será la hora,
que vea tu alegre cara!
Aquestas cosas decia,
con tan sentidas palabras,
que en sus lagrimas dichosas
los que presentes estaban
casi aliento no tenian,
para poder consolarla.
San Juan consolar queria
á la Reyna Soberana,
para lo qual de rodillas
puesto en su presencia estaba;
mas la ternura del pecho,
no le dexa hablar palabra.
Lo mismo Cleofas quisiera,
y la demas Junta Santa;
pero de Maria el hermano,
con la voz algo turbada
arrodillado, y humilde,
le decia estas palabras:
Mi amada y Señora mia,
no te aflija la tardanza,
mas consuela el Alma tuya,
si pudieres consolarla,
con esta dichosa muerte,
que es vida de nuestras almas
y con que tendrà remedio
la Naturaleza humana;
pero lo que mas importa,
y que mas consuelo causa
es ver à Dios satisfecho,
y que su Justicia Santa
tiene del primer pecado
la satisfaccion que basta,
y que ya las Almas tienen
la Redencion deseada;
queda vencida la muerte,
pues con ser triste, y amarga,
ya será para los buenos
cosa dulce y regalada.
Y en el Canto que se sigue
es justa razon que vayan
à acompañar à la Virgen
en su Soledad Sagrada.

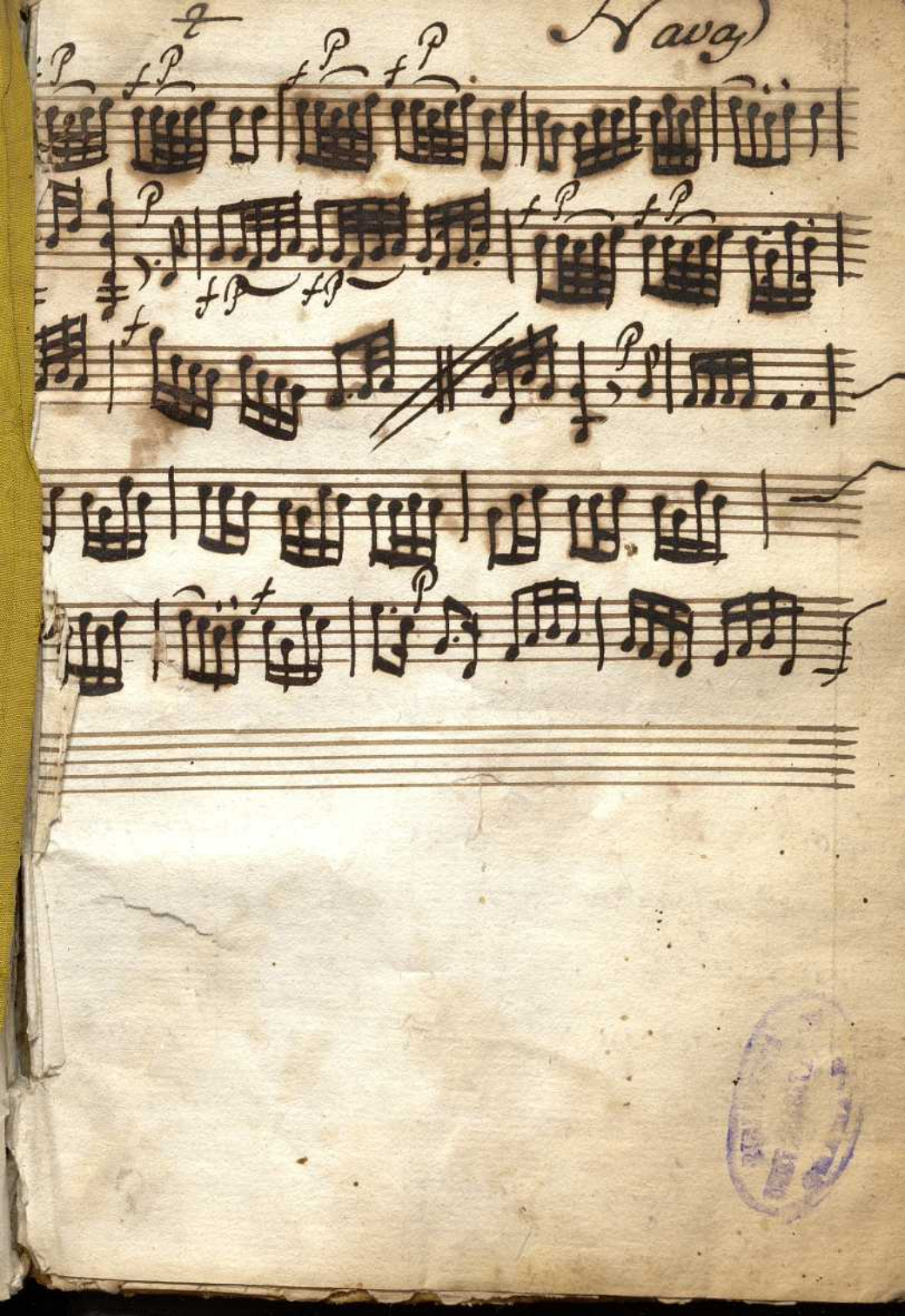
CANTO C.

La Soledad de la Virgen.

DEspues que el Cielo, y la Tierra
el Ayre, el Mar, el Abismo,
lloraron con sentimiento,
à su Hacedor infinito:
Despues que el Alma gloriosa
baxó á la mansion del Limbo
cuya Divina presencia
la convirtió en Paraiso:
La gran Madre de piedades,
Emperatriz del Empireo,
en su Soledad convida
à los pechos compasivos.
Atended sus tiernas voces,
oid sus tiernos gemidos:
Pasageros de la vida,
atended, mirad, os digo,
si habeis visto otro dolor
semejante al dolor mio?
Yo soy la Reyna y la Esposa,
á quien por mayor conflito
tiene sola en un instante,
huerfana, y viuda se ha visto.
O Milicias Celestiales,
en qué exalté mi dominio!
No aliviais mis aflicciones?
No llorais todos conmigo?
Adorado Padre Eterno,
vuestro Unigenito, y mio,
por el amor de los hombres,
entre tormentos se ha visto:
Yo, à presencia de sus penas,
yo de sus males testigo?
cómo duro? Cómo aliento?
Cómo hablo? Cómo vivo?
Ay! Què dolores tan grandes!
Ay! Qué frequentes suspiros!
Ay! Qué crecidas angustias!
Ay! Qué horroroso martyrio!
Espiró: El Cielo me valga!
Falleció: Yo no lo digo.
Murió: Ya no tengo aliento.
Ay de mi! Yo he de decirlo.
Si el conmoverse ambos Orbes
ya mi dolor no os ha dicho,
para escusar mi congoxa,
colegidlo de Dionysio.
Pero si es inescusable
mi afliccion, al repetirlo,
murió: Mas yo tambien muero.
Ay, JESUS! Ay, Hijo mio,
Ahora, sentimiento, ahora
ahora, ahora, parasismos,
ahora, ahora, aflicciones,
aqui, aqui de los martyrios.
Qué se hizo la luz del Sol?
El Sol mismo, què se hizo,
para que hayan las tinieblas
tan denso imperio adquirido?
Llevó el Isaac verdadero
la leña del Sacrificio,
sin haber quien contuviese
al Padre el golpe impulsivo.
Para sí llevó la Cruz,
rigor hasta aqui no visto;
que à ningun Facineroso

à tal se le ha compelido.
Aquel Real Leon rugiente,
en Cordero convertido,
mudo estuvo à los Sayones,
que le mataron iniquos.
Aquella voz, que dió asombro
à Cielo, Tierra, y Abismo:
Acabóse, y acabeme,
en una clausula, dixo.
La Sinagoga que ingrata
cambió á abrojos los jacintos;
quando discurrió acabarle,
exaltado Rey le ha visto.
Ya logran sus resplandores
las lobregueces del Limbo;
y la libertad ansiada
gozan todos sus Cautivos.
La que era mancion del llanto
es Patria de regocijo;
labrando el Adan segundo
lo que el primero deshizo.
Sola, y triste yo he quedado,
roca estable, escollo fixo,
sin Custodio, sin amparo,
sin Amante, sin abrigo:
todo noche, todo penas,
todo horror, todo suplicios.
Compasivas y piadosas
Almas, venid oy conmigo;
no à mi soledad os nieguen
duros corazones tibios.
Si los insensibles todos
sentimiento han adquirido,
no quieran los Racionales
acreditarse de riscos.
Acompañadme, vivientes;
no me dexeis, hijos mios:
à mis voces, y à mis ansias,
no cerreis vuestros oidos.
Mirad, que soy vuestra Madre
que os amo desde *ab initio*:
que sois causa de mis penas,
y que os busco enternecidos.
Porque mi JESUS os quiere:
Por el exceso inaudito
de quedarse con vosotros,
hasta que acaben los siglos.
Por lo que ha hecho por vosotros:
Por vér lo que ha padecido:
Porque os tuvo en su Rebaño,
hasta dar el postrer silvo.
Pero, ay de mi! A qué os llamo?
Qué anhelo? Què solicito?
sino basta lo criado
à remplazar su vacío?
O Cruz! O Clavos! O Espinas!
O Lanza, hierro atrevido!
O Congojas! O Sepulcro!
A vuestra compaña aspiro.
En vosotros sí hallará
compañia mi designio;
porque dá alivio recuerdo,
que es incapaz del olvido.
Llorad, si podeis llorar,
que yo siempre harè lo mismo,
y á mi vida persuade
que espiro, quando respiro.
Bastan, Soberana Madre,
sentimientos expresivos:
Bastan, porque ya no bastan
los pechos para sufrirlos:
Con Vos, Madre, nos dolemos,
Compañeros escogidos.
Aunque no huviera la causa,
Señora, de Redimidos;
nos llama lo enamorados,
para lo compadecidos.
Cambiad por esto las penas
en Celestes regocijos,
Gloriosa Corredentora del

del Gremio mas abatido.
Gozad altas alabanzas,
sacras preces, dulces Hymnos,
con que vuestro llanto sea
del Alva alegre sonriso.
Sea vuestro sentimiento
en nosotros dividido,
haciendo, que de su Sangre
gocemos el Fruto opimo.
Haced, que con su memoria,
el pecado aborrecido,
nos quede tan limpia el alma,
que esparza de Gracia brillos.
Haced, que á la Cruz estemos
tan cercanos, tan unidos,
que el renombre de Cristianos
univoquemos con Cristo.
Y en fé que os acompañamos,
fieles siervos, y rendidos
sea nuestra Marca, y Sello,
vuestro Augusto Patrocinio.
Y ahora Vos, sola escogida,
y ahora Vos, sola Prodigio,
preparadle vuestra Gracia
a los que solo os pedimos.
Haced, que al sentir el cuerpo
el ultimo parasismo,
logre poseer la alma
la gloria del Paraiso.

FIN.

UNIVERSITARIA